

Las violines del ángel

GEMA ALCALÁ RECUERO



402



Los violines del ángel

Gema Alcalá Recuero

UNO

Marzo de 1652, Alahuelas (Guadalajara)

Su pequeño Álvar no se agarró con fuerza a la teta y el calor de la subida de la leche le hacía perder la noción de lo que pasaba, o quizá lo que le sucedía en ese momento fuera que la visita del bello paje de los marqueses la perturbó de tal manera que le costaba mantener la verticalidad en su propia casa.

—Rosenda, te comunico que doña Violante Garrido de Valdenoble, marquesa de Alahuelas, te insta a ocupar el puesto de nodriza de su futuro vástago, cuyo alumbramiento es inminente. Por lo que determina que, a partir de este momento, te abstengas de laborar en otras crianzas que no sea la de tu propio hijo Álvar. —Los ojos de Rosenda brillaban ante la hermosa estampa que contemplaba y su boca hecha agua atragantaba cualquier palabra que quisiera articular—. De más está decir —prosiguió el joven mensajero dándose por aludido— que también habrás de abstenerte de saciar los bajos instintos de los varones, pues pondrías en peligro la salud del noble venidero; y no será necesario que seas puta para sobrevivir, ya que el salario que vas a percibir a partir de este momento por parte de la Casa de Alahuelas será más que generoso para ti y tu hijo. Dispones del día de hoy para preparar tus enseres. Esta noche tienes que dormir en palacio y mañana, a primera hora, te examinará el médico de los marqueses a fin de certificar tu aptitud en este empleo para el que has sido requerida.

El paje se retiró raudo y subió al caballo, perdiéndose en la lejanía como si huyera de la mirada lasciva de la mujer. Rosenda, que no pudo articular palabra durante la visita, sintió un chorretón de leche tibia brotando de sus pezones, que la liberó levemente del peso de sus ubres. El pequeño Álvar, de dos meses de edad, debió de oler el fluido lácteo porque rompió a llorar hasta que la mujer le tomó en su regazo y desnudó los enormes pechos por los que bullía la cálida y dulce leche. Cuando se quedó dormido, Rosenda sacó el pezón de su boca, sin evitar que la última gota cayera sobre sus labios, lo arropó en su camastro y se dirigió hacia Celsa, que acababa de entrar en la casa portando un cestillo de higos secos. Celsa era la anciana alcahueta, descendiente de hechiceras, que hacía casi un año le dio asilo cuando llegó

embarazada y viuda desde Tortosa.

—Celsa, voy al río. ¿Necesitas que te lave algo?

—Nada, apenas he tenido que cambiarme de camisa en estos meses. Ve tranquila y aprovecha el tiempo de sol.

—Está bien.

—¡Espera, muchacha! Seguro que vas en ayunas. Llévate unos higos para matar el hambre.

Rosenda cogió sonriente y agradecida un puñado de higos secos que envolvió en un pañuelo y guardó en su escote. Después salió de la casa cargada con un balde lleno de ropa sucia y tomó rumbo hacia el río comiéndose un higo y sin poder quitarse de la cabeza la visita del bello mensajero. Le hubiera despojado de toda vestimenta y obligado, de haber sido necesario, a yacer con ella durante el resto del día. Pero a partir de ahora tendría que obrar con más cautela a fin de evitar cualquier comentario que diera al traste con los planes que los marqueses tenían para ella. Con la calentura que portaba entre las piernas, los sudores que le bañaban el vientre y la sed de macho que su piel clamaba, resultaría muy difícil dejar pasar al primer hombre de aspecto vigoroso que se cruzara en su camino y, además, permanecer indemne a los comentarios de las vecinas congregadas en esa parte del río a esas horas de la mañana.

Recordaba el aspecto del paje de los marqueses cuando hacía un rato había llegado a su casa: joven e impoluto, barbilampiño, aunque no sabía si es que se lo parecía por lo rubio que era su cabello, casi transparente, o porque probablemente era un niño hasta ayer, por lo que le intuía el deseo exacerbado si le hubiera asido entre sus piernas. Aceleró el paso huyendo de la mirada de las mujeres reunidas en esa orilla y llegó a las afueras, en donde ya no divisaba a ninguna vecina chismosa que pudiera perjudicarla. En aquel punto del río fluía poco caudal, y casi lo prefería, así podría meterse, sin temor a ahogarse, a lavar con agua fresca su intimidad tan cruentamente castigada por sus deseos incumplidos. Cuando hubo secado su sexo con un paño y vestido la falda, se dio cuenta de que don Nuño López de Sendra, su más ferviente admirador, la contemplaba absorto calmando el apetito de su falo con duras caricias hacia arriba y hacia abajo por debajo del calzón. Rosenda sonreía

complacida. Le gustaba que don Nuño la siguiera a todas partes desde que salía de casa y adoraba yacer con él en los lugares más insospechados. A pesar de tratarse de un cortesano maduro, su miembro viril le había satisfecho más que el de muchos hombres de menos edad con los que se había amancebado. Como conocía los caprichos de don Nuño al haberle sorprendido mirándola mientras se estimulaba, se arrodilló a la orilla del río de espaldas a él y allí colocó la tabla de lavar con un montón de prendas. Se comió el último higo dulce que espesó su saliva y continuó frotando la ropa a la espera del fornicio. Cuando don Nuño se arrodilló a su espalda y le levantó la falda, Rosenda se escupió en la mano y la llevó hasta sus genitales, lubricando la zona con el espumarajo espeso. Inmediatamente don Nuño la penetró y la zarandó con tal pasión y desenfreno, que no se dio cuenta de que las manos de Rosenda no pudieron evitar resbalar de la piedra a la que se aferraban, haciéndola caer hasta sumergir la cara en el agua. Don Nuño, con los ojos cerrados y la cabeza en alto, galopaba en su yegua preferida extremadamente excitado por las sacudidas de Rosenda, que él atribuía al placer que le proporcionaba y no a que se estaba ahogando, al no poder incorporarse por estar el hombre presionándole la espalda en su éxtasis. Tanto fue así, que no se enteró de en qué momento Rosenda murió: sencillamente ya estaba muerta cuando terminó de desahogarse. Por eso comprendió la flojera de sus piernas, incapaces de sostenerse de repente, y lo mucho que le excitó que se comportara así, cual objeto manipulable para su propio placer. Sintió un inmenso dolor por su muerte y al mismo tiempo un irrefrenable deseo de quedarse con su cuerpo y poder disfrutar de su compañía de por vida. La subió al caballo y se dirigió cabalgando a la casa de Celsa ante la mirada atónita de todo el que con él se cruzaba.

La vieja alcahueta que encubriera sus amoríos con la bella Rosenda aguardaba desafiante a la puerta de la casa, envuelta en sus harapos ennegrecidos. Probablemente el rumor de lo que se avecinaba había llegado hasta ella antes de que lo hiciera don Nuño con el cadáver de Rosenda. Como había llovido durante toda la noche y chispeado durante toda la mañana, el fango se había apoderado de sus pies mugrientos hasta mimetizarla tanto con el paisaje desolador, que don Nuño la creyó un soporte para atar al caballo. Eso se disponía a hacer cuando Celsa lo detuvo acercándose a toda prisa a su caballo para comprobar qué le pasaba a Rosenda.

—¿Qué le has hecho? Está muerta. ¡Asesino!

—¡Calla, vieja! ¡Dios me libre! La hallé muerta ya. Estaba de rodillas a la orilla del río con la cabeza hundida en el agua —se explicaba don Nuño mientras la bajaba de la grupa del caballo y la tomaba en sus brazos.

—Seguro que la hundió el peso de las tetas. Ya sabía yo que tarde o temprano habríamos de lamentarnos por esto. Pásala dentro a ver si le queda algo de leche, que el crío aúlla de hambre y yo no tengo nada para acallarle la necesidad.

—¡Vieja loca! —rezongó el hombre, colocando el cadáver sobre un camastro—. Sácate el condumio de donde esté escondido o llama a un ama de cría que alimente al zagal hasta que eche muelas.

—¿Y quién me lo va a pagar? ¿La muerta?

—¡Toma! —exclamó don Nuño, lanzándole una bolsa llena de monedas—. Con esto te llega para darle de comer más de tres meses. Cuando pase ese tiempo volveré a darte más, y ¡ay de ti como hayas descuidado a Álvar!

—¿Y qué hago con la madre? —preguntaba entre sollozos—. ¿De dónde saco los dineros para que me la lleven a enterrar?

—Que eso no te desvele. Antes de que amanezca, en cuanto tenga resueltos unos asuntos, volveré a recogerla.

—¿A dónde te la vas a llevar?

—Eso no es asunto tuyo. —Y diciendo esto salió de la casa.

Don Nuño galopó a toda prisa para realizar gestiones tales como comprar un féretro, dar las instrucciones pertinentes a sus criados para recoger el cadáver y habilitar un quirófano en la habitación más soleada de su enorme casa.

Cuando los criados de don Nuño llegaron a la casa de Celsa para cumplir con su cometido, se cruzaron con el paje de los marqueses, que había ido para llevar a palacio al ama de cría. Ya se había hecho de noche y la confusión que le produjo la ceguera, producto de la oscuridad y de la niebla, no le permitió ver con claridad la caja de madera en donde Rosenda ya descansaba en paz.

—¡Rosenda! —gritó cuando entró en la choza.

Celsa se levantó del camastro y se dirigió a toda prisa hacia él. El paje se asustó al verla, pues la vieja, vestida con la misma tela que la manta que cubría el jergón, se había encogido tanto sobre este, que el joven creyó que se trataba tan solo de un montículo de harapos.

—¡Calla, insensato! Vas a despertar a la criatura que acaba de caer ¡Le increpó señalando hacia Álvaro, que dormía plácidamente.

—Vengo a buscarles a él y a su madre...

—¡Otro! Llegas tarde, ya vinieron a recoger a la Rosenda los criados del de Sendra. El lechón se queda conmigo, que me vienen bien los maravedises.

—¿Pero de qué me hablas, bellacona? Rosenda me aseguró que hoy pernoctaría en palacio ¡Se impacientaba el joven.

—¿No te has enterado? La Rosenda hoy dormirá bajo tierra.

—¿Qué estás diciendo? ¡preguntó el paje asiéndola por el mantón.

—¡Lo que oyes! La Rosenda se ha muerto esta mañana ahogada en el río mientras lavaba. El peso de las ubres le hizo besar el fondo.

—¡No te creo! ¿Dónde está el cadáver? ¡insistía el joven.

—¡Ya te he dicho que se la llevaron los criados de don Nuño! ¡Pardiez, qué sordera! Pregúntale a él si no me crees.

Dicho y hecho, el joven partió hacia la casa de don Nuño López de Sendra, ubicada a las afueras del pueblo. Una vez allí, pidió verlo.

—Don Nuño, tengo órdenes de doña Violante Garrido de Valdenoble, marquesa de Alahuelas, de llevarme a palacio a Rosenda, la nodriza, para emplearla en la crianza del futuro vástago de los marqueses. En su casa, la de Rosenda digo, me han referido a vuestra merced, y no entiendo el porqué.

—Acompáñame —le pidió Nuño, tomando un candelabro para iluminar el camino y dirigiéndose hacia las escaleras que les llevarían a una galería que daba acceso a los dormitorios. Entraron a uno totalmente iluminado con velas, en el que yacía el cuerpo de Rosenda cubierto con una tela de seda blanca sobre una mesa—. Rosenda ha muerto —sentenció don Nuño.

—¿Podrías indicarme cómo fue y qué ha sucedido con ella? Si le digo a

la marquesa que la difunta reposa en su hogar, no me va a creer.

—Hallé su cuerpo muerto a la orilla del río. A mi parecer, se encontraba lavando ropa antes de precipitarse su rostro al agua y ahogarse. Perdería la noción y pereció por falta de respiración. Viuda y con un hijo de dos meses de vida, no tenía posibles para afrontar su entierro. Me consta que la Celsa la hubiese tirado en cualquier fosa, sin recibir un entierro digno y católico. Tan impresionado y conmovido estoy con el suceso, que he decidido hacerme cargo del sepelio. Comunícale a la marquesa que a partir de mañana descansará enterrada en el jardín que hay junto a la capilla de mi casa, por si quisiera llegar hasta aquí a mostrarle sus respetos.

A la mañana siguiente, don Nuño llenó el féretro con sacos de arena y organizó un entierro en el jardín de la capilla de su casa, al que acudió doña Violante junto a Juana, su doncella, quedando conforme con la suerte que corrió la que iba a ser el ama de cría del hijo que llevaba en sus entrañas. Mientras tanto, en la habitación que visitó el paje la noche anterior, se encontraba en realidad el cuerpo sin vida de Rosenda. El médico se afanaba en extraer de él todas las vísceras sensibles a corromperlo. Nuño confiaba en que el galeno no dijera ni una palabra a nadie, se lo debía. Hacía años le ayudó con el escarceo amoroso que mantuvo con el joven aprendiz de herrero, ocultándoles tras las paredes de su casa. Lo que ignoraba el médico es que la familia del mancebo pasaba hambre, y por un puñado de monedas no le hacía ascos a aliviar al depravado que les albergara.

En esos momentos lo que Nuño pretendía hacer cuando el médico hubiera terminado con su intervención era mantener el cuerpo de Rosenda envuelto en natrón durante ocho meses; pasado ese tiempo, lo tumbaría en su cama y permanecería junto a él para siempre.

Tras la exigua ceremonia en la que se dio sepultura al féretro lleno de sacos de arena en el jardín de la capilla propiedad de don Nuño, este acompañó a la marquesa y a su doncella, completamente enlutadas, al carruaje que aguardaba a las puertas de la propiedad.

—Señora —dijo don Nuño besando la mano de la noble □, ha sido un

honor para mí vuestra visita a este mi humilde hogar.

—El placer ha sido mío —respondió ella—. Lamento que haya sido en tan fatídica circunstancia.

Apenas iniciaron la marcha, Violante asomó la cara por la ventanilla para comprobar que se habían alejado lo suficiente para exclamar en voz alta:

—¡Condenado sátiro!

—Moderaos, doña Violante. No es bueno que os alteréis tanto en vuestro estado —la tranquilizaba Juana.

—¿Has visto cómo te miraba el escote? Estoy segura de que él y Rosenda se conocían más de lo que dice.

—Sí, eso cuentan las malas lenguas. A la Rosenda siempre le gustó calentar camas ajenas y...

—¡Y al Nuño las tetas en crianza! Recuérdame que no he de verle por nada del mundo cuando haya parido.

—Descuidad, pero... ¿insinuáis que lo criaréis vos? ¿Os lo permite vuestro esposo? —cuestionó Juana con mucha cautela.

—Mi esposo permanecerá al margen de todo esto. Anoche, cuando estaba en duermevela, me asaltó la decisión de que seas tú mi ama de cría.

—¿Yo? Pero, señora, yo no soy ama de cría, no tengo tanta leche para darles a vuestra criatura y a mi Amadeo. Además, son muchas mis obligaciones en palacio como para poder responder del cuidado del recién nacido.

—Escucha, Juana —interrumpió la marquesa—. A este hijo deseo criarlo yo, pero preciso que completes su alimentación, pues he de cuidarme de que no se me llenen demasiado los pechos, imagina qué diría mi esposo. Amadeo no se quedará sin la leche de tus tetas, te lo prometo; y en cuanto a tus deberes, quedarán reducidos a estos menesteres de crianza y a estar todo el tiempo conmigo. De más está decir que el marqués no debe enterarse de que yo criaré a mi hijo. Lo comprendes, ¿verdad?

—Lo que ordene vuestra merced —concluyó Juana, sumisa.

Juana la conocía mejor que nadie, sabía que tenía que ser ella, su fiel doncella y confidente, quien se encargara de esto. Don Meradio Gómez de Artiaga y Cifuentes, marqués de Alahuesas, era un hombre adusto, de carácter poco accesible, y bien sabía Juana que habrían de ocultarle las pretensiones de doña Violante. Él era treinta años mayor que ella; contrajeron matrimonio hacía un lustro, siendo las segundas nupcias para él. Siempre achacó el no haber tenido descendencia al vientre huero de su primera esposa, fallecida al caer por las escaleras. Este argumento nunca les sirvió a Juana y a Fausto, su esposo. Creían más bien que fue una excusa de don Meradio para deshacerse de ella con malas artes en cuanto, después de un misterioso viaje a Andalucía en busca de una hembra fértil, le echó el ojo a la joven y hermosa Violante, la hija pequeña de los duques de Valdenoble. Después de cuatro años de casados y de cohabitar forzosamente para ella, la dulce marquesa quedó embarazada. A ella le asqueaba en demasía la sola presencia del anciano marqués. Juana sabía que de no haberla apoyado, doña Violante se habría vuelto loca, sumida en la más absoluta de las tristezas. Resulta que antes de quedar encinta la joven marquesa, a don Meradio se le veía venir, pues la mañana que ordenaba desayunar, comer y cenar espárragos con tisana de romero, todo ello muy afrodisíaco, era el día en que se predisponía a asaltar a su esposa, algo que a ella le causaba auténtico pavor. Juana procuraba permanecer a su lado todo el tiempo posible para evitar que la soledad llenara su cabeza de desazón hasta que, llegada la noche, el marqués entraba en sus aposentos dispuesto a consumar, momento en que Juana salía del lugar y preparaba paños húmedos para asistir a su señora cuando el marqués se hubiera retirado a su alcoba, con los que le secaba las lágrimas y limpiaba de la piel cualquier olor que quedara del esposo. Era por estos detalles que Juana se sentía afortunada. Reconocía que tampoco hubo amor cuando Fausto y ella se casaron, pero les tocó ser, al menos, del mismo tiempo y haber vivido siempre en la misma vecindad, por lo que habían crecido juntos y algo de afecto mutuo sí sentían. Desde que su hijo Amadeo nació, hacía ya un año, el matrimonio parecía haberse consolidado, dejando atrás las banalidades de la juventud para dar paso a la inevitable madurez. Tanto Fausto como ella se sentían dichosos siendo sirvientes en palacio, disfrutaban del noble cobijo que les amparaba y nunca les faltaría el pan para dar a su pequeño Amadeo.

El marqués quedó conforme con el nombramiento de Juana como ama de

cría, ajeno a que su señora completaría la crianza del vástago, e insistió en que sus quehaceres quedarían limitados a partir de ese momento a permanecer junto a Violante día y noche velando por su bienestar. A Fausto, sin embargo, no le pareció tan buena idea el alejamiento de su esposa y de su hijo, que por ser tan pequeño debía mantenerse junto a ella. Solo los veía durante el día por el palacio y nunca por mucho tiempo ya que, si no era ella, era él quien tenía que atender sus obligaciones. La casa de labor dejó de ser un descanso para Fausto al faltarle la luz que lo iluminaba todo: Juana.

Pasó una semana desde el entierro de Rosenda y una mañana Juana, antes de que Violante despertara, salió hacia las dependencias anexas a apremiar a Trinidad, una sirvienta, para que estuviera toda la ropa de cama, así como lienzos y demás, limpios y dispuestos para el momento del alumbramiento, ya tan próximo. Trinidad era una bella joven que no admitía su condición social: sus sueños iban más allá de la casa de labor. Ella anhelaba llamar la atención de algún noble que, al acudir de visita al palacio de Alahuelas, quedara prendado de ella. Mientras colgaban unas sábanas al sol no cesaba de insistirle a Juana que le contara todo lo referente a modas y vida social que hubiera hablado con la marquesa.

—Oye, Juana, ¿es cierto que en Francia se ponen lunares de terciopelo en la cara?

—¡Qué pesada eres, Trinidad! Ya te lo he contado cientos de veces.

—No lo recuerdo.

—Así es —respondió con una sonrisa—. La señora marquesa me ha contado que en su último viaje a Versalles, hace más de un año, las damas de la corte se colocaban lunares para adornar sus mejillas, barbillas, pechos...

—¡Qué hermosura! —exclamó Trinidad, que la escuchaba embelesada—. ¿Crees que podría parecer de terciopelo el lunar de mi nariz?

Juana comprobó con ternura la peca que adornaba con gracia el rostro de la muchacha.

—¿Parecerlo? —resolvió al fin—. ¡Ay, niña!, es mucho más bello y delicado que esos parches. Es el guardián de la cueva de los aromas.

—¿Me lo dices en serio, Juana? —preguntó ruborizada.

Antes de responder a la muchacha, Juana vio a Fausto saliendo a toda prisa de la casa de palacio en dirección hacia ellas.

—¡Juana!, ¿qué haces ahí? —la reprendió—. La señora marquesa te necesita.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer quitándose el delantal mientras corría hacia dentro.

Aunque no sabía qué era lo que estaba pasando, Juana temía que algo nefasto le hubiera sucedido a la señora en su ausencia. Sentía que los enormes tapices que adornaban las paredes se le echarían encima como castigo por su abandono. Fausto ya había iniciado el ascenso por las escaleras de basto diseño románico que les conducirían hasta los aposentos de la marquesa, cuando se escuchó un grito de doña Violante procedente de la planta alta. Fue entonces cuando Fausto se detuvo un momento para girarse hacia su mujer.

—¡Está pariendo! Solo quiere que estés tú, y tú haciendo el trabajo de la criada.

—A mí no me importa ayudar a la muchacha.

—Al señor marqués sí le importa.

Cuando llegaron a la alcoba de la marquesa, Fausto se dispuso a llamar a la puerta para anunciar la llegada de su esposa, algo que ella no le permitió, entrando a toda prisa hacia doña Violante, que en cuanto la vio llegar desde el lecho, sonrió emocionada, extendiendo los brazos hacia ella.

—¡Juana!

La doncella apreció que su señora ya estaba en posición de parto. Le tomó la temperatura tocándole la frente con los labios. A continuación la destapó y se encontró con el camisón manchado de sangre acuosa. Cuando se disponía a levantarlo, la marquesa se lo impidió haciéndole un gesto de denuncia de la presencia de su marido.

—¡Salid de aquí, señor marqués! —exclamó Juana señalando hacia la puerta.

—¿Cómo te atreves a echarme de los aposentos de mi esposa? ¡A mí!

—¡Vete, Meradio! —gritó Violante, empujada por los dolores de una

contracción.

—Está bien. Esperaré fuera —expresó el marqués, resignado.

Cuando hubo salido del aposento, Juana levantó el camisón.

—Por fin solas. Creí que no se iría nunca —sonrió la marquesa.

Juana nunca había atendido un parto, e insistió una vez más:

—Señora, yo no sé traer infantes al mundo. Tendríamos que ir a avisar a la matrona o al médico...

—¡No! —exclamó Violante, denotando una punzada de dolor que se iniciaba—. Nadie más que tú puede andarme ahí.

La marquesa volvió a lanzar un quejido largo y profundo que salía a través de sus dientes atenazados al igual que sus manos a la sábana. La cabeza clavada en las almohadas y los ojos en blanco le otorgaron a Juana una capacidad de reacción que creía inexistente en ella hasta entonces. La desnudó por completo: el camisón podría ser un estorbo llegado el momento. Colocó los cojines hasta reforzar un respaldo cómodo en donde apoyó la espalda a su señora y se arrodilló sobre la cama frente a ella, le tomó las manos y se las colocó sobre las rodillas para que le sirvieran de asidero. Ordenó:

—¡Empujad!

Durante esa contracción, ya empezó a asomar la cabeza del vástago que Juana, de forma delicada, se apresuró a liberar del perineo que la cubría parcialmente con la punta de los dedos, a fin de abrirle paso hasta que la contracción cesó un momento. Instintivamente, Juana acarició el vientre de Violante para apaciguar su dolor, el miedo del inminente neonato y su propia tenacidad. Al poco tiempo observó que el ombligo de la marquesa intentaba salir de su profundidad acompañado de inmediato de un quejido largo que crecía en intensidad según se aproximaba la salida del hijo. Juana entonces, tras comprobar que casi toda la carita estaba fuera, introdujo una mano en la vagina para agarrar la cabeza por completo. Aguardó firmemente la siguiente contracción, en la que presionó el vientre de la marquesa con la mano libre mientras con la otra tiraba de la criatura hacia fuera hasta sacar todo el cuerpecito seguido de un torrente de líquido sanguinolento que alivió a la parturienta momentáneamente. A toda prisa cortó el cordón y limpió la boca y

las vías respiratorias de los restos del embarazo para que rompiera a llorar, señal inequívoca de que respiraba. Después, Juana colocó al bebé sobre el pecho desnudo de su madre, que reía y lloraba al mismo tiempo, sin dar crédito ni a lo que le acababa de acontecer, ni a que la doncella pusiera sobre ella al fruto de sus entrañas antes de que su marido y demás testigos dieran fe del alumbramiento.

—Juana..., gracias —dijo en un emotivo susurro.

—No digáis nada —le pidió Juana, impidiéndole hablar con el dedo índice sobre sus labios—. Sujetadla mientras os vaciáis del todo.

Esperaron mucho más después de que Violante expulsara la placenta antes de abrir la puerta, sentadas ambas en la cama con la criatura en los brazos de su madre, aferrada a su pecho ingiriendo el calostro.

La marquesa se sumió repentinamente en una profunda tristeza. Las lágrimas en esta ocasión no eran de la felicidad que les embargaba a ambas en esos momentos, y Juana se dio cuenta.

—¿Qué os aflige, señora?

—Me temo que mi tormento no ha terminado aquí —le anunció—. Mi esposo no se conformará con esta hija. No cesará de obligarme a consumir hasta concebir un varón.

Alguien llamó a la puerta que permanecía cerrada, y Juana se levantó de la cama a toda prisa.

—Adelante —indicó Violante.

La puerta se entornó dejando a la vista a Trinidad, que, muy solemne desde la puerta, se dirigió a la marquesa:

—Disculpad, señora. El señor marqués está interesado en saber si todo va bien, y si ya ha llegado al mundo su vástago.

Violante y Juana se miraron con resignación y algo temerosas, pues eso que tanto amedrentaba a la marquesa era ya inminente.

—Dile que sí, Trinidad. Que me conceda unos minutos y ahora le avisa Juana para que entre.

—Sí, señora —respondió la criada con una graciosa reverencia antes de cerrar la puerta tras ella.

—¿Qué vamos a hacer, Juana? —se lamentaba la aristócrata.

Juana sintió quebrar su corazón al no tener una respuesta que ofrecer a Violante para su consuelo.

—No es el momento de preocuparse por esto, señora. Avisaré a vuestro esposo para que entre a conocer a su hija.

—Pero regresa rauda a mi lado ¶suplicó la marquesa.

—Así lo haré ¶le garantizó Juana con una caricia en la mejilla.

Don Meradio entró en los aposentos de su esposa en cuanto Juana entornó la puerta, sin permitirle darle el aviso, y lo hizo lleno de júbilo esperanzado, creyendo que encontraría el hijo varón que tanto anhelaba. Al comprobar el sexo del bebé, lanzó una mirada de reproche a Violante, se dio media vuelta y salió de la sala.

—Se le pasará el enojo, lo sé —afirmó Violante—, y volverá a mí dispuesto a engendrar un varón. Pero créeme si te digo que antes muerta que volver a entregarme a él —dijo llorando abrazada a Juana.

—No desesperéis, os lo suplico, doña Violante —la consolaba Juana—. Pensaremos en algo, os lo juro.

Juana confiaba en el receso que el puerperio les otorgaba para hallar en este periodo la manera de que el señor marqués no volviera a violentar a su esposa. En esos momentos pensaba en cientos de formas para impedirlo; desde llevarse a Violante muy lejos de allí, hasta darle a probar de su propia medicina propiciándole una caída por las escaleras que acabara con su vida. Pero, efectivamente, era muy desacertado lucubrar en esa situación, en la que era urgente dar tiempo al tiempo y velar por la vida de la recién nacida.

En los días sucesivos, a Juana se le hacía prácticamente imposible salir de la alcoba de la marquesa, sobre todo porque, aunque doña Violante colaboraba, se le juntaban las tomas de los dos niños que criaba: la hija de la marquesa y el suyo propio. Una de las actividades que mantenía entretenidas a las dos mujeres era decidir el nombre de la pequeña noble; dado que el

marqués no había hecho acto de presencia desde el día del parto, resolvieron mantenerlo al margen. El pequeño Amadeo, que tan acostumbrado estaba a que al despertar cada mañana el pecho de su madre le recibiera repleto de leche tibia, tuvo que resignarse a esperar a que la niña lo disfrutara primero, privándole así de la complacencia que le causaba el primer dulce chorro que al salir del pecho materno le llegaba hasta la garganta y le producía tanto placer. Cuando la pequeña acababa con Juana y pasaba a los brazos de la marquesa para completar la toma, era el turno de Amadeo que, raudamente, agarraba con las dos manos el pecho de su madre, a fin de evitar que otro noble le arrebatara lo que era suyo.

—Aguarda, hijo, espera a que seque la babita de la marquesita ¶le pedía Juana mientras enjugaba el pezón con un fino lienzo.

Amadeo era muy paciente, pero la niña, al crecer por momentos, mamaba cada vez más, y él siempre se quedaba con hambre. Violante se dio cuenta de esto, y un día, tras terminar la pequeña de comer y habiéndola acostado, invitó al niño a probar de su pecho.

—Amadeo, ¿tienes hambre? Mira que la marquesita se ha dejado casi toda la teta.

—Pero, señora, ¿cómo se os ocurre? —dijo Juana, reteniendo con una mano a su hijo.

—Déjale, Juana, por favor. Necesito hacer un poco mío al hijo de tus entrañas. —Ante tal solicitud, a la doncella no le quedó más remedio que dejar correr a su retoño hacia la marquesa. Una vez que estuvo frente a ella, aguardó relamiéndose al contemplar el noble pecho—. ¿Por qué no vienes aquí, criatura? ¿Qué le pasa a mi pecho?

El niño volvió a donde estaba su madre y, tomando el lienzo con el que Juana se secaba el pezón antes de que él se agarrara a su pecho, corrió hacia la marquesa y, extendiéndole el paño, balbuceó:

—*A babina maquesina.*

—¿Cómo dices?

—*A babina maquesina.* —Y él mismo frotó la areola de Violante, mientras esta no salía de su asombro.

—¿Balbina? ¿Quieres que se llame Balbina la marquesita?

Amadeo asintió sin saber qué le preguntaba la noble. Él se refería a que, como era habitual, se limpiara la teta de la babita que la marquesita había dejado tras su toma. Juana sí sabía a qué se refería su pequeño vástago, y trató de hacérselo saber a Violante.

—No es eso, señora, verá...

—Claro que es eso —insistió la marquesa, tomando a Amadeo en sus brazos e introduciendo el pezón en su boca—. Ya podemos anunciar el bautismo de doña Balbina Gómez de Artiaga.

Juana decidió no insistir en esclarecer el comentario de su hijo: lo importante era bautizar a la niña, se llamara como se llamase. Era una suerte que continuara viva una semana después de nacer, y había que llevarla a la pila cuanto antes.

—Si le parece a vuestra merced, iré ahora mismo a avisar al señor marqués y a comenzar con los preparativos del bautismo. No podemos demorarnos más.

—Vete, pero no tardes en regresar junto a mí.

—Tranquila —susurró Juana avanzando hacia ella—, no debéis temer por nada. Volveré antes de que Amadeo termine de chupar vuestro pecho. Comprobó, acariciándolo muy suave, el seno que amamantaba a su hijo—. Os lavaré como siempre y ungiré yo misma vuestros pezones como a vuestra merced le gusta. Al apreciar que la marquesa había quedado fuera de juego, Juana salió de la habitación e inició todo aquello que había previsto para cristianar a doña Balbina.

Tres meses después, el verano entró de pronto en la villa de Alahuelas. Tan gris había sido la primavera, tan fría y funesta, que el inclemente sol cogió desprevenidos a la mayoría de los habitantes. La canícula sobre los campos de trigo parecía hacerlos apacibles, de belleza serena, dotándolos de brillo intermitente *ad libitum* de la caprichosa brisa que los peinaba. Imposible

creer que entre la espesura de esos tallos se mascara la tragedia.

Flaín llegaba hasta allí todos los meses de julio desde hacía ocho años procedente de tierras galaicas, en donde se ganaba el jornal durante el invierno como pescador en un barco. Era un hombre grande y fuerte, tanto que se decía en el pueblo que fue visto en cierta ocasión en que el lobo bajó del monte, con las riendas de un caballo atadas a su cuello, reteniendo así al equino que intentaba huir del ataque del depredador, mientras que con los brazos estrangulaba a este. Su cabeza, cubierta de cabello rojo cortado a trasquilones, era enorme aunque de frente estrecha y con los ojos tan juntos que parecían uno solo. A algunos de los habitantes les recordaba a un cíclope y les causaba temor cuando hacía acto de presencia en el mercado o en la iglesia, lugar que frecuentaba y en el que pasaba horas. Ni siquiera el sacerdote fue capaz de arrancarle una palabra cuando el hombre quería confesar, por lo que se convino para todos que Flaín era mudo de nacimiento y que no se le podría condenar nunca por blasfemia, como denunciaron algunos que le consideraban el Anticristo. Flaín ansiaba la muerte desde que sus padres y hermanos fallecieron de peste y transcurría por su cauce sin mostrar el más mínimo apego a la vida. Dormía en una choza que compartía con otros seis campesinos que faenaban en la misma propiedad del marqués y dormía en un jergón del que le sobresalían los pies. A pesar de lo incómodo del lecho, estaba tan cansado al final del día, que no tardaba en quedarse dormido recordando la imagen de su madre que de niño le tomaba en sus brazos y le canturreaba: *Amado mío de cabello de fuego, duerme tranquilo que velo tus sueños.*

Bajo ese colchón que le concedieran para su descanso guardaba todas sus pertenencias, consistentes en una bobina de hilo de cáñamo y una aguja de hierro con doble ojal, que empleaba en el barco para reparar los cabos rotos y ahora también en la siega, para arreglar la cuerda que envolvía el mango de la hoz de su bisabuelo, herramienta que utilizaba y que dormía junto a él. Cada noche la limpiaba y comprobaba el filo que jamás vaciló a la hora de cercenar las cañas del cereal. No era de extrañar que el día antes se propinara un tajo en su mano izquierda entre el índice y el pulgar, desde el dorso hasta la palma, al asustarse con los gritos de Telmo y Gómez, dos compañeros de faena, precisamente en el instante en que se disponía a cortar un manojo de trigo. El dolor que sintió en esos instantes y el padecer por no poder mover el dedo

pulgar no le hizo consciente de que los dos hombres se reían de su desgracia. Flaín marchó corriendo a la choza, intentando contener con los faldones de su camisa la sangre que se derramaba a borbotones, y, al llegar, lavó y cosió la herida con su aguja y su hilo de cáñamo. Envolvió la mano con un trapo que le diera una de las mujeres con las que compartía techo y regresó a la faena como si nada hubiera ocurrido. Pasado un día de baja productividad en el campo, Flaín ya se había quitado el trapo y creía que algo se debió de quedar descosido en el interior de la mano, pues el dolor no remitía y el dedo continuaba inmóvil. Estaba seguro de que pronto volvería a laborar tanto como para lograr dos heminas de trigo diarias, como era habitual en él.

Telmo y Gómez no cesarían en sus ataques contra Flaín, que si bien no premeditaron que el susto propinado tuviera un desenlace tan aparatoso, en el fondo se alegraban de que el rudo hombre no pudiera faenar de acuerdo con sus condiciones, por lo que ya planeaban cómo ejecutar el siguiente: esconderle la hoz durante una jornada entera.

Antes de que amaneciera, los campesinos ya habían ocupado el campo de labor prácticamente en su totalidad, a fin de librarse de la excesiva carga de trabajo en las horas centrales del día, en las que el sol arreciaba. Telmo y Gómez esperaban el momento de actuar colocados cerca de Flaín que, armado con su hoz, segaba a diestro y siniestro toda espiga que se topara con él. Cuando se aproximaba el instante en que la carreta de mies pasaba cerca de ellos recogiendo la cosecha, Telmo le hizo una señal a Gómez y este se acercó a Flaín.

—Flaín, ¿no necesitas desaguar?

El hombre negó sin siquiera mirarle.

—Flaín, vamos a aprovechar el momento de la recogida para alejarnos a mear, y hablamos —insistió—. He de pedirte perdón por el susto que hizo que te rebanaras la mano.

La propuesta pareció satisfacer al taheño que, tras limpiar la hoja de su hoz, la llevó a su espalda sujetándola con el calzón y siguió a Gómez, que le condujo hasta un árbol al otro lado del camino. La carreta de bueyes se aproximaba cruzándose tras ellos, momento en que Gómez fingió un tropiezo cayendo sobre Flaín y arrebatándole la hoz sin que se diera cuenta y,

lanzándola inmediatamente a la carreta de mies, que pasaba por ahí en ese instante, agradeció a Flaín que le hubiera sostenido.

—Si no es por ti, me hubieran pisado los bueyes. —Flaín sonrió, agachando la cabeza ruborizado. Era bonito sentirse héroe y acometer una buena obra que le hiciera distinguirse por un momento, solo un momento que le sirvió a Gómez para comprobar que Telmo había encontrado la hoz y se alejaba para esconderla—. Te debo una, amigo. Esto no lo olvidaré nunca. — Cuando comprobó que su compinche había regresado a la labor, se subió el calzón y se despidió de Flaín—. Me voy a continuar con la faena.

Flaín, desconcertado por la premura de Gómez, regresó al mismo lugar con idénticas intenciones, aunque no pudo llevarlas a cabo: había perdido la hoz.

El calor del mediodía en julio azotaba hasta a los pensamientos de las cabezas torturadas por su aplomo. El rendimiento de la siega quedaba mermado hasta la caída de la tarde, y por eso aprovechaban para comer y descansar a la sombra de los pocos árboles que hacía años se aventuraron a germinar en esa tierra seca. Flaín, por su parte, no cesaba de correr de un lado a otro de la tierra en busca de su preciada herramienta sin dar con ella, mientras Telmo y Gómez le miraban divertidos. Poco antes de volver a la faena, Telmo se acercó a él y lo detuvo.

—Ven, zagal. Que creo haber visto algo en la era.

Flaín, Telmo y Gómez se apresuraron por llegar al sitio indicado. En efecto, la hoz permanecía a la vista, bajo el sol, sobre el trigo dispuesto para ser trillado. El hombre grande se abalanzó a cogerla sin ninguna cautela, perdiendo el cuidado al calor que, libre de sombras arbóreas, estuvo arreciando durante todo el día sobre la podadera por cuyo mango asomaba el metal a través del esparto. Flaín la tomó con su mano derecha y, al quemarse con el hierro casi incandescente, la soltó instintivamente para pasarla a la mano suturada. Tal quemazón sintió en esos momentos que lanzó un alarido de dolor que se escuchó en el prado, haciendo que todos los segadores acudieran al lugar a comprobar qué pasaba. Mientras tanto Telmo y Gómez reían, mofándose de él.

—¿Te ha dolido, cíclope? Le preguntó Telmo, acercándose al

contusionado □ . Con esa quemadura, no te hará falta cerrar la herida con el costurón de cáñamo.

Y volvieron a reírse. Flaín se giró hacia ellos. Sus ojos habían perdido el brillo amable que le caracterizaba para inyectarse en sangre y odio. Alzó la mano izquierda sobre Telmo y, emitiendo un grito desgarrador, le clavó la hoz en un ojo. Después se volvió a todos los segadores que ya habían llegado al lugar. Alguien lanzó la primera piedra, que le causó una brecha en la frente. Flaín sonrió presagiando cuál sería su final, pues veía en las caras de los segadores que no podrían reprimir la aversión que sentían hacia él en esos momentos. Todos se abalanzaron sobre Flaín a lincharlo mientras él los recibió feliz, al ver aproximarse a su madre desde el cielo y escuchar su voz cada vez más cercana:

—Amado mío de cabello de fuego, duerme tranquilo que velo tus sueños.

Doña Violante y Juana tenían previsto salir de palacio ese día para ir al pueblo, concretamente a la casa de Celsa. No sabían cómo hacerlo sin levantar sospechas entre el resto de los habitantes de la casa, por lo que el revuelo proveniente de la desgracia de Flaín les sirvió para ocultarse tras él. No obstante, y teniendo en cuenta que la presencia de la marquesa entre los vecinos de Alahuesas sería notoria, urdieron un plan: les dirían a todos aquellos que se interesaran que iban a visitar al pequeño Álvar, protegido de los marqueses desde que Rosenda falleciera. Eso fue precisamente lo que pensó Celsa cuando las dos mujeres entraron en su vivienda. Creyó que perdería la vida si la marquesa en persona comprobaba que había demasiados lujos en su casa, y que sin duda eran a cuenta del sustento del pequeño huérfano. Pero no fue así.

—Celsa, hemos venido hasta aquí en busca de tu ayuda —comenzó diciendo Juana—, pero si alguien se entera de que este es el motivo de nuestra visita, juro que tus huesos acabarán en la hoguera.

—¿Y por qué habría de contarle nada a nadie? ¿Acaso me consideraréis tan necia?

—Advertida quedas —añadió Violante—. Si estamos aquí es porque hemos oído que sabes de magia para todo tipo de problemas.

—Han oído mal, señora marquesa —esquivó Celsa.

—Está bien. Si es así, el Santo Oficio no hallará culpa en ti.

—¿El Santo Oficio? ¿A qué se refiere vuestra merced?

—Tengo entendido que eres bruja y mi obligación como ciudadana honesta es denunciarte. Lo más probable es que vengan a prenderte; pero no temas, la Inquisición es muy justa y si eres inocente, no hallarán culpa en ti. Lo malo sería que sí hallasen falta.

Celsa tragó saliva, provocando un breve sonido gutural.

—¿Qué queréis de mí?

—Poca cosa —respondió Juana, satisfecha. Admiraba la soltura de su señora, proveniente, quizá, de saberse poderosa—. Es preciso que nos des una pócima para que el señor marqués no sienta deseos carnales hacia su esposa. No preguntes el motivo.

—¿A mí qué me importa? El remedio es sencillo: es como si se tratara de tensar una cuerda hasta que no quede el más mínimo doblez y permanezca su totalidad en un punto, para dar el hachazo certero que haga que no se vuelva a tensar.

—Lo que sea —resolvió Violante, haciendo caso omiso a la exposición que hiciera Celsa con la intención de perturbar su tranquilidad.

—Está bien. —Se fue hacia la cama y sacó de debajo de esta una caja de hojalata, la puso sobre la misma yacija para abrirla y extrajo un frasco que parecía contener unos polvos de un color blanquecino. Tras devolver la caja a su sitio, se dirigió hacia las ramas y hojas que tenía secando colgadas de la pared y, descartando algunas, dio con el manojito que buscaba. Luego regresó junto a su visita—. Esto será suficiente. Has de hacerle una tisana con estas hierbas: *Semurum exoclae* se llaman. Harán que el fuego arda dentro de él con tal intensidad, que verá una realidad que no es, basada en la carne, en la concupiscencia, en el fornicio. Para él serán deseables hasta los hombres que se crucen en su camino, y si me apuras, incluso los muebles de la casa y la

comida... Querrá yacer con todos y con todo desesperadamente.

—¡Estás loca! Eso no es lo que mi señora quiere, sino todo lo contrario.

—¡Dejadme continuar! Es preciso hacer todo lo posible para que llegue al culmen de la excitación; no será difícil, estará ebrio y poseído por sus fantasías. Pero estad atentas porque ha de ser en ese preciso instante cuando tome esto —dijo, mostrándoles el frasco que contenía los polvos—: *Concidisti phallus*. Esto es el hachazo que sajará la tensión de cuajo. Los dolores que padecerá serán insufribles, parecerá incluso que muere, o por lo menos se sentirá morir, y todo sin derramar ni una gota de sangre.

—¿Y habría que repetir este rito cada vez que quisiera yacer conmigo? —preguntó Violante, impaciente.

—El remedio es perpetuo: no volverá a molestaros. Son treinta maravedíes.

—¿Cómo? —cuestionó Juana, indignada—. Eres una infame. ¿Cómo osas pedir dinero por este bebedizo al buen alma que te ampara?

—Déjalo, Juana —la tranquilizó la marquesa al tiempo que sacaba unas monedas de la bolsa—. No es solo el bebedizo lo que pago; también su silencio.

Ya en el carruaje, se sintieron a salvo de los comentarios inoportunos de aquellos con los que se cruzaban. Violante habló entonces:

—¡Maldita bruja! Como no funcione este encantamiento, yo misma la lanzaré a las llamas.

—No padezca vuestra merced. Sé de buena tinta que los remedios de Celsa llegan siempre a buen puerto. En cuanto entremos en palacio, me encargaré de preparar la tisana. No creo que haya problema para que la tome vuestro esposo, ya que la noche que desea consumir pide un cocimiento de romero, que es muy afrodisíaco, para acompañar los espárragos. Desconozco el sabor de esta hierba que nos ha dado Celsa, pero si tenemos fortuna, el señor marqués no encontrará diferencia que le haga dudar.

—¿Qué haré yo mientras tanto?

—Se me ocurre que mientras su esposo cena, la vamos a disfrazar a

vuestra merced de cortesana, para estimularlo lo más pronto posible.

—¿Qué divertido puede ser! —dijo Violante riendo □ . En París se estila mucho la provocación: los jubones escotados y los chapines altos como escaleras. Por no hablar de las pecas que se pegan en la cara, muchas de ellas en la comisura de los labios.

—¿Eso resulta provocativo para los varones? ¶preguntó Juana con mucho interés, para relatárselo luego a Trinidad.

—La mujer que se coloca la peca en la comisura de los labios está diciendo que no conoce límites a la hora de repartir besos. Como una meretriz. —Juana guardó silencio. Contemplaba a Violante con una sonrisa tierna, imaginándola con el jubón escotado, la peca en la comisura de los labios, y se preguntaba si tendría algún significado el lunar que adornaba su pecho izquierdo y que quedaría al descubierto cuando la enfundara en el corpiño. Le empolvaría la cara y perfumaría su grácil cuerpo. No tenía ninguna duda de hallarse ante la mujer más deseable que jamás hubiera existido □ . ¿Qué piensas, Juana? ¶le preguntó la marquesa.

—Hago memoria para recordar en dónde pueden estar los jubones que trajo vuestra merced de París. Le preguntaré a Trinidad en cuanto lleguemos.

Apenas dijo esto, el carruaje se detuvo a las puertas del palacio y ambas mujeres salieron, siendo la marquesa ayudada por el cochero. Al entrar en las dependencias de palacio, el marqués les salió al paso.

—Querida, hice que te llevaran el baño a tus aposentos.

—Pero, Meradio, ¿tú quieres que me bañe? ¶preguntó temerosa.

—Esta noche deseo que estés especialmente limpia y pura para mí. Quiero concebir un varón y no puede quedar en tu piel ni un atisbo del recuerdo de Balbina, no vaya a ser contagioso.

Antes de que Violante le dijera nada, Juana intervino.

—Así será, señor marqués. ¿Deseáis cenar mientras preparo a la señora?

—Me parece una buena idea —respondió satisfecho.

—Entonces voy a dar las indicaciones a la cocina y avisaré para que llenen el baño de la marquesa.

Juana hizo un gesto tranquilizador a Violante y se fue a las cocinas. Allí explicó a los sirvientes los pasos que habrían de seguir:

—Fausto y Nicanor, calentad quince azumbres de agua y los subís a la alcoba de la señora marquesa para llenar la bañera. Custodia, ya puedes ir cocinando los espárragos del señor marqués, yo misma prepararé su tisana de romero. Trinidad, viste la mesa del comedor, el marqués cenará solo.

—¿Algo más, Juana? —preguntó Trinidad.

—Sí. Tráeme una botella del licor que tanto le gusta al marqués con dos copas.

Cuando hubo preparado la infusión del *Semurum exoclae* con romero, y dispuesto en la tetera para ser servida al señor marqués durante la cena, Juana se dirigió a los aposentos de Violante, seguida de Fausto y Nicanor, que portaban los calentadores de cobre llenos de agua para verterlos en la bañera. Juana encontró a su señora tumbada en la cama con la tristeza adocrinando su ánimo.

—Señora, ¿por qué esta pesadumbre?

—Me trata como a la comida, desea que me bañe para satisfacer su apetito. No quiero que me toque, Juana. No podría soportarlo.

—Escuchadme, ya lo tengo todo dispuesto. Ahora mismo vuestro esposo debe de estar bebiendo la tisana que le embriagará, y en poco tiempo vendrá como un animal en celo. Vamos a preparar a vuestra merced para tensar la cuerda al máximo, y cuando estiméis que ha llegado el momento, le invitáis a beber una copa de su licor preferido, en la que previamente habréis puesto los polvos que nos dio Celsa.

—¿Crees que funcionará?

—Sinceramente, no lo sé, pero hay que intentarlo. Venid conmigo, doña Violante —le instó Juana, tomándola de la mano.

Mientras tanto, Meradio comenzaba a sentir un calor interno tan intenso que hizo que se bebiera la infusión hasta la última gota para aplacarlo, sin percatarse de que era la causa de su combustión. Trinidad estaba asustada, jamás había visto la mirada de su señor clavada en ella, en sus pechos, en su

cintura...

sentía que la desnudaba y que podría manejarla a su antojo si no era rápida a la hora de retirarle el plato cuando hubiera acabado. El marqués se levantó emitiendo gemidos y avanzó hacia la escalera dando tumbos y tirando al suelo todo lo que encontraba en su camino. Los tapices de las paredes se le antojaban una provocación lasciva que nunca antes hubiera tenido en cuenta, pero ahora le excitaban sobremanera. Llegó hasta la puerta de la alcoba de Violante y la abrió sin previa llamada, sorprendiendo a su esposa a punto de introducirse en el baño. Se quedó inmóvil al contemplar su belleza, que Juana se apresuró a cubrir con la toalla.

—¡Señor marqués!, la señora no se ha preparado aún —excusaba Juana.

—Me da igual, quiero tomarla ya —exigió mientras se sentaba en el lecho—. Ven a mí, esposa mía.

Juana miró a Violante sin saber qué hacer ni qué decir. Violante, en cambio, parecía serena, y la tranquilizó susurrándole:

—No te preocupes. ¿No decías que hay que provocarle hasta la tensión plena? —Juana asintió—. Está embriagado con las hierbas. Celsa nos dijo que vería una realidad que no es. Báñame como estaba previsto.

Meradio, enajenado por la pócima ingerida, presenciaba un espectáculo sublime: Juana le quitaba la toalla a Violante deslizándola muy suavemente por su piel hasta caer al suelo, mientras le acariciaba con sus labios los hombros desnudos que le abrían camino directamente hacia el cuello, lugar en que se detuvo un instante para mordisquear, al tiempo que sus manos conquistaron la noble cintura. Violante ya había procedido a desnudar a su sirvienta, y de igual manera besaba sus hombros y su cuello. El gesto de placer que acusaban sus rostros excitaba más aún al marqués, que a estas alturas se masturbaba sin ningún pudor. Apreció que los cuerpos de ambas, cada vez más próximos, hacían que sus bocas casi se tocaran. Cogiéndola de la mano, Juana ayudó a Violante a entrar en el baño y, sin soltarse, también lo hizo ella que, una vez dentro, sumergió el paño en el agua y lo escurrió sobre el cuerpo de la marquesa humedeciendo su piel y haciéndola brillar tanto que Meradio quedó deslumbrado. Las mujeres reían disfrutando del juego; el turno pasó a ser de Violante, que exprimió el paño sobre Juana y se inclinó a beber el agua que

resbalaba por sus caderas. La sirvienta acercó a sus labios el rostro de su señora para besarlo muy suavemente, siendo correspondida de igual manera, hasta que en un descuido, o en un fervoroso deseo del espectador, se besaron en la boca de forma apasionada. Hubiera sido demasiado pedir que las manos de ambas midieran distancias a estas alturas. Meradio reclamó su atención emitiendo sonidos ininteligibles, dado su estado, para que fueran junto a él. Ellas le miraron y pidieron silencio llevándose el dedo índice a los labios. El marqués pareció conforme. La ensoñación le empujaba a quedarse quieto en el sitio y contemplar distante, al tiempo que continuaba blandiendo su miembro. Violante se sentó y se recostó en la bañera, Juana se echó sobre ella y volvieron a besarse y a mover las manos bajo el agua, algo que les hacía gemir hasta el éxtasis. Meradio, sin poder contenerse más, cerró los ojos con fuerza esperando el clímax, momento que tuvo que reprimir al escuchar la voz de su mujer:

—Querido, ¿estás bien? Tomemos una copa.

El marqués quedó atónito al ver a su esposa vestida con el camisón y perfectamente peinada.

—¿Dónde está Juana? —preguntó mirando a todas partes.

—Supongo que ya estará en la casa de labor sirviendo la cena a su esposo. Te has quedado dormido y no oíste cuando se fue.

—¡Ah!, ¿sí? —balbuceó confundido.

Violante, antes de dejar pasar más tiempo, se sentó a horcajadas sobre él con la copa de licor en la mano y frotó su vagina con el ardiente pene de su esposo, confiando en que esta sería la última vez. Cuando no cabía la menor duda de que estaba a punto de culminar, Violante tomó un sorbo del licor contaminado y lo retuvo en su boca para pasarlo de ahí a la boca de Meradio, que bebió gustoso de sus labios. Acto seguido, este emitió un alarido brutal.

—¿Has oído? —preguntó Fausto a Juana, que en esos momentos se encontraban haciendo el amor en su casa.

—No, no he oído nada. Sigue, por favor —le suplicó su esposa.

—¿Has comido espárragos del marqués? —bromeó, sin descuidar lo que estaba haciendo.

—He bebido de su tisana de romero —mintió.

—Ya decía yo que estabas muy ardorosa. Pero ¿la has bebido o te la has echado por encima?

Juana lo detuvo extrañada por lo que acababa de escucharle y le preguntó:

—¿Por qué lo dices?

—Porque has venido con el pelo mojado, como si hubiera llovido o te hubieras bañado.

—¡Ah! Es por eso... —titubeó—. Estuve ayudando a Trinidad a tender las cortinas, que ya sabes que no hay forma de escurrir, y me he calado hasta los huesos, solo eso —respondió claramente nerviosa—. Sigue, esposo mío. El deseo me ahoga.

Y, aferrándose fuertemente a las nalgas de Fausto, lo atrajo hacia ella, sin darle la oportunidad de hacerle más preguntas.

El frío hizo que Violante y Juana emplearan las cuatro mantas del carruaje para arroparse durante el trayecto que les condujo al mercado de la plaza, y del mismo modo hicieron cuando regresaron a palacio después de adquirir las viandas que servirían en la cena de Nochebuena a unos veinte invitados.

—Creo, señora, que os habéis excedido. Harán falta tres carruajes, al menos, para portar hasta palacio todo el condumio adquirido. Sobrará y se echará a perder tanta cantidad —objetó Juana a Violante.

—No según mis cálculos —la tranquilizó—. Recuerda que desde que el marqués apostó por el cultivo del repollo, tan extendido en Europa, tenemos jornaleros durante todo el año, no solo en verano. No he de escatimar pitanza para ellos y sus familias en estas fechas tan señaladas.

—Vuestra merced es una santa, doña Violante.

—Sabes perfectamente que no es así. También lo hago para expiar mis pecados.

—Estáis más que redimida —insistía Juana—. Estoy segura de que por su

entrega a los más pobres, las puertas del cielo os esperan abiertas de par en par.

—¡Calla, insensata! Puede oírte cualquiera y tacharte de blasfema.

—No tema, señora. Precisamente por tanta bondad es que la gente os respeta y no arremetería contra mi persona sabiendo cuánto me aprecia vuestra merced.

—¿Tú crees? —Juana asintió—. Todavía no he podido recuperarme del miedo que sentí con la denuncia de Celsa. ¡Qué temblores ante el inquisidor!

—Olvidadlo ya, señora. Estoy segura de que no se repetirá.

—Eso espero. En aquellos momentos lo único en lo que podía pensar era en que tú te libraras de esa afrenta. ¿Quién cuidaría de mi hija si nos apresaran a las dos?

—La maldita arpía os calumnió. ¿En qué cabeza cabe que vuestra merced, tan frágil y devota, se fuera a relacionar con íncubos? Sin duda creía que culpándoos a vos se libraría del tormento.

—Quizá para ella no fuera calumnia, Juana. Es probable que en alguna ocasión me viera con Meradio y, aunque ignoro cuál es el aspecto de un íncubo, me da la impresión de que tiene bastantes semejanzas con mi esposo —bromeó, provocando una tímida risa en la sirvienta—. En cualquier caso, es cierto que el pueblo de Alahuesas no me dio la espalda jamás y se mantuvo firme en su defensa, a pesar de la dureza del fiscal. Hablando de otra cosa, recuerda coger de mi alcoba el tontillo que me trajeron de París.

—No es necesario, señora.

—Lo sé, pero después de haber llevado a doña Balbina en mis entrañas, ya no lo usaré más, es demasiado voluminoso. De modo que puedo hacer dos cosas: dárselo a la primera mujer que sorprenda encinta o regalártelo a ti, que falta te hace después de ir con el mismo guardainfante que estrenaste con Amadeo, es decir, el mismo durante cinco embarazos.

—Pero no puedo aceptar tanto lujo, señora. Además, todos mis embarazos han sido, y son, deseados. No he de ocultarlo, solo soy una doncella.

—Mi doncella, ¿te parece poco? —Y aproximándose a su oído susurró—:

Mi hermosa doncella con figura de diosa. —De pronto volvió a su lugar inicial, dejando a Juana perpleja—. Por cierto, Juana, no me agrada que estropees tu bello cuerpo preñándolo sin consideración.

—Pero el Señor Todopoderoso así lo quiere.

—¡Y tu esposo! ¿Pero es que no tiene en cuenta el riesgo que corre tu vida cada vez que pares? Es como un perro en celo. Todavía guardo los polvos y las hierbas de Celsa, si lo deseas...

—¡No, señora! —interrumpió Juana—. Mi Fausto no.

—Como quieras —resolvió Violante—. Cambiando de asunto, el primero de enero llegará de Toledo un tutor para doña Balbina. Ella exige que Amadeo la acompañe en toda su formación.

—Pero, doña Violante, no tenéis que preocuparos por Amadeo, él va a la escuela del pueblo.

—¿Por qué tienes que rebatirme todo lo que digo? —preguntó la marquesa un tanto fastidiada—. Es mi hija quien demanda la presencia de tu vástago como compañero de estudio.

—Está bien, señora, perdonadme. Os quedo eternamente agradecida por esta oportunidad que le brindáis a mi hijo.

A lomos de Vulcano, Balbina y Amadeo creían volar. Y era por este entusiasmo de los pequeños que el marqués no tenía inconveniente en prestarles a su amado caballo. El equino ya era viejo y se agotaba cuando el trato hacia él era el mismo que el dispensado a los otros animales más jóvenes, lo que motivó a don Meradio el confiar su cuidado a Amadeo por sus suaves manos y su peso liviano, a cambio de un pequeño salario que siempre le venía bien a la numerosa familia. Además, le tranquilizaba que la pequeña Balbina quedara bajo la custodia del fiel corcel y del honrado zagal.

Tras unos minutos trotando, Amadeo redujo al paso la marcha del animal y se adentraron tras unos arbustos que tan solo dejaban ver por encima de ellos las orejas de Vulcano. Mientras el niño, subido a una roca, ayudaba a

desmontar a Balbina, esta le preguntó:

—¿Cómo se llama este lugar?

—Las Tierras Malditas. Dicen que hace más de un siglo vivían aquí unos esposos que secuestraban niños para quitarles la vida y regar con su sangre todo este campo —respondió Amadeo mientras cogía una manta de las alforjas del caballo y la extendía encima de la roca sobre la que se sentaron.

—¿Y por qué iban a hacer eso?

—Brujería. Creían que la sangre inocente era un gran fertilizante para que sus tierras dieran la mejor cosecha de la comarca. Mi padre dice que ya no vive nadie que pueda dar fe de esta historia, pero las habladurías han conseguido que aquí no se cultive nada desde hace años y que todos sientan miedo a pisar este suelo.

—Por lo que no vendrán a molestarnos, ¿verdad? —Amadeo negó con la cabeza—. ¡Qué bien! Entonces podemos danzar. —La pequeña se puso en pie y tiró del niño hacia ella—. Vamos, Amadeo, colócate para minué.

—Espera, tengo una idea mejor —dijo el pequeño eludiendo la proposición de Balbina al tiempo que se hacía con dos ramas caídas al suelo —: practiquemos el ejercicio de esgrima que nos enseñó *monsieur* Girard.

Los dos espadachines esgrimiendo sus retorcidas armas, practicaron la disciplina con absoluta corrección, sin descuidar ni un ápice lo asimilado del maestro galo. De pronto Balbina tiró su palo al suelo y se sentó en la roca. Amadeo, en posición de combate, miraba a su amiga sin entender qué hacía esta. Tiró también su rama y se sentó en la roca junto a ella.

—¿Te he lastimado, marquesita? ¶preguntó preocupado.

—No, es que me aburro... ¡Siempre jugamos a lo mismo! Ojalá me hubieras herido. Así, al menos, sería más entretenido.

—¡No digas eso! ¶le increpó, golpeando suavemente su hombro ¶. ¿Qué deseas hacer, entonces?

—No sé... ¶Hizo que pensaba durante unos instantes la respuesta que tenía más que clara. Se mordía el labio inferior tratando de no evidenciar la sonrisilla pícaro que le afloraba con la idea. No se atrevía a decirle a su

amigo lo que siempre quería hacer con él cuando encontraban un lugar libre de intrusos y, no sin cierto temor a la reacción de Amadeo, le propuso □ : ¿Y si jugamos a tus padres?

—¿A mis padres? ¿Quieres jugar a los sirvientes?

—No, quiero jugar a que somos tus padres ¶ insistió la pequeña.

—Pero, Balbina, son los sirvientes. ¿No prefieres que juguemos a los marqueses?

—¡No! ¶ exclamó con gesto de desagrado □ . Mis padres se aburren cuando están juntos, ni siquiera hablan de sus cosas. Yo quiero ser Juana y tener muchos hijos como ella, y quiero que tú seas Fausto y que todas las mañanas de la primavera me despiertes con una flor. Quiero que cuando estemos separados nos busquemos por todo el palacio para besarnos en los labios en algún sitio en donde nadie nos vea.

—¿En los labios? ¿Mis padres hacen eso? —Balbina asintió—. ¿Cómo lo sabes? ¡Qué asco!

—En el suelo del Salón de las Cajitas hay un agujero bajo la alfombra de la mesa, y si miras por ahí, puedes ver las despensas. Todos los días me levanto temprano para mirar y a las siete menos cuarto de la mañana, un poco antes de ir a despertar a mis progenitores, llega tu padre, después tu madre y allí se abrazan y se besan en los labios y... se tocan las lenguas.

Amadeo se puso en pie muy agitado, sin dar crédito a lo que acababa de oír

—No me lo creo. ¡Mientes! —exclamó.

—¿Cómo te atreves, niño? —preguntó Balbina poniéndose a su vez en pie muy indignada.

—Lo has debido de soñar. Eso que cuentas es antinatural.

—Amadeo, quiero que nuestras lenguas se toquen y que después nos besemos en los labios —sugirió la pequeña, acercándose a él—. Es fácil, tú solo saca la lengua y cierra los ojos.

—Nnnn... no, no quiero —expresó temeroso.

—Hazlo o se lo pediré a Álvaro.

Amadeo sacó la punta de su lengua de inmediato, cerrando los ojos con fuerza. Habría que sacrificarse si no quería que el engreído de Álvaro López de Sendra mancillara a su doncella. Balbina se colocó frente a él y poco a poco, con los ojos suavemente cerrados, se aproximó hasta que sus labios casi se tocaron. En ese momento asomó su lengua hasta rozar la de Amadeo y al instante besó su boca. Amadeo gritó, espurreó, se frotó los labios con fuerza, recogió la manta, subió a Balbina, que no cesaba de reír, a la grupa de Vulcano, se montó en él y galoparon en dirección al palacio. En los días sucesivos, Amadeo se reunía con Balbina en el Salón de las Cajitas a las siete menos cuarto de la mañana para espiar a Juana y a Fausto. Después de sus clases se dirigían, cada vez con más anhelo, hacia Las Tierras Malditas para emular a los padres de Amadeo, sin ser conscientes de que el remedo cada vez lo era menos, pues había pasado de ser un juego a convertirse en pura necesidad, como respirar. Pasaron tres años y una tarde, con la pubertad guerreando por las esquinas, llegaron a las caballerizas en busca de Vulcano, que les llevaría a su paraíso particular, pero lo encontraron muerto de viejo. El marqués no encajó bien este desenlace y se sumió en una profunda tristeza. Organizó un sepelio memorable y exigió a Amadeo que, creyendo que ningún caballo lo ocuparía jamás, mantuviera el espacio de Vulcano siempre impoluto. Balbina y Amadeo dejaron de tener la excusa perfecta para huir de su monotonía a encontrarse en donde nunca serían descubiertos. Porque ¿en qué cabeza cabe que la marquesa y el sirviente pudieran unirse?

El tiempo pasaba inexorablemente como lo hacían las mariposas sobre las flores, el viento peinando el trigo, las hojas cayendo de los árboles, el humo saliendo de las chimeneas y el amor mutuo que los dos jóvenes, ya casi adultos, se profesaban. No había remedio para paliarlo, al igual que la fruta parecía endulzarse con el paso del tiempo.

La joven Balbina salió de su alcoba y, como era habitual en ella, bajó corriendo las escaleras que conducían a la cocina, dando la sensación de que no tocaba el suelo. Era tan grácil y hermosa que a todos les parecía que el sol

y la dicha conquistaban el palacio a su paso. Desde muy niña cumplía con el ritual diario de bajar a desayunar con el servicio y aprender de la mano de Custodia la elaboración de las succulentas recetas que circulaban por la mesa del comedor de palacio, así como a amasar y cocer el pan que después, junto con un pedazo de queso y cecina, llevaría a Amadeo a las caballerizas para comerlo con él.

—A mi hijo le gusta el pan deforme —le decía Juana a Trinidad, explicando el motivo de que Balbina pellizcara y retorciera la masa antes de hornear—. Ella solo piensa en agradecerle.

Mientras, Amadeo barría la cija desierta que perteneciera a Vulcano antes de darle un baño de agua. Le parecía mentira que entrara tanta suciedad en un espacio al que solo pasaba él a limpiar, aunque, teniendo en cuenta el trajín de los otros animales que iban y venían de las caballerizas casi de continuo, era de esperar. La escoba de bambú con que barrisqueaba el cuchitril se enganchó en la esquina de una losa de piedra caliza que parecía suelta. Se aproximó a comprobarlo introduciendo el dedo índice por el contorno de la losa. Le resultó sencillo despegarla en su totalidad; de hecho, era evidente que jamás se había adherido al pavimento como las otras losas. Con mucha precaución y fuerza, la retiró ligeramente del lugar en que estaba colocada, quedando a la vista una oquedad oscura. El joven atónito y un tanto temeroso, por lo que se apresuró a encender la yesca para prender la antorcha con que alumbró desde arriba el espacio que acababa de descubrir; después se apresuró a tomar una escalera de mano que introdujo en la cavidad y bajó por ella hasta introducirse en el lugar. Tras examinarlo concienzudamente, salió al exterior, en donde le esperaba Balbina.

—¿Por qué has tardado tanto? El pan se habrá enfriado —le increpó la muchacha, mostrándole el paquete que llevaba en las manos.

—Ven conmigo, marquesita. He de enseñarte algo.

Como era de esperar, Balbina quedó fascinada con el descubrimiento, y desde ese mismo instante comenzaron con los preparativos para hacer del lugar un rincón acogedor en que esconderse del mundo, como cuando de niños Vulcano les conducía al emplazamiento maldito. A duras penas dejaron caer al interior unas balas de paja, que les servirían de asiento, que cubrieron con

sábanas y mantas que tomaron prestadas de la cuerda en donde se secaban. Acudieron a la fragua a pedirle al herrero que forjara un asidero que Amadeo colocó en la cara interna de la losa y que les facilitara abrir y cerrar el escondite desde dentro. Cuando al día siguiente, por fin, pudieron sentarse y disfrutar de la mutua compañía en lo que ambos sentían que era su hogar, guardaron silencio durante largo tiempo mirándose a los ojos y tocándose las manos. Fue Balbina quien lo rompió.

—Amadeo, ¿y si jugamos a tus padres?

Los dos rieron con picardía y, en un brevísimo lapso, volvieron a enmudecer sus gargantas al tiempo que sus rostros dibujaban una sonrisa. Claramente emocionados, recibían la caricia del otro, que iba desde la frente hasta la barbilla. Amadeo, casi sin aliento por el deseo contenido, se abalanzó sobre ella, fundiéndose ambos en un beso húmedo que había aguardado demasiado tiempo a ser liberado. Como sus manos, que procedieron a desnudarse los cuerpos con movimientos tan ensayados que parecían haberlo hecho siempre..., y quizá fuera así, ya que en sus sueños siempre estaba el otro demandando el amor que sentían. No consumaron, sencillamente no se les había ocurrido nunca que hubiera una entrega más mágica que permanecer tumbados en el mismo lecho completamente desnudos, con la libertad adquirida de pasear por el cuerpo amado enjugando la pasión con los labios. Así estuvieron día tras día y, en ocasiones, noche tras noche, hasta que el milagro aconteció como un suspiro que la dicha no esconde, y se hicieron uno en carne. Hubiera sido pedir demasiado que continuara siendo todo tan sencillo. Una mañana, antes de que Balbina finalizara con sus lecciones de música, el marqués llegó eufórico a las caballerizas en busca de Amadeo.

—¡Amadeo!, ven a ver esto.

—Sí, señor marqués.

El muchacho salió a toda prisa hacia donde le indicaba el marqués y se encontró con un caballo andaluz de un color blanquísimo, de espesas y largas crines, cuello fuerte y arqueado, torso musculado... Amadeo quedó atónito contemplándolo, no tenía palabras para describir tanta belleza. Don Meradio intervino:

—¿Qué te parece, muchacho? Es una yegua, de nombre Ninfa, y ocupará el

lugar de Vulcano, que en paz descanse. Tu trabajo ahora consistirá en su minucioso cuidado en las caballerizas. Yo me encargaré personalmente de su ejercicio físico, por lo que preciso que esté ensillada y preparada todos los días al amanecer. ¿De acuerdo?

—Sí, señor, así será —respondió Amadeo maravillado, acariciando al animal.

—Perfecto. Llévala, pues, a descansar.

El joven tomó las riendas y guió a la yegua hasta el lugar dispuesto, el mismo en donde se hallaba su escondite subterráneo para encontrarse con Balbina. Tan ensimismado estaba cepillando al animal, que no reparó en la hora que era y por eso se asustó cuando llegó Balbina, trayendo con ella, como era habitual, el paquete con comida.

—¿Esta es la afamada Ninfa? —preguntó, acercándose a la yegua—. Mi padre no cesa de hablar de ella. Espero que no se lleve toda la atención de mi amado.

—Eso no sería posible, marquesita —afirmó él, besándole la mano.

—¡Ah!, ¿no? —insistía ella—. Pues me parece que no te has percatado de que, como acomodes a Ninfa ahí, no podremos entrar a nuestro escondite. — Ante el gesto de preocupación del joven, se aproximó hasta casi rozar su nariz con los labios de él y añadió—: O quizá has pensado en que cabalgarás sobre mí en ella... ¿Lo probamos, mi amor?

—¿Estás loca? Podrían vernos. —A toda prisa, Amadeo se zafó del aprieto al que estaba siendo sometido por parte de la muchacha y se dirigió hacia la losa que daba entrada al escondite—. No pasa nada. Mira, puedo abrir sin problema aunque esté la yegua aquí. Vamos.

Los dos enamorados entraron, no sin cierta dificultad, en la guarida en donde dieron cuenta de los víveres que había llevado Balbina y se amaron, conversaron y se amaron, proyectaron su futuro y volvieron a amarse con la facilidad que otorga la proximidad de las almas. Cuando consideraron que ya había llegado la hora de regresar cada uno a su morada y Amadeo se dispuso a retirar la losa para poder salir, se encontró con que no podía hacerlo: probablemente Ninfa estaba pisándola. Quedaron aprisionados en el lugar

durante horas sin que nadie reclamara su presencia, algo que no les extrañó, pues Amadeo ya había avisado a su padre de que dormiría en algún rincón de las caballerizas para tener a la yegua preparada cuando el marqués llegara, y tantear así la franja horaria a la que lo haría habitualmente. En cuanto a Balbina, lo normal era que sus padres tan solo la vieran cuando terminaba sus clases, antes de marchar junto a Amadeo. Fue el canto del gallo la causa de que Ninfa se desplazara de lugar y liberara así la losa de su peso. Amadeo la abrió raudo y salió a toda prisa a ensillar al animal.

—Tú quédate ahí hasta que tu padre se haya marchado —indicó a Balbina antes de volver a colocar el cierre al escondite.

Ella estuvo conforme y aguardó por poco tiempo, ya que, casi al instante, el marqués llegó ufano a las caballerizas.

—¡Ah, barbián! Sabía que no me defraudarías. Has vencido al sueño.

—Claro, señor marqués. Sus deseos son órdenes para mí.

—Gracias, hijo. Creo, no obstante, que la gazuza que traigo no me permitirá disfrutar de Ninfa todo lo que quisiera. Mañana vendré a buscarla después de desayunar, así que te doy permiso para que te amodorres por más tiempo en tu jergón.

—Sois muy amable.

Cuando el marqués, a lomos de Ninfa, hubo desaparecido de la vista de Amadeo, este corrió a abrir la losa y ayudó a salir a Balbina, que le abrazó y le besó en los labios.

—Ha sido una noche maravillosa. Espero que no estés muy cansado, ya que estaré aquí tras mis clases de música.

—Te esperaré ansioso, marquesita. Mientras tanto, pensaré en algo para que Ninfa no vuelva a atrancarnos la salida.

El amor todo lo puede, pero el hecho de estar tan cerca uno de otro en cuerpo y alma no hacía sino dejarlos abatidos y desesperados en la ausencia. La mirada de Balbina se perdía a través del ventanal demasiado a menudo

durante las lecciones de violín esperando encontrarlo, y sentía el delirio del recuerdo traspasándole la piel poro a poro. Qué fácil hubiera sido vivir como un pensamiento y poder volar, e incluso sobrevolar, la temida distancia hasta encontrarse en el otro. Qué sutil le parecía a él el batir de las alas de las golondrinas cuando pasaban sobre su cabeza robándole la frase que memorizaba para decirle cuando la viera, y no quedar mudo en su presencia, como siempre le sucedía:

—¿Cómo fueron tus lecciones, marquesita?... No, así no... ¿Qué tal tus lecciones, marquesita?... ¿Has aprendido alguna pieza nueva?

Una bandada de golondrinas interrumpió su soliloquio atenazándole el alma con un deseo, como el que cumplían en ese momento las aves volando hacia la libertad.

—Amadeo, amor mío.

Balbina había llegado a las caballerizas. Ella le llamaba amor, y era tan hermosa que volvió a quedarse sin palabras, y más aún cuando notó que sus ojos se emocionaban... Se había sentido tan solo sin ella... La muchacha parecía darse cuenta de todo lo que le sucedía antes que él mismo, y sin perder ni un segundo corrió a sus brazos a deshacerse en ellos. No les hizo falta hablar más; sus bocas estaban demasiado ocupadas saboreando la sal de sus cuerpos. El corto trayecto que les conducía a su escondite podían hacerlo con los ojos cerrados, así como retirar a Ninfa para acceder a la losa, levantarla y descender al paraíso. Amadeo colocó una madera que evitaba que la placa de piedra se cerrase del todo y que Ninfa la pisara al percibir el desnivel. Luego llegó hasta su amada, ya casi desnuda, y completó el cometido. Le gustaba tanto el olor de su piel, que hubiera preferido morir antes de dejar de sentirlo mientras ella, absolutamente entregada, le facilitaba el acceso a cualquier resquicio de su cuerpo. Era tan fuerte el ruido de los latidos de sus corazones desbocados, que no escucharon la voz del marqués que llamaba al muchacho desde la puerta de las caballerizas:

—¡Amadeo!... ¿Dónde se habrá metido? —Meradio decidió ensillar él mismo a su amada yegua. Había sido tan breve el paseo de esa mañana, que se liberó de algunos compromisos para poder salir a galopar con ella por la tarde —. Buenas tardes, alteza. Veo que el muchacho te tiene muy cuida... —No

llegó a terminar la frase, cuando distinguió una losa del suelo levantada—. ¿Qué demonios es eso? —Sacó al equino del lugar para poder acceder mejor y levantó la entrada al cubículo, sorprendiendo a su hija y al sirviente completamente desnudos y copulando como irracionales—. ¡Malnacido! ¿Qué le haces a mi hija? ¡Te voy a matar!

Los gritos del marqués alertaron a los miembros del servicio que laboraban en el exterior del palacio en esos momentos y el bullicio ocasionado por ellos llegó a oídos de Violante y Juana, que jugaban al ajedrez en los aposentos de la marquesa. De inmediato se personaron, junto con todos los habitantes de la casa, en las caballerizas, donde se encontraron con el señor lanzando objetos ecuestres al interior del cuchitril, mientras Fausto trataba de tranquilizarlo.

—Meradio, ¿qué está pasando? —preguntó Violante escandalizada.

—He sorprendido a tu hija y a este depravado yaciendo como animales.

—¿Pero qué estás diciendo?

La marquesa corrió hasta el lugar a verificar lo que su esposo decía, y al ver a los jóvenes, mal vestidos por la tensión del momento y abrazados, se llevó la mano a la boca y dejó caer de sus ojos lágrimas interminables que bañaron su rostro. Juana llegó junto a ella y su reacción fue similar, salvo que en vez de tapar su boca, le preguntó a su hijo:

—¿Por qué nos haces esto, hijo?

—¡Fuera de aquí todos! —ordenó Violante.

—¡Pagarás muy caro esta deshonra! —amenazó el marqués a Amadeo.

—¡He dicho que fuera de aquí, Meradio! —insistió la marquesa, sujetando el brazo de Juana para evitar que marchara con la congregación de curiosos—. Este problema solo compete a las madres.

Cuando hubieron salido todos de las caballerizas, Violante y Juana se abrazaron y lloraron desconsoladas, mientras los jóvenes salían de su guarida. Balbina se dirigió a la marquesa:

—Madre, yo le amo...

—¡Cállate! —interrumpió Violante—. ¿Crees que no lo sé? Nadie parecía

percibir que crecáis, que vuestros cuerpos no eran los mismos... Solo Juana y yo sabíamos que el inocente acercamiento ya no lo era tanto. Hemos vivido demasiado tiempo preocupadas por si vuestra imprudencia daba al traste con todo antes de que tu padre falleciera. Pero ahora...

—Nadie puede impedir que Balbina y yo estemos juntos.

—Qué insensato eres —prosiguió la marquesa—. Hubiera bastado un poco de paciencia para que mi hija fuera la dueña del palacio, lo hubierais tenido todo, incluso lo más importante, que es la libertad para amaros. Yo jamás me interpondría entre vosotros, pero ahora... Estoy segura de que mi esposo está retocando su testamento para desheredar a su hija, y como no lo impidamos, la enviará a un convento a clausurar su existencia. Amadeo, si aprecias tu vida, debes marchar antes de que el marqués tome represalias contra ti.

—Si él se va, también lo haré yo —amenazó Balbina.

—Os ruego, doña Balbina, que no dificultéis más la situación —le pidió Juana entre lágrimas—. No quisiera perderos a vos también el mismo día.

—Ve a buscar comida para el viaje de Amadeo —le ordenó su madre. Cuando la muchacha hubo salido a cumplir con el mandato, Violante volvió a dirigirse a Amadeo—: Prepara el carro de mies con un caballo y sal con él inmediatamente de palacio, antes de que llegue mi hija. —Cuando Amadeo lo hubo dispuesto todo, la marquesa le extendió una bolsa con monedas—. Con este dinero puedes mantenerte durante un tiempo. En cuanto encuentres un lugar para morar, escíbeme indicándome en dónde hallarte para poder enviar más dinero y avisarte en cuanto puedas volver a Alahuesas.

—Yo no quiero irme, moriré sin ella. Por favor, señora marquesa, tened piedad.

—Si tanto la amas, hazlo por ella, pues como no salgas inmediatamente de Alahuesas, seré yo misma quien te mate.

—Ve, hijo, hazte un hombre y vuelve a por ella cuando no sea peligroso. Estoy segura de que te estará esperando.

Juana lo abrazó con todo el dolor que la marcha del muchacho le causaba, y lo dejó ir viéndolo perderse en la espesura del bosque.

Amadeo no podía, o por lo menos no sabía, cómo dirigir al percherón por el buen camino a causa de la anegación de sus ojos, por lo que optó por entrar en Las Tierras Malditas, en donde jamás sería visto, a dormir un poco antes de que oscureciera por completo y poder huir sin que nadie reparase en su presencia. Pensó que le costaría, pero sucedió que el recuerdo de su amada lo condujo directamente a la profundidad del sueño. Sueño que creyó cuando olió su piel de nuevo y sintió el calor de sus labios besando los suyos, por eso no pudo articular palabra cuando la voz de Balbina lo despertó:

—Amadeo, tenemos que irnos antes de que nos encuentren.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al tiempo que volvía a la consciencia.

—Me he escapado. Sabía que te encontraría en este lugar. Ahora tenemos que huir antes de que amanezca y salgan en nuestra búsqueda.

Amadeo, creyendo que todavía soñaba, acomodó a Balbina entre las balas de trigo y tomó las riendas del caballo, huyendo del pueblo que les vio nacer.

Mayo de 1667, Madrid

El hecho de que Felipe II trasladara su corte a la villa de Madrid en el año 1561 supuso un problema para sus habitantes, ya que no había lugar en el que hospedar a la cantidad de personas que seguían al monarca. Este fue el motivo por el que se promulgó un edicto que asegurara el alojamiento de los funcionarios del soberano: *la regalía de aposento*, un impuesto que concernía a todas las viviendas que tuviesen más de una planta y que obligaba a sus propietarios a ceder los pisos superiores para usufructo de la corte. No obstante, quedaban exentas de la obligación todas aquellas casas que no tuvieran espacio para albergar al huésped.

Una característica notable del pueblo español fue y es, sin duda, la picaresca, peculiaridad que algunos madrileños agudizaron entonces para eludir la imposición, levantando muros exteriores que aparentaban ser la fachada de una casa de una sola planta y que escondían tras ellos la vivienda original. Otros construyeron cubiertas en pendiente para aparentar tener solo una entrada a la calle, o colocaban ventanucos a diferentes alturas que parecían sobreventanas de un mismo piso. Eran las llamadas *casas a la malicia*.

Quienes no se valían de la picardía para quedar exentos de ceder su casa a un huésped impuesto podían librarse pagando un canon de entre un tercio y la mitad del valor que se recaudaría por el arrendamiento. Si el propietario tenía dinero o contactos podía comprar la exención o donación real.

Esto es lo que sucedió medio siglo después del edicto, cuando el judeoconverso Samuel Amzalay, que a sus veinte años de edad amasaba una fortuna proveniente de las finanzas, privilegió en febrero de 1613 su vivienda sita en la Corredera Baja de San Pablo con 750 maravedíes. A la muerte de Samuel en 1640, la edificación fue heredada por su único hijo, Jonás de la Villa. Por célibe no contaba con descendencia que ocupara las estancias del hogar, e hizo de ella una pensión en la que pudo ubicar, dado que contaba también con un local a pie de calle, el negocio que regentaba: una próspera

barbería dotada del máximo confort y comodidad a la que Jonás dotaba de los últimos avances, sobre todo en lo que a cuidado bucodental se refería. No era de extrañar que siempre hubiera clientela esperando a ser atendida.

Jonás trabajaba de sol a sol sin denotar agotamiento en ningún momento. Tan admirable se hizo su buen hacer, que la fama de la barbería del *marrano*, apelativo que las malas lenguas otorgaron a su padre, y que se empleaba para denominar a los judeoconversos —más judíos que conversos—, llegó hasta los arrabales e incluso al Real Alcázar, donde fue requerido para asistir al mismísimo Carlos II. La noche antes de esta cita, no pudo conciliar el sueño por el nerviosismo de encontrarse a la mañana siguiente con doña Mariana, la reina regente, y con el pequeño monarca, del que había escuchado todo tipo de calificativos a cual más despreciable. Algo tendría que ver esto con el hecho de que lo hubieran mantenido oculto desde que nació y fuera en los últimos tiempos, a raíz de que su padre falleciera y fuera nombrado rey, que comenzaba a asomar a la luz pública.

Jonás se personó en la residencia real a la hora indicada. Se había levantado antes del alba y llevaba sin probar bocado desde hacía casi veinticuatro horas, por lo que temió que sus piernas no soportaran el peso del resto del cuerpo si el vahído le sobrevení. Ataviado con sus mejores vestimentas y con la bolsa que contenía las herramientas para asistir a su majestad, se anunció a uno de los guardias que custodiaban el Real Alcázar. El centinela abrió la puerta y, sin mediar palabra, le indicó que entrara. Apenas lo hizo se encontró con un sirviente que le preguntó:

—¿Eres el barbero?

—Sí. He sido citado por su majes...

—Acompáñame —interrumpió el sirviente.

Jonás, respetuoso siempre, lo siguió. Entraron en el Patio de la Reina, subieron las escaleras que se encontraban en el ala izquierda y anduvieron unos metros por la galería hasta llegar a una puerta cerrada. El lacayo llamó y ambos escucharon el beneplácito de la reina desde el interior. El sirviente abrió la puerta y anunció:

—Majestad, maese Jonás de la Villa, el barbero.

—Hazlo pasar.

El lacayo se volvió hacia Jonás y con un movimiento de cabeza le indicó que entrase. El gabinete de la reina era grande, majestuoso. Quizá demasiado sobrio y oscuro, pero puede que se tratase de un efecto visual al encontrarse repleto de muebles que, aunque de talla única, eran lóbregos y funestos. En pie frente al escritorio real, dándole la espalda, un sacerdote se afanaba en señalar los papeles que había sobre la mesa mientras le exponía su parecer, en alemán, a la gobernanta. El barbero no podía ver en esos momentos a doña Mariana, por lo que se desplazó cautelosamente hacia su derecha. Afortunadamente el clérigo dejó de hablar y se incorporó en su verticalidad, dejando a la regente a la vista de Jonás. La reina madre, vestida con toca y hábito monjil, le daba la réplica a su confesor también en alemán, sin prestar atención al visitante.

Jonás de la Villa se sentía mareado, no sabía qué hacer en esta situación que se le antojaba muy embarazosa. A pesar del dinero que invirtieran sus padres en su educación y el desparpajo innato que poseía para con todos, dudaba seriamente si sería capaz de articular palabra ante ella por miedo a equivocarse o saltarse el protocolo porque los sentimientos hacia su reina se le desbordasen. Afortunadamente, ella se puso en pie dando por concluida la conversación con el religioso y se dirigió al barbero:

—¿Maese Jonás?

—Sí, majestad —se apresuró a responder a la vez que hacía una reverencia.

—Adelante. —Jonás se colocó en pie, frente a ella, junto al sacerdote con el que la reina despachaba—. Padre Nithard, hacedme el favor de avisar a su majestad para que se persone en mi gabinete. Cuando es vuestra merced quien lo solicita acude raudo —le pidió al valido con marcado acento germano.

—Así lo haré, señora —respondió Nithard al tiempo que salía de la sala.

Doña Mariana volvió a sentarse. Hojeaba y firmaba papeles sin decir ni una palabra. Cuando terminó, ordenó su escritorio y, en silencio, escrutó el semblante del hombre. Este sentía su corazón desbocarse. Estaba tan cambiada... El día que la vio por primera vez se dirigía en carruaje hacia el Real Alcázar tras la ceremonia de su enlace con el rey don Felipe IV, que tuvo

lugar en el municipio de Navalcarnero. La multitud aclamaba a la nueva reina y ella repartía saludos y sonrisas para todos. Rememoró en un instante la pena que le causó aquella inocente criatura de tan solo quince años, dada en matrimonio al rey de España, su tío carnal, de cuarenta y tres años, especialmente avejentado por la vida de libertinaje que había llevado hasta la fecha y que le hizo padecer diversas enfermedades venéreas cuyas secuelas importunaban ahora su salud. Volvió a encontrarla en el año 1654 cuando pasaba en carruaje por su calle. Ella iba de corredera a la ermita de San Pablo y se detuvo frente a su barbería para solicitarle un vaso de agua. En aquella época Jonás tenía treinta años, ella tan solo diecinueve. En esta ocasión su rostro no era tan sedoso como él recordaba; iba cubierto excesivamente de afeites y polvo de coral, sin duda por ocultar las marcas de la viruela que acababa de convalecer y que casi acaba con su vida. Pese a todo, Jonás se sintió enormemente atraído por ella, por su simpatía, su desparpajo... Sin embargo ahora, a sus treinta y dos años, y según las malas lenguas, se había convertido en una mujer huraña, seria y engreída. Tras la muerte del rey se vistió de luto, como una monja de clausura, y ya no disimulaba su rostro picado de viruelas con polvo de coral. Pareciera que su vida, condenada por nacer reina, le había ganado la batalla.

—Tu cara me resulta familiar —habló la reina, sacándole de sus recuerdos—. ¿Te he visto antes?

Jonás se ruborizó al sentirse descubierto. Claro que lo había visto antes, cuando sintió sed aquel día y él sacó una silla de la barbería para que tomara asiento y descansara mientras bebía un vaso de agua fresca del búcaro. Cuánto disfrutó de su breve compañía, cómo se rió cuando ella bromeaba acerca de lo colorado de enojo que se pondría su esposo si se enterase de que había salido de palacio para ir de romería sin su permiso. Pero de esto hacía ya muchos años y ni ella lo recordaría ni ellos eran ya los mismos. Por lo que resolvió:

—No lo creo, majestad. Yo solo soy un barbero.

—Por eso te he hecho llamar. ¿Tu casa está en la calle por donde pasa la romería de San Pablo?

—Así es, señora.

—Entiendo —dijo con una pícaro sonrisa que hizo ruborizarse de nuevo a

Jonás.

Llamaron levemente a la puerta del despacho antes de entornarse y asomar por ella el rostro del sacerdote alemán.

—Señora, su majestad el rey.

—Adelante.

El padre Nithard entró con el rey Carlos II en brazos, un pequeño de cinco años de edad, de cabeza grande con cabellos rubios y largos, flaco, bajito y feo. Parecía que le costaba mantener el equilibrio cuando el clérigo lo dejó en el suelo y avanzó hacia su madre, apoyándose en todos los muebles que encontraba en su camino, canturreando una canción ininteligible. Jonás hizo una torpe reverencia a su paso.

—Majestad.

—Ven aquí, hijo mío —le pidió la reina, invitándole a sentarse en su regazo—. Y bien, barbero, es necesario que compruebes qué clase de mal afecta a tu soberano, pues desde hace unos días no come y se queja de dolor en la boca. Considero que es muy joven para padecer de neguijón, y, de hecho, no me he topado con nada similar al revisar su dentadura. Fuentes fidedignas te avalan garantizándome que eres el mejor de Madrid en tu oficio, por lo que en tus manos queda.

Jonás, henchido de confianza en sí mismo por las afirmaciones de su amada reina, se aproximó al pequeño y a su augusta madre y le solicitó al niño que abriera la boca. Tras examinar las piezas más tiempo de lo que era habitual en él, tratándose de quien era, expuso a la reina su diagnóstico:

—En efecto, señora, como vuestra majestad suponía, no se trata de neguijón, ni de tova, ni mucho menos de corrupción de encías. El motivo es que el rey pronto cambiará las muelas de leche: una de ellas se mueve y está descolocada. Sucede que en la mordida lastima la carne interna de la boca. Se aprecia una úlcera que convendría tratar con agua salada y jugo de limón.

—¿Cómo es posible que vaya a cambiar las muelas de leche antes que los incisivos? Es muy pequeño, hasta noviembre no cumple los seis años, que es la edad a la que su hermana comenzó a perderlos.

Jonás dudó si decirle que la mandíbula inferior era tan sobresaliente que causaba el desajuste que hacía desplazarse la pieza dental, pero creyó que podría ofender y tampoco merecía la pena levantar la alerta, así que tranquilizó a la reina:

—Sí, vuestra majestad es mujer muy sabia, tenéis de nuevo razón. El rey es demasiado joven, pero está muy desarrollado para su edad. No es malo en absoluto que pierda las muelas de leche antes de tiempo. Lo que sí juzgo importante es que se vigile la pieza hasta que caiga, y mientras esto sucede, que no coma sólido, más bien alimentos blandos y mucha leche.

—Considero oportuno —prosiguió la reina— que seas tú el encargado de estos menesteres.

—Pero, majestad, yo...

—Con las debidas retribuciones, por supuesto. No tienes que estar siempre aquí, bastará con que vengas a palacio tres veces al día hasta que la muela caiga definitivamente. Después, ya veremos, que todavía le faltan muchos dientes por perder.

—Será como vuestra majestad disponga.

Cuando regresó a la barbería, la cantidad de personas entre clientes y curiosos que aguardaban su regreso formaba una fila que casi llegaba a la ermita. Jonás respiró hondo, dibujó una sonrisa en su rostro y comenzó la jornada ajustando el tiempo en su interior, teniendo en cuenta que antes de que acabara el día, habría de regresar otras dos veces al Real Alcázar a asistir al mismísimo Carlos II. Aunque lo que en realidad le removía por dentro era que antes de dormir se encontraría dos veces con quien de noche soñaría: doña Mariana de Austria.

En la iglesia de San Antonio de los Alemanes, Balbina y Amadeo, conscientes de que no sería posible desposarse por no contar con el beneplácito paterno obligatorio, se juraban amor eterno ante Dios. Estaban muy cansados después del viaje desde Alahuelas, y no porque hubiera sido pesado, sino porque las cuatro horas que les llevó hacerlo correspondían al

tiempo de madrugada que no durmieron. Consideraron que en Madrid estarían a salvo pues lo más probable era que el marqués los buscara en Córdoba, tierra de doña Violante, en donde estaba seguro de que les darían asilo. De indagar por otro lado iría más allá, a Portugal e incluso ultramar, pero ellos no creían que se le ocurriera buscarlos en la cercana Madrid que, además, era un lugar idóneo para pasar inadvertidos. Preguntaron por una pensión para alojarse y les indicaron la del marrano. Les aseguraron que no tenía pérdida, pues yendo hacia la ermita de San Pablo verían gente esperando para entrar en una barbería: ese era el lugar. Cuando llegaron, efectivamente, se podía distinguir a distancia el cúmulo de personas que aguardaban a ser atendidas en la puerta del establecimiento. Amadeo bajó del carro y le dijo a Balbina:

—Espera aquí un momento, marquesita. Voy a preguntar. —Ató las riendas, se acercó hasta la multitud y se dirigió a un hombre que hacía cola—: Disculpad, vuestra merced. ¿Sabríais decirme con quién he de hablar para rentar un cuarto en la posada?

—¡Ah, rufián! No intentes engañarme. No pasarás antes que yo. ¡Espera tu turno!

—No, si yo solo quiero...

Ante los empujones e improperios que recibió por parte de los allí congregados, decidió husmear en el portal que daba acceso a las viviendas, con la esperanza puesta en que comunicara con la barbería de alguna forma que le permitiese hablar con el barbero que, según le dijeron, era el dueño. El portón parecía abierto, y se dispuso a empujarlo para entrar, pero justo antes de tocar la puerta, esta se abrió desde dentro y apareció un hombre de unos treinta años, de gesto amable, que se disculpó por su brusquedad al abrir:

—Perdonad, vuestra merced. ¿Os he lastimado?

—No, en absoluto. Me azoré porque no os esperaba. ¿Estáis bien?

—Bien, perded cuidado. Decidme, ¿buscáis a alguien de esta casa?

—Sí... ¿Es vuestra merced el amo de la posada?

—No, solo soy un inquilino. El amo se encuentra trabajando en la barbería. ¿Le requerís por algo urgente?

—Así es, a mi parecer. Mi esposa, que está aguardando en el carro, y yo acabamos de llegar a la villa. Necesito saber si podríamos alojarnos en esta posada, pero me resulta imposible entrar en el establecimiento para hablar con él.

El hombre sonrió y, echándose a un lado para dejarle espacio, le invitó a pasar.

—Precisamente ayer por la noche quedó libre el aposento vecino al nuestro. Acompañadme, pues maese Jonás solicita que cuando haya que referirle razón apremiante, accedamos a la barbería por la trastienda, si es que estuviera atorada de humanidad la entrada principal. Por cierto, mi nombre es Jacobo y vivo en la segunda planta con mi esposa, Abigail.

—Gracias, Jacobo. Yo soy Amadeo y mi esposa se llama Balbina.

Al entrar en el portal y dejando a la izquierda las escaleras del edificio, accedieron a un corredor por el que entraba la luz del patio interior, ubicado al fondo. Antes de llegar a él, Jacobo señaló una puerta que quedaba a la izquierda.

—Es aquí.

Abrió y ambos hombres entraron en un cuarto que tenía un ventanuco cuyo cristal, a fin de que no entrara frío, estaba tapado con papel encerado. Había un catre, un lavamanos de cerámica con jarra, una mesa con cuatro sillas, un espejo, un brasero de carbón... Un hogar, en definitiva, que aunque humilde, estaba perfectamente habilitado para vivir. Continuaron avanzando hacia el interior atravesando la trastienda, en la que el barbero almacenaba pulcramente ordenados los aperos de su trabajo, que iban desde tijeras, navajas y bacías hasta material para extraer dientes, sajar diviesos, vendar úlceras y realizar sangrías. Una cortinilla la separaba de la barbería, en donde se encontraban Jonás y alrededor de diez hombres más, unos sentados y otros de pie esperando su turno, mientras el dueño se afanaba en recortar el cabello de un muchacho.

—Maese Jonás.

—¿Qué ocurre, Jacobo?

—Es Amadeo. Su esposa y él buscan alojamiento. ¿Os parece bien que ocupen el aposento que quedó ayer vacío? Yo me encargaré de que os busquen al final del día, para saldar cuentas.

—Sí, está bien —respondió el barbero sin dejar de hacer lo que estaba haciendo.

Los dos hombres se dispusieron a salir por donde habían llegado, pero antes de hacerlo escucharon la voz de Jonás:

—Amadeo.

—¿Sí? —repuso temeroso.

—Sed tu esposa y tú bienvenidos a mi hogar.

Amadeo salió a la calle a buscar a Balbina y, mientras tanto, Jacobo sacó de un cofrecito de madera que maese Jonás guardaba en un cajón la llave de la morada que ocuparían los recién llegados. Cuando estos regresaron, ascendieron los tres a la segunda planta y abrieron la puerta del lugar asignado. Un breve recibidor les dio paso a un salón pequeño en el que había una mesa con cuatro sillas y un brasero renegrido y grasiento que, a juzgar por

la mesita que estaba junto a él y sobre la que se apoyaba un sucio cucharón de madera, lo mismo servía para calentar la estancia que para cocinar. Dos taburetes de tres patas completaban el conjunto. Al fondo de la sala había una habitación con una cama grande y deshecha. Las sábanas estaban mugrientas y apestaban, incluso les pareció ver algunos piojos corriendo por la almohada amarillenta. Contaba también con una cómoda de tres cajones hecha de madera de nogal, sobre la que descansaban un lavamanos y una jarra de finísima cerámica, decorados ambos objetos con motivos florales en tonos blanco y rosa. Separado por una cortina, había otro dormitorio, cuya cama se encontraba en las mismas condiciones de mugre que la anterior. Amadeo no pudo reprimir el comentario:

—Pero... ¡esto es una pocilga!

—¡Amadeo! —le increpó Balbina, golpeándole en el brazo—. Disculpadle. Es un hogar muy apropiado.

—No os excuséis, vuestro esposo tiene toda la razón. Los antiguos inquilinos no destacaban por su limpieza. Mi esposa vendrá a adecentarlo inmediatamente. —Y yendo hacia la escalera, llamó—: ¡Abigail!

—¿Qué? —escucharon desde dentro Balbina y Amadeo.

—Tenemos nuevos vecinos. Ven a aviar la casa.

Cuando Jacobo regresó al interior, Balbina lo amonestó:

—No teníais por qué avisarla. Yo puedo ocuparme de limpiarlo.

Abigail, una mujer hermosa de unos treinta años, tez morena y pelo suelto y rizado, ya había entrado y respondió:

—Es mi labor, muchacha. Maese Jonás me paga para que arregle los aposentos antes de que entren los nuevos inquilinos. Soy Abigail, la esposa de Jacobo.

—Ellos son Amadeo y Balbina —explicó Jacobo—, acaban de llegar de... ¿De dónde acabais de llegar?

Los jóvenes se miraron sin saber qué decir. No habían maquinado una falacia convincente para salir del paso si se diera una situación como esta. Huyeron de Alahuesas y probablemente los estarían buscando, por lo que era

muy temerario informar a los nuevos vecinos de su procedencia. Afortunadamente, Abigail se percató de la tensión en la pareja.

—Eres un cotilla, Jacobo. ¿Qué importa? Salta a la vista que son buenas personas. Habéis de perdonadme por no llegar antes a asear vuestro hogar, pero iba a pasar el esportillero repartiendo la ropa limpia y tuve que esperarlo en la calle, si es que quería volver a ver las sábanas. Esposo, ¿no es muy tarde para que todavía estés aquí?

—Bueno, mujer, un día es un día. Amadeo, ¿tienes ya trabajo?

—No, tengo que buscarlo y no sé por dónde empezar.

—¿Qué sabes hacer?

—Antes de venir, trabajaba al cuidado de las caballerizas de un noble... Pero puedo hacer lo que sea, incluso limpiar bacines.

—Espero que no sea necesario. Acompáñame al alfar, te presentaré a un conocido que es probable que te pueda ayudar.

—Muchas gracias. Marquesita, te dejo a buen recaudo. Espero regresar con un trabajo.

—Estoy segura de que así será. Ve tranquilo, mi amor.

Los dos hombres salieron de la estancia. Entonces Balbina, con gesto de haber comprendido un misterio, le preguntó a Abigail:

—¿Tu esposo es alfarero? —La mujer asintió y la muchacha señaló hacia el lavamanos—. ¿Es obra suya?

—Sí —respondió Abigail, denotando satisfacción—, y toda la loza y cerámica que hay en la pensión y en la barbería. Cuando terminemos de adecentar esto, vienes a mi casa que hay mucho más: tazas, platos, ollas..., coges todo lo que te guste y precisas.

—Pero hasta que Amadeo no gane un jornal, tenemos lo justo para pagar la pensión y un mendrugo de pan.

—Anda, mujer, es un regalo. Si hasta me haces un favor. Tengo el aposento tan colmado, que cualquier día nos salimos a dormir en la escalera.

—Gracias, Abigail.

—No hay por qué darlas. Más agradecidos tendríamos que estar nosotros por vuestra presencia en la casa. Ayúdame a cambiar las sábanas y, mientras tanto, cuéntame en qué menesteres te ocupas.

—Lo cierto es que en nada. Gracias a Dios no he necesitado jamás doblar el espinazo para asuntos de mi casa.

—¿Lo dices en serio? Déjame ver tus manos. —Balbina soltó la sábana y se las mostró algo temerosa. Abigail las tomó y acarició las palmas con cara de asombro, luego las pasó por su rostro cerrando los ojos y concluyó—: Has de saber que si corres peligro, tanto Jacobo como yo estamos dispuestos a ayudar.

—¿Por qué crees que corremos peligro?

—¿Tu esposo también? Por un momento creí que te había raptado de tu... palacio —bromeó, pero dejó de reír en cuanto vio el gesto cariacontecido de la muchacha—. ¿Acaso venís de un palacio?

Balbina, creyéndola de absoluta confianza, se dispuso a relatarle toda la verdad, pero la interrumpió alguien que llamaba a la puerta. Abigail sosegó el sobresalto de la muchacha estrechando su mano.

—Yo abriré, tranquila.

Fue hacia el recibidor y abrió la entrada de la vivienda. Era Casilda, una mujer de cuarenta y cinco años, oronda y de color saludable, «la viva estampa de la gula», según la definía Abigail. Su marido y ella ocupaban una vivienda en la tercera planta, y a juzgar por el gesto de Abigail al verla, no gozaba de su simpatía ni por lo más remoto.

—¿Qué quieres, Casilda? —preguntó con fastidio.

—Si se me concediera lo que pido, desearía no volver a ver esa cara de bruja que tienes, pero como parece que el Altísimo no se apiada de mí, no me queda más remedio que soportarte —dijo, retirando a Abigail de en medio de muy malas formas para entrar en la casa—. ¿Con quién hablabas?

—¿Has estado husmeando?

—Yo no husmeo; simplemente estoy atenta para mantener a salvo la honradez de esta casa, aunque me está costando la vida conseguirlo contigo y

el cornudo de tu esposo.

—No te permito que me faltes más.

—¿Y qué me vas a hacer? ¿Denunciarme, quizás? Pues lo siento, porque eso lo haré yo. ¿Dónde está tu amante? —preguntó, intentando entrar en la habitación a pesar de Abigail.

—La calumnia también es delito. ¡Detente!, no tienes derecho —exigía Abigail, sujetándola de un brazo.

—¡Suéltame!

Balbina se colocó en la puerta de su dormitorio y desde allí saludó a Casilda:

—Tenga buenos días vuestra merced. ¿Qué se os ofrece?

Casilda se quedó boquiabierta al verla. No supo qué decirle y se dirigió a Abigail de nuevo:

—También eres bujarrona y yaces con niña. ¿Conoces la condena por cometer estupro?

—Maldita orate. No me calumnies más —rezongó Abigail.

—¡Marrana! —soltó rotunda, escupiendo sus pies.

—¡Basta ya! —intercedió Balbina, procurando así el silencio en la sala—. No os tolero ni un impropio más en mi hogar.

—¿Tu hogar?

—Sí, señora. Mi marido y yo acabamos de instalarnos. ¡Ah!, descuidad, mi esposo tampoco comete estupro yaciendo conmigo, pues ya he cumplido la mayoría de edad.

—Perdona, muchacha —se disculpó Casilda—. Soy una pobre mujer asustadiza que ha vivido muchas penurias y no confío ni en mi propia sombra. —Asió el brazo de la joven para aproximarla a ella—. No te fíes de esta. Su marido y ella judaizan en alguna sinagoga clandestina. En cuanto pueda demostrarlo, los denunciaré.

—¿Has terminado ya? —interrumpió Abigail.

—No, pero he de irme a atender mi hogar..., no como otras. — Dirigiéndose de nuevo a Balbina, añadió—: Cualquiera cosa que precisas, mi casa está arriba. Buenos días.

Casilda fue hacia el recibidor para salir de la casa. Hasta allí no alcanzaban a ver las otras dos mujeres, y Abigail le pidió silencio con el dedo índice en los labios.

—Antes de hablar, esperemos a escuchar que ha entrado en su casa —le recomendó a la muchacha susurrando.

Efectivamente, escucharon sus pasos subiendo las escaleras y abrir y cerrar la puerta del piso de arriba, por lo que creyeron que ya estaban libres de intrusismo.

—Ahora sí.

Lo que ignoraban las dos mujeres es que la fisgona de Casilda, cuando salió de la casa de Balbina, no cerró la puerta del todo, y fingió que entraba en la suya. Después, se quitó las alpargatas, regresó descalza para no hacer ruido y arrió la oreja al quicio de la puerta de Balbina para escuchar la conversación que mantenían.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Quién es esa mujer? —preguntó Balbina aún atemorizada.

—Ya te referiré, tranquila. Ahora continúa relatándome por donde te habías quedado antes de que llegara Casilda, que es más importante. Decías que habéis llegado desde un palacio, ¿es así?

—Sí. Te ruego que seas muy discreta, pues si mi padre nos descubriera, sería capaz de matarlo. Mi nombre completo es Balbina Gómez de Artiaga y Garrido de Valdenoble, hija de los marqueses de Alahuesas y nieta de los duques de Valdenoble. —Abigail cambió la cara al escucharlo, abriendo muchísimo los ojos. También Casilda desde fuera—. Mi ama de cría fue Juana, la doncella de mi madre. Son amigas íntimas, por lo que mi madre no consintió que fuese otra mujer. La misma Juana fue quien me ayudó a nacer.

—¿También es comadrona?

—Solo si mi madre lo precisara para ella, como fue el caso.

—Qué mujer más admirable y valiente. También debes de apreciarla mucho. Sus brazos fueron los primeros que te dieron amparo y sus pechos los que te amamantaron.

—Y no solo eso. Lo más grande es que su vientre engendró al amor de mi vida.

—¿La doncella de tu madre es la madre de tu esposo? —preguntó con estupor.

—Así es.

—¡Qué bella historia, mi niña!

—Desde que nací estoy a su lado, fíjate que hasta somos hermanos de leche. Hemos crecido juntos, estudiado juntos... Hemos jugado a los mismos juegos e incluso cuando éramos muy niños compartíamos el mismo lecho. Comenzamos a amarnos irremediablemente y de forma tan natural, que dimos alas a este sentimiento sin saber que pecábamos.

—¿Pecar? ¿No os lo permitían?

—Parece ser que no. Mi padre nos sorprendió y montó en cólera: juró que mataría a Amadeo. Gracias a nuestras madres mi esposo pudo huir y yo escapé por la noche para reunirme con él.

—Dios mío, no pueden encontraros. ¿Os creéis seguros en Madrid?

—¿Puede acaso haber mejor lugar? Esta villa es grandiosa y llena de personas.

—Acostumbrados como estáis a un lugar más pequeño, es lógico que veáis Madrid inescrutable. Deseo que así sea. Entonces, si acabáis de fugaros porque tu padre se niega a daros su aprobación..., ¿cómo y dónde os habéis desposado?

—No lo hemos hecho —respondió temerosa.

—¡Santo Dios!

—Pero nos hemos jurado amor eterno ante Dios.

—Quiero creer que el Todopoderoso no ve mal vuestro proceder. Yo, desde luego, no.

—Gracias, Abigail.

Las mujeres se abrazaron al tiempo que Casilda sonreía con malicia y regresaba a su hogar, donde comenzaba a hilar la forma de causar el mayor daño posible con la valiosa información de que disponía.

Amadeo no creía que fuera suficiente el jornal que obtendría por trabajar en las caballerizas reales para pagar la renta y llevar el sustento a su hogar; sin duda, tendría que buscar otro empleo para las noches. Recordó que no hacía ni un día que Balbina y él gozaban de la comodidad del palacio de Alahuelas, despreocupados por lo difícil que es llevarse un trozo de pan a la boca y dormir bajo techo cuando se sale del abrigo paterno y todo eso depende del trabajo de uno. Qué ridículo le parecía ahora su malestar por tener que compartir asilo con los caballos cuando el marqués le exigía estar allí al amanecer. Por lo menos entonces dormía; ahora no podría hacerlo si quería llegar a tiempo a las caballerizas del Real Alcázar. Madrid se le antojó inmenso; nunca hubo recorrido a pie tantos metros, que por otra parte no es que le pareciera cansino, sino más bien impensable que hubiera tanta distancia para caminar entre dos puntos todos los días, y que además resultara tan ameno el recorrido. Se cruzaba con tantas personas, que estaba seguro de que no recordaría el rostro de ninguna de ellas si las volviera a ver. En esto estaba cuando un niño llamó su atención. Quitaba con los dientes la cáscara de las semillas de melón que contenía en su mano, para después comerse su contenido, con una destreza pasmosa. Amadeo ralentizó su marcha para observarlo con más detalle. Su progenitora salió de la casa y le golpeó en la cabeza, reprendiéndolo:

—¡Lorenzo! ¿No te he dicho que las pipas son para mañana? Tu padre se disgustará si no le quedan para el espectáculo.

—¿Qué pasa mañana? —escuchó Amadeo a otra mujer que asomaba tras él, de la puerta vecina.

—¿No te has enterado? Mañana hay ejecución en la Plaza Mayor, mujer.

Amadeo aceleró el paso sin querer escuchar más; le ponía los pelos de

punta imaginar algo así que parecía complacer a algunos presenciar. Con motivo de la huida de la conversación, salió de la ruta que le indicara Jacobo y se encontró con que estaba perdido en una ciudad enorme que no conocía. Tendría que preguntarle a alguien por el camino, y tratando de encontrar al transeúnte idóneo, entró en la mismísima Plaza Mayor. Era tan grande y majestuosa que no se dio cuenta de que estaba dentro, si no hubiera sido por los hombres que llamaron su atención armando el cadalso en que tendría lugar la renombrada ejecución del día siguiente. Volvió a congelársele la sangre y reculó a toda prisa, confiando en que encontraría lejos de allí a alguien que pudiera indicarle en dónde estaba su casa.

Una vez que fue encaminado, no tardó en llegar a la pensión del marrano. Pero antes de acceder a su vivienda y contarle a Balbina cómo había ido la jornada, pasó por la barbería, que parecía menos concurrida que por la mañana, para tratar con el casero los temas económicos correspondientes a la renta de la casa. A juzgar por el lujoso carruaje aparcado en la puerta del local, supuso que la clientela de esas horas era más distinguida que la de la mañana, por lo que se colocó el cabello, esbozó su mejor sonrisa y fijó en su mente, antes de entrar, la cortesía aprendida durante años en Alahuesas. Sin fijarse demasiado en el público que había, se dirigió a Jonás, que en esos momentos trabajaba en la dentadura de un hombre:

—Maese Jonás, tengan vuestra merced y su distinguida concurrencia buenas noches.

Tanto Jonás como el hombre que permanecía con la boca abierta en sus manos le miraron con asombro. Tan solo un anciano de indumentaria impecable que aguardaba sentado en una silla a ser atendido respondió:

—Gracias, joven. Que sean buenas también para ti.

El casero, reaccionando a su llegada, preguntó:

—¿Ya has vuelto de trabajar, muchacho?

—Sí —respondió él—. Hace tiempo que cayó el sol, pero he tardado porque me desorienté al venir.

—¡Santo Dios! —exclamó Jonás extrayendo la muela del paciente, el cual emitió los consabidos gritos—. Don Gaspar —dijo dirigiéndose al anciano

elegante—, hoy no puedo atenderos.

—¿Cómo dices? Mañana a primera hora tengo reunión con la reina. Es impensable que asista sin afeitarse.

—Es precisamente con ella con quien estoy citado, bueno, más que con ella con su hijo, el rey. He de marchar cuanto antes —insistía mientras cobraba al desdentado, lo acompañaba a la puerta, se lavaba las manos, cogía la bolsa con las herramientas y abría la puerta, invitando a don Gaspar a salir.

—No, maese Jonás, me niego a abandonar tu establecimiento. En mi casa no dispongo de criado que sepa rasurar, ni tan siquiera de navajas para intentarlo.

—Pues como no sepa hacerlo mi inquilino, no se me ocurre otra opción. Toma, muchacho —le dijo a Amadeo, entregándole una llave—. Cuando el virrey se vaya, cierras esta puerta, por favor. —Y salió corriendo calle arriba.

Amadeo se quedó pasmado. ¡Un virrey! Jamás pasó un virrey por Alahuesas. Imaginó la cara del marqués si supiera que él se hallaba ante uno desesperado por un simple afeitado para estar presentable ante su majestad la reina madre. Lo que era seguro es que su padre se hubiera arriesgado con los cinco sentidos a satisfacer a tan noble cliente, por lo que él probó:

—Si vuestra ilustrísima lo tiene a bien, yo mismo podría ocuparme de vuestro mentón.

Don Gaspar, gratamente sorprendido por la exquisitez en el trato del muchacho que olía a equino, preguntó:

—¿En verdad sabes hacerlo?

Amadeo mintió:

—Sí, ilustrísima. Soy hijo del barbero de un noble de Guadalajara. He crecido, por tanto, rodeado de bacías, y hasta hace muy poco me turnaba con mi progenitor para rasurar a este marqués del que os hablo.

Era cierto que Fausto, su padre, era el encargado de afeitarse todas las mañanas al marqués, y que desde muy niño Amadeo había asistido al ritual que conocía al dedillo, aunque jamás hubiera deslizado la navaja por el rostro de don Meradio.

—Procede, pues. Será mejor arriesgarse que ir como un mendigo.

Amadeo lo afeitó con sumo cuidado de no herir la piel marchita, sobre todo a la hora de perfilar la perilla y el mostacho sin que cambiara ni un ápice la expresión de honorabilidad del noble. Recortó los pelillos que asomaban por la nariz y las orejas, así como se atrevió también, por petición de don Gaspar, a recortarle la pobre melena que ya casi le alcanzaba los hombros. Cuando acabó, don Gaspar se miró en un espejo y dijo satisfecho:

—Gran trabajo, hijo. Dime, ¿llegas todos los días a la misma hora de trabajar? Teniendo en cuenta que maese Jonás parece ocupado con Carlos II, me sería muy grato que fueses tú quien se dedicara a mi estilismo.

—Ilustrísima, yo solo soy un acemilero más en las caballerizas reales. Os he atendido puntualmente para que os despreocupaseis. Ni siquiera tenéis que pagarme.

—Está bien. Trataré con maese Jonás el asunto, pues sería una pena que manos como las tuyas, tan hábiles en este oficio, se echaran a perder. Espero que mañana estés al menos, si es que el barbero se tuviera que ausentar antes de atenderme.

—Tenéis mi palabra.

Amadeo lo acompañó hasta el carruaje sirviéndole de báculo, y lo ayudó a subir a él.

—¿Cómo dices que te llamas, muchacho?

—Amadeo, ilustrísima.

—Amadeo, ya que te niegas a recibir la remuneración por tu impecable trabajo, déjame al menos que te recompense con unas viandas para tu cena de hoy, que, a juzgar por la sinfonía de tripas que albergas, no has manjado desde hace mucho. Si me acompañas a mi casa, puedes dar cuenta de un faisán cazado esta misma mañana.

—No os preocupéis, ilustrísima. Mi esposa me espera en casa con la cena preparada.

—Bien entonces. Gracias, Amadeo. Me satisface que mi aspecto sea impecable. Hasta mañana si Dios quiere.

—Hasta mañana.

Amadeo cerró la barbería y acudió raudo, subiendo de dos en dos los escalones, al encuentro de Balbina, que lo esperaba impaciente para colmarle de amor. La casa a su regreso parecía otra, recogida y limpia. Olía a auténtico hogar. Estaba adornada con vasijas que Amadeo no recordaba cuando entraron allí la primera vez. Balbina le preguntó por el trabajo, pues suponía que si había llegado tan tarde sería porque lo había encontrado.

—Así es, marquesita. Jacobo tiene un amigo que trabaja en el Alcázar y ha conseguido emplearme en las caballerizas.

—¿En las caballerizas reales? ¿Vas a trabajar para el rey? —preguntaba muy excitada, sin permitirle casi explicarse—. Es maravilloso que hayan reconocido tu valía.

—No es así. No puedes imaginar lo grande y lujoso que es aquello. Realmente, no soy nadie, tan solo uno de la veintena de ayudantes del caballero mayor, concretamente el último que acaba de llegar, con un jornal escasísimo. Tendré que buscarme otro empleo.

—No penes, mi amor. También yo tengo manos para laborar.

—Tú no, marquesita. No has nacido para esto.

—¡Déjate de tonterías! ¿Acaso no me alimento igual que todos los mortales? Pues como todos, estoy hecha para trabajar. —Llamaron a la puerta, y Amadeo se sobrecogió. Balbina lo tranquilizó acariciando su rostro y añadió —: Además, ya contamos con amigos que miran por nosotros. —Se dirigió a la puerta y abrió—. Adelante.

Abigail y Jacobo, portando queso, pan y vino, pasaron a la casa.

—Buenas noches —dijo ella—. Traemos comida, porque suponemos que con todo el cambio, no habréis tenido ni tiempo para ir al mercado.

—Pero... es vuestro pan —protestó Amadeo.

Jacobo lo tranquilizó con una sonrisa.

—Y sienta mejor cuando es compartido. Vamos, Abigail, dejémosles tranquilos.

—¡Esperad! —exclamó Amadeo. A sus vecinos les pareció que la juventud y vehemencia del muchacho pondría trabas a la hora de aceptar la dádiva—. Habéis de compartir con todas las consecuencias. Sentaos con nosotros, por favor.

Los cuatro se sentaron a la mesa y dieron cuenta de los alimentos conversando de los trabajos fuera y dentro de casa. Abigail recordó la visita de la vecina de la tercera planta y se lo hizo saber a su esposo:

—Casilda ha estado aquí cuando Balbina y yo adecentábamos la casa.

A Jacobo pareció fastidiarle la información y preguntó:

—¿Y a qué ha venido? ¿Ha pasado algo?

—No, descuida. Balbina ha sabido bandeársela y se ha ido con las ganas de llevarme al Santo Oficio, ¡como siempre! —Dio un trago de vino.

Amadeo, que se sentía fuera de la conversación, porque hasta su mujer sabía de qué se hablaba, preguntó:

—¿Quién es esa Casilda?

—Será mejor que hablemos quedo, ellos lo escuchan todo —sugirió Jacobo señalando hacia arriba, casi susurrando—. Casilda y Roque son el matrimonio que vive en la tercera planta. Su vivienda está situada justo encima de la nuestra. Cualquiera que dudara de la existencia del demonio, comprendería que estaba errado si conociera a Casilda.

—Es la matrona del vecindario —prosiguió Abigail—, pero no es del agrado de las parturientas por su sequedad y su deficiente praxis; de hecho, muchas mujeres prefieren parir ellas solas antes que avisarla para que las ayude.

—La inquina que nos profesa comenzó desde que nos casamos y llegamos aquí, hace ya más de diez años. Abigail se instruyó también como matrona, estudiando con una partera francesa que, a su vez, se formó en el Hôtel Dieu de París. —Ante el gesto de desconocimiento de la joven pareja, Jacobo aclaró—: Las matronas francesas son las más diestras y el Hôtel Dieu de París es el hospital más prestigioso de toda Europa. Como os ha dicho mi esposa, la sequedad de Casilda en el trato y su mal hacer fueron algo muy positivo para

Abigail, ya que era a nuestra casa a donde acudían las preñadas. Aunque abrazamos el cristianismo años antes de vivir aquí, nuestros orígenes son judíos, y ella se valió de esto para poner en peligro nuestras vidas.

—¿De qué habláis? —se impacientaba Balbina.

Abigail tomó aire y relató:

—Probablemente fue por envidia que me denunció a la Inquisición, pero no personándose ella misma dando la cara ante el fiscal, sino a través de una mendiga que aceptó hacerlo por un puñado de maravedíes. Alegó en mi contra que mientras daban a luz las mujeres, yo recitaba la ley del Talmud, y que me negaba a atender los partos en sábado. ¡Todo mentira! Pero me prendieron y era seguro que sería ajusticiada, de no ser por las mujeres que habían pasado por mis manos y que acudieron en mi auxilio desmintiendo el vilipendio. El inquisidor escuchó a todas y a cada una de ellas y, finalmente, me concedió la libertad, pero me sentenció a no volver a ejercer mi profesión. En cuanto a la mendiga que había contratado Casilda para calumniarme, fue condenada a las llamas por falsa denuncia.

Balbina y Amadeo quedaron sin palabras. Nunca fueron conscientes de hasta dónde puede llegar el ser humano movido por la codicia. Amadeo preguntó entonces:

—¿Cómo podéis vivir estando ellos tan cerca?

—Nuestra casa, así como maese Jonás, son de nuestro agrado —respondió Jacobo—. Además, no es mucho el tiempo que estos malnacidos están aquí. Roque es carpintero y tiene un taller en las afueras; también allí poseen una cabaña a la que se mudan cuando comienza la primavera y regresan en noviembre, cuando empiezan las heladas. Sé que pensáis que estamos en mayo y todavía están aquí. Creemos que es por la marcha de los inquilinos que se fueron ayer. Hacedos una idea de hasta dónde llega su afán de conocer las vidas ajenas. La gente dice que tienen dos hijos que viven también en los arrabales, irán con ellos quizá. Durante su ausencia siguen pagando la renta religiosamente, pero ¡ay!, qué tranquilidad y gozo cuando no están.

Cuando terminaron de cenar, Abigail y Jacobo se encargaron de recoger los utensilios mientras Amadeo y Balbina bajaban a la casa de maese Jonás para hacer cuentas.

—Este mes ya está pagado —les informó el casero—. Cuando regresaba de palacio me crucé con el carruaje de don Gaspar, que se detuvo para expresarme su contento con el trabajo que habías hecho con él, y lo cierto, muchacho, es que era impecable. Me dijo que no quisiste cobrarle e insistió en pagarme la renta de vuestra casa este mes.

—¿Cómo no me has contado nada, Amadeo? —preguntó Balbina—. Cada día que pasa descubro nuevas cosas de ti que me dejan sorprendida. ¿Dónde has aprendido a ser barbero?

—Tan solo era un arreglo para ir tirando. No soy barbero, no podría sangrar ni arrancar dientes a nadie.

—Pero podrías aprender —sugirió Jonás—. Eres joven, osado y, además, con dotes de profesional.

Amadeo se ruborizó.

—Gracias, maese Jonás. Es un honor que vuestra merced, el mejor barbero de Madrid, me halague de esta forma. Pero he de mantener a mi mujer y mi hogar, ya se me pasó el tiempo de estudiar.

—¿Te pagan mucho en el Alcázar?

—No, tendré que buscar otro empleo para las noches.

—Eso es una locura, y una pena que un hombre de tu valía se quemé y pierda el tiempo. Te propondré algo. Durante los próximos meses, no sé a ciencia cierta cuántos, habré de ausentarme unas horas durante la mañana, la tarde y la noche para acudir al palacio a atender a su majestad el rey.

—¿No es muy niño para eso? —preguntó Balbina muy sorprendida.

—No voy a rasurarle, mujer —rió Jonás—, sino a tratarle una muela que se le mueve y la reina madre está preocupada. Mi intención era contratar a alguien que entretuviera a mis clientes hasta que yo llegara y, como mucho, pusiera alguna barba en remojo. Pero es como si el Todopoderoso me hubiera mandado un regalo enviándote a esta casa, y colaborado el azar para ponerte a prueba con el exigente de don Gaspar. Sería muy feliz si aceptaras trabajar para mí como aprendiz. Te pagaría como tal, y además quedarías exento de abonar la renta.

—¿Cómo? —preguntaron los jóvenes al unísono.

—No es para tanto. De esta forma garantizaría tu permanencia a mi lado. ¿Aceptas?

—¡Claro que acepta! —exclamó Balbina, pletórica.

A la mañana siguiente, muy temprano, maese Jonás y Amadeo salieron juntos de la casa para ir al Alcázar. El primero, para atender sus obligaciones con el soberano, y el muchacho, para presentar su renuncia en las caballerizas reales. Habían quedado en que cuando este acabara con su cometido, regresaría a abrir la barbería y a atender a los clientes madrugadores que se acercaran para ser afeitados, de la misma forma que ya lo hiciera con don Gaspar de Bracamonte la tarde anterior. Al llegar a la barbería, ya los seis primeros se acumulaban en la puerta, muy extrañados por la demora del barbero.

—¿Y maese Jonás? —le preguntó uno cuando introdujo la llave en la cerradura para abrir.

—¿Está enfermo? —se interesó otro visiblemente preocupado.

—Maese Jonás se personará en cuanto termine de atender unas obligaciones —explicó mientras sujetaba la puerta para que entraran al establecimiento.

—¿Y tú quién eres, muchacho? —quiso saber otro parroquiano claramente desconfiado.

Amadeo guardó silencio. Maese Jonás no le había especificado qué responder llegada esta situación. Uno de los presentes intervino:

—Será el mancebo.

Lo que Amadeo confirmó:

—Así es, soy su mancebo. De momento, en su ausencia, me ocuparé únicamente de los afeitados.

Los clientes no parecían conformes; algunos incluso se fueron, alegando desconfianza, y el resto se dispuso a observar el proceder del chico antes de exponer el cuello a unas manos inexpertas. Hubo un avispado que probó trampear.

—Me puedes afeitar con una condición.

—Escucho.

—Si no me gusta cómo me dejas, no te pago.

—Teniendo en cuenta el uso de los materiales que emplearé, y el tiempo que gastaré con vuestra merced y no con otros clientes dispuestos a pagar, para asumir su condición debéis aceptar la mía.

—¿Qué sería? —preguntó con ironía.

—Dado el caso que no quedéis conforme con mi labor, os iríais de aquí sin pagar, de acuerdo. Pero si volviérais a entrar por esa puerta mañana u otro día a la misma hora que hoy, a sabiendas de que maese Jonás no está para afeitaros, lo interpretaré como que no os decepcionó tanto mi proceder, por lo que pagaréis por ese día y por hoy. ¿Aceptáis?

Todos rieron, alabaron el ingenio de Amadeo y lo bien que sabía escoger maese Jonás a las personas a las que entregaba su confianza, sobre todo después de escuchar a otro hombre que interrumpió la discusión que Amadeo mantenía con el cliente, preguntándole:

—¿Eres tú el aprendiz de maese Jonás? ¿El que atendió anoche a don Gaspar de Bracamonte?

Todos guardaron un silencio expectante.

—Sí. ¿Qué se os ofrece? —se interesó temeroso.

—Mi mujer trabaja en su casa y por lo visto don Gaspar se deshace en halagos hacia ti. Dice que has creado escuela entre los nobles y mi esposa ha insistido en que vengas a recortarme la barba.

—¿Has sido barbero de nobles? —preguntó el desconfiado.

—Exclusivamente —respondió no sin razón, ya que el único mentón que hubo rasurado en su vida fue el de don Gaspar el día anterior—. Sentaos en la silla de oficio —pidió al recién llegado.

—¿Cómo que se siente? ¡Yo he llegado antes! —protestó uno.

—Y yo llevo esperando más de una hora —replicó otro.

En cuestión de segundos, la barbería se convirtió en un gallinero, todos gritando a cual más fuerte, hasta que Amadeo pidió silencio elevando, más aún, el volumen de su voz para ser oído. Cuando callaron, procedió a dar la explicación:

—Le atiendo a él primero porque ha venido dispuesto a que le arregle la barba sin miramientos. Podía haberlo hecho antes con vuestras mercedes, cierto, pero habéis perdido vuestro turno especulando si merecería la pena ponerse en mis manos o no. Estoy aquí para trabajar, y no puedo perder el tiempo esperando a que os decidáis; así que vayan acordando vuestras mercedes quién es el siguiente porque, de haber más discusiones, perderíais de nuevo vuestro turno.

Dicho y hecho, todos se conformaron y entre ellos acordaron los turnos. A Amadeo le estuvieron temblando las piernas durante dos horas más, ya que no entendía cómo había sido posible que no se le hubieran echado encima. Pese al conato de trifulca, su primer día transcurría perfectamente.

Cuando Jonás llegó a palacio, la doncella de la reina le había indicado que esperase al rey niño en una sala, pues la regente no había terminado con la reunión de la Junta de Gobierno que celebraba cada mañana y no podía atenderle como hiciera el día anterior. Jonás se impacientaba, se sentía incómodo en ese espacio que era más grande que su casa y su barbería juntas, además de recargado sobremanera de cuadros ilustres, vasijas y muebles dorados. Aunque le hubieran invitado a tomar asiento, no sintió fuerzas para hacerlo; así que salió al corredor y se asomó a contemplar el Patio de la Reina desde arriba, en donde dos sirvientas doblaban un mantel enorme y aunque hablaban entre ellas, no podía apreciar de qué. De pronto, una puerta se abrió, justo al lado de la sala de la que él había huido. Si regresaba a ese lugar al que le habían emplazado, se cruzaría con las personas que salían de lo que había sido una reunión; de manera que volvió a asomarse al pretil, procurando estar lo más inmóvil posible a fin de pasar inadvertido, pero tratando de observar el desarrollo de la situación. Giró el rostro hacia su espalda y vio salir a don Gaspar conversando con otro noble. Inmediatamente, para no ser

descubierto, retornó la vista hacia las sirvientas que doblaban el mantel, pero ya no estaban. Hubiera querido que el suelo se lo tragara, sobre todo al escuchar una conversación en alemán, mantenida por una mujer y un hombre que se detuvieron justo detrás de él. Supuso que se trataría de doña Mariana y de Nithard, su valido, y se volvió para comprobarlo. No podía dejar de mirarla, su preocupación por ser descubierto dejó de serlo, le parecía tan bella... Ella no se había percatado de la presencia del hombre, y fue en un momento que Nithard hablaba, que ella giró su cara hacia él como atendiendo a un reclamo, y lo vio. Su rostro se iluminó e incluso a Jonás le pareció que esbozaba una sonrisa. Rápidamente, ella se despidió del sacerdote explicando en español:

—Hoy nos hemos demorado en demasía y ya está aquí el barbero para atender a mi hijo, al que he de despertar.

—Pero, majestad, todavía queda...

—Ya hablaremos, padre Nithard —interrumpió la reina—. Necesito distraerme unos instantes con otros asuntos que no tengan que ver con ese bastardo de don Juan. Apiadaos de mí.

—Como vuestra majestad disponga.

Nithard se fue, no sin antes lanzarle una mirada de reproche a Jonás, que inclinó la cabeza a su paso en señal de respeto. La reina y el barbero se miraban sonrientes sin saber qué decirse, pero tampoco les preocupaba. Era bello mirarse y que no existiera nadie más. La voz de Carlos les hizo volver a la realidad:

—Madre, ya he despertado.

Jacobo quedó estremecido con su presencia. Siempre pensó que los niños recién despiertos eran como el pan de la mañana, capaz de evocar las más gratas sensaciones solo con mirarlo y olerlo. No podía creer que existiera un infante tan feo y desagradable que reprimiera de esta forma cualquier impulso de demostrarle afecto, y mucho menos que fuera engendrado por el vientre de su amada.

—Pero, Carlos, estás descalzo y en camisón —se alarmó la reina—. ¿Dónde está Nicolasito?

Nicolasito Pertusato, el hombre con enanismo que trabajaba como ayuda de cámara para el rey, apareció muy agitado, corriendo con una manta entre sus diminutos brazos, que utilizó para abrigar al pequeño.

—Perdonad, majestad. Me giré un instante para tomar su camisa y cuando me volví hacia él, ya no estaba.

—Has de estar más atento. Ay de ti como se haya enfriado y enferme. Vístele y tráele a que desayune.

—Sí, majestad.

Cuando se alejaron el niño y él, la reina le preguntó a Jonás:

—Maese Jonás, ¿has desayunado?

—Sí, majestad, digo..., no..., bueno, no lo sé, no recuerdo.

La reina rió y extendió su mano hacia el hombre para que él la tomara y la llevara hacia el salón en donde se serviría el desayuno. Concluyó:

—Da igual, no podrás negarte a acompañarnos al rey y a mí, a saborear el mejor chocolate traído de América exclusivamente para la casa real.

—Será todo un honor, majestad.

Una vez llegaron al salón, y mientras esperaban al rey, Mariana le confesó:

—Hay un asunto que me preocupa y que tiene que ver contigo.

Jonás creyó que se le nublaba la vista. ¿Qué era lo que había pasado que a ella le perturbaba?

—¿Qué asunto es ese, señora?

—Verás. Como bien sabrás, el padre Nithard, además de mi valido, es el actual inquisidor general, cargo que le hace ser especialmente quisquilloso con todo y con todos. Resulta que está presionándome a causa de mi relación contigo pues teme que al ser tú judeoconverso, estés pecando de herejía. Vas a ser investigado. Sería nefasto para mí, ahora que la situación está tan tensa, que se descubriera que he confiado al soberano a un judío. ¿He de temer por esto?

—La verdad es que me quedo de piedra, majestad. Sé que mi negocio es

conocido como la barbería del marrano, y así era conocido mi padre, aunque tampoco lo fuese. Él nació judío, pero abrazó el cristianismo antes de que le obligaran, ya que se enamoró de mi madre, cristiana vieja, que con amor le convenció de su equívoco. Yo estoy bautizado de nacimiento y jamás fui circuncidado, y eso es algo que puedo demostrar. —La reina bajó el rostro ligeramente ruborizado—. Mi madre era una católica muy devota y me lo inculcó, los domingos son sagrados, asisto a las celebraciones eucarísticas, y comulgo. Será un honor para mí que me investiguen de una vez para vuestra tranquilidad, señora, pues toda mi vida ha estado llena de trabas. Desde niño quise ser sacerdote, concretamente jesuita, pero no pudo ser por la desconfianza hacia mi persona, de manera que opté por entregarle mi vida a Dios en lo privado.

—¿Por eso no estás casado? —preguntó la reina, maravillada por lo que acababa de referirle el hombre.

—Así es, majestad.

Mariana pensó que deseaba encontrarse con Nithard para contarle todo. Le haría tragar su desconfianza no solo hacia el barbero, sino hacia ella misma, por dudar de su inteligencia a la hora de hacer amigos.

Carlos II llegó a trompicones, más a gatas que por su propio pie, de la mano de Nicolasito. Jonás se levantó a toda prisa para rendirle pleitesía mientras era acomodado en una silla en medio de los dos adultos. Mariana le indicó al barbero que no era necesaria la reverencia y que tomara asiento para continuar con su desayuno. Resultaba descorazonador contemplar el retraso mental del rey de las Españas. Jonás se preguntaba por el futuro que le aguardaba al pueblo bajo el auspicio de este monarca que no era capaz ni de mantener la comida en la boca y respirar al mismo tiempo sin atragantarse. Era imposible desayunar cuando había que estar pendiente de las continuas toses con las que abría paso al oxígeno que había de respirar. Una de las veces, la reina saltó en su silla porque el niño se había privado y no había forma de hacerle toser. Jonás se puso en pie y lo levantó de la silla colocándose detrás de él, lo rodeó con los brazos a la altura del estómago y tiró de él hacia arriba unas tres veces hasta que el trozo de pan que le obturaba las vías respiratorias salió disparado hacia fuera. Después, el niño regresó a su sitio y continuó desayunando como si nada.

—¿Qué es lo que ha pasado, Jonás?

—No sabría decirlo a ciencia cierta. En cierta ocasión, cuando era un niño, creí que mi mejor amigo moriría atragantado, lo abracé por la espalda y tiré de él para llevarlo con sus padres. Él me dijo que al hacer esto, el trozo de comida salió de sus pulmones y pudo respirar de nuevo. No me baso en nada y no sabía si funcionaría con el rey, pero dado el caso, tenía que arriesgar.

—Creo que ahora sí dependemos de ti. Gracias, Jonás. Daré orden para que entres y salgas del Real Alcázar cuando quieras, sin necesidad de ser anunciado. Y te espero temprano por las mañanas para que el rey y yo podamos compartir nuestros desayunos contigo.

—Así será, majestad.

Desde ese día, Jonás esperaba todas las mañanas, asomado en la baranda del corredor, a que saliera de la reunión con la Junta de Gobierno y llevarla de la mano al salón en donde desayunarían.

Entre la sapiencia de maese Jonás y el perfeccionismo de Amadeo, la barbería recibía clientes como para estar funcionando las veinticuatro horas del día, pero gracias a las ideas del muchacho pudieron distribuir el trabajo de manera que no sería necesario ocupar todo ese tiempo, y mantener contenta a la concurrencia. Los interesados en recibir el servicio de la barbería deberían pedir su turno un día antes. Se les anotaría en una lista junto con la hora asignada y así se evitaría el cúmulo de personas dentro y fuera del establecimiento.

Cuando Amadeo concluyó su trabajo con don Gaspar, y mientras este se incorporaba con la ayuda de Jonás, fue hacia la repisa en donde tenía los objetos de escritorio y le preguntó al anciano:

—¿Mañana a la misma hora, ilustrísima?

—Sí, claro, apúntame. Es realmente maravilloso no tener que esperar para ser atendido. Esos bancos de madera son muy incómodos, Jonás.

Mientras le acompañaba hasta su carruaje, Jonás le respondió:

—No os preocupéis más por eso, don Gaspar. Está previsto que el muchacho esté siempre disponible para vuestra merced.

Cuando regresó tras ayudar al anciano a entrar en el coche, ya Amadeo tenía casi todo el suelo barrido, por lo que se ofreció a ayudarle a cerrar la recaudación del día. Jonás aceptó de buen grado, introduciendo en la caja de hierro las monedas que acababa de darle el virrey. Tras una media hora de trabajo, Amadeo se atrevió a pedirle algo que le rondaba desde hacía tiempo.

—Maese Jonás, quiero aprenderlo todo de esta profesión, y no solo lo concierne al pelo. Quiero sucederos, llegado el momento compraros la barbería y educar a mis hijos en este noble oficio. No estoy en situación de ir a la escuela, vuestra merced sabe, casado y esperando un hijo, pero sé que guardáis libros escritos por los más grandes barberos y cirujanos y deseo estudiarlos, si es que vuestra merced lo permitiera.

—Me haces muy feliz. Eres un hijo para mí y por supuesto que te facilitaré el camino. Ahora vengo. —Jonás entró en su casa y volvió a la barbería con un libro que le entregó a Amadeo—. Aquí tienes lo que para mí es la joya de todos los manuales. Te lo regalo. *Medicina Española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, del doctor Sorapán de Rieros. Es un libro muy ameno y además lleno de sabiduría, en el que utiliza los proverbios para divulgar sus conocimientos. Aprenderás mucho con él, ya lo verás.

—Es demasiado, maese Jonás. No puedo aceptarlo.

—Me ofenderías si no lo hicieras. Espero que lo estudies y en breve pueda delegar en ti más trabajo.

Amadeo recogió el libro de las manos del barbero, el relevo en realidad, que le convertía definitivamente en su continuación. Acababa de proponerse estudiarlo meticulosamente cuanto antes, aunque le costara perder horas de sueño. Era tan feliz, y sin embargo sentía que le había dado tan poco..., ni tan siquiera la verdad de su vida, que era lo mínimo que él exigía a alguien en quien confiara. Sintió el deseo y la voluntad de contarle su secreto.

—Maese Jonás, he de deciros algo más.

—Pues empieza, muchacho, que su majestad me espera.

—Verá, se trata de Balbina y de mí. No estamos casados.

A Jonás, que estaba peinándose en esos momentos, se le cayó el peine al suelo y se volvió con cara de pánico hacia él.

—¿Qué estás diciendo?

—Dejadme que os explique. Si no lo hemos hecho ha sido por no contar con el permiso paterno, no porque deseemos vivir amancebados. —Jonás se sentó en la silla de oficio con el rostro desencajado—. Tuvimos que huir.

En ese momento, el barbero reaccionó:

—¡No quiero saberlo! —exclamó—. Conocer más me haría cómplice del delito.

—Pero no hay delito, maese, en realidad deseamos desposarnos. Por eso me atrevo a pedirlos, a suplicaros, que, dada la buena relación que vuestra merced tiene con la reina madre, intercedáis por nosotros para conseguir su beneplácito y poder unirnos en matrimonio.

Jonás no respondió nada, tan solo se levantó de su asiento, tomó la bolsa de herramientas y se fue. Amadeo se encogió de hombros, cerró la barbería y entró por el portal para ir a su casa. Al llegar, le relató a Balbina lo acontecido, así como la salida del establecimiento sin decir ni una palabra.

—No está enfadado, nos quiere demasiado. Él es un hombre muy cauto y estoy segura de que se habrá ido de esa forma porque estaba maquinando cómo planteárselo a la reina. No padezcas, mi amor. ¿Dónde has puesto ese libro que te ha regalado?

—¡El libro! Me lo he dejado en la barbería.

—¡Cómo eres, Amadeo! Cualquier día llegas a casa sin cabeza. Corre a recuperarlo, hombre.

Amadeo bajó de dos en dos los escalones y accedió al establecimiento a través de la casa de Jonás, y como sabía que estaba fuera, no llamó. Recuperó el libro y se dirigió de nuevo hacia el interior de la trastienda para salir por donde había entrado, pero algo extraño lo sobrecogió. La colcha que cubría la cama de Jonás, y que llegaba hasta el suelo, se movía. Atónito, comprobó que se trataba de Jacobo saliendo de debajo de la cama. El hombre no se dio

cuenta de que había sido descubierto hasta que salió completamente del escondite y cerró la trampa. Fue entonces cuando se encontró con Amadeo, incapaz de pronunciar palabra:

—¿Qué... qué... es esto?

—Puedo explicarlo, Amadeo. Ante todo, en nombre de nuestra amistad, te suplico que no acudas al Santo Oficio.

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿De qué me hablas? —se impacientaba el joven.

—Tienes derecho a saber, puesto que confié desde el principio en ti, indicándote que existe la opción de entrar por aquí a la barbería, y dejando así, al descubierto, este secreto que podría llevarnos a la hoguera a mí, a mi esposa y a maese Jonás. Bajo esta cama hay una trampa corredera que conduce a un sótano en el que hemos habilitado una sinagoga clandestina.

—¿Una sinagoga bajo el lecho de maese Jonás? Pero... vosotros estáis bautizados.

—¿Y cómo, si no, podríamos sobrevivir en este mundo? Es un disfraz que tenemos que llevar para pasar lo más inadvertidos que podamos.

—¿También maese Jonás es judío?

—No lo sé. Nunca le he visto bajar, tan solo sé que nos ha permitido utilizar este espacio para nuestros ritos. Él es un hombre santo comulgue con la religión que sea.

—Pero conoce y es cómplice... —afirmó Amadeo, recordando las palabras de su mentor aquella tarde. Supo entonces que jamás los denunciaría. «Él es un hombre santo», había dicho Jacobo. Era cierto. Otro motivo más para aspirar a ser como él—. Pierde cuidado, amigo. Este secreto me lo llevaré a la tumba.

Como cada mañana desde hacía meses, la reina salió de la reunión con Nithard echando pestes en alemán. Jonás solo apreció un comentario, también habitual, que doña Mariana dedicaba a don Juan José de Austria en castellano

con todo su odio: «maldito bastardo». Y como siempre, en cuanto le cedió la palabra a Nithard, buscó a Jonás asomado a la baranda, a sabiendas de que estaría esperándola perseverante. Su rostro se iluminó en cuanto sus miradas se cruzaron y la reina, interrumpiendo al clérigo, se despidió de él emplazándolo a la hora a la que despachaban por las tardes. Después se acercó a Jonás, que besó su mano, y marcharon hacia el comedor en donde esperarían desayunando al pequeño monarca. Doña Mariana le confesó el malestar que sentía hacia don Juan José de Austria, el bastardo de su esposo fallecido, pues se trataba de un hombre al que le podía la ambición y perseguía derrocarla para hacerse con el trono. Ella temía que lo lograra si no era cauta, a pesar de mantenerlo alejado de la corte. Jonás no sabía qué decirle, no se sentía digno de entrar en asuntos de Estado que ni le iban ni le venían. La reina, que ya le conocía mejor de lo que hubo conocido a nadie, pudo apreciarlo y cambió de tema.

—Háblame de ti. ¿Cómo va tu negocio? ¿Se mantiene próspero a pesar de que tengas que venir todos los días a atender a tu rey?

—Sí, majestad. Gracias a Dios, tengo a Amadeo.

—¿Quién es Amadeo?

—Un inquilino de la casa. Es un joven muy avisado y trabajador, no ha tenido ningún problema para mantener a la clientela y hacerse con nueva. Hasta el mismísimo virrey de Nápoles, con lo exigente que es, acude a diario hasta mi barbería para ser afeitado por él.

—¿Don Gaspar de Bracamonte? Sí que tiene que ser buen barbero tu mancebo para que el virrey acceda a ponerse en sus manos y, disculpa que te lo diga, pero de un tiempo a esta parte don Gaspar se ve..., ¿cómo te diría?..., más joven.

—Sí, es verdad, majestad. Me siento muy orgulloso de Amadeo. Actualmente pasa por un grave problema.

—¿Qué problema es ese? —Jonás le expuso a la reina la situación de los dos jóvenes, sin detallar demasiado, ya que él ignoraba el motivo que les llevó a encontrarse en esa situación, algo que también le hizo saber a la soberana □ . En otro tiempo □ dijo ella al fin □ hubiera ordenado que fuesen prendidos, pero ahora —hubiese querido decir que al creer por primera vez en

el amor □ no se me ocurre qué puedo hacer sin que se enteren sus progenitores. Lo único es darles mi protección a fin de que no sean descubiertos por la Santa Inquisición, que podría ajusticiarlos.

—Lo sé, majestad. Por ello os quedo infinitamente agradecido.

En esos momentos entró el rey, conducido por Nicolasito, muy adormilado y lloriqueando. El ayuda de cámara lo ayudó a sentarse en su silla, situada entre Jonás y doña Mariana, y salió de la sala.

—Buenos días, majestad. ¿Habéis tenido una buena noche? □se interesó el barbero.

El niño lo miró de soslayo y bostezó mientras se frotaba un ojo. La reina rió y dijo:

—¿No es adorable?

—¡Oh, sí!, lo es —convino el barbero. En realidad le parecía feísimo, pero bien es cierto que tenía un hechizo especial que lo dotaba de ternura y encanto, como los monos de los mendigos que hacían las gracias propias para ser recompensados con unas monedas □ . Majestad, permitidme que examine vuestra boquita. □El niño la abrió, y Jonás comprobó y emitió una exclamación de sorpresa.

—¿Qué sucede? □preguntó la reina muy preocupada.

—Que ya no hay muela. Por fin se ha caído.

—¿Cómo? ¿Dónde está, hijo mío? No te la habrás tragado, ¿verdad? □La desesperación de doña Mariana no extrañó a Jonás, que lo atribuyó al temor que le causaba perderlo después de haber enterrado a tantos hijos, mucho más tratándose de este tan débil y enfermizo □ . Barbero, acompáñame a buscarla. Espero que no se la haya tragado —dijo saliendo a toda prisa de la sala.

Jonás se levantó dispuesto a seguir a su reina, como esta le indicara, pero a mitad de camino se percató de que el rey estaba solo en la silla. Volvió hasta él y le preguntó:

—Majestad, ¿venís conmigo?

Carlos II, que en esos momentos engullía un bizcocho y tenía migas hasta en las pestañas, alzó los brazos hacia el barbero con la intención de que este

lo tomara. Eso hizo el hombre sin pensarlo dos veces y salió a toda prisa con el niño en brazos hacia el dormitorio de este, en donde la reina ya examinaba la bacinilla. Al verlos entrar, no pudo disimular la ternura en su augusto rostro.

—Siéntalo en esa silla y ayúdame a despojar de ropa la cama, por favor.

Así lo hizo, colocándose cada uno en un lateral de la enorme cama. Fue al retirar uno de los almohadones que el molar de leche quedó a la vista. Ambos se precipitaron a cogerlo y sus manos se tocaron, permaneciendo unidas unos segundos en los que a ellos les pareció que el tiempo se había detenido.

—Creo, señora —rompió él el silencio, sin dejar de acariciar su mano □ , que mi trabajo en palacio ha concluido.

—¿Tú deseas que así sea? □preguntó la reina.

—Lo que yo deseo es estar siempre junto a vos... —hubiera añadido «mi amor», pero se contuvo—, cuidando del rey.

—Si ese es en verdad tu anhelo, te ruego que sigas viniendo, pues me hace mucha falta verte cada día.

Pasados dos años, el rey había perdido y cambiado casi todos los dientes, pero era habitual la presencia de Jonás tres veces al día en el palacio. Todas las mañanas esperaba a la reina madre a la salida de su reunión con la Junta de Gobierno, y desayunaban con el rey. Algunas veces, cuando no tenían otros invitados que los comprometieran oficialmente, la reina le pedía que se quedara para compartir con ellos el almuerzo o la cena, o ambas cosas, algo que a Nithard le molestaba sobremanera. Una tarde, el clérigo despachaba con la reina de forma muy acalorada. La increpaba alegando que estaba en boca de todos sus súbditos por su relación con el marrano, que tenía que acabar con esto si no quería que don Juan se valiera de su debilidad y le arrebatara la regencia. Ella, con gesto aburrido, le repitió por enésima vez la historia de maese Jonás, hijo de judeoconverso, pero bautizado desde su nacimiento, e insistió en que el pueblo ignora el aprecio que se tienen, ya que a palacio entran empleados todos los días, y el barbero, a vista de la calle, no era diferente, cuando alguien llamó a la puerta:

—Adelante ¶dijo la reina.

Se traba de Jonás, que a pesar de la decisión con que entró, se vino abajo al comprobar que había interrumpido una reunión importante.

—Lo siento..., yo...

Nithard, que vio agravado su enojo por la repentina aparición, le gritó con violencia:

—¡Fuera!

La reina se puso en pie mirando al clérigo con desprecio y le espetó:

—¿Cómo osáis dar órdenes en mi presencia, sin que os lo haya permitido? Se acabó. Durante años he depositado en vos toda mi confianza, he arriesgado mucho por vuestra causa y a cambio, ¿qué he recibido?: múltiples enemigos en círculos políticos, religiosos y por supuesto entre la nobleza, que os detesta. Os he encumbrado hasta donde jamás pudisteis imaginar, ¿y me habláis del malestar del pueblo por mi amistad con un hombre honesto? No, padre Nithard. Si el pueblo me profesa algún reproche es por haberme confundido con vos, que os habéis aprovechado de mi confianza para cosechar continuos fracasos, como la firma del tratado de Lisboa o prohibir las representaciones teatrales.

—Aquello fue solo un consejo...

—¡Me da igual! Ya he acabado con vuestra merced, Nithard. ¡Andá de mi vista y que Dios os ampare!

El clérigo salió sin decir ni una palabra, tan solo dedicando la mirada de odio, como era costumbre en él, a Jonás que, sintiendo que sobraba, después del portazo que diera Nithard, le dijo a la reina:

—Majestad, mejor vuelvo esta noche.

—No, Jonás, por favor. Ahora me haces mucha falta. Acércate y cuéntame algo que me haga pensar en otra cosa que no sea esto.

El hombre la vio absolutamente derrotada. Tomó asiento frente a ella que, con los codos apoyados sobre la mesa, había colocado la cara entre las manos y él las acarició haciendo que ella dejara libre el rostro para recibir el suave contacto de su piel. Hubieran deseado decirse muchas cosas, pero cada uno no

sabía qué pensaría el otro si se diera el caso de hablar. Las manos de él ya cubrían casi toda la faz de la mujer, que apoyó su mejilla en el amparo que la sostenía y, con los ojos cerrados, besó los dedos que acariciaban su boca. Ya no habría forma de evitarlo, ya las cartas estaban sobre la mesa, los corazones se hacían oír sobre toda frontera. Se pusieron en pie sujetándose las manos por encima de la mesa que los separaba, sin retirar las miradas inquietas que correteaban de los labios a los ojos, y viceversa. Cuando Jonás hubo salvado el escritorio y la cercanía de los cuerpos ya era evidente, la puerta se abrió de golpe, sorprendiéndoles a un instante de unirse sus labios. Se trataba de Carlos.

—¿Cuántas veces he de decirte que hay que llamar antes de entrar? —le increpó la madre.

—Yo no, yo soy el rey —dijo cargado de razón y corriendo hacia Jonás para que lo cogiera en brazos.

—Y yo soy tu madre, y has de respetarme.

Se sentaron de nuevo, Mariana de Austria en su silla y Jonás frente a ella, con el rey en su regazo. Le parecía increíble el cariño que le había cogido al pequeño, quizá por lo indefenso que era o quizá por esa picardía que a veces mostraba y que tanta gracia sincera les hacía a todos. Sentado así, de espaldas a él, revisaba inconscientemente el cuidado de su melena rubia, pues el corte no le parecía de buena calidad. Pensó que el rey había crecido mucho en los últimos meses y Nicolasito no podría mantenerlo quieto cuando tiraba de tijera al cabello, ni alcanzaría hasta la raíz cuando lo peinara, por no hablar de la costumbre del niño de colocarlo detrás de las orejas dejándolas al descubierto y que a él le parecía tan poco elegante. Pero él no era nadie para tomar decisiones sobre el peinado del rey, que sería lo mismo que tomarlas sobre el Estado; por eso le vino a la memoria el pequeño que esperaban Balbina y Amadeo, en el que tanta ilusión y esperanza habían depositado todos.

—Majestad —se dirigió a doña Mariana—, querría pedirnos un favor.

—Te escucho.

—Deseo adquirir un violín de calidad, pero no tengo idea de violines. ¿Podrías orientarme?

—Tenemos en palacio algunos de los mejores del mundo, puedes escoger el que gustes. No sabía que tañías el violín, barbero.

—¡Oh!, no, señora, no es para mí, sino para Amadeo. Veréis, después de haber perdido su primer hijo, que le vino muerto, Balbina espera el segundo, que está a punto de nacer. Es probable que tenga miedo, pues está muy triste y lánguida. Lloro de continuo y el muchacho, que no soporta verla así, ha decidido emplear sus ahorros en comprarle el instrumento, que ella domina puesto que lo ha estudiado desde niña, pero él desconoce cuál adquirir y no quiere hacer partícipe a su mujer de sus intenciones porque descubriría la sorpresa.

La reina, emocionada por el gesto del muchacho, afirmó:

—Es hermoso. Te diré que el lutier más célebre es el italiano Nicolo Amati, famoso por construir instrumentos de cuerda frotada de gran precisión, pero, por mucho dinero que tu mancebo haya acaudalado, dudo que pueda hacer frente al gasto que supone comprarle un violín a Amati. No obstante, le escribiré personalmente para solicitarle uno que haya diseñado el aprendiz más diestro de su taller, puntualizando que mi mejor amigo está interesado en adquirir uno que sea asequible.

Pasado un mes, ya había llegado el violín a palacio, que, según decía Amati en su carta, era la mejor obra hasta el momento de un aprendiz que se negaba a ser remunerado y que tan solo le pedía a cambio a la reina que diese a conocer su nombre: Antonio Stradivari.

Como era de esperar, el violín colmó de alegría a la joven Balbina que tocaba como los ángeles, y empezó a llenar las horas de su angustiada espera amenizando las de todos los que la escuchaban. La música bajaba por las escaleras hasta llegar a la barbería y se descolgaba por la ventana para ser admirada por los viandantes. Cuando tocaba Balbina, las calles rebosaban silencio que dejaba vía libre a las melodías que el arco arrancaba de las cuerdas. La gente se sentía más feliz, más humana, más limpia. Muchos se aglutinaban en la corredera de San Pablo horas antes de que Balbina despegara el sentimiento de su pecho para dejarlo fluir entre sus convecinos. Pero llegó un día en que esto no sucedió: Balbina se puso de parto. Fue una mañana en la que Casilda, afortunadamente, no se encontraba en la casa, y a

pesar de que Abigail era reacia a ser ella quien atendiera a su amiga por miedo a ser prendida por la Inquisición, finalmente, accedió al sentirse amparada por Jonás, que había puesto todas sus esperanzas en el niño que llegaba. Probablemente, toda la ciudad fue testigo del alumbramiento, pues al estar expectantes por no escuchar las notas del violín a la hora de todos los días, pudieron refrendar que cambió por otra melodía: el llanto de Rodrigo.

Casilda se sintió muy ofendida cuando, al llegar aquella tarde a la vivienda, se encontró con la felicidad de todos celebrando el nacimiento del hijo de Balbina, que había traído al mundo su peor enemiga. Para colmo ella que, como era lógico, había sido la matrona del primer parto, había tenido la mala fortuna de que le naciera muerto. Podría denunciar de nuevo a la judía por incumplimiento de condena pero podría ser arriesgado, pues lo había hecho bajo el auspicio de maese Jonás, gran amigo de la reina. Decidió ir más allá, ser más cruel. Hacer daño a la pareja de jóvenes que acababan de ser padres por el simple hecho de ser amigos de sus enemigos, y ella conocía la manera.

—Maese Jonás, ¿podríaís atenderme? —preguntó un hombre asomando la cabeza por la puerta entornada.

—Sí, adelante. Terminó con este cliente y estoy con vuestra merced.

En poco tiempo el recién llegado ya estaba sentado en la silla de oficio poniendo su barba a remojo. Maese Jonás lo conocía por ser el empleado de la estafeta y no por ser cliente habitual, por lo que tendría que esmerarse con él en demasía no solo para ganárselo como cliente, sino porque tendría mucho trabajo hasta despejar su rostro.

—¿Vais a querer que os arregle la barba de alguna forma?

—No no. Rasurad sin más. —Al hombre le extrañó que la barbería estuviera vacía, por lo que dijo—: ¿Cómo es posible que no haya nadie esperando?

—Es por mi mancebo. Es muy astuto y ha ideado la manera para hacer que no se apelonnen los parroquianos en el establecimiento. Esta mañana ha

atendido a casi todos, y la siguiente remesa será esta tarde. Yo me ocupo de rellenar las horas intermedias para tratar las urgencias.

—Sí que es astuto el zagal. ¿Y dónde está ahora?

—Ahora se encuentra con su esposa recién parida.

—Ya veo. Supongo que consideráis muy valioso a vuestro aprendiz.

—Sí, es un hombre bueno y honrado. No me ha fallado jamás y les quiero a su esposa y a él como a unos hijos; unos hijos que me acaban de dar un hermoso nieto y soy muy dichoso.

El estafetero se conmovió con esta declaración, se armó de valor y se dispuso a relatarle el motivo que le había llevado hasta allí.

—Si no he pasado antes por vuestro establecimiento ha sido porque siempre lo encontraba abarrotado y me resultaba imposible acceder, por eso traigo esta barba que yo mismo me recorto cuando crece demasiado. Sabiendo que ya funciona de forma más ordenada, sin duda seré un habitual.

—Muchas gracias, me alegra saberlo. ¿Y qué motivo os ha traído hasta aquí?

—No me toméis por un fisgón, pero si he venido es para advertiros de algo. Se trata de Casilda y Roque, que tengo entendido que son inquilinos de vuestra merced.

—¿Qué han hecho esta vez? —preguntó Jonás claramente preocupado.

—Os pido ante todo que seais muy discreto con esto que os voy a relatar, pues me arriesgo a perder mi trabajo y puede que algo más.

—Podéis estar tranquilo.

—Como os decía, vuestros inquilinos estuvieron esta mañana temprano en la estafeta para enviar una carta. Ambos son analfabetos y me pidieron ayuda para escribirla. En estos menesteres mi mente vaga hacia otros lugares mientras mi mano mueve la pluma, pues evitando la tentación de oír se evita el pecado de difamar, aunque en este caso era imposible hacer caso omiso. Se trataba de una misiva dirigida al marqués de Alahuesas que, por si no lo sabéis, es el padre de una vecina que acaba de parir y que supongo que será...

—Balbina.

—La misma. Le informaban de su paradero, advirtiéndole de que vivía amancebada con vuestro aprendiz y que debía venir a buscarla pues estaba en el punto de mira del Santo Oficio.

—¡Serán malnacidos!

—La carta llegará la semana que viene a Alahuesas.

—Decidme, vuestra merced: ¿por qué arriesgáis tanto contándome esto? ¿Qué esperáis ganar a cambio?

—Nada, no penséis mal de mí. Si he venido a referíroslo es porque ellos nunca me han gustado, y también porque ojalá alguien me hubiera avisado para librar a mis progenitores de ser ajusticiados por un motivo similar.

—Os quedo infinitamente agradecido por ponerme sobre aviso de la situación. No temáis por vuestro empleo pues por mi parte, ni Balbina ni Amadeo sabrán cómo me he enterado.

Tras acabar con él, Jonás acudió raudo a la casa de Jacobo y Abigail para alertarles de la situación.

—Hay que quitar el tabernáculo y ocultarlos en el sótano, pues los tres están en peligro.

Aquella primavera Casilda y Roque no se habían marchado todavía a su cabaña de las afueras de la ciudad, pero lo que sí hacía Casilda a diario era irse allí con Roque en cuanto amanecía, y regresaban a la casa a la caída de la tarde. Sin duda, lo que querían era estar presentes por si el marqués daba señales de haber recibido su carta. Aquella mañana, cuando Jonás vio salir a Casilda y a Roque en la carreta de bueyes en dirección a la cabaña, subió a la casa de Amadeo y Balbina y les comunicó que la reina no pudo evitar que una inspección de la Inquisición acudiera hasta allí para comprobar que todas las uniones maritales estaban bendecidas y registradas. Les instó a que recogieran sus cosas y fueran raudos a ocultarse en el sótano de su casa.

—¿En el sótano de vuestra casa? —preguntó Amadeo sorprendido—. ¿Lo sabe Jacobo?

—Sí, claro. Abigail y él lo estuvieron adecentando esta noche para que no

os falte de nada.

Amadeo y Balbina se apresuraron a recoger los objetos de primera necesidad, pues el resto de las cosas se las irían llevando poco a poco para no levantar sospechas. A pesar de la precipitación, a Amadeo le preocupaba que Jacobo y Abigail no tuvieran conocimiento de que iban a entrar allí profanando de esta manera su lugar de oración clandestino. Cuando llegaron a la casa de Jonás, este retiró la colcha de la cama y se agachó para mover la losa que cerraba la entrada al habitáculo.

—Jacobó está abajo; dadle a Rodrigo y después bajad vosotros.

Amadeo se tumbó en el suelo, Balbina se agachó para poner al niño en sus brazos. Él después los introdujo con el pequeño Rodrigo hacia el interior del escondite, en donde Jacobo lo tomó.

—Ya lo tengo. Ahora vosotros.

—Gracias, Jacobo. Me siento mal por invadir vuestro espacio.

—Déjate de tonterías y entrad. Vuestra seguridad es más importante.

Amadeo, al comprobar que no quedaba ni rastro de la sinagoga que esperaba, miró asombrado a su amigo.

—¿Qué es esto? —dijo al fin.

—Es vuestra casa hasta que el peligro se esfume.

Pasaban los días y en apariencia la rutina era la misma, por lo que Casilda y Roque no sospecharon en ningún momento que la casa de Balbina y Amadeo estaba vacía... ¡Qué simples! Ni siquiera echaron de menos el llanto del bebé. Salían antes del alba, a su regreso paraban en la estafeta para comprobar si tenían correspondencia y se iban a dormir, sin importarles nada más. En su ausencia, Abigail les bajaba comida a los jóvenes padres y lo que pudieran precisar, además de mantenerlos al corriente de la situación. Le extrañaba que no demostraran impaciencia por salir; era como si, encerrados en el sótano, hubieran recuperado un tiempo en que fueron felices. Una tarde, antes de que regresaran de la cabaña, se personó el estafetero en la barbería con la noticia de que Casilda y Roque habían recibido una carta desde Alahuesas, e inmediatamente se inició la organización de todo lo acordado para recibir a la

visita en cualquier momento.

Casilda estaba tan emocionada con la inminente llegada del marqués que, preparando su casa y a ella misma, no cayó en la ausencia de los principales afectados; simplemente observaba desde el balcón todo lo que sucedía en la calle, hasta que vio llegar un carruaje que se detuvo en la puerta. Como alma que lleva el diablo bajó los escalones de dos en dos para recibir al marqués.

—Señor marqués de Alahuesas, es un honor recibir a vuestra merced en esta humilde morada. Soy Casilda, la persona que os escribió y...

—¿Dónde está mi hija? —interrumpió Meradio apartándola y entrando en el portal.

—Arriba. Seguidme, por favor.

La mujer se puso como pudo delante de él, que ni la escuchaba ni le dedicó mirada alguna. Hasta que llegaron a la puerta de la vivienda señalada y Casilda golpeó discretamente. Al no recibir respuesta pasado un segundo, el marqués se impacientó y aporreó furioso.

—¡Abridme, degenerados!

La mujer no se hubo recuperado del susto que le causó la reacción, cuando la puerta se abrió poco a poco y don Gaspar de Bracamonte, que había cambiado sus lujosos ropajes por la indumentaria de un plebeyo común, exclamó:

—¡Qué formas son estas! Ya ni se respeta el descanso de los viejos, ¡dónde vamos a llegar!

—¿Dónde está mi hija? —interrogó el marqués, sin importarle la molestia que causaba.

Don Gaspar, muy en su papel, respondió de forma sosegada e irónica:

—Buenos días, caballero. Es un placer recibir vuestra visita, aunque hubiera preferido que me hubiese hecho partícipe de ella, a fin de recibirlos como a vuestra merced corresponde. —Ante el gesto de impaciencia del marqués, don Gaspar abrevió—: Me pregunta por su retoño y no caigo. Si pudieseis especificar un poco más, quizá pudiera hacer memoria...

—¿Qué significa esto? —preguntó muy enfadado Meradio a Casilda.

—Yo... ¿Y quién sois vos? —demandó Casilda temerosa a don Gaspar.

El anciano, del que jamás se hubiera dicho que se trataba del virrey de Nápoles, puso cara de asombro y respondió:

—Pero, Casilda, hija, ¿por qué me preguntas eso? ¿Es porque anoche te dije que no quería cenar tortilla sino huevos con chorizo?

—Pero ¿qué decís?

—Estate tranquila —dijo yendo hacia el interior de la vivienda—, no pude con el chorizo —indicó señalando hacia la mesa, sobre la que había un plato con restos de huevo secos y trozos de chorizo de la noche anterior, así como un trozo de pan y muchas migas por encima. Cogió el plato, pero cuando se giró para entregárselo, ya el marqués y ella habían pasado y registraban la estancia en busca de Balbina. La casa estaba completamente cambiada. El armario tan solo contenía ropa de hombre y los pocos objetos personales que encontraron también eran propios del anciano, como el garrote que se apoyaba en la pared—. Tenías razón, ya a mi edad cenar tan fuerte me produce ardores y flatulencias. ¡Qué fea es la vejez! ¿A vos no os sucede, caballero?

El marqués miró con odio a Casilda, que no sabía cómo explicarle, por lo que sugirió:

—Bajemos a la barbería, el muchacho trabaja allí.

Ambos salieron a toda prisa, sin despedirse siquiera de don Gaspar, que se dirigió hasta la puerta con el plato en la mano.

—Casilda, hija, te olvidas de esto. —Y al no recibir respuesta, cerró la puerta riéndose a carcajadas—. ¡Qué bien te ha estado, vive Dios!

Entraron a la barbería por la puerta que daba a la fachada y pasaron entre la multitud de personas que la abarrotaban hasta conseguir llegar al barbero, que en esos momentos se afanaba en el torniquete de un cliente que sangraba.

—Maese Jonás —llamó Casilda elevando la voz para ser escuchada—, buscamos a Amadeo. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—¡Amadeo, pardiez! —respondió el marqués furioso.

Jonás dejó lo que estaba haciendo y, alzándose, miró a su alrededor y exclamó elevando el volumen de voz:

—¡Amadeo! ¿Hay algún Amadeo en la sala? —Ante la negativa de la concurrencia, determinó—: No, aquí no está. —Y retomó su quehacer.

El marqués, harto de la situación, cogió al hombre por la camisa y, zarandeándole, le advirtió:

—No sabéis con quién estáis hablando. ¿Dónde está mi hija?

El establecimiento quedó en silencio. Todos los allí presentes aguardaban expectantes la resolución del altercado.

—En efecto, no sé con quién hablo —sentenció Jonás—, y por supuesto aún conozco menos a vuestra hija. Ruego que me soltéis pues tampoco tenéis confianzas conmigo como para que me agredáis de esta forma.

El marqués, ante la mirada desafiante de la concurrencia, se serenó.

—Es el marqués de Alahuesas —informó Casilda—, el padre de Balbina, que escapó de su palacio hace cinco años con Amadeo y llegaron hasta aquí, en donde vuestra merced les dio cobijo.

—Es cierto, creo recordar que hace cuatro o cinco años llegaron unos jóvenes. Él se llamaba Amadeo y, según me dijeron, estaban casados, por lo que no dudé en aposentarlos una noche en mi casa, aunque me pareció que huían de algo. Se fueron al día siguiente, pretendían llegar a Francia. ¿Os imagináis? ¡Qué locura! Por aquella época estábamos a punto de entrar en guerra con los franceses. ¡Vaya a saber!

Meradio, dando por zanjado el asunto cuando algunos clientes dieron fe de lo relatado, salió sin decir ni una palabra. Casilda, mostrando rencor en su mirada hacia todos, lo siguió y ya en el exterior, cuando el marqués entró en el carruaje, Casilda se excusó:

—Creedme vuestra merced, todos mienten. Seguro que vuestra hija está escondida en algún lugar de esta casa.

—¡Cállate! —exigió Meradio—. Ignoro qué pretendías riéndote de mí y pienso que eres una perturbada. Por esta vez, pase. Pero ay de ti como vuelva a tener noticias tuyas, porque te denunciaré y no cejaré hasta que te quemes en

la hoguera, ¡maldita bruja! —Y dicho esto, partió hacia Alahuesas.

Aquella noche, cuando el marqués llegó a su palacio, relató muy irritado a su esposa lo acontecido. Ella no le confesó que en realidad se alegraba de que no hubiera dado con ellos, aunque no le convenció del todo que fuese un ardid, ya que no creía que una mujer pudiera estar tan loca como para engañar a un noble de esta forma. Decidió escribir a su hija y enviar la carta a la misma dirección de Madrid a la que había acudido su esposo en su busca. Por probar no perdía nada.

Nunca les dijeron a Balbina y a Amadeo el verdadero motivo que les llevó a ocultarlos en el sótano, pero de lo que sí supieron fue de la participación de todos, incluido don Gaspar, para librarlos del castigo. Casilda y Roque, que después de este acontecimiento se mudaron a la cabaña hasta el invierno, dejaron de dirigir la palabra a sus vecinos, incluido el casero, a quien abonaban la renta introduciéndola en un sobre que deslizaban por debajo de la puerta de la barbería.

Había pasado un año muy difícil para todos, pues después de los días que estuvieron escondidos en el sótano, el pequeño Rodrigo tuvo un episodio de ahogo que, aunque no les hizo pensar que fuera a más, se había multiplicado en demasía, manteniéndolos a todos en un hilo. El médico le había diagnosticado asma, y para tal dolencia la principal recomendación era que la criatura hablase mucho e incluso cantase, para dilatar así las vías y órganos del pecho. En eso se empeñaban todos, que se iban turnando para hacerle cucamonas al pequeño que le mantenían entretenido y le hacían emitir sonidos como si hablase.

Balbina apenas dormía, aunque fuera Amadeo el que pasara casi todas las noches velando al niño; y es que, en su avanzado estado de gestación, con el calor madrileño en las noches de julio, le resultaba difícil encontrar la postura en que relajarse para conciliar el sueño. Una tarde, Jonás llamó a la puerta de Amadeo y Balbina, con un paquetito entre las manos. Abrió Abigail para que el hombre entrara a reunirse con el resto.

—Mira, Balbina —le dijo Jonás mostrándole el paquetito que dejaba sobre una silla, antes de tomar al niño en sus brazos—, te dejo aquí esto que me ha dado la reina para Rodrigo. Es incienso para el sahumero y una mezcla

de hierbas para vapores que al niño le vendrá muy bien respirar.

—Comunicadle a su majestad que le quedo infinitamente agradecida. Mi hijo tiene el mejor abuelo que existe.

—¿Has oído eso, Rodrigo? ¡Le decía Jonás emocionado al pequeño—. Por unas hierbas de nada tu madre dice que soy el mejor abuelo. Quisiera Dios que pudiera darte mi pecho para que respirases, criatura, o mi propia vida si te sirviera para algo. —El pequeño sonreía emitiendo palabras que solo los abuelos pueden entender.

Alahuesas (Guadalajara)

—¡Juana! —llamaba Violante entrando a las cocinas de palacio—. ¿Está Juana por aquí?

—No, señora. Está ayudando a Trinidad a tender las sábanas —indicó Custodia.

La marquesa salió a toda prisa a la parte exterior y llamó a su doncella, que acudió rauda a su encuentro.

—¿Qué sucede, doña Violante?

—Mira —dijo mostrándole un papel doblado—, he recibido carta de nuestros hijos.

—¡Bendito sea Dios! ¿Desde Francia? ¿Cómo se encuentran?

—Nada de Francia, están en Madrid. No sé de qué forma evitaron a Meradio, porque viven en la misma casa que él visitó. Pero eso ahora da igual, lo importante es que nunca llegue a enterarse. Tienen un hijo y esperan otro, Juana: somos abuelas.

—¿De verdad, señora? ¿De cuánto tiempo? ¿Goza de buena salud?

—Parece que no. El pequeño Rodrigo tiene un año de vida y padece de asma. Están muy preocupados por él y no saben si lograrán que salga adelante.

—¡Dios mío! El aire de la villa debe de estar más que viciado para sus pequeños pulmones.

—Ya perdió a un hijo antes de que naciera Rodrigo y está a punto de parir otro. Tiene mucho miedo y se acuerda de cuando nosotras la abrazábamos cuando estaba asustada.

—¿Qué podemos hacer, doña Violante? —preguntó Juana a punto de echarse a llorar.

Tras pensarlo unos instantes, la marquesa concluyó:

—En vez de perder el tiempo escribiendo cartas, nos vamos a ir tú y yo a

Madrid.

—Pero, señora, ¿qué dirá su esposo?

—¿Crees acaso que me importa? Nuestros hijos están pasando por un momento muy delicado y no podemos quedarnos aquí esperando a que lleguen noticias, que quizá no sean buenas porque no hemos estado con ellos para evitar la fatalidad.

—Tenéis razón.

—Muy bien. Pues partiremos en cuanto nuestros equipajes estén dispuestos.

Violante prefirió ocultarle a Meradio que había mantenido correspondencia con su hija, que vivía en la misma dirección a la que él acudió, no fuera a ser que se presentara y rodaran cabezas; por eso le dijo que viajarían a Madrid para seguir su rastro y dar con el paradero de los jóvenes.

—¡Me niego en rotundo! —clamó Meradio al conocer sus intenciones—. Tú no tienes ninguna hija y te prohíbo que vuelvas a mencionar siquiera su nombre.

—Me importa muy poco lo que me digas, esposo. Yo parí una hija y así lo declararé siempre, aunque sea sobre un potro de tortura.

—Eres una ingenua, ¡ella te abandonó!

—Te equivocas, la obligamos a hacerlo.

Juana, por su parte, se despidió de Fausto y de sus tres hijos, con la promesa de que en cuanto estuvieran instaladas en Madrid, les escribiría. Después subió al carruaje en que aguardaba ya la marquesa, y partieron en dirección a Madrid.

El marqués, que a través de una ventana las vio marchar, se enfureció tanto, que decidió ensillar a Ninfa y marchar a la taberna del pueblo a emborracharse. Pasó horas bebiendo, tantas que a pesar del dinero que se estaba dejando en el morapio, el tabernero tuvo que intervenir:

—Señor marqués, ya es muy tarde y deberíais regresar al palacio.

—Sabré yo lo que tengo que hacer mejor que tú.

—Tiene razón vuestra merced, y si estamos con esas, también yo sé lo que tengo que hacer, que es echar el candado a pesar de vos.

El marqués soltó una carcajada.

—¡Ah!, tabernero, ¿era por esto? Ya me voy, descuida.

El dueño del establecimiento quedó asombrado ya que, aunque no lo conocía en demasía, lo creía un tirano engreído, difícil de tratar.

—Pues no ha sido tan complicado —dijo para sí cuando lo vio salir—. Amigo, tanta gloria lleves como paz dejes.

Meradio se hizo a la calle dando tumbos, tratando de encontrar a su yegua, sin recordar que la había dejado en el establo de la taberna. Estaba tan borracho, que cuando se cruzó con Ermesenda no reconoció que se trataba de una prostituta dispuesta a provocarlo para obtener su sustento.

—¿Dónde va vuestra merced?

—Estoy buscando a mi yegua. ¿Has visto una yegua blanca, de nombre Ninfa, por algún lado? Se interesó el hombre.

Ermesenda se acercó más a él. Cogiéndole una mano, la llevó a su escote y la introdujo hasta colocar un pecho en ella. Le insinuó:

—La tenéis delante de vos. ¿No Deseáis montarla?

El marqués volvió a reír a carcajadas, e inmediatamente se disculpó:

—Lo siento, no pienses que me estoy chanceando de ti; de hecho, agradezco tu gentil ofrecimiento y sabe Dios que nada me gustaría más. Pero soy víctima de un hechizo con el que algún enemigo acometió contra mi persona —se sinceró—. Y vive Dios que haría lo que fuese por volver a mirarme el miembro tieso como un mástil.

—Eso está hecho —afirmó la mujer apoyándole la espalda en una pared. Después le desabrochó el bombacho y lo bajó hasta la mitad del muslo y se agachó para tratar de estimularlo oralmente.

—Es inútil..., no te molestes... ¡Oh!..., sí..., continúa... ¡No pares por nada del mundo!

Milagrosamente, el marqués volvió a responder como hacía años antes de

que Violante lo condenara con el *Concidisti phallus*. De hecho, debía de ser mejor que antaño, pues no solo culminó esa vez en la calle, sino que durante la noche, que pasó con la prostituta en el lupanar, pudo contar hasta cuatro veces más de alivio intenso, todo un mérito teniendo en cuenta que ya era un anciano. Cuando salió a la calle a la mañana siguiente, lo hizo como un hombre nuevo, como si la bebida ingerida la noche anterior no hubiera dejado secuelas en él. Recogió a Ninfa y galopó hacia el palacio a descansar hasta la tarde, pues había quedado con Ermesenda en que se encontrarían temprano para alargar la noche que pasarían fornicando.

Madrid

Violante y Juana llegaron a Madrid antes de que anocheciera, y aunque el conductor del carruaje se desorientó a la entrada, no hubo problema para dar con el lugar, ya que todo habitante de la villa parecía conocer a la perfección en dónde encontrar la barbería. No obstante, Juana bajó primero y le pidió a su señora:

—Aguardad, vuestra merced. Iré primero a preguntar si es aquí.

Amadeo, que se encontraba trabajando en esos momentos, escuchó su voz y exclamó:

—¡Madre!

Salió a toda prisa del establecimiento, causando alarma en Jonás y el cliente que quedó a medio afeitarse. El barbero acudió tras él para comprobar qué sucedía, y lo vio abrazando a su madre como si fuese un niño pequeño.

El encuentro con Balbina y el nieto no fue menos emotivo; durante más de media hora permanecieron abrazadas doña Violante y la muchacha, sin que nadie pudiera intervenir para separarlas, por lo que Amadeo creyó oportuno cederle esa noche a su suegra el honor de dormir con Balbina. Las recién llegadas habían traído con ellas la paz y tranquilidad que tanta falta les hacía. Se iban a quedar con ellos hasta que Balbina diera a luz y se instalaron en la vivienda que quedaba libre en el mismo rellano que ocupaba la de Casilda. Como era de esperar, esta se presentó solícita a la marquesa, esperando probablemente algún beneficio de la noble.

—Señora marquesa, sabed que aquí tenéis vuestro hogar. Cualquier cosa que preciséis, vuestra merced o vuestra doncella, tened a bien hacérmelo saber y acudiré rauda.

—¿Sois vos la mujer que contactó con mi esposo? —se interesó Violante.

—Así es: Casilda Montoya, para servir a vuestra merced.

—Hacedme un favor, Casilda —comenzó Violante muy pausada. A Casilda se le iluminó la cara pensando en agradecerla—: procurad que no vuelva a cruzarme con vos durante el tiempo que permanezcamos aquí mi doncella y yo,

pues sería un verdadero problema para vos que mi esposo se enterase de que su presencia me incomoda.

Y tras decir esto, se retiró a su aposento, dejando a Casilda perpleja.

El día en que Balbina se puso de parto fue asistida por Abigail, y por si las ampollas levantadas en Casilda daban lugar a otra denuncia, estuvieron presentes Violante y Juana para testificar que la judeoconversa no ejerció como matrona en el alumbramiento, sino como amiga de la familia. El hijo nacido se llamó Lázaro, y nació fuerte y sano.

En cuanto a Rodrigo, que continuaba con los ataques de asma, el médico sugirió que cambiara de aires con urgencia, que estuviera más en contacto con la naturaleza, pues era muy peligroso que sus pulmones procesasen el aire contaminado de la villa por tomar una nimiedad de oxígeno. Aunque resultó una decisión muy difícil y tremendamente dolorosa, Balbina y Amadeo les pidieron a sus madres que se llevaran al niño con ellas a Alahuelas para que viviera allí por lo menos los dos próximos años y evitar así una desgracia, pues el emplazamiento del palacio era mucho más indicado que la ciudad para tratar la enfermedad de Rodrigo. Allí gozaría de tranquilidad y de aire libre de impurezas. Violante y Juana, aunque algo temerosas de la reacción del marqués, aceptaron gustosas, con la seguridad de que era lo mejor para su nieto.

Alahuesas (Guadalajara)

El camino estaba cubierto de hojas secas caídas de los árboles que lo lindaban con el bosque. En poco tiempo, cuestión de días, sería la nieve la encargada de cambiarlo de color, llevando consigo la señal de la nostalgia de otros tiempos, aunque en esta ocasión la añoranza estaría sin duda mermada por la presencia de Rodrigo. A pesar de verse afectado por el cansancio del viaje, sus pequeños ojos no cesaban de mirar inquietos a través de la ventanilla del carruaje esperando adivinar el próximo bache que celebraría con risas y palmas. Las abuelas, por su parte, dichosas como nunca, reían sus gracias y festejaban con él cada zarandeo del camino.

Violante, volviendo a ajustar al pequeño el pañuelo que lo embozaba, reconoció:

—Ardo en deseos de contemplar la cara de tus hijos cuando conozcan a su sobrino. Y qué decir de la sorpresa que se va a llevar Fausto. Estoy muy impaciente, Juana.

—Sí, señora. A mí me sucede lo mismo, pero también me preocupa la reacción de su esposo. ¿Qué haremos si no lo acepta?

—Es su problema.

—Pero ¿y si no lo admite en palacio?

—No puede echarlo, soy su esposa y por lo tanto el palacio también es mi hogar. Si no quisiera ver a su nieto, que se vaya a vivir a otro lugar o que cierre los ojos, es lo único que se me ocurre.

—¡Qué valiente sois! —respondió Juana con una carcajada.

—No, tan solo soy abuela, querida Juana, y tú también, de manera que disfrutemos de su presencia en nuestras vidas y seamos dichosas, que es lo que él más precisa.

El encuentro con Fausto y sus hijos fue tal y como esperaban las mujeres. Pasaron el resto de la tarde en la casa de labor, y también cenaron allí al calor del fuego de la leña y de la familia, mientras se caldeaban los aposentos que habían dispuesto para el pequeño. Cuando ya hubo oscurecido y los niños se hubieron quedado dormidos, Fausto, llevando a Rodrigo en brazos, y Juana acompañaron a la marquesa hasta su cámara. Una vez allí, Fausto acostó al niño en la cama de Violante y esta le preguntó:

—¿Vendrá mi esposo a dormir a palacio?

—No lo sé, señora. Salió a caballo hacia el pueblo momentos antes de que llegaseis. Pero no os alarméis, otras veces ha salido y siempre regresa por la mañana.

—¿Tampoco dice por qué se va?

—No, nunca —respondió Fausto como si estuviera ocultando algo.

—Está bien. Si está entretenido, mejor que mejor.

Ya en su casa, Juana le preguntó a su esposo:

—¿Qué es eso de que el marqués duerme fuera de palacio?

—Bueno, dormir no creo que duerma. Desde el mismo día que marchasteis a Madrid se va por la tarde y regresa a palacio por la mañana tan solo a dormir, cuando despierta come algo y se vuelve a ir.

—¿Pero dónde?

—Yo creo que de putas. —Juana soltó una carcajada al oírlo—. También a mí me parecía imposible que, con lo viejo que es, le diera por estos menesteres; pero tendrías que ver la alegría que tiene en el rostro, como si estuviera satisfecho y desahogado.

—Déjate de zarandajas y vamos al catre, que me parece que has de desahogarte, ¡truhán!

El gallo cantó en el pueblo de Alahuesas anunciando el nuevo día, y Meradio, que se había quedado traspuesto tras su frenética actividad sexual, abrió los ojos y se sobresaltó al descubrir que Ermesenda lo contemplaba amorosa.

—¿Qué sucede? — interpeló el hombre.

—Duermes como un niño. Eres hermoso, mi amor.

Se besaron en los labios con pasión.

—Ermesenda, eres la mejor puta que he tenido nunca, pero creo que deberías entregarte a otros hombres.

—Tengo suficiente contigo, me satisfaces en demasía, me colmas de placer. —Y diciendo esto, se puso sobre él impetuosa, rebosándolo de caricias y besos. Meradio se dejó hacer, a sabiendas de que podría con este y con todos los embates que ella soportara—. No quiero que te vuelvas a ir. Te deseo tanto, amor mío, que anhelo que estés siempre dentro de mí.

El marqués, aunque era evidente que disfrutaba, la detuvo un instante.

—Tú sola ya no me satisfaces plenamente —objetó levantando la sábana y dejando al descubierto a otra mujer desnuda que dormía plácidamente a su lado—. Voy a despertar a esta. —La zarandeó y la muchacha abrió los ojos. Al verlo sonrió y él solicitó—: Dime qué te hace gozar, hermosa.

La prostituta se incorporó para colocarse a horcajadas sobre la cara del marqués, que obró en consecuencia, consiguiendo columpiar a las dos mujeres hasta llegar a la cima de su excitación y la de ellas. Después, regresó a su hogar.

Al llegar al palacio, le recibió Fausto, que le informó de que su esposa había llegado el día anterior y se encontraba desayunando en esos momentos. Dichoso con la noticia, se adentró en el vestíbulo y se dirigió hacia el comedor en donde permanecía Violante, sentada a la mesa de espaldas a la puerta. Al verla, aceleró de gozo el paso y exclamó:

—¡Querida! —Cuando llegó a su altura, quedó petrificado al descubrir a un bebé en el regazo de su esposa—. ¿Quién es este? —se interesó asustado.

El niño, aunque respiraba un tanto acelerado por el sobresalto, lo recibió alegre como él era. Violante se armó de valor y le respondió:

—Esposo, ¡qué alegría verte de nuevo! Te ruego que dispenses al pequeño Rodrigo, pues es asmático y tarda en recuperarse, ¿comprendes?

—Lo siento, yo no quería... ¿Se encuentra bien? ¿Mando que vayan a

buscar al médico?

—No hace falta, ya le avisé ayer para que viniera esta mañana a examinarlo y le ponga un tratamiento.

—Pero ¿quién es esta criatura? ¿A quién pertenece?

—Pienso que si lo contemplaras mejor, tendrías la respuesta. ¿No te recuerda a nadie? —Meradio indagó en busca de un atisbo de similitud con algún conocido, y el caso era que la criatura le resultaba familiar—. Quizá su rostro claro, de mejillas encarnadas..., o los dedos de sus manos, largos como culebrillas, o tal vez sean los ojos azules y grandes como los de tu hija..., como los tuyos.

—Mi hija... —dijo al fin el marqués—. ¿Mi nieto? —preguntó con voz queda. En ese momento, el pequeño Rodrigo emitió un gritito para llamar la atención que sonó a respuesta. El hombre lo tomó en brazos muy emocionado □ . Mi continuación.

Violante atribuyó a su nieto la felicidad ignorada de su esposo, que pasaba el día pendiente del pequeño, colmándolo de atenciones y cuidados y por ende enriqueciendo la vida del matrimonio tanto, que a la marquesa le comenzaron a importunar las salidas nocturnas del marqués. Ignoraba el motivo que le llevaba a dormir fuera de palacio, y quizá esto era lo que más le hostigaba. Una noche, tras un día entero de gestiones en Guadalajara, Meradio acostó al pequeño y se dispuso a salir a abarraganarse con sus meretrices que ya le aguardaban con deseo acuciante, cuando Violante le salió al paso.

—Querido, ¿también vas a salir hoy?

—Sí, claro —respondió él tranquilo, como quien sale a laborar al campo.

—Pensé que estarías cansado del trajín.

—Lo estoy realmente, necesito relajarme..., por eso me voy. Descansa tú también, querida.

—Pero ¿y si hubiera que avisar al médico? —probó tratando de retenerlo.

El marqués detuvo su marcha y preguntó muy preocupado a la marquesa:

—¿Por qué habría que hacerlo?

—Rodrigo ha tenido un ataque de tos esta mañana, cuando te encontrabas en Guadalajara con el notario —mintió.

—¿Por qué no me lo has comunicado hasta ahora?

—No quise preocuparte, pero contaba con que esta noche, dado que estuviste ausente todo el día, pernoctarías en palacio.

—Sabido esto, no puedo hacer otra cosa, querida —indicó despojándose del sombrero, la capa y el tahalí con su espada—. Pero te ruego que tengas a bien concederme dormir en tu cama para estar cerca de nuestro nieto.

Ella dudó un momento, pero finalmente aceptó, ya que contaba con la ausencia del deseo en su marido gracias a los bebedizos de Celsa, y confiaba en que no tendría ansia de rozarla ni en sueños. Un sueño es lo que la marquesa creyó estar teniendo aquella noche, cuando despertó al notar un aliento caliente entre sus piernas que precedía al roce húmedo de una lengua en su sexo. La novedad la excitó tanto que, por no haberlo sentido nunca, lo que no se esperaba le sobrevino poco después. Gritó sin remedio al ser ella sola la que contenía toda la violencia del placer que jamás imaginó, sin ser consciente hasta que hubo pasado y se recomponía como podía, de que el pequeño Rodrigo lloraba asustado. No podrían sostenerle las piernas en esos momentos si se incorporaba para atenderlo, pero lo hizo el marqués, saliendo de debajo de la sábana. Violante quedó perpleja; no podía creerse que lo que acababa de sucederle no fuera un sueño. Su decrepito esposo había obrado un milagro, pues jamás pensó que una mujer, y menos ella, estuviera diseñada para albergar estas sensaciones en su cuerpo. Por eso, cuando Meradio regresó al lecho, desnudo como un recién nacido, ella le suplicó:

—Hazme tuya, deseo sentirte de nuevo, esposo. Tómame, te lo ruego.

Y él, que fuera aleccionado por una gran profesional en las artes amatorias como lo era Ermesenda, yació con su esposa manteniéndola durante todo el acto al límite de la convulsión de placer. Ella gemía y jadeaba, se entretenía observando los frescos del techo para ralentizar las sensaciones y lloró al presentir que no podría contenerse por más tiempo y culminaría de nuevo. Inmediatamente volvió a centrarse en ese esposo que, por su parte, tampoco podía creer que la amara tanto... tanto que, cuando no pudo aguantar más tiempo sin derramarse en ella, una punzada le taladró el corazón dejándolo sin

aliento. Violante le ordenaba:

—¡Sigue, Meradio, no pares ahora, dame más!

Pero a Meradio no le sostenían las piernas, por lo que poco podía empujar para satisfacerla; solo la miraba asustado con la mano en el pecho. Emitió un quejido ahogado y cayó fulminado sobre ella.

—No somos nadie, señora —refería Juana a Violante, que lloraba desconsolada en el entierro, sin entender tanta tristeza en la marquesa.

—¡Ay, Juana! Ahora que empezábamos a entendernos... ¡Qué gran pérdida!

Ermesenda, agazapada tras un árbol, enjugaba su pena sin recibir aliento.

La lectura del testamento tuvo lugar dos días después del sepelio en el palacio de Alahuelas. Todo el patrimonio les fue concedido íntegramente a Rodrigo y a Violante en usufructo, quien sería además la encargada de administrárselo al niño hasta que este cumpliera la mayoría de edad. El marqués también especificó antes de su muerte que quedarían desheredados en el caso de permitir que Balbina y Amadeo regresaran a Alahuelas.

Madrid

Corría el año 1673, y Lázaro, con casi un año de vida, era la alegría de su casa. El temor de sus padres a que adoleciera de una enfermedad respiratoria como su hermano se desvanecía poco a poco al contemplar la energía que el pequeño derrochaba. Afortunadamente los dos hermanos se veían a menudo, gracias a que los abuelos se empeñaban en viajar a Madrid con Rodrigo siempre que era posible; de hecho, pese a haberse adelantado cinco meses, Abigail y Balbina ya habían dispuesto las viviendas que ocuparían cuando les visitaran para celebrar el primer aniversario de Lázaro. Entre tanto, en la barbería poco habían cambiado las rutinas. Jonás hacía sus visitas a palacio tres veces al día, mientras Amadeo se encargaba de la clientela en su ausencia. Una tarde de marzo, mientras Jonás se acicalaba para acudir a su recepción con la reina, entró en el establecimiento don Gaspar, muy alterado. Amadeo, que acababa de comenzar a afeitarse a otro cliente, lo saludó cortés:

—Sed bienvenido, don Gaspar. Habéis llegado antes de tiempo, pero estaré veloz con vuestra ilustrísima.

—No te apures, hijo. Vengo a comunicarle algo a maese Jonás. ¿Está por aquí?

Jonás salió de la trastienda abrochándose el colete.

—Buenas tardes tenga vuestra merced, don Gaspar. Me ha parecido escuchar que preguntáis por mí.

—Así es. He venido raudo en cuanto me he enterado de la noticia antes de que salieseis hacia el Alcázar.

—¿Qué ha sucedido?

—Esta misma tarde le han comunicado a la regente que su hija, doña Margarita de Austria, emperatriz del Sacro Imperio, ha fallecido en Viena a consecuencia del parto de su cuarta hija.

Jonás quedó mudo; su rostro denotaba un dolor intenso que no cedería mientras no rompiera a llorar. Amadeo dejó lo que estaba haciendo para

acudir junto a él para evitar que se desplomara.

—Maese Jonás, ¿os encontráis bien?

—Sí. Os ruego que me disculpéis, don Gaspar.

Y diciendo esto volvió a entrar en la trastienda, por la que accedió a su hogar y se sentó en una silla. La pena que le causaba pensar en el dolor de Mariana le taladraba el pecho, le ahogaba y le obligaba a derramar lágrimas incontenibles, a llorar amargamente. En la barbería se escuchaban sus lamentos e, inútilmente, don Gaspar y Amadeo trataban de disimular ante el cliente al que este afeitaba. Cuando ya se hubo ido, el joven comentó con el virrey:

—Está muy afectado. ¿Conocéis vos el porqué?

—No, hijo. Que yo sepa, no conocía siquiera a la emperatriz.

Pero estaban equivocados, pues Jonás la conocía a través de la devoción que su madre le profesaba cuando le hablaba de ella, de su belleza, de su carácter dulce y alegre, y comprobó que todo era cierto al verlo reflejado en los lienzos de Velázquez, a quien sin duda doña Margarita también cautivó. El barbero sabía del desgarró que sentiría la mujer que amaba en esos momentos, pero nada podía hacer para su consuelo. Creyó que Mariana precisaba estar rodeada de los suyos y junto al hijo que le quedaba, por lo que él no pintaba nada en palacio. Decidió que enviaría una epístola declarándole sus más sentidas condolencias, y por no molestar, permanecería un tiempo sin pisar el Alcázar. Esa noche no pudo dejar de llorar imaginando a Mariana. Deseaba que su pensamiento pudiera llegar hasta ella, abrazarla y apaciguar su desdicha.

En esos mismos instantes, en palacio, la reina contemplaba el cuadro que Velázquez pintó para homenajearla en su veintidós aniversario. A su pequeña Margarita no le dio tiempo a cumplir esta edad; su niña preciosa, a quien su padre, Felipe IV, llamaba «mi alegría», había perdido la vida sin ver crecer a los hijos que había parido. Pensó entonces en Jonás, y se preguntaba por qué, precisamente esa noche, no estaba con ella quien más le urgía que estuviera. En un arrebató de tristeza emitió un grito desgarrador y se arrodilló a los pies del lienzo alzando los brazos hacia la imagen de su hija mientras lloraba y clamaba:

—¿Por qué?

Antes de que amaneciera, la reina envió a un paje a la casa de Jonás para avisarle de que quería verlo de inmediato. En menos de media hora el barbero llamó a la puerta de su gabinete, la reina dio su beneplácito y cuando el hombre entró, lo increpó furiosa:

—¿No habías acordado con tu reina que vendrías todos los días a palacio? Exijo una explicación. ¿Por qué motivo no te personaste ayer por la tarde ante mí?

—Majestad —respondió lánguido—, aunque lo deseaba, no me creí digno. —Y rompió a llorar—. Lo siento tanto, señora.

La reina, igualmente desconsolada, se acercó a él y se derrumbó entre sus brazos.

—Si tú fuiste el motivo de que mi pena se desvaneciese, ¿cómo te atreviste a no estar cuando más te necesitaba?

Próximos a cumplirse diez años desde que llegaran a Madrid, Balbina y Amadeo, antes de dormir, hacían balance de lo que había sido su vida en común. Sin duda una lucha diaria, pero no por eso amarga, sino llena de satisfacciones y alegría la mayoría de las veces. Amadeo, además de poseer el título de barbero, se había ganado con su esfuerzo y dedicación el apelativo de *el marranín*, que aunque en su caso, siendo cristiano viejo, no iba acorde con él, el hecho de que lo comparasen con su mentor lo llenaba de orgullo. Balbina estaba nuevamente embarazada; en esta ocasión el hijo fue buscado a conciencia, ya que no querían que Lázaro, de cuatro años, se sintiera solo y marginado cuando comprendiera que su hermano mayor era el marqués de Alahuelas. Le costó bastante quedarse en estado; solo cuando se relajó y dejó de obsesionarse, el milagro tuvo lugar.

Rodrigo, con cinco años, crecía feliz y sin demasiados achaques de salud en Alahuelas al cuidado de sus tres abuelos. Sus padres estaban convencidos de que hicieron lo mejor por él, pues de haber permanecido más tiempo en el ambiente ponzoñoso de Madrid, entre los vapores provenientes de los

excrementos que se arrojaban a la calle, no hubiera sobrevivido mucho tiempo.

Balbina se hacía cargo de la educación de Lázaro que, además de saber leer el alfabeto, leía música sin titubear y dominaba el pequeño violín que le regaló maese Jonás, fabricado, al igual que el de Balbina, por el lutier Antonio Stradivari. Apuntaba muy alto el pequeño que, junto a su madre, tocaba todas las mañanas cerca del balcón que daba a la calle, para amenizar el tránsito de gente que iba y venía.

Jonás, por su parte, continuaba yendo al Alcázar tres veces al día. A veces solo una, ya que permanecía allí largo tiempo y regresaba al domicilio solo a dormir. El rey Carlos II ya había cumplido la mayoría de edad, y como por su escasa inteligencia era incapaz de gobernar, la reina madre continuaba siendo su tutora, aunque don Juan José de Austria cada vez iba subiendo más peldaños, ganándose a su hermanastro con la labia impecable que le caracterizaba.

Una mañana, Jonás salió hacia el palacio para reunirse con doña Mariana de Austria, como era habitual desde hacía una década. El trayecto cada vez se le hacía más cuesta arriba, se sentía irremediablemente viejo y cansado, su cuerpo se lo indicaba a cada momento; paso lento, nuevo dolor. Este fue sin duda el detonante que lo llevó a tomar la decisión de sincerarse con ella y declararle todo lo que sentía, que era mucho. Quizá si permitiese que Carlos optase por don Juan, ella no ejercería ningún poder de gobierno y consideraría que había llegado el momento de retirarse a otro lugar menos notorio, lejos de la corte, para poder estar ambos más cerca día y noche.

Al llegar a las puertas del Alcázar, los guardias de la entrada le cerraron el paso y por más que insistía en que le explicasen el motivo, no obtuvo respuesta. Permaneció quieto frente a ellos sin saber qué hacer, pensando en que Mariana de Austria detestaba esperar, se enojaría y tomarían el desayuno sin dirigirle la palabra aunque él se deshiciera en disculpas, como ya había sucedido en otras ocasiones. Recordó que el aposentador de la reina solía estar por allí para recibirlo por las mañanas, por lo que probó a llamarlo gritando fuerte su nombre:

—¡José!, ¿podéis oírme? ¡José Nieto y Velázquez!, ¿estáis ahí?

Tras unos segundos de espera, el portón se abrió desde dentro y salió el mayordomo y se dirigió a toda prisa hacia Jonás.

—Maese Jonás, debéis iros de aquí. Puede ser peligroso para vuestra merced.

—Pero la reina...

—La reina ha tenido que marchar —le indicó dándole un papel doblado—. Tomad, aquí os lo explica todo, pero leedlo en vuestro hogar. —Dicho esto, el sirviente volvió a entrar en el Alcázar.

Jonás contempló atónito la huida del hombre y optó por regresar a su hogar lo más rápido que pudo para leer la nota y tener conocimiento de lo acontecido con su amada. En dicha misiva le informaba de que don Juan de Austria había conseguido hacerse con el poder, confinándola a ella en Toledo. Dudaba que se volvieran a ver en esta vida. A partir de este momento, Jonás quedó sumido en una profunda desdicha que no dejó indiferente a nadie.

La luz era bella y no deslumbraba, cálida, brillante. Se apropió de su atención mucho antes de que la voz que la acompañaba susurrara su nombre:

—Balbina.

En medio de la claridad se sintió amada y mecida y quedó a la espera, a sabiendas de que no le haría falta responder. Un ángel vestido de blanco se aproximó flotando desde la lejanía hasta posar la mano en su vientre y, cual Gabriel, le anunció:

—El hijo que esperas será un ángel del amor, de la luz y del fuego. Más que un ángel, será un serafín y guardará por siempre su hogar.

Tras pronunciar estas palabras, el ángel besó su vientre y un dolor intenso y desgarrador la obligó a despertar del bello sueño. Estaba de parto y no se había cumplido el tiempo de espera. Amadeo corrió a avisar a Abigail a su casa para que acudiera rauda para atender a su esposa, sin pensar que era Casilda quien tenía que contemplar el parto. El alumbramiento se complicó como nunca le sucediera a Abigail pues, además de prematuro, el pequeño

nació con el cordón umbilical alrededor del cuello, prácticamente asfixiado. Hubo que reanimarlo durante demasiados minutos, pero al final logró llenar sus pequeños pulmones de oxígeno y rompió a llorar, algo que llenó de felicidad tanto a la matrona y a la madre como a los que esperaban fuera de la habitación. Poco después, Amadeo y Lázaro entraron a dar la bienvenida al nuevo miembro de la familia, y Balbina le preguntó a su esposo:

—¿Cómo deseas que se llame?

—Había pensado en que llevara el nombre de mi padre: Fausto. ¿Tú qué crees?

—Me agrada. ¿Y a ti, hijo? ¿Te gusta que tu hermano se llame como el abuelo Fausto? —le consultó a Lázaro.

El niño miraba al recién nacido muy asombrado, y respondió:

—No, se llama Serafín.

A Amadeo le hizo gracia la seriedad con que Lázaro sentenció y le dio la razón.

—Pues no hay más que hablar. Serafín.

Balbina se había quedado perpleja con la respuesta de su hijo, que le hizo recordar el sueño que había tenido: «Más que un ángel, será un serafín y guardará por siempre su hogar».

Abigail, por su parte, se quedó preocupada, pues sospechaba que el pequeño llevaría con él las secuelas de la falta de oxígeno en su nacimiento.

En apariencia, Serafín era un niño sano y muy bonito: piel blanca, cabello rubio y ojos claros; hacía honor a su nombre pues parecía más un ángel que un mortal. Hasta el cuarto mes de vida no se dieron cuenta de que el niño no reaccionaba ante ningún estímulo. Las carantoñas que le prodigaban no le arrancaban sonrisas; es más, si se le acariciaba esperando una respuesta de agrado, Serafín se asustaba mucho y lloraba presa del pánico. Solo Balbina podía calmarlo tomándolo entre sus brazos y acercando la carita a su garganta para que sintiera las vibraciones de su voz. Ella sabía que su hijo no podía oír ni ver, como quizá lo sabían todos los que vivían a su alrededor, aunque nadie manifestara su parecer. Con más de un año de vida, Serafín no hacía nada por

caminar, tan solo se comunicaba llorando, gritando, con continuos balanceos de cabeza, agrediendo a todos y hasta a él mismo. Su madre observó que a través del tacto conseguía llegar a él, y fue por esto que se le ocurrió enseñarle que aunque no percibiera a los demás, él sí era percibido. Esperó a que Serafín quisiera comunicar algo; cuando esto sucedía, comenzaba con los balanceos de cabeza de un lado a otro. En el momento que se inició esta acción, Balbina tomó las pequeñas manos de su hijo y las colocó en sus mejillas, de manera que el rostro de la madre quedó atrapado por el niño. Entonces movió la cabeza como hacía él, que al darse cuenta sonrió, e inmediatamente la mujer puso las manitas en su boca, que también dibujaba una sonrisa. Una vez que el pequeño conoció el gesto de la felicidad a través del tacto, su madre le invitó a explorar su propia sonrisa y le hizo de nuevo feliz. De esta manera le enseñó a ponerse en pie y caminar, a pedir comida colocando la mano abierta entre los dientes, a pedir agua chupándose el pulgar, a reír, a jugar, a vivir en definitiva. A su hermano también le unía un lazo muy especial; de hecho fue Lázaro quien le proporcionó uno de los mayores disfrutes. Consistía en ponerse detrás de Serafín y colocarle el pequeño violín en el hombro. Este apoyaba la barbilla en el instrumento mientras su hermano lo sujetaba por el mástil. Después Lázaro guiaba la mano derecha del pequeño, que sostenía el arco, por las cuerdas del violín produciendo, al frotarlas, el vibrante sonido que Serafín podía percibir sintiéndose muy afortunado. No estaba solo.

El 17 de septiembre de 1679 corrió por las calles de Madrid la noticia de que el valido del rey, su hermanastro don Juan José de Austria, había fallecido. Dado que, durante sus dos años de gobierno, las malas cosechas, el hambre y la peste le habían hecho perder la mayor parte del apoyo que tuvo al acceder a él, a muchos alegró su deceso, sobre todo a Jonás, que en cuanto supo del acontecimiento dejó a Amadeo al frente de la barbería y corrió hacia el Alcázar a saber más. Desde fuera observó cómo el féretro salía de palacio en un carruaje fúnebre con destino a El Escorial, según escuchó a la plebe que, al igual que él, se apiñaba a las puertas de palacio. Dijo para sí: «Ya eres libre, mi reina».

Carlos II marchó raudo a Toledo para levantar el destierro de su madre, y se aceleraron los preparativos de su boda con María Luisa de Orléans. El 19 de noviembre fue la boda real en Burgos, desde donde llegaron a Madrid los recién casados el 2 de diciembre. Por este motivo se retrasó la entrada solemne de doña Mariana de Austria en la villa, que, finalmente, tendría lugar el 13 de enero de 1680. El día antes de su llegada, Jonás esperaba a las puertas del Real Alcázar a fin de ser el primero en recibirla como hacía años, cuando entró recién desposada. Como era pronto para que fuera congregándose la gente que acudiría al acto, decidió acercarse al mercado a comprar un poco de pan. Tan ensimismado iba en sus recuerdos que no escuchó el «¡agua va!» que por decoro se gritaba desde las ventanas antes de arrojar todo tipo de porquería, y no pudo correr a guarecerse antes de que cayera sobre él todo el inmundo chaparrón. Maldiciendo su suerte, corrió a la fuente más cercana para lavar sus ropas y a él mismo antes de que su amada llegase y le sorprendiera en ese estado... Pero hasta el día siguiente no llegaría, y el frío de enero en la capital era insoportable. Cuando cayó la noche, todavía sus ropas estaban mojadas y a juzgar por cómo le dolían los huesos, él hubiera dicho que también se habían mojado. Se acurrucó a los pies del palacio e intentó dormir.

—¡Vamos! ¡Muévete de ahí! —le gritaba uno de los guardias de la entrada golpeándole con el mástil de su lanza.

Jonás así lo hizo a duras penas: le dolía el cuerpo y, sobre todo, el oído izquierdo lo estaba matando. Había mucha gente aglutinada y se encontraba inmerso entre ellos, sin fuerza para defender su espacio. Fue empujado, golpeado, pisoteado..., pero resistió hasta que entró su carruaje a palacio y pudo ver a su amada sonriendo y saludando a todos. Después se desvaneció. Para su fortuna se encontraba cerca un alma generosa que lo conocía y pudo llevarlo hasta su casa, en donde fue atendido de inmediato por las personas queridas que vivían bajo su amparo.

La reina había llegado a palacio con la esperanza puesta en que se encontraría con él, pero no fue así. Su hijo y su nuera le habían preparado una cena de bienvenida y hasta que llegara la noche estaría entretenida todo el día con los preparativos y recepciones de los nobles que se iban acercando al Alcázar. La cena fue maravillosa, sobre todo al contemplar el cariño y la

ternura de la nueva reina hacia su hijo, así como el amor incondicional que este le profesaba; pero, a pesar de la felicidad que había experimentado durante la jornada, nunca llegaría a ser completa mientras no pudiera compartirla con él. Se lamentaba en su interior por no haberle dado más que penalidades y se preguntaba si acaso él se cansó de esperarla. No pudo aguardar a los postres: alegó que estaba agotada y se retiró a sus aposentos. Llegó allí seguida de su doncella, que en silencio la fue despojando de los hábitos del luto que guardaba a su esposo, y la vistió con el camisón. Todavía en silencio se sentó frente al espejo del tocador para que la sirvienta le cepillara el largo cabello rubio que bajo la toca había descuidado. Suspiró, y la doncella, ante el evidente padecer de su señora, no pudo contener por más tiempo las habladurías que habían llegado hasta palacio.

—Majestad, se rumorea que el marrano está grave.

—¿Quién dices? —preguntó girándose hacia ella.

—Maese Jonás, señora. Dicen que vino hasta aquí a recibirla y fue apaleado o qué sé yo. No puedo decir más, ni siquiera si es bulo o verdad.

Mariana sabía que era cierto: solo algo así pudo impedirle llegar hasta ella. Poniéndose en pie, ordenó:

—Vísteme de nuevo y recógeme el cabello. —La mujer corrió a buscar el hábito que le acababa de quitar, pero la reina la detuvo—. Ese no; no es al difunto rey a quien voy a honrar.

Jonás aguantaba los terribles dolores de oído que lo tenían postrado en la cama. Su fiebre era tan elevada que a los cuatro inquilinos que lo cuidaban les parecía que mantuviera el calor de la estancia. Su cara estaba inflamada hasta la nariz por la infección, sufría mucho y ninguno de los presentes albergaba esperanzas.

—Amadeo, Jacobo —los llamó—. Acercaos, he de comunicaros algo.

Amadeo y Jacobo se sentaron en la silla que estaba junto a la cama, y en el mismo lecho.

—Decid, maese Jonás —respondió Jacobo.

—Habéis de saber que hay escrito un testamento, en el que, dado que no

hay descendencia que la continúe heredando, la barbería pasa a ser de Amadeo. Para ti y tu esposa, querido Jacobo, es esta vivienda y el sótano bajo ella. Deseo que la posada pase a manos de los dos, para que la administréis y os beneficiéis de ella en igual medida.

—No sigáis hablando —pidió Jacobo—. ¿Qué importan las propiedades si no va a estar vuestra merced en ellas?

—Cuidad de esto que os otorgo.

Escucharon que un carruaje se detuvo en la puerta de la pensión y creyeron que se trataría del médico al que esperaban. Abigail se apresuró en cuanto la visita golpeó la puerta con la aldaba, y al abrir se encontró con una mujer envuelta en una capa elegantísima, cuya cabeza y rostro estaban cubiertos con un velo negro. Antes de que Abigail pusiera en orden sus pensamientos, la mujer preguntó:

—¿Dónde está maese Jonás?

—Entrad, por favor —pidió, sin creer todavía de quién se trataba.

Así lo hizo ella, retirándose el velo de la cara, pues poco le importaba ser reconocida. Balbina, Amadeo y Jacobo se pusieron en pie en cuanto la vieron entrar en la estancia y la reverenciaron. Mariana de Austria, una vez dentro, se despojó de los mitones y de la capa, entregándosela a Amadeo, que esperaba por ellos.

—Gracias, Amadeo —le dijo ella, provocando el asombro de todos—. ¿Qué dice el médico? —se interesó al tiempo que tomaba el lienzo que estaba junto al lavamanos y lo empapaba para pasarlo por el rostro de Jonás.

—Es una infección de oído, majestad. No ha dado esperanzas —informó Balbina.

—Eso no puede ser —le susurró la reina con media sonrisa al enfermo—. ¿Puedes oírme, barbero?

Jonás abrió los ojos y, al verla, acusó su rostro una alegría extrema.

—Mariana... ¿Ya he muerto o estoy soñando?

Ambos guardaron silencio sin retirar la mirada uno de otro, con las lágrimas inundando sus ojos. Jacobo hizo un gesto a los otros tres y salieron

todos del lugar, dejándolos a solas.

—Te ruego que me perdones —pidió ella.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque he permitido que mi vida fuese un camino de espinas para los dos, sin poder darte lo que merecías.

—No digas eso. Lo importante es que has entregado un soberano a tu pueblo. ¿Te parece poco?

—Hubiera preferido darte mi vida entera solo a ti.

—Mariana, no creas que es el final. El amor es lo único que queda de nosotros y, sin embargo, es lo único que nos llevamos puesto. Te amo desde el primer momento que te vi y no hay mayor felicidad en mi alma que saberme correspondido.

Se besaron. La reina lo abrazó y permaneció así a pesar de los movimientos agonizantes por la muerte que le sobrevinía al hombre. Ella, con los labios en su oído, le susurraba:

—Ve, mi amor. Sea esta la última vez que me esperas, pronto me reuniré contigo.

Y falleció entre los brazos de su reina, que estuvo velándolo durante toda la noche hasta que, al despuntar el nuevo día, fue enterrado en el patio interior de la casa, tal y como él deseaba.

Habían pasado días desde que se cumplieran dos meses del fallecimiento de maese Jonás, y en la barbería continuaba guardándosele luto. No porque hubiera dejado de funcionar, ya que seguía recibiendo clientela a raudales, sino porque el semblante fúnebre de los que le quisieron ensombrecía cualquier atisbo de alegría. Amadeo se afanaba en despejar la oscuridad de la muerte del maestro con la luz de la sabiduría de su recuerdo. Como en esos momentos, en los que se hallaba limpiando el sarro de los dientes de un comerciante que, a pesar de la crisis económica que les azotaba, había sabido torearla a tiempo y hubo adquirido oro antes de que la moneda se devaluara, el

barbero recordaba a su mentor parafraseándole a los más insignes:

—El doctor Sorapán de Rieros, a quien maese Jonás seguía fervientemente, decía: «Quien tuviera buena disposición de encías y dentadura: cuanto más hiciera, más yerra». Y yo añado esto: enjuagaos por las mañanas con agua fría y vino aguado, y después de comer, frotaos muy delicadamente los dientes con algo de sal. —Lavó con agua el mondadientes de oro que empleaba y se lo entregó al comerciante, que lo recogió satisfecho —. Pues ya está vuestra merced. Os recomiendo que, a fin de evitar el mal aliento, si es que os viniera inoportuno, mantengáis vuestro mondadientes en la boca, pues el oro es infalible para ahuyentarlo.

—Muchas gracias, maese Amadeo. Quedo muy satisfecho con sus servicios. ¿Dónde he de inscribirme para venir a arreglarme el mentón?

—Yo mismo, señor. Si venís a diario a afeitarse, os revisaré la dentadura gratis.

—Maravilloso.

Cuando hubo salido el pomposo hombre, Amadeo observó las caras de los presentes y consultó la lista para llamar al siguiente.

—Martín, es vuestro turno. —Martín se dirigió cabizbajo y sin decir ni una palabra hacia donde estaba Amadeo, el cual exclamó—: ¡Hasta aquí hemos llegado! —Entró en la trastienda y llegó por ella a la casa de Abigail y Jacobo, en la que se encontraban su mujer y sus hijos, que ya contaban siete y tres años, practicando el violín. Tomándolos en brazos, le indicó a Balbina—: Me los llevo a alegrar los semblantes. —Volvió a pasar a la barbería, dejó a los niños en el suelo y le pidió a Lázaro—: Enseñad a este público cómo se tañe el violín.

Lázaro, que estaba encantado por ser el centro de atención, se colocó detrás de su hermano, acarició su mejilla izquierda y tocó su hombro, informándole así de lo que estaba previsto que realizaran. A Serafín también le agradaba la idea, y sonrió esperando a que le colocara el instrumento para comenzar con el concierto. Era muy feliz cuando su hermano le hacía partícipe del milagro, se sentía muy afortunado y no le faltaba razón, ya que podía apreciar mejor que nadie que la música es capaz de acariciar sin ser oída. Mientras tanto, Abigail y Balbina, cada una en su tabla de lavar, frotaban la

ropa en un balde de barro de grandes dimensiones, lleno de agua humeante.

—Ha sido una gran idea calentar el agua para llenar el balde —observó Balbina.

—¿Cómo no? Hubiésemos enfermado con el frío que hace hoy.

—Permíteme, al menos, felicitarte por la ocurrencia de pedirle a tu esposo que moldeara un balde de estas dimensiones.

—Lo precisábamos. Teniendo este espacio en la casa y tiempo para hacerlo, es un ahorro no depender de una fregona para estos menesteres.

—¡Cuánta razón tienes!

Terminaron de lavar las prendas y las tendieron de una cuerda que cruzaba el patio, tras lo cual comenzaron a llenar cubos de agua del barreño para derramarla a la calle hasta vaciarlo. Después Abigail invitó a su amiga a un caldo caliente de gallina que les haría entrar en calor. Sonreían escuchando la música que entraba desde la barbería así como los comentarios de los clientes, que quedaban maravillados ante la maestría de Lázaro y la capacidad intuitiva de Serafín, capaz de seguir el ritmo siendo sordociego. Amadeo se deshacía en alabanzas para sus niños, y ellas sonreían denotando el orgullo de madre y de vecina que los quería de la misma manera, pues en su corazón los llevaba como hijos. Pasados unos minutos de deleite, Balbina no pudo hacer caso omiso a su curiosidad y le preguntó a Abigail por el sótano que habían heredado de maese Jonás, interesándose por la insistencia de este en que perteneciera a ellos.

—No sabemos por qué nos lo legó. Quizá quisiera ser ecuánime a la hora de repartir sus bienes. ¡Qué más da! Nos viene bien como almacén de vasijas, ya sabes cómo estaba la casa de llena.

—Acabas de recordarme que he de adquirir nuevos platos y vasos, porque con Serafín, más pronto que tarde, termina todo roto en el suelo.

En ese momento se escuchó en la barbería caer una vasija y romperse, así como la voz de Amadeo increpando al pequeño:

—¡Serafín!

—¿No te lo dije? —apuntó Balbina con guasa.

—Claro que puedes pasar a mirar el género, pero mejor mañana. Permíteme que esta noche lo coloque con Jacobo. Se enfadaría muchísimo si vieras el desorden que hay.

—Está bien. —Se oyó llorar a Serafín—. Además, creo que ahora me reclaman.

Lázaro entró con su hermano y se lo entregó a Balbina. Se había clavado en un dedito una esquirla de la vasija que había roto, nada grave, pero precisaba del olor y los mimos de su madre, que lo tomó en su regazo y lo abrazó poniendo la carita del pequeño pegada a su garganta. Le cantó. Serafín, poco a poco, se fue relajando al sentir las vibraciones de su voz, mientras Abigail y Lázaro, conmovidos de amor, le curaban la pequeña herida.

—¡Has perdido el juicio! —gritaba Roque a Casilda, sosteniendo en una mano un frasco de perfume. ¿Te has gastado veinte ducados en esta minucia? El buey que tengo apalabrado cuesta menos.

—¿Llamas minucia a un perfume elaborado únicamente para mí?

—¡Qué sandez!

—No es ninguna sandez. El perfumista de palacio, a través de una vecina del cuñado de la mujer de Berenguer, lo ha hecho a partir de lo que de mí le han hablado.

—¿Berenguer, dices? ¿El mismo Berenguer que me vendió un ungüento para la caída del pelo y me chamuscó la testa?

—No te engañó; te dijo que era para la caída del pelo, no para el nacimiento.

—¡Maldita seas! —Y dicho esto, abrió la ventana y lanzó el frasco al patio interior.

—¡Desgraciado! Ya veo lo que te importa el dinero que lo tiras por la ventana. —Cogió el candelabro y salió a buscar su perfume.

Dirigiéndose por el corredor al patio, pasó por delante de la casa de

Abigail y Jacobo, que tenían la puerta abierta, y escuchó a la mujer decir:

—Hemos de quitar la sinagoga. Balbina cree que almacenamos ahí las vasijas y quiere verlas para comprar.

—Está bien —intervino su esposo—. Bajemos ahora.

Casilda, con gesto de asombro y satisfacción, corrió a recoger el frasco al patio y regresó de igual manera a la puerta de los judíos. Apagó la vela del candelabro y entornó la hoja para poder ver cada movimiento. Los descubrió arrastrándose bajo la cama y deslizando una losa del suelo para introducirse en el sótano oculto.

Amadeo, tras arropar a los niños, se apresuró en llegar hasta su cama y acurrucarse junto a Balbina muerto de frío. Ella lo abrazó complacida y se besaron despacio sabiéndose felices y tranquilos. Balbina entonces le informó:

—Mañana te pediré dinero, he quedado con Abigail en comprarle unos platos y unos vasos. Ya sabes que Serafín es bachiller en romperlo todo.

—Ya lo creo. Este hijo es una ruina, esposa —bromeó él—. Estoy muy orgulloso de mi familia, especialmente de Serafín. Cada día nos da una lección de vida y me siento muy afortunado porque creo que estamos tocados por Dios para cuidar de este ángel.

—También lo creo yo —le confirmó Balbina apoyando la cabeza, emocionada, sobre su pecho.

Como todas las primaveras, Casilda y Roque se mudaron a la cabaña de la carpintería, ignorantes de que, aunque trataran de ser sigilosos, sus cuatro vecinos aguardaban expectantes el gran día de su marcha para celebrarlo en el patio con vino y queso. Aunque de haber sabido que tramaban conspirar contra ellos, jamás hubieran festejado su marcha.

Aquella misma noche acudieron a la cabaña Odón y Diego, los hijos del matrimonio, de veinte y veinticuatro años, que nadie conocía en la ciudad, pues vivían con sus respectivas familias en los arrabales. Casilda les había

hecho ir hasta allí con objeto de comunicarles el plan que habían urdido para acabar para siempre con Abigail y Jacobo.

—Si lo que os voy a proponer sale como he previsto, la Inquisición no tendrá piedad de ellos. Les dará una muerte lenta y agónica.

Mientras, en el patio de la casa, los dos matrimonios y los dos niños se divertían alrededor de una hoguera que les proporcionaba luz y calor. Jacobo era el encargado de cortar el condumio y Amadeo lo colocaba en platos que distribuía entre todos. Las dos mujeres conversaban plácidamente sentadas en taburetes. Lázaro y Serafín, que jugaban algo apartados de los mayores, llegaron hasta su madre y el mayor informó:

—Tenemos hambre.

Balbina tomó en su regazo a Serafín y le sacó la manita abierta de su boca para darle un pedazo de melón con jamón, que el pequeño se apresuró a comer gustoso. Abigail, por su parte, le preparó a Lázaro un delicioso bocado de pan con tomate y queso que también le supo a gloria. Después le reconoció a Balbina:

—Los quesos con que nos obsequió tu madre la última vez que vino eran exquisitos.

—Sí, los elabora el esposo de Custodia y son los mejores de toda la comarca. Lástima que la carne de cerdo te produzca prurito, porque los chorizos de Custodia son una historia aparte.

—De eso estoy segura.

Amadeo repartió los vasos de vino entre los cuatro adultos y, alzando el suyo, expresó:

—Que la bruja de Casilda y el bufón de su esposo tarden mucho en volver.

A lo que Jacobo añadió:

—Y si no vuelven nunca, mucho mejor.

Mientras tanto, Casilda continuaba planificando con sus hijos y su marido las acciones que iban a seguir.

—El lunes, Diego esperará agazapado a que el judío se vaya a trabajar.

Deja que pasen cinco minutos y entra hasta su casa buscando una matrona: dirás que tu esposa está a punto de parir. Como yo estoy ausente, ella se ofrecerá a ayudar. Llévala hasta tu casa. Allí tu mujer, que estará avisada al respecto, le dirá que fue una falsa alarma, pues todavía le quedan tres meses para parir. La marrana comprobará que es cierto y regresará caminando hasta su casa. Mientras llega, nos habrá dado tiempo a hacer todo lo que tenemos previsto.

El día amaneció soleado y radiante, derrochando primavera a raudales. La felicidad de la gente apagaba las sombras de aquella mañana en la que antes de que cantara el gallo, Lázaro tocaba al violín la alborada que nació en su corazón, para conocerla sin errar cuando se la mostrara a su hermano. Para Lázaro, la forma de escuchar de Serafín provenía del Altísimo; no lo consideraba en absoluto un disminuido ni un lisiado como los ciegos que pedían limosna en la calle. Serafín era un ángel que irradiaba luz, el más feliz de todos en esa vida, con una capacidad extrema para emocionarse con cualquier nimiedad. Se sentía afortunado porque, siendo sus ojos y sus oídos, le había sido concedido el don de obrar milagros. Un milagro para Serafín era despertar riendo con las cosquillas que le hacía su hermano en la tripita; un milagro era no tropezar nunca cuando caminaba junto a él; y, sobre todo, la dicha suprema de sentir el milagro perfecto que Lázaro le entregaba cada día, invitándole a vibrar con su violín. Y eso es lo que se disponía a hacer en esos momentos, de manera que volvió a la cama y levantó el camisón de su hermano dormido, sometiéndolo a una tortura de pedorretas que hizo que el pequeño se despertara muerto de la risa, con ganas de abrazar a su hermano y tocar su garganta para sentir su voz. Balbina entró en la habitación y sonrió al ver la escena.

—Buenos días, dormilones. —Y se unió al juego de dar y recibir cosquillas. Después informó a Lázaro—: Tenéis que vestiros, que hoy llega la carne fresca y hemos de ir temprano al mercado para no quedarnos sin ella.

En menos de media hora ya estaban bajando las escaleras y llamando a la casa de Abigail para que fuera con ellos. Balbina entró y la encontró tumbada

en la cama.

—¡Que no entren los niños! —le pidió—. He pasado toda la noche en vela con retortijones. Espero que no sea nada, pero evitemos que ellos se acerquen por si acaso.

Balbina la tranquilizó desde la puerta.

—No te preocupes; compraré carne para ti y a la vuelta vendré para lo que precisés.,

Al llegar al mercado el bullicio era enorme, por lo que Balbina optó por tomar a Serafín en sus brazos y sujetar a Lázaro bien fuerte de la mano. Puestos de carne, fruta y verdura, lácteos, pollos y huevos, etcétera, exponían su género al público. Después de esperar un rato en el puesto de la carne, llegó el turno de Balbina, y dejando a Serafín en el suelo, le pidió a Lázaro:

—Quedaos junto a mí y no sueltes la mano de tu hermano.

Así lo hizo el niño, hasta que llamó su atención un hombre que a unos metros de distancia, en el puesto del panadero, le mostraba un milhojas de crema con un aspecto delicioso. Lázaro dudó, alejándose con su hermano poco a poco del amparo materno, hasta que, llegado el momento, soltó la mano de Serafín y acudió raudamente en busca de la tentación. Creyó que no tardaría, que al hermano no le daría tiempo a echarlo de menos, que sería un instante, ir, recoger el premio y volver... Y así fue, pero otro hombre aprovechó ese instante para capturar al pequeño sordociego y huir con él entre la multitud.

No creían que las autoridades hicieran algo tras haber denunciado la desaparición de Serafín, pues estaban más ocupados atendiendo las necesidades de la Santa Inquisición. Durante toda la noche muchos vecinos buscaron algún rastro o indicio del paradero del niño. Balbina y Abigail aguardaban en la casa con Lázaro, que no cesaba de llorar culpándose de lo que había sucedido.

Mientras, en la cabaña, los miembros de la cruel familia comían y bebían celebrando el éxito de la fechoría. Serafín estaba desnudo, sentado en un taburete frente a ellos. Se frotaba los brazos, señal de que tenía frío, y ponía entre sus dientes la mano abierta pidiendo que le dieran comida. No sonreía: estaba asustado.

—¡Mirad lo que hace! ¡Es idiota! —se mofaban.

Odón bebió un trago de vino y, dejando el vaso sobre la mesa, se puso en pie y se acercó a él.

—Vamos a ver qué hace ahora.

Le acarició la cabeza introduciendo los dedos en los rizos rubios del pequeño que, creyéndose atendido, sonrió contento y agradecido. De pronto el hombre le agarró del pelo, tiró fuertemente de él hacia arriba para elevarlo a su altura y con la otra mano le propinó un puñetazo tremendo en la cara, rompiéndole la mandíbula. El niño perdió el conocimiento y quedó postrado en el suelo.

—¡Animal! —exclamó Casilda corriendo hacia el niño—. ¡Que lo vas a matar!

—Lo siento, madre. Pero es que cuando pienso en esos perros judíos no puedo evitarlo —se explicaba Odón sacudiendo de su mano los cabellos arrancados.

—¿Pasamos a lo siguiente? —preguntó Diego frotando un látigo con las dos manos.

—No, aguarda. Voy a aprovechar que ahora no se mueve para convertirlo en judío. Así será más fácil.

Casilda tomó un cuchillo enorme, comprobó su filo y se dirigió al pequeño para efectuar el corte en el prepucio. Los hombres hicieron un gesto de repulsión, pero volvieron a mostrarlo complaciente en cuanto el pequeño exhaló el primer alarido de dolor. Él no entendía el sufrimiento; se encontraba absolutamente solo en un lugar que no era el suyo. Su madre, que siempre le calmaba todo dolor, no estaba..., o sí, pero él no podía percibir su amor como estaba acostumbrado, ni expresar el dolor que sentía cuando le ataron las manos y le golpearon la espalda hasta descarnarla, produciéndole tal sufrimiento que...

—Déjalo ya, hijo —pidió Roque a Diego—. Ha vuelto a desmayarse.

Diego recogió el látigo, resignado. Le hubiera propinado otros cien azotes, pero lo cierto era que ya casi no le quedaba espacio sin lacerar en ese cuerpo

tan pequeño de un niño de tres años. Lo volvieron a reanimar, en esta ocasión presionando algunas de sus heridas o profundizando más en ellas con la punta del cuchillo, para hacerlas sangrar y recoger el fluido en vasijas, al tiempo que le coronaron de espinas y golpearon la corona con una estaca para incrustarla en la testa. El diámetro de la diadema era algo más grande que el de la cabeza del niño, por lo que le bajaba hasta los ojos, clavándosele también en ellos. Serafín no resistiría el martirio por mucho más tiempo: ya ni se mantenía en pie y agonizaba en el suelo.

—Daos prisa, antes de que muera —apremió Casilda.

De inmediato llevaron del taller una cruz de madera de pequeñas dimensiones, tumbaron al niño sobre ella y le clavaron las manos y los pies como al mismísimo Jesucristo. Pero Serafín ya no gritaba; para entonces ya corría entre nubes y podía escuchar el canto de las aves y ver la luz del sol. Levantaron la cruz y con una espada atravesaron su corazón, que hacía rato que no latía, y continuaron llenando vasijas de sangre durante el resto de la noche.

En cuanto amaneció, Amadeo y Jacobo llegaron a casa para coger más agua y salir de nuevo a la búsqueda de Serafín. Lázaro también había pasado la noche despierto y llorando; le resultaba insoportable no tenerlo a su lado, repetía una y otra vez que quería ir a prisión, que merecía ser castigado por haber descuidado a su hermano. Balbina decidió quedarse con él, entretenerlo y calmarlo tocando con él el violín junto a la ventana. Por eso no escuchó la voz de Diego cuando entró en la pensión preguntando por la matrona, ni a Abigail saliendo de su casa para atenderlo.

—Casilda no está en la casa. Todas las primaveras su marido y ella marchan a las afueras.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Os sucede algo? ¿Puedo ayudaros?

—Mi mujer está pariendo.

Abigail dudó por un momento. El hombre parecía desesperado, por lo que se atrevió a decir:

—Yo también soy partera, pero tengo prohibido asistir a nadie.

—Os juro que no os denunciaré. Vámonos, os lo suplico.

Diego ayudó a la mujer a subir a la grupa de su caballo y galoparon hacia su casa, tal y como estaba previsto. Era el turno de Casilda, que había entrado en la casa de Abigail seguida de cerca por su hijo Odón, que portaba un saco manchado de sangre. La mujer se agachó para acceder a la losa que estaba bajo la cama y la desplazó, abriendo la entrada. Después sacó del interior del saco los recipientes llenos de sangre y los distribuyó por la vivienda; mientras, Odón arrastró el fardo hasta la trampilla y lo arrojó dentro, volvió a cerrar y salió a toda prisa de allí. Casilda, que se entretuvo colocando las vasijas de sangre, huyó de igual manera en cuanto dejó de escuchar el sonido de violín que provenía de la casa de Balbina. Esta, que había conseguido tranquilizar a Lázaro y que se durmiese, rendido, bajó desesperada a la casa de Abigail, a compartir con ella el dolor que tenía que disimular delante del hijo mayor. Se asomó desde la puerta y la llamó:

—¿Abigail? ¿Estás por aquí? —Al no recibir respuesta, supuso que estaría en el patio, y allí se disponía a ir cuando llamó su atención el rastro de sangre que había bajo la cama—. ¿Qué es esto?

Se acercó hasta allí y se agachó a comprobar que la huella roja continuaba su camino bajo la losa. Destapó la entrada y bajó a la sinagoga, donde se encontró con el saco ensangrentado, tirado en el suelo. Algo en su interior le advirtió de que comenzaba un calvario en su vida. Abrió y miró... En décimas de segundo comprendió cómo se sentía su pequeño, pues para ella se hicieron eternos la negrura y el silencio atronador.

DOS

Octubre de 1965, Madrid

De antiguo es que en las últimas horas del 31 de diciembre, cuando el año en trance de extinción va poco a poco cediendo el paso al nuevo, uno se repite sin cesar aquello de «año nuevo, vida nueva». Pero es en realidad después del verano cuando, al igual que los coleccionables que se pueden adquirir en los quioscos de prensa, comenzamos nuevos proyectos. Tras el parón estival, el tráfico rodado vuelve a ser muy intenso en la capital, así como el deambular de los transeúntes que apuran los últimos rayos de sol, habituándose a la rutina. Los grandes almacenes acogen a todos los clientes que llegan hasta allí dispuestos a equiparse para el nuevo curso: señoritas con vivas simpatías, señoras elegantes, familias completas con el nene, representantes del servicio doméstico y señores con barba, son algunos de los distinguidos clientes.

Los centros escolares abren sus puertas para comenzar el nuevo año académico. A algunos pequeños, a juzgar por el berrinche que abochorna a su progenitora, parece no agradarles su primer día de colegio. A principios de octubre, en la Ciudad Universitaria, reina la cordialidad; la juventud curiosa y alegre se encamina hacia la sabiduría y el conocimiento. Ellas, todavía bronceadas por el verano benidormí, se muestran guapas a torrentes. Ellos exhiben su gallardía y bella estampa a pesar de algunos tocados capilares que denotan la beatlemania tan asentada en España, y que se ha visto acrecentada con la reciente visita de los de Liverpool. El tránsito de estudiantes por las facultades indica, por la abundante presencia del sexo masculino, qué carreras son las más varoniles, como es el caso de Arquitectura, cuyas aulas son un muestrario que evidencia tal afirmación aunque, en ocasiones, podemos encontrar a alguna damisela, quizá en apuros, rodeada de tanto caballero.

Era este el caso de Antoñita, una joven de dieciocho años que, al igual que la mayoría de sus compañeros, iniciaba con ilusión una nueva etapa en su vida, pese a que las dificultades que ella encontraría serían sin duda más que en el caso de los chicos.

El catedrático Javier Ródenas, de cuarenta años, guapo y elegante, iniciaba el curso con este grupo. Tras presentarse, comenzó a pasar lista, y

cuando llegó a ella:

—Prendes Varela, María Antonia.

—¡Presente! —exclamó alzando la mano.

Alrededor brotaron los murmullos de los muchachos que, quizá porque en su interior no admitían que una mujer tuviera las mismas oportunidades que ellos, aludían a su condición de fémica para tipificarla e incluso agraviarla sin perder el tono jocoso. De pronto entró otra joven en el aula, que se detuvo en cuanto vio que la clase había empezado.

—Perdóneme, profesor —le dijo a Ródenas—. Creí que llegaba a tiempo.

—Pues ya ve que no —respondió él un tanto molesto y, consultando el listado de alumnos, preguntó—: ¿Es usted Buendía Jimeno, María del Pilar?

—Sí, soy yo —contestó con un hilo de voz, atemorizada, esperando una reprimenda.

—Ya he dicho su nombre al pasar lista. Si alguien, y esto va por todos, llega después de haber sido nombrado, no podrá entrar en el aula. Como es la primera clase, siéntese en algún pupitre libre y que no se vuelva a repetir.

—Así será.

Entre el pitorreo y las risas de sus compañeros, la muchacha vio a Antoñita en la primera fila de pupitres, ocupada únicamente por ella y por otro muchacho que parapetaba el acceso, protegiéndola así del acoso. Se apresuró a llegar hasta allí, levantar al chico para poder entrar y sentarse junto a ella, que la recibió aliviada.

—Menos mal que has venido, María del Pilar. Cuando el profesor dijo tu nombre y no respondiste, pensé que te habías arrepentido y que te habrías matriculado en Filosofía y Letras.

—¿Estás loca? ¡Con lo que me ha costado convencer a mi padre! Descuida, que de aquí no me mueve ni un terremoto. Por cierto, prefiero que me llames Pili. María del Pilar es mi madre.

—Encantada, Pili. Yo soy Antoñita. Antonio es mi padre —bromeó, haciendo reír escandalosamente a su nueva amiga.

—¡Señoritas! —amonestó el profesor Ródenas, propiciando los comentarios ofensivos de los compañeros—. Procuren no dar pábulo a las mofas de estos sacos de testosterona.

El comentario del docente silenció los continuos murmullos masculinos y provocó la sonrisa de ellas, que se disculparon tímidas. Si en realidad el catedrático estaba de su parte, el curso sería mucho más llevadero de lo que tenían previsto.

—Yo soy Baldo —se presentó quedo el chico que estaba sentado con ellas en la primera fila—, y si alguno de estos se propasa con vosotras, se las tendrá que ver conmigo.

Mientras tanto, en la cafetería de la facultad, Chuso y Felipe iban ya por el quinto coñac y sus ojos chispeaban sobremanera. Chuso era el típico donjuán a quien le importaba muy poco lo que se trataba en las aulas; de hecho, Felipe, su fiel esbirro, y él eran repetidores de primero, pero aun así se pasaban el tiempo que permanecían en la universidad jugando al mus y bebiendo, como si el asistir a clase fuese como ir a la discoteca, solo que en este caso suplían la falta de mujeres con los naipes. Envidaban con otros dos chicos que, o tampoco gustaban de acudir a aprender o, sencillamente, ya habían terminado con las enseñanzas del día, cuando llegó hasta ellos el típico correveidile con la noticia:

—¡No os lo vais a creer! Dos gachís en primero.

—¿En mi clase? —preguntó Chuso, haciéndosele la boca agua.

—Sí, y además las dos son de bandera.

Chuso y Felipe ardían en deseos de conocerlas; por eso, en cuanto entraron en la cafetería universitaria a media mañana, acompañadas de Baldo, se levantaron apresurados de la mesa dejando colgados a sus dos oponentes de partida para dirigirse a ellas.

—¿Pero a quiénes tenemos aquí? A las chicas más guapas del campus. Soy Chuso.

Felipe añadió:

—Y yo Felipe, sed bienvenidas. Vamos al mismo curso y nos sentimos muy

honrados de compartir con vosotras nuestros conocimientos.

—Abrevia, Felipón, que las señoritas tendrán apetito después de pasar tres horas con Ródenas. ¡Mira que tiene cuerda el tío!

Antoñita y Pili rieron la gracia de Chuso, que sin duda lideraba el dúo. A ambas les pareció un chico muy apuesto y simpático, con el pelo largo como McCartney, pero mucho más guapo. Felipe tampoco estaba mal, aunque no era tan agraciado; su forma de vestir, a la última moda, le hacía atractivo.

Antoñita y Pili se sintieron sinceramente halagadas por las palabras de los muchachos y, muy coquetas, se dejaron llevar hasta una mesa a la que los nuevos conocidos las condujeron, dejando a Baldo boquiabierto, sin darle opción a acompañarles en el almuerzo, hasta que Pili se dio cuenta y llamó su atención:

—Baldo, ven, siéntate con nosotros.

—¿Conocéis a ese? —preguntó Felipe un tanto fastidiado por la intromisión.

—Claro, es nuestro amigo. Donde vamos nosotras va él, y viceversa.

—Baldo, siéntate, muchacho —dijo Chuso a toda prisa, antes de que las mujeres se arrepintieran de permanecer con ellos.

Cuando ya estuvieron todos acomodados con sus respectivas consumiciones, Antoñita se interesó:

—Decís que estáis en nuestro curso, pero no recuerdo haberos visto en clase. ¿En dónde os sentáis?

—La verdad es que no hemos llegado a tiempo —mintió Chuso—. Este pamplinas olvidó echar gasolina y nos hemos quedado tirados en la Rosaleda. No sé si sabéis que si llegas a clase de Ródenas después de que te haya nombrado al pasar lista, no puedes entrar.

—¡Ya lo creo! —exclamó Pili—. Por poco me quedo fuera hoy.

—Pues nosotros, que hemos llegado una hora después de que empezara, ni nos hemos molestado en preguntar por dónde iba —rieron los dos, provocando la carcajada de las chicas—. Y tú, chaval —se dirigió Chuso a Baldo—, ¿cómo dices que te llamas?

—Baldo.

—¿Baldo? ¡Vaya un nombre! ¿De qué viene?, ¿de Baldomero? —El muchacho asintió—. No me extraña que te lo hayas cambiado, macho. —Felipe y él rieron a carcajadas.

Baldo, con media sonrisa, respondió:

—Sí, sin duda es lo más inteligente. No se puede decir lo mismo cuando sucede al revés.

—¿A qué te refieres? —preguntó Chuso muy serio.

—A que sería de tontos cambiar un nombre bonito por una abreviatura fea.

—¿Me estás llamando tonto?

—¡Qué dices, hombre! ¡Qué mal pensado! Si yo me llamara Jesuso, también me lo cambiaría por Chuso.

Felipe rompió a reír a carcajadas y aclaró:

—Que no, chaval. Se llama Jesús. Jesuso no existe. —Ante la mirada de reproche de Chuso, Felipe se puso serio de pronto—. ¡Ah!, vale. ¿Qué hacéis esta tarde? —preguntó a las chicas, que no sabían cómo actuar en esos momentos. Pili respondió:

—Yo me quedaré en casa tranquila, ordenando los apuntes de hoy y preparándome las clases de mañana.

—Yo haré lo mismo —informó Antoñita—. Me he propuesto no perder el tiempo este año.

—Pero, chicas —porfió Chuso—, todavía hace calorcito, no seáis sosas. Podemos salir a dar un paseo por el Retiro y remar en el estanque. ¿No os apetece?

Pili, muy tajante, atajó:

—No insistas. Si desde el lunes ya estamos desatendiendo nuestros estudios, acabaremos muy mal el curso. Propongo que sea el domingo cuando salgamos a remar, ¿os parece?

Chuso y Felipe asintieron resignados y Baldo, llevándose la mano al

bolsillo para sacar la cartera, concluyó:

—Son y media. Deberíamos llegar a tiempo a clase.

A pesar de que Pili insistió en que, dado que vivía cerca de la facultad, regresaría a su casa de la misma manera que había llegado hasta allí, es decir, andando, Antoñita se empeñó en llevarla en su coche y así comentar durante el trayecto todo lo acontecido ese día: las clases, el encanto del profesor Ródenas, lo simpáticos que eran los nuevos compañeros con los que entablaron amistad...

—Baldo es un encanto —afirmaba Antoñita—, da mucha tranquilidad tenerlo cerca, pero no tiene nada que ver con Chuso, ni siquiera con Felipe.

—A ti te gusta Chuso, ¿eh? —bromeó Pili.

—Quita quita, que no vengo yo a clase para andar con tonterías.

—Pero a ver cómo lo evitas, porque tienes ojos en la cara.

—Sí, y la verdad es que si tuviera que elegir me quedaría con Chuso, es evidente, pero los estudios son toda mi prioridad y no puedo perder el tiempo con chiquilladas.

—Estoy de acuerdo. Centrémonos en Baldo, que mejor nos irá.

Las dos chicas rieron convencidas de que del dicho al hecho el camino es largo y en cualquier momento tropezarían con la tentación.

El Seat Seiscientos que Antoñita conducía se detuvo en la calle de Cuchilleros, en donde se encontraba la casa de Pili. Esta se despidió de su amiga y bajó del coche para dirigirse al portal por el que se accedía a su casa. Se trataba de una vivienda muy humilde de veinte metros cuadrados habitada por cinco personas: Pili, sus dos hermanas y sus padres, y cuyo cuarto de baño, que era compartido con los demás vecinos, se encontraba en el rellano de la escalera. Sus progenitores, Pilar y Darío, llegaron a la capital en 1943 procedentes de un pueblo ubicado en la sierra abulense. Darío, zapatero remendón, pudo sacar a su familia adelante con el escaso jornal que le proporcionaba pasar el día faenando en el taller que había habilitado en un chiscón en la misma calle de Cuchilleros. Hubieran querido volver al pueblo en cuanto las niñas terminaran los estudios de la escuela. Pili quería ir a la

universidad, algo que les llenaba de orgullo y satisfacción, a pesar de que creían que la carrera elegida por su primogénita no le aportaría gran porvenir, pero aunque no lo ejerciera, al menos le otorgaría el privilegio de optar a un trabajo con clase, por lo que tuvieron que demorar la marcha al lugar de sus orígenes.

Cuando entró en la casa, sus hermanas y sus padres aguardaban expectantes la crónica del único miembro universitario de la familia en su primer día de clase. Ella les relató lo bien que le hacía sentirse tan privilegiada por poder acudir al aula y adquirir el valioso conocimiento.

—Hoy sé más cosas que ayer a estas horas, y eso me hace muy feliz.

Antoñita llegó a su lujoso piso ubicado en el barrio de Salamanca. Su madre la esperaba con el plato puesto en la mesa del comedor, impaciente por que le contara cómo se había desarrollado el primer día de universidad. Antoñita era la hija única de Dora y Antonio. Él, un magistrado eminente, venía de una familia de letrados, jueces y notarios que poseía el considerado mejor bufete de Madrid: Prendes y Asociados. Se encontraba en esos momentos inmerso en un litigio que desde hacía meses ocupaba toda su atención. El juez Prendes era un hombre estricto, serio y temido por todos, incluso por su mujer, la cual se desvivía por cuidarlo y agradarlo en todo momento. A cambio, él la sometía a continuos desprecios y humillaciones. Dora procuraba ocultárselo a su hija mostrándole a un padre dedicado a su familia, por lo que Antoñita solo percibía en él a un hombre recto con quien debía lidiar en algunas ocasiones para conseguir más libertad, como sucedió cuando le comunicó que había elegido la carrera de Arquitectura como única opción. El piso tenía cuatrocientos cincuenta metros cuadrados y era muy luminoso, con dos salones, cinco habitaciones y cinco cuartos de baño, así como una entrada independiente para la zona de servicio. El dormitorio de Antoñita, al igual que el de sus padres, disponía de un baño completo. Don Antonio no se entretuvo demasiado en los juzgados aquel día y cuando llegó a casa por la tarde, llamó a su hija al despacho para que le relatara su primer día. Esta le contó entusiasmada lo mucho que le gustaba la universidad a pesar de lo estúpidos que llegaban a ser algunos compañeros por su presencia en las aulas. Le habló de Pili y de Baldo, de los buenos amigos que se habían hecho en pocas horas, así como de Chuso y Felipe que, aunque fueran repetidores,

eran muy educados y les habían invitado a desayunar. Como era de suponer, al juez no le hizo ninguna gracia que se relacionara con chicos, por lo que, muy serio y elevando el volumen de voz, le dijo:

—No me gusta que entables amistades con muchachos, todos llevan malas intenciones. No quiero que te separes de esa Pili, que además he de conocer cuanto antes.

—Así será, papá —respondió enardecida mientras se levantaba de la silla y se disponía a salir.

—No tan rápido, jovencita —la detuvo el padre—. Te exijo que dejes de hablar con esos niñatos.

—Pero, papá...

—¡No hay peros que valgan! —sentenció don Antonio.

Antoñita salió un tanto enfadada del despacho de su padre y se retiró a su habitación a pensar qué hacer con sus compañeros. Por una parte, no podía dejar de relacionarse con ellos, ya que, al estar en la misma clase, iba a ser imposible no hablarles. Pensó en la amistad desinteresada de Baldo y Pili, y en que sería más sencillo el camino si lo emprendía junto a ellos. Chuso y Felipe eran distintos, en los estudios eran absolutamente prescindibles, pero el primero no estaba mal y le creía necesario para combatir la atracción que sentía hacia el profesor Ródenas, un hombre casado que le doblaba la edad.

Los miembros de El Trebejo Negro permanecían en pie dándole la espalda, esperando a ser llamados. El Rey, paladín de la organización, vestido con una túnica negra que le cubría el cuerpo por completo y una máscara del mismo color, al igual que ellos, se colocó junto a una estantería con dos filas y ocho columnas que componían dieciséis cajetines, y detrás de la mesa de ajedrez, con las dieciséis fichas negras debidamente colocadas, que presidía las reuniones. Comenzó el ritual:

—Peón Ocho.

El aludido se giró y fue hacia él. Se despojó de la túnica y de la máscara

colocándolas en el anaquel que llevaba su apelativo, tomó del tablero su peón correspondiente y se marchó hacia las escaleras, por las que subió para salir del sótano sin ser identificado por el resto de compañeros que continuaban dándole la espalda. Después, todos guardaron silencio hasta que Peón Ocho les comunicó su evacuación del lugar accionando un botón que conectaba con un timbre en la guarida. El Rey llamó al siguiente miembro:

—Peón Siete.

El seguidor nombrado repitió la acción que hubo realizado su compañero desconocido, y así sucesivamente fueron yéndose del lugar, en orden jerárquico ascendente, cada uno de los miembros congregados, siendo el Rey el último en quedar en la estancia. Recogió su pieza del tablero y se despojó de la túnica y de la máscara colocándolas en la estantería. Pasó la mano por el cajetín vacío correspondiente a la Dama y sonrió con ternura. Viró para dirigirse hacia las escaleras y tomar la salida de la cripta a entreverarse con los demás parroquianos del local, que no apreciaron su repentina presencia. En cuanto se acercó a la barra, Pepe, el tabernero, puso delante de él una taza de café y le preguntó:

—¿Va a querer carajillo, profesor?

—Sí, por favor —le respondió Ródenas—. Me vendrá bien.

Pepe abrió una botella de brandi y colmó la taza de café con el licor. El catedrático la bebió en tres tragos mientras observaba a la concurrencia que llenaba el establecimiento. Pudo distinguir a cinco acólitos sentados en diferentes lugares de la sala con sus respectivas compañías. Le agradó comprobar que eran fieles al juramento de evitar conocer la identidad de los demás componentes del grupo, pues los cinco daban la espalda a la trastienda de donde habían salido tras la reunión clandestina, a fin de evitar la tentación de ver a algún compañero anónimo abandonando el lugar. Dejó unas monedas en la barra y, antes de salir, llamó la atención del tabernero:

—Pepe, quédate con la vuelta.

El Trebejo Negro, a pesar de ser una organización con muy pocos años de existencia, era considerada delictiva y, por ende, muy perseguida por el Régimen. Su principal cometido era operar en pos de la libertad y la justicia, derechos que, a su parecer, no siempre contemplaba el sistema. Lo componían

dieciséis miembros, de los cuales quince eran activos ya que la Dama correspondía de forma honoraria a Mariluz, la esposa de Ródenas, que en realidad ignoraba la existencia del grupo, así como lo importante que eran su voluntad y su presencia en la toma de decisiones de su marido, el Rey. Él y Peón Ocho eran los creadores del grupo y los únicos que conocían la identidad de todos los miembros, puesto que los habían elegido minuciosamente para formar parte de la organización. Si evitaban que se conocieran entre ellos era para salvaguardar sus vidas, pues si se daba el caso de alguno era prendido por las autoridades, le sería imposible acusar a nadie por ignorar quiénes eran los demás. Por este motivo las reuniones se hacían larguísimas, no solo por el asunto que fueran a tratar, sino por los rituales que tenían lugar al término y también al inicio de estos encuentros. En este caso, el Rey convocaba personalmente a distinta hora a cada uno de los miembros, con una diferencia de unos diez minutos entre ellos, que debían acudir a la cita con escrupulosa puntualidad. Entraban en la trastienda y tocaban el timbre, avisando así de su llegada a los que pudieran estar en el sótano, para que se pusieran de espaldas a las escaleras por las que bajaría el recién llegado. Una vez en el lugar, colocaba su pieza en el tablero y se vestía con la túnica y la máscara. Siempre era Peón Ocho el último en entrar y el primero en irse.

Javier conducía el vehículo hacia su hogar, rememorando el motivo que les llevó a congregarse ese día. Alfil Dos, que era un agente de la *secreta*, se había personado en la facultad dos semanas antes para comunicarle que ya se apuntaba a una fecha concreta; por eso los reunió a todos, para comenzar a planear las acciones que habrían de seguir.

—Daremos muerte al tirano el catorce de diciembre del año que viene.

—¡Es mucho tiempo! —protestó Caballo Uno—. Deberíamos pensar en una fecha más cercana.

—No seas necio —rebatía Alfil Dos—. Está blindado por los cuatro costados. Sin embargo, ese día estará tan eufórico que seguro que bajará la guardia. No debemos arriesgar.

El Rey propuso votaciones y todos, menos Caballo Uno, alzaron la mano a favor de esperar un año y dos meses, por lo que determinó:

—A partir de este momento nos referiremos al plan como *Sección ciento*

nueve.

Parecía que ya se aproximaba la hora de llevar a cabo la acción por la que se comenzó a cimentar el grupo hacía veinte años.

Abril de 1945, Madrid

Ambros se desperezó en la cama y a continuación se levantó raudo a abrir las cortinas de rafia que impedían la entrada de luz, cuando llamaron a la puerta y se escuchó una voz de mujer:

—Ambros, querido, son las diez. ¿Estás despierto?

—Sí, doña Paca —respondió con un tono muy afeminado—, muchas gracias.

Doña Paca abrió y entró sin esperar a ser invitada. Se trataba de una mujer de unos setenta años, delgada y de baja estatura. Portaba en las manos una bandeja con un tazón de café y una rebanada de pan candeal untada con tomate triturado. Ambros sonrió al verla y fue a ayudarla, caminando de forma tan afeminada como se expresaba hablando.

—¿Por qué se molesta, querida?

—Si no es molestia, hijo. Ya sabes que el desayuno se sirve a las siete, pero no quiero que adelgaces más y por eso te he guardado el tuyo con todo mi cariño.

—Es usted un sol de mujer. Venga aquí, siéntese conmigo.

La invitó a ocupar un espacio de la cama junto a él mientras desayunaba, y la mujer aceptó gustosa. Estaba deseosa de conocer los detalles de la fiesta a la que el hombre había asistido la noche anterior como estilista, en casa de los señores de Ladrón de Guevara.

—Cuéntame, ¿qué tal ayer? ¿Cómo iba vestida doña Carmen?

—¡Qué sé yo! Estuve metido en un cuartucho atendiendo a un sinfín de cuervas a cual más fresca, todo hay que decirlo, hasta que por fin se sentaron a cenar y me dejaron en paz. No se puede imaginar lo pesadas que pueden llegar a ser algunas señoronas con el perfecto estado de su peinado, cuando lo que habría que retocar es la cara de acelga que tienen.

Doña Paca soltó una carcajada.

—¡Ay, hijo! Es que me troncho contigo.

—Yo cené con el servicio y no pude ver siquiera si estaban doña Carmen y su regio esposo.

—¡Vaya chasco! Pero me sabe peor que te pusieran con el servicio a cenar, cuando tú tendrías que estar con los más distinguidos.

—¡Quite quite! Yo estuve comodísimo, soy proletario como los sirvientes, ¡y a mucha honra! Además, la cena fue fabulosa y lo pasamos muy bien, ya lo creo que sí...

Ambros quedó obnubilado recordando a Quino Ladrón de Guevara, el hijo de los señores de la casa. Un hombre muy masculino, joven, fuerte y apuesto, que iba y venía de un lado a otro entre la sala de recepciones y la habilitada para el tocador hasta que comenzó la cena, entonces iba y venía del comedor a la cocina, y viceversa; en resumidas cuentas, de donde estaba la fiesta por compromiso a donde estaba Ambros por... ¿interés? El caso es que siempre estaba bromeando y lanzando chascarrillos para llamar su atención y robarle una sonrisa. Hasta los empleados que faenaban sirviendo la cena quedaron sorprendidos con el cortejo que le dedicaba. Cuando comenzó el baile y su trabajo hubo terminado, Ambros recogió sus bártulos y fue hacia la puerta del servicio para marcharse, pero de pronto alguien puso la mano sobre la suya, que se disponía a girar el pomo de la puerta. Se volvió asustado para comprobar de quién se trataba y se encontró con Quino, que con gesto seductor le propuso:

—Debes de estar agotado, pero si te quedas conmigo, prometo relajarte y cumplir todos tus deseos, guapo.

Ambros, que era promiscuo reincidente y reconocido con ganas, quedó patidifuso al recibir tal oferta, y aún sin poder cerrar los ojos para pestañear de asombro, respondió:

—Sí, querido. ¡Claro!

Volviéron hacia el interior de la casa y entraron en la zona en donde se encontraban los dormitorios de los sirvientes.

—Ya hemos llegado —indicó Quino.

Sacó un llavín del bolsillo de la chaqueta y se dispuso a abrir la puerta. Ambros se quedó sorprendido, pues le costaba creer que el dueño de la casa pernoctara en ese lugar, por lo que le preguntó:

—¿Duermes aquí?

Quino se rió.

—¡No, hombre! Es el cuarto del mayordomo. El pobre será el último en terminar esta noche.

—¿Y sabe que vienes a mancillar su lecho?

—¿Estás loco? Anda, pasa, y no hagas mucho ruido, no vaya a ser que alguien nos escuche y le vaya con el cuento.

Ambros, muy correcto, obedeció a su anfitrión, pero una vez que pasó el umbral de la puerta y la cerró, se lanzó a sus labios a beber el deseo que le demandaba. Amó aquel cuerpo como solo pueden amarse los dioses en el Olimpo, con la mala fortuna de que el mayordomo llegó antes de lo esperado y Ambros tuvo que esconderse bajo la cama, dejando a su amante sin culminar el encuentro. El dueño del dormitorio, en cuanto vio a su patrón desnudo y postrado sobre el catre, se aferró a su entrepierna sobradamente preparada para dar y recibir amor. Momento que Ambros aprovechó para salir del lugar arrastrándose por el suelo.

—Ambros, ¿estás bien? —Doña Paca lo zarandeaba, haciéndolo volver a la realidad.

—Sí sí. Algo cansado por el trajín, pero con fuerzas para afrontar el nuevo día.

—Lo celebro, hijo, porque esta mañana ha venido un joven de parte de una tal doña Carola y ha dejado esta nota. Creo que el trabajo te reclama.

—¿Lo cree o lo ha comprobado? —preguntó con sorna mientras tomaba la nota que le daba—. ¿Carola? No conozco a ninguna. Veamos qué dice:

Querido Ambros:

Me urge que acuda a peinarme y a hacerme la manicura, hoy mismo, a mediodía. Le espero en el Ritz, pregunte en recepción por doña Carola y ahí le indicarán en dónde me alojo.

Atentamente,

Carola.

—Te reclama para trabajar, ¿a que sí?

—Sí, querida. Lo ha leído usted requetebién. Parece una clienta de posibles y he de aprovecharlo. Antes de ir quisiera darme un baño.

—Claro que sí, hijo. Voy a calentarte el agua.

Después del baño regresó a su habitación con una toalla sujeta por debajo de los brazos, que le cubría el cuerpo, y otra a modo de turbante en la cabeza. Se despojó de ellas frente al espejo que ocupaba toda la puerta del armario y contempló su cuerpo desnudo, lo acarició y creyó ser en esos momentos el hombre más ardiente y deseado que hubiera sobre la faz de la tierra. Después de perfilarse el finísimo bigote se aplicó fijador en el cabello y lo peinó hacia atrás. Se vistió con su mejor camisa que imitaba la seda, pantalón blanco, chaqueta Príncipe de Gales y se calzó los Spectators modelo Oxford que causaban sensación entre las señoras. Antes de salir volvió a lanzar una última mirada al espejo: iba como un pincel, no parecía que pasara penurias ni mucho menos, a pesar de las veces que doña Paca tuvo que fiarle la renta. Pensó que doña Carola, por el hecho de haberlo citado en el Ritz, debía de ser una mujer de alta alcurnia, y se sintió muy especial por ser conocido en esos círculos.

Cuando llegó a la recepción preguntó por ella, tal y como le indicara ella en su nota, tomó el ascensor y subió a la primera planta. Cuando estuvo frente a la habitación indicada, tocó a la puerta y desde dentro escuchó:

—Adelante.

Le pareció la voz de una mujer madura, como lo eran la mayoría de sus clientas. Entró y se encontró con doña Carola cubierta con un albornoz blanco, tomando el desayuno.

—Buenos días, doña Carola. Antes de nada, me gustaría decirle que es un honor para mí que haya contado conmigo, estoy encantadísimo de conocerla y servirla. A sus pies.

La mujer sonrió complacida y sirvió café en una taza vacía ubicada frente a ella. Le invitó:

—Siéntate y toma un café. ¿Te apetece un cruasán?

—No, por Dios, no se preocupe por mí, querida. Puedo esperar a que termine...

—No quiero que esperes, sino que desayunes conmigo.

—Siendo así, de acuerdo entonces. Es usted muy amable.

El rostro de Carola le resultaba familiar; lo más probable era que se tratara de alguna artista que *revocaba* su rostro con abundante maquillaje y no escatimaba en la longitud de sus pestañas. Comenzó a sentirse más nervioso todavía al no comprender cuál era su cometido en esta situación, pues el cabello dorado que llegaba hasta sus hombros era una peluca, de pelo natural de primerísima calidad, eso sí, pero más falso que el alma del célebre Judas. Como las uñas, que estaban perfectamente limadas y esmaltadas, también lo fueran, habría acudido hasta allí engañado, pero ¿por qué? Podía ser que hubiera llegado a oídos de doña Carola algún acertado rumor, como que había conseguido su título de peluquero prostituyéndose, práctica que también llevó a cabo durante la guerra para conseguir un mendrugo de pan, y quizá pretendiera pagarle a cambio de favores sexuales. Hacía mucho tiempo que no le proponían algo así, y desde luego jamás lo hizo una mujer. Solo el hecho de pensarlo le ponía el vello de punta: no estaría dispuesto a hacerlo por nada del mundo.

—Dime, Ambros —solicitó ella—: ¿crees que te llevará mucho tiempo arreglarme?

—No creo, doña Carola. Ya está usted muy bella.

—¿Te parezco bella?

Ambros ni siquiera sabía qué cara poner con los nervios que tenía, pues temía que hubiera llegado la hora de salir corriendo de allí y no podía hacerlo con la tiritera de sus piernas.

—Sí, reina. Es usted monísima.

Carola bajó el albornoz de sus hombros hasta dejarlos descubiertos, y la ansiedad que esto produjo en Ambros le hizo atragantarse con el sorbo de café que bebía en esos momentos, derramando unas gotas. La mujer le pidió:

—¿Puedes quitarme la gargantilla? Me gustaría darme un baño antes de empezar contigo.

Se levantó muy nervioso de la silla y se colocó tras ella, retiró el pelo artificial que caía sobre sus hombros hacia un lado y desabrochó el collar. Reparó en la fortaleza de la espalda. Quizá, dependiendo de la recompensa que fuera a percibir, pudiera hacer de tripas corazón y satisfacer los deseos de la mujer, pues cerrando los ojos y empeñándose en vislumbrar su espalda, sería posible imaginar que se trataba de un hombre. Movié la mano como evadiendo cualquier pensamiento que le hiciera perder el *oremus*, y mientras ella se bañaba, se entretuvo colocando sus herramientas sobre el escritorio, de espaldas al baño. Escuchó la puerta abrirse y a Carola decir:

—¡Qué bien me ha sentado!

Antes de que pudiera girarse llegó ella hasta él, silenciosa como una pantera, y le rodeó la cintura con los brazos. Ambros se quería morir en esos momentos; no supo cómo reaccionar, y menos aún cuando la mujer comenzó a subir con la punta de la lengua por su cuello hasta llegar a la oreja y susurró:

—¿Y ahora? ¿Te gusto?

—Querida..., yo no... —Súbitamente Carola apoyó la pelvis en el trasero de Ambros y este se quedó sin palabras al notar que algo crecía abriéndose paso entre sus nalgas. Poco a poco se fue girando hacia ella y comprobó que en realidad se trataba de Quino, el amante con el que había vivido un tórrido encuentro fugaz la noche anterior. Con voz entrecortada pronunció—: ¿Tú?

—¡Sí! Me encanta convertirme en Carola y encontrarme con mis amantes a plena luz del día. Mira cómo me dejaste ayer, ingrato —dijo aludiendo a la excitación de su sexo.

—No porque quisiera, bien lo sabes. Aunque me pareció que otro culito supo aprovecharlo, ¿no?

Quino le desabrochó los pantalones y se los bajó, mientras él se despojaba cuidadoso de su finísima camisa y la colocaba en una silla antes de que su amante lo arrastrara con ella al lecho.

Se había hecho de noche cuando acabaron extenuados y sudorosos sobre la cama, y Quino llamó por teléfono a la recepción para pedir que les subieran la

cena. A continuación se retiró al baño para adecentarse antes de recibirla, poniéndose la peluca y pintándose los labios de nuevo. Ambros continuaba desnudo cuando su pedido llegó. Quino, convertido en Carola, abrió la puerta al camarero y lo invitó a entrar con el carrito en que llevaba la cena. Este, claramente furioso, entró y vio a Ambros, que lo saludó muy amable, ya incorporado en el lecho y cubriendo su intimidad. Le pareció que discutía con Quino cuando volvió a dirigirse a la puerta para salir, pero no lo pudo oír, por lo que le preguntó a su amante cuando estuvo de vuelta:

—¿Qué te decía?

Él se rió con ganas.

—Estaba celosísimo por verte conmigo.

—No me dirás que a este también te lo...

—Sí, dilo. Me lo jodo. ¿Por qué no?

—Pero es muy joven.

—Pues por eso mismo, cariño. A este, en cuanto se le pone tiesa, no hay quien la baje. —Los dos rieron y Ambros volvió la mirada hacia su intimidad, mostrando tristeza en su rostro. Pensó en que ya tenía treinta años y sus hormonas también. Jamás volvería a estar a la altura del joven camarero—. ¿Sabes una cosa? —le preguntó muy sugerente, acercándose a él—. Nunca le he permitido poner ni un dedo sobre mi cama.

—¡Ah!, ¿no? —dijo Ambros incrédulo.

—Con él basta con un sofá. El lecho es mucho más íntimo y solo lo contemplo con hombres auténticos, los que de verdad me importan.

Y volvieron a practicar sexo antes de cenar... y después también.

Ambros dejó el Ritz alrededor de las cinco de la mañana. Todavía no había amanecido, pero ya algunos se hacían a la calle a comenzar con sus rutinas. Una pareja de la Policía Armada, uno de unos veinte años y el otro de cincuenta, esperaban por esa zona a un hombre de sus características a quien el camarero había denunciado por sorprender sodomizando a otro, a quien no pudo ver el rostro, en una habitación del hotel. Aguardaron a que llegara hasta ellos y lo pararon.

—¡Eh, tú, identifícate!

Ambros no sabía si los nervios eran por el susto o por las formas con que se dirigían a él. En realidad ya estaba acostumbrado a las faltas de respeto a las que había sido sometido durante toda su vida, pero no terminaba de aceptarlas y hacerlas suyas como el pan de cada día. Con la mano temblorosa, extendió su carné a los agentes, estos miraron la fotografía, después lo miraron a él y, finalmente, el mayor sentenció:

—Te vienes con nosotros, ¡maricón!

—¿Cómo dice?

—Lo que has oído, ¡maricón!

—Debe de haber un error. Yo me dirigía a mi trabajo cuando ustedes...

—No hay ningún error —interrumpió el joven, dirigiéndole los brazos a la espalda y engrilletándole—. Los maricones, a pudrirse en la puta cárcel.

—¡Pero qué empeño! No pueden hacerme esto.

—Lo cierto es que todo tiene un precio —puntualizó el mayor—. Aguarda aquí.

Los policías se retiraron hacia un lado, dejándolo esposado y muerto de miedo. Se habían propuesto pasarlo bien humillando al detenido antes de encerrarlo en el calabozo. Lo llevaron a empujones, sin el menor cuidado, hasta una pequeña zona arbolada que, aunque durante el día era de mucho paso, a esas horas era menos transitada aún que las calles de Madrid. Precisamente hasta allí había llegado la noche anterior un jovencísimo Javier Ródenas, estudiante en aquellos años, que tras una juerga en donde el alcohol hizo estragos no fue capaz de llegar a su casa y tuvo que pernoctar guarecido entre unos arbustos. Los lamentos de Ambros y las consecuentes reprimendas de los *grises* aproximándose lo despertaron y pudo esconderse antes de que llegaran hasta el mismo lugar en que se encontraba, de modo que sería testigo de lo que iba a acontecer. Los agentes obligaron al detenido a arrodillarse, después el mayor se puso frente a él y, desabrochándose el pantalón, le dijo:

—Todas las putas que traemos aquí pasan por caja para no pisar el calabozo. —Tomó su rostro por las mejillas y presionó, produciéndole dolor

hasta abrir su boca mientras se desnudaba el pene y lo zarandeaba golpeando con él la cara de Ambros—. Tu boca no apesta, como la de muchas de ellas. Sé bueno, ábrela ahora y haremos la vista gorda. —Ambros, que no tenía otra opción, hizo lo que le ordenaba el agente que se apresuró a irrumpirlo. Afortunadamente tardó poco en culminar, dando paso al polizonte joven, que entre que no estaba muy de acuerdo con las prácticas de su superior y que guardaba en secreto sus tendencias homosexuales aparentando ser intransigente con ellas, le costaba terminar y era tan brusco en sus vaivenes que llegaba a obturar la epiglotis de Ambros, produciéndole ahogo y arcadas. Mientras tanto Javier, que estaba viendo y escuchando todo, mordía su puño cerrado a fin de no gritar de rabia e indignación, por no salir de su escondite y propinarles una paliza de muerte a esos mal nacidos que abusaban de su poder, escudándose en la Gandula, con una víctima del sistema. Un sistema creado para unos pocos a quienes convenía aparentar y ser bien vistos aunque, como estos uniformados, practicaran de cara a la galería una falsa moral que continuaría cuando se reunieran por la noche a cenar con sus familias. No sucedería lo mismo con el pobre hombre de los Spectator bicolor, que ya no podría dormir tranquilo nunca más, porque quienes fueron designados para velar por su seguridad le habían marcado a fuego de por vida. De pronto se escuchó una musiquilla silbada que hizo que todos prestaran atención, y que provenía de un hombre joven que, atravesando el parque para llegar a su destino, se dirigía jovial hacia ellos. El policía, que acababa de eyacular en esos momentos, se apresuró a abrocharse los pantalones mientras su compañero ponía a Ambros en pie. El hombre ralentizó el paso cuando se aproximó a ellos y comprobó que se trataba de dos agentes de la Policía Armada con un detenido. Creyó, al ver que uno de ellos se ajustaba el pantalón, que estarían orinando y les había sorprendido; por eso procuró no demostrar interés al pasar por su lado y aceleró el paso en cuanto les dio los buenos días. Cuando los acababa de dejar atrás, le detuvo la orden:

—¡Espere!

Se giró y fue hacia ellos, preguntándoles:

—¿Qué sucede?

—No se preocupe —se apresuró a decir el veterano—. Es un detenido que está muy nervioso.

—¡Ah!, pensé que me requerían para algo.

—No, para nada. Circule, por favor.

En esos momentos Ambros se revolvió y corrió con las manos sujetas a la espalda hacia el transeúnte, que se había quedado petrificado con la escena.

—Ayúdame —le suplicó el preso cuando llegó hasta él—, me están violando.

—¿Cómo?

Y pudo ver restos seminales por su rostro, que le indicaban que no mentía. El policía joven perdió los nervios, sacó su Star S y disparó contra Ambros, hiriéndole de muerte por la espalda. El viandante lo sujetó antes de que cayera al suelo, sin poder siquiera pensar en el cúmulo de sucesos que se agolpaban en su tranquila existencia. El policía mayor ya le había arrebatado el arma a su compañero y le increpaba. En esos momentos Javier salió de su escondite para recoger al testigo pasmado y echar a correr con él.

—¡Están huyendo! ¡Hay que cogerlos, no nos pueden denunciar! ¡Corre!

El joven corrió tras ellos mientras el veterano limpiaba el rostro de Ambros con un pañuelo y le quitaba los grilletes. Denunciaría que cuando fueron a detener a un maricón del que se mofaban dos jóvenes, estos se asustaron con su presencia y desarmaron a su compañero, empleando en su huida la pistola para descerrajar un tiro al maricón, que se escapaba en esos momentos. Pura rutina.

Javier y el otro testigo corrieron durante varios kilómetros después de haber dado esquinazo al policía que los perseguía; no obstante, tomaron el tranvía y anduvieron en él por la capital sin apearese durante dos trayectos, por si acaso todavía no estuvieran a salvo. Llegaron los dos a la Corredera Baja de San Pablo, deteniéndose en un local que el hombre se dispuso a abrir, y de cuya fachada colgaba un letrero que rezaba: La Taberna del Marrano.

—Gracias por haber arriesgado tu vida por salvarme. Te debo una —le dijo a Javier.

—Me consideraría pagado con un vaso de agua, si no es mucha molestia.

—¿Un vaso de agua? Yo creo que nos merecemos una botella de vino y

unas buenas morcillas, como poco. Pasa —ofreció abriéndole la puerta e invitándole a entrar—. Me llamo Pepe, y esta es tu casa.

—Yo soy Javier, y aquí tienes un amigo para el resto de tu vida.

Ese día La Taberna del Marrano estuvo cerrada al público, pues los dos hombres permanecieron allí metidos conversando de todo lo acontecido ese día, algo que los mantendría unidos para siempre. Sentaron las bases de una organización que actuaría para acabar con las injusticias que la sociedad y el Gobierno acometían contra los inocentes. Lucharían sin tregua hasta aniquilar al opresor. En menos de cinco minutos, y debido a su afición al juego del ajedrez, que además emplearían como tapadera, acuñaron su nueva identidad: El Trebejo Negro.

Octubre de 1965, Madrid

Aprovechando que el sol todavía calentaba, Mariluz apuró los últimos rayos para arrancar las malas hierbas que habían crecido escondidas tras la

valla de la entrada. Pensó en que, a pesar de ser octubre, el frío tardaba en llegar, por lo que creyó conveniente vaciar la piscina cuanto antes, a fin de evitar que el agua de la superficie se llegara a congelar con las frecuentes heladas. En el invierno anterior ya sucedió, provocando la fisura de las paredes que la contenían, y después de desbrozar el jardín, se afanó en pasar el fondo de la piscina para que al verter el agua por el desagüe, este no se atascara. Volvió a reparar entonces, al no conocer el funcionamiento de la maquinaria de la alberca, en que Javier se demoraba demasiado. Habían comido juntos en el restaurante de siempre, que estaba a pocos metros de Ródenas Arquitectos, el estudio en que ambos, ella como secretaria, trabajaban. Después, su marido se había vuelto a marchar a la facultad pues, según le indicó, tenía una reunión con el rector que lo mantuvo ausente el resto de la tarde, sin haber podido pasar siquiera a recogerla. El tiempo sin él se le hacía eterno. Después de ocuparse de la piscina entró en la vivienda por la salita de estar, cuyo gran ventanal hacía de ella un espacio muy luminoso y propicio para leer, bordar o sentarse con Javier a tomar el aperitivo y conversar de trivialidades que para ellos, por el simple hecho de mantenerlos unidos, cobraban gran relevancia. Encendió la radio que estaba sobre la mesita, se recostó en el tresillo y cerró los ojos, procurando descansar. Debió de quedarse dormida demasiado tiempo, pues reaccionó al escuchar la música que salía del receptor y llenaba toda la estancia, acelerando los latidos de su corazón. Se trataba de la *Sinfonía del Nuevo Mundo*, la misma que a diario, a las diez y media de la noche, abría el programa *Ustedes son formidables*. Mariluz entornó los ojos y comprobó que, efectivamente, ya era de noche. En la radio se oía al locutor:

—*Y de nuevo Alberto Oliveras hablando desde Radio Madrid, cuando se han cumplido todos los objetivos de un programa fundamental. Fundamental porque se trataba de cumplir el más elemental de los derechos de un niño, y ¿qué derecho más elemental para un niño que poder tener una madre?*

Mariluz no pudo contener las lágrimas al reconocer que jamás vería cumplido su derecho elemental: poder tener un hijo.

—¡Despierta, dormilona! —escuchó decir a Javier, al tiempo que este encendía la luz. Cuando se hubo incorporado, el hombre se sentó junto a ella —. Ya está puesta la mesa y la cena nos espera servida.

—Perdóname, cariño —se disculpó desperezándose y besándolo en los labios—. ¿Has llegado hace mucho?

—Yo diría que sí. Vi que habías pasado el fondo de la piscina y la puse a vaciar. Después, como dormías como una bendita, te tapé con la mantita y me fui a preparar el pescado asado. Lo único que te queda por hacer es aliñar la ensalada, que ya sabes que yo siempre me paso con el vinagre.

Mariluz lo abrazó.

—Eres muy bueno conmigo, mi amor.

—No lo suficiente, vida mía.

Se amaban tanto que el inevitable dolor y la resignación por no poder tener hijos en común no había hecho sino unirles más, haciéndoles cómplices de un sentimiento enorme. Como casi todas las noches, hicieron el amor, pues desde el principio de su matrimonio este acto quedó prescrito para conciliar el sueño más dulce y reparador que jamás se pudo imaginar, aunque esa noche a Ródenas le costaba sucumbir al descanso. Quizá por su conciencia, o quizá por el miedo que todo héroe siente cuando no cree que sea suficiente arriesgar la vida para liberar al pueblo del opresor. También le perturbaba sobremanera la actitud de Caballo Uno, que a pesar de su cociente intelectual, principal motivo por el que le pidió que se uniera El Trebejo Negro, era muy joven e impetuoso, demasiado vehemente con los ideales que les movían. Creyó que debería llamarlo al orden en la próxima reunión.

Llegó el domingo que los jóvenes tanto ansiaban para salir a pasear por el Retiro. Una vez allí, alquilaron en el embarcadero tres botes que ocuparon de la siguiente forma: Pili y Felipe en uno, Antoñita y Chuso en otro, y Baldo en el que quedaba. Chuso era muy patoso, tanto que a su paso siempre se le escuchaba a alguien emitir tal apreciación. A Antoñita, aunque no lo demostrara, le hacía pasar por situaciones de auténtica vergüenza ajena, como la tontería de salpicarse con los remos Felipe y él, poniéndolas a las chicas de agua hasta arriba, hasta que Baldo les pidió que tuvieran consideración con ellas, momento en que cambiaron de objetivo y él pasó a ser el centro de su

particular diana. Cuando ya no le cupo ni una gota más en la ropa y cesaron en su ensañamiento, se retiraron las tres barcas, a petición de ellas, a una orilla en la que daba el sol, para poder secarse cuanto antes. Chuso se levantó del lugar en que remaba y se sentó junto a Antoñita, con la intención de hacer manitas con ella. Los otros tres no sabían cómo disimular, y Antoñita, muy azorada, le pidió:

—Chuso, por favor, estate quieto, todo el mundo nos mira.

—Me paso yo las miradas de la gente por el arco del triunfo —contestó con una chulería arrolladora.

Baldo no pudo evitar responderle:

—Afloja, chaval. Antoñita tiene razón. Estás llamando la atención.

—Sois unos cagados todos vosotros —e insistió—: Me paso yo el orden público por el arco del triunfo.

—Chuso, por favor, ya está bien —demandó Felipe, asustado por las consecuencias.

Baldo bromeó:

—Muy concurrido tienes tú el arco del triunfo. A ver si te lo van a moler de un puntapié.

Las personas que pasaban por su lado en barca se escandalizaban con los comentarios, e incluso Antoñita y Baldo escucharon decir a un hombre:

—Hay que avisar a la guardia.

Por ese motivo tomaron rumbo hacia el embarcadero, para irse de allí cuanto antes. A Chuso no parecía importarle, pues continuaba lanzando comentarios subversivos, escandalizando a todos. Una vez en tierra, Baldo se acercó a hablar con el hombre que estaba dispuesto a denunciar el comportamiento de Chuso. Antoñita, que aguardaba apartada con el resto a que llegara, lo miraba orgullosa pensando en la gran persona que era, sin saber que para él, ella lo era aún más. Cuando Baldo regresó junto al grupo y les informó de que no había por qué preocuparse en cuanto a la denuncia, todos se lo agradecieron, menos Chuso.

—No tenías por qué molestarte, ¡a mí plin! ¿Sabes por dónde me paso yo

las denuncias?

—Por el arco del triunfo —respondieron los otros cuatro al unísono.

Casi todos los domingos transcurrían así: las chicas y Baldo salían a pasear para airearse y descansar las mentes que tanto ejercitaban durante la semana, mientras que los otros dos lo hacían para aprovechar cualquier excusa y subir posiciones en la estima de las mujeres. Hasta que llegó diciembre y con él las tan deseadas vacaciones de Navidad, época de descanso y celebración en familia. Como Chuso era de Cáceres y Felipe de Murcia, se fueron con sus respectivos afectos a pasar las fiestas. Aunque Pili y su familia eran de pueblo, casi todos los miembros vivían en la capital, y dado que hacía mucho más frío en el municipio, sus ancianos abuelos también llegaban a Madrid con las primeras nieves, a fin de no quedar sitiados. De manera que durante las vacaciones se quedaban en la capital Antoñita, Pili y Baldo, que disfrutaban del tiempo de ocio de diferente forma que cuando estaban con los otros dos. Hubiera sido de locos imaginar a Chuso y a Felipe entrando en un museo o madrugando un domingo para acudir al Rastro a buscar los objetos antiguos que coleccionaba Baldo. Ahora que estaban «libres de intrusos», como decía este, aprovechaban cada momento de asueto para hacer todo aquello que no podían hacer durante el curso, como, por ejemplo, apreciar las construcciones históricas de la ciudad. Esto era algo que les fascinaba, pues aunque cada uno de ellos ya conocía estos edificios, era muy gratificante mirarlos ahora con la perspectiva que les otorgaba el nuevo conocimiento, todavía escaso, pero con la mejor compañía que pudieran imaginar.

Una tarde Antoñita fue a recoger a Pili en su Seiscientos para ir a la Corredera Baja de San Pablo, en donde habían quedado con Baldo. Este las esperaba fumando un cigarrillo apoyado en la fachada de un edificio del que les había prometido que les hablaría ese día.

—Estáis ante una de las construcciones más antiguas de la ciudad. Según el Colegio Oficial de Arquitectos, data del siglo XVII. Actualmente es una casa de reposo para niños con discapacidades sensoriales a quienes sus padres han abandonado. La lleva una congregación de monjas.

—Pobrecitos niños —se lamentaba Antoñita—. ¿Y esta inscripción también es del siglo XVII?

Pili la leyó:

—*Visita «ge». Casa número catorce.*

—No, qué va. Si os fijáis, son muchas las fachadas que tienen placas como esta, y no son tan antiguas. Significa visita general, un procedimiento instaurado un siglo después, en el XVIII, en el que se numeraron todas las manzanas y casas con estos azulejos para crear la Planimetría de Madrid. — Ante el gesto interrogante de las chicas, aclaró—: El catastro de la época. Este sistema se convirtió en la primera numeración de las calles de la capital, aunque no fue hasta el siglo XIX que el marqués Viudo de Pontejos estableció el sistema que todavía hoy empleamos.

—¡Cuánto sabes! —exclamó Antoñita.

Baldo, aprovechando el tirón, continuó exhibiendo su saber ante las curiosas muchachas que, a pesar del frío, disfrutaban con la exposición.

—Pero todo esto es posterior a lo que de verdad importa —prosiguió—. El motivo que hizo que todavía hoy haya personas que se dediquen a cuidar aquí de niños sordociegos. Pero entremos a calentarnos —sugirió señalando a La Taberna del Marrano, que estaba junto al portal— y os lo sigo contando.

Las chicas estuvieron de acuerdo, pues olía tan bien, que se les había abierto el apetito. Al dirigirse hacia allí, Antoñita se asustó al escuchar un estrépito en el interior del hogar de las monjas, como si una vajilla de loza se hubiese estrellado contra el suelo, y a continuación el llanto de un pequeño.

—Pobrecito, qué susto se ha dado.

—¿Quién? —preguntó Pili mirando a todos los lados.

—El niño de la casa. ¿No habéis oído los cacharros rotos? También yo me he dado un susto de muerte.

Pili y Baldo la miraban como si hubiesen visto a un fantasma. Baldo se atrevió:

—¿De qué hablas, Antoñita?

—De nada. Vamos a comer algo —resolvió la chica, segura de que sus amigos le estaban tomando el pelo.

Cuando ya en el interior de la taberna hubieron pedido unas cañas de cerveza y unos bocadillos de calamares fritos, Baldo continuó relatándoles, señalando una placa incrustada en la pared, que rezaba: *A maese Jonás de la Villa, que dio nombre a este establecimiento en el año 1640.*

—Maese Jonás de la Villa era el dueño de todo el edificio, y esta taberna era por aquel entonces una barbería que él regentaba.

—¿Una barbería? —preguntó Antoñita asombrada—. Creí que lo del marrano tenía que ver con el cochinillo asado.

Baldo reconoció:

—Lo cierto es que no sé de dónde viene.

—Olería muy mal —intervino Pili, provocando la risa de sus amigos.

El chico prosiguió:

—Creo que en aquella época todos olían muy mal. La casa, en la que las monjas cuidan de niños con discapacidad, era entonces una pensión en la que se cometió un crimen atroz. Un matrimonio judío secuestró, torturó y asesinó al hijo de sus vecinos, un crío de tres años que además era sordociego. Se llamaba Serafín.

—¡Qué horror! —exclamó Antoñita—. ¿Y por qué hicieron algo así?

—Durante siglos se ha especulado sobre los sacrificios judíos contra los cristianos, y en la mayoría de los casos las víctimas eran niños. Se dice que los semitas los robaban o compraban, los sometían a un juicio como el de Cristo y los torturaban de igual manera, crucificándolos hasta que les daban muerte. Se ha demostrado que en la mayoría de los casos eran acusaciones falsas que la Inquisición inventaba para acabar con los judíos. Pero en este caso se probó que existió el niño Serafín, que murió de tal forma y que este matrimonio fue juzgado en auto de fe y condenado a las llamas.

—Supongo que el hecho de que estas monjas acojan a niños sordociegos tendrá que ver con Serafín, ¿verdad? —se interesó Pili.

—Supongo que sí. Lo único que sé es que proceden de una congregación

de Guadalajara, concretamente de un convento ubicado en Alahuesas, un pueblo de allí, pero por qué han venido hasta aquí, lo ignoro.

—¿Y tú cómo sabes tanto de esta historia? —preguntó Antoñita.

—Ya me extrañaba que todavía no lo hubieseis preguntado. Es lo que cuenta Pepe, el dueño de la taberna. Basta con que te vea venir dos días por aquí, para ponerte la cabeza loca contándotelo todo.

Las chicas rieron, y los tres continuaron comiendo los bocadillos que les acababan de servir. Mientras tanto, allí mismo, en el sótano, Javier Ródenas dibujaba en un papel grande un plano en el que detallaba los pasos que habrían de seguir en la operación *Sección 109*, y que esperaba tener listo para la reunión que tendría lugar tras las fiestas navideñas. Cuando hubo terminado, cogió la pieza de Caballo Uno que este se había dejado olvidada tras el último encuentro, con la intención de escarmentarle por este descuido. No era la primera vez que esto sucedía, y creyó que ya había llegado el momento de dejar de ser tan permisivos con él. Como siempre hacía, se colocó en la barra y Pepe le puso su café cortado y le preguntó:

—¿Un carajillo, profesor?

Este asintió y dirigió la vista hacia la concurrencia sin esperar encontrarse con ningún miembro de El Trebejo Negro, pues ese día ninguno había sido requerido. Se sorprendió gratamente al ver a sus alumnos comiendo allí sendos bocadillos de calamares. Le trajeron recuerdos de su época de estudiante, cuando se sentaba con sus compañeros en ese mismo lugar. La sensibilidad que inundaba todos los corazones en Navidad le hizo sentir la urgente necesidad de ir junto a Mariluz, por lo que el carajillo se lo bebió de un trago, quemándose la boca y la garganta. Decidió que no haría como si no hubiese visto a los chicos: les saludaría gustoso. Se dirigió hacia ellos.

—¡Profesor! —exclamó Antoñita al verlo.

Los tres chicos se dispusieron a levantarse, pero Ródenas los detuvo.

—No se levanten, por favor. Estaba tomando un café en la barra y me he acercado a saludarles y a desearles que pasen unas felices fiestas con sus familias.

—Muchas gracias, profesor —dijo Baldo poniéndose en pie y estrechando

su mano—. Pero siéntese con nosotros a tomar algo, por favor.

—En otra ocasión, que ahora tengo que volver a casa. Mi mujer me espera —sacó los guantes de un bolsillo de su gabardina, arrastrando con ellos la pieza de ajedrez que representaba al caballo, que cayó al suelo—. ¡Vaya!

Baldo se apresuró a cogerlo, pero antes de entregárselo comentó:

—Es una preciosidad. De mármol negro, ¿verdad?

—¿Le gusta? Es una pieza que he adquirido hoy mismo. Pertenece a un juego de ajedrez del siglo pasado. Soy un apasionado del escaque y, de hecho, conservo uno idéntico de mi abuelo al que le faltan algunas piezas; por eso, en cuanto las encuentro similares, me hago con ellas.

—Es una maravilla —afirmaba el muchacho, mirando anonadado cada detalle del trebejo.

—Es que Baldo es coleccionista de objetos antiguos, ¿sabe usted, profesor? —explicó Pili.

—Ya veo, por eso su asombro. Permítame que se la regale.

—No, por Dios. Seguro que se trata de una pieza carísima.

—Eso da igual. Las joyas solo adquieren valor a ojos de quienes saben admirarlas de verdad, como es su caso.

—Muchas gracias, profesor.

Tras las vacaciones de Navidad, Chuso y Felipe volvieron a acaparar el tiempo libre de las chicas y por lo tanto el de Baldo, que cada día que pasaba estaba más loco por Antoñita, aunque esta bebiera los vientos por el impresentable de Chuso. Las chicas y Baldo no volvieron por La Taberna del Marrano; inconscientemente habían hecho de este un lugar especial, de esos que mantienen los recuerdos vivos, y al que solo acudirían libres de intrusos.

Los exámenes de febrero dejaron patente la carencia de conocimientos de muchos, así como la solvencia de otros. Chuso y Felipe volvieron a suspender las pruebas a las que se presentaron, mientras que Antoñita, Pili y Baldo

vieron premiado el esfuerzo del primer cuatrimestre, especialmente Pili. Cuando salieron las notas de la asignatura de Ródenas, este le indicó que fuera a su despacho a revisión, algo que la muchacha no comprendía ya que la calificación de SB no daba lugar a quejas ni errores, pero allí estaba esperando y, al llegar su turno, llamó a la puerta temerosa:

—¿Se puede, profesor?

—Adelante, Buendía. Pase y siéntese, por favor. —Pili se sentó frente a Ródenas, mientras él buscaba entre los exámenes el suyo—. Aquí está. He querido que viniera, lo primero, para que viera su examen —dijo extendiéndoselo.

Pili lo tomó pensando en que tal vez el catedrático se hubiera confundido con la nota y la había llamado para reparar el daño sin que fuera muy traumático, y al mirar en el encabezado encontró la anotación: «¡Perfecto! Yo no lo hubiera hecho mejor». Levantó la cara hacia el maestro felizmente sorprendida y le dijo tímida:

—Gracias...

—No, gracias a usted. He hablado con el resto de profesores, y todos coinciden en la calidad de sus ejercicios. Por mi parte, le animo a que este cuatrimestre sea igual, aunque no creo que tenga problemas, ya que sería una satisfacción ponerle una matrícula de honor a un futuro arquitecto de vocación.

—No sé qué decir... Gracias, profesor —expresó emocionada y deseosa por salir a contárselo a Antoñita y a Baldo, que esperaban impacientes en el exterior.

—No hay por qué darlas, Buendía. He de proponerle algo.

—Dígame.

—Pues verá, precisaría contar con usted para trabajar en mi estudio. La contrataría como aprendiz y percibiría el correspondiente salario. ¿Qué me dice?

Pili no se lo podía creer; trabajar con Ródenas sería lo más fascinante de su paso por la universidad, y él la necesitaba. El dinero le vendría muy bien, aunque fuera, al menos, para que sus padres se despreocuparan de los gastos

universitarios, pues ya podría hacerse cargo ella; pero... ¿se lo permitirían? Su padre jamás aceptó que su madre trabajara fuera del hogar, ni siquiera cuando les hizo verdadera falta una aportación extra en casa.

—Me gustaría, pero...

Ródenas, que parecía leerle el pensamiento, la interrumpió:

—Yo estaría encantado de hablar con su padre y solicitarle permiso para que usted pueda unirse a nuestro equipo.

—¿Usted haría eso, profesor? —preguntó Pili muy ilusionada.

—Por supuesto que sí. Organícelo todo y dígame cuándo y dónde podré entrevistarme con él.

Pili así lo hizo: invitó a Ródenas y a su esposa a merendar un día en su casa. Ya les había explicado a sus padres que lo que pretendía el catedrático era contar con ella para trabajar en su estudio de arquitectura. Insistía en hablarles para su tranquilidad, algo que a Darío le agradó, sobre todo en el encuentro, por la cercanía que sintió hacia ellos y que le hizo olvidar la importancia que siempre dio a las diferencias sociales. Los Ródenas eran un matrimonio acomodado, pero no descuidaron ni por un momento su comportamiento campechano con la familia, haciéndoles sentir a todos muy a gusto con su presencia. Habían llevado unos pasteles que jamás se hubiesen podido permitir degustar en la casa. Al principio, por educación, Pili y sus hermanas no saltaron sobre ellos; fue en el momento que Mariluz comió uno cuando sintió la expectación que causó, y rompió con las formas chupándose los dedos antes de limpiarse con la servilleta. Las chicas se sintieron un poco más libres del yugo de los modales; por eso, en cuanto la invitada dijo: «Pensé que os gustarían los pasteles. ¿No coméis?», se lanzaron, tropezando unas con otras. Mariluz se giró sonriente hacia Pilar y volvió a reparar en que siempre la sorprendía mirándole las manos. Tan solo llevaba una alianza muy sencilla, similar a la de ella, por lo que pensó en que quizá lo que llamaba su atención era el cuidado de las uñas.

—¿Le gustan? —le preguntó mostrándoselas—. ¿No le parece un poco atrevido el color?

—¡Oh, no! Son tan elegantes... Usted es muy elegante.

—No se crea. Al trabajar fuera de casa y con un marido tan exquisito como el mío, es obligatorio dar una imagen de cara a la galería. Lo que a mí de verdad me gusta es llegar a casa, lavarme la cara, ponerme las zapatillas y la bata más vieja que tengo y dedicarme a las labores de mi hogar. Si no fuera porque Javier y yo compartimos el lugar de trabajo y por ello paso más tiempo con él, preferiría dedicarme a mi casa y punto. [Rebuscó en el bolso y sacó un esmalte de uñas de color rojo de la marca Dior, el mismo que llevaba □ . Aquí está. El otro día lo guardé porque no me dio tiempo a pintármelas en casa y lo hice en un descanso en el trabajo. Tenga, para usted. [Se lo ofreció a Pilar.

—No, yo no...

—¡Vamos, mujer! Ya verá como se siente arrebatadora.

—Sí, mamá, por favor —le pedía Rosita, de tan solo diez años.

Pili contemplaba la escena muy satisfecha, primero por su familia, a la que veía relajada y feliz con los invitados, y después por ella misma, ya que no dudaba de que el trabajo que le ofrecía Ródenas sería suyo. Le parecía mentira que el hombre estricto de las aulas y el que ahora derrochaba simpatía conversando con su padre fueran el mismo, y también que Mariluz, tan bonita y elegante, tan señora, estuviera pintando las uñas de su madre al tiempo que recibía con tanto cariño los besos de su hermana. Estaba segura de que algo muy bueno saldría de todo esto. Cuando al día siguiente se lo relató a sus amigos, estos lo celebraron sinceramente, aunque Baldo objetó:

—Pero entonces tendrás menos vacaciones que nosotros. Ya no podremos visitar edificios ni volver a La Taberna del Marrano.

—Mira que eres cenizo —le recriminó Antoñita—. Los domingos no trabajaré, digo yo.

—Ródenas me dará vacaciones en agosto, pero el mes de julio, que mi familia ya estará en el pueblo, tendré las tardes libres. Tened en cuenta que no hay que estudiar, y yo no pienso quedarme en casa de lunes a sábado mirando las musarañas.

—Es cierto. Entonces todo será igual —dijo Baldo entusiasmado.

—Oye, Pili, cuando tu familia se vaya al pueblo en julio, te vienes a vivir

a mi casa, así no estás sola —ofreció Antoñita.

—Te lo agradezco de corazón, pero prefiero quedarme en la mía. Ten en cuenta que el estudio de Ródenas está a cinco minutos a pie.

—Como quieras.

Pepe besó a su mujer en la mejilla y se disculpó por decirle a última hora que tenía partida de ajedrez.

—Lo olvidé, cariño.

—¿Y no puedes decirles que lo que olvidaste es que hoy había partida?

—Imposible, Pichoncita. Algunos han venido de muy lejos y no puedo hacerles el feo. Además, ten en cuenta que el club de ajedrez deja buenos cuartos por el alquiler del espacio, nos viene bien que todos estén contentos. ¿No te parece? —Pichoncita asintió resignada—. Te prometo que me dejaré ganar para regresar cuanto antes.

Pepe se quitó el mandil blanco, salió de detrás de la barra y se dirigió a la trastienda. Era domingo a mediodía y la taberna estaba llena de gente. Esperaba que Javier fuera consciente del trastorno que le causaba esta reunión y que, efectivamente, fuera tan urgente como le dijo esa misma mañana. Tocó el timbre y contó hasta diez, después deslizó la trampilla y bajó las escaleras. Colocó el peón en el tablero, se vistió como los demás miembros y se unió al grupo, que poco a poco fue girándose para iniciar la reunión. El Rey comenzó a hablar.

—Os he convocado con carácter de urgencia porque Alfil Dos tiene algo que decirnos. Cuando quieras.

Alfil Dos se levantó y les refirió:

—Ha sucedido algo nefasto. Un jardinero que trabaja en el colegio de la *Sección ciento nueve*, en donde está previsto que actuemos, le ha dicho a un policía de la *secreta* que alguien, haciéndose pasar por cartero, le estuvo sonsacando detalles concernientes a la presencia del jefe de Estado el próximo catorce de diciembre.

—¿Quién ha sido? —preguntó furioso Caballo Uno puesto en pie.

El Rey lo tranquilizó:

—No te alteres, Caballo Uno. Deja que Alfil Dos continúe.

Este así lo hizo.

—Como es de esperar, ninguno de nosotros se ha movido para interrogar a nadie. Dado que paso la mayor parte del día en El Pardo, conozco a este trabajador, al igual que la mayoría de los vecinos del pueblo, y estoy seguro de que se lo ha inventado. Le gusta mantenernos a los efectivos de palacio siempre alerta. Se queja de continuo de lo peligroso que es vivir en el mismo lugar que el jefe del Estado. El caso es que ha generado la alerta y todos los cuerpos de seguridad señalan a El Trebejo Negro, por lo que creo conveniente que por el momento abortemos la operación.

—Hasta que sepamos más —intervino el Rey rápidamente, antes de que lo hiciera Caballo Uno, aunque sin éxito, ya que el susodicho no se calló

—¡Me paso a los cuerpos de seguridad por el arco del triunfo!

El Rey prosiguió:

—Yo creo conveniente para el grupo que no intervengamos de momento. Votos a favor. —Todos los presentes, incluido Caballo Uno, levantaron la mano—. Pues ya está todo dicho. No obstante, la operación *Sección ciento nueve* no puede darse por zanjada, puesto que hay que tramar cómo desviar la atención de la *secreta* hacia otro punto de mira que no seamos nosotros. Seréis convocados próximamente para la reunión. Podéis daros la vuelta. —Así lo hicieron—. Peón Ocho.

Peón Ocho se despojó de la túnica y la máscara, que colocó en su sitio, cogió su pieza del tablero y se apresuró a salir cuanto antes de allí, ya que Pichoncita estaría agobiada con tanto trabajo.

Los planes que cada uno tenía previstos para ese verano eran los siguientes: Pili trabajaría en el estudio de Ródenas hasta el 31 de julio y

después se reuniría con su familia en el pueblo para disfrutar de unas merecidas vacaciones durante el mes de agosto. Antoñita pasaría el mes de julio en Madrid y en agosto se iría con sus padres al apartamento de Benidorm. Baldo, espíritu libre, no lo sabría hasta el día antes, como mucho, mientras que Chuso y Felipe, cuyos resultados académicos volvían a ser negativos, trabajarían durante todo el verano en Madrid como camareros en un quiosco de la Casa de Campo. Aunque en el futuro inmediato todos continuarían en Madrid, Chuso y Felipe propusieron celebrar el fin del curso con una fiesta a las afueras de la ciudad, en una casa abandonada y medio derruida que, por lo visto, frecuentaban con otros amigos para estos menesteres. Dicha casa se encontraba apartada hasta del municipio al que pertenecía, pero ellos aseguraban que en automóvil se llegaba en menos de una hora. El día del evento, Antoñita les dijo a sus padres que pasaría la noche en casa de Pili.

—No me parece bien —objetó el padre—. No están sus padres. Mejor será que venga ella aquí.

—Pero, papá, me voy para ayudarla en un proyecto que tiene que entregar en su trabajo cuanto antes. Además de que lo tiene todo dispuesto en su casa, el estudio está al lado y tardará menos en llegar allí para entregarlo.

—Déjala, Antonio —intercedió la madre—. La niña ya es mayor. No tienes que preocuparte por nada.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Con una condición. Quiero que estés de regreso antes de las diez de la mañana.

—Así será. Gracias, papá.

Antoñita besó a sus padres, recogió de su alcoba la maletita que ya tenía preparada y salió de su domicilio en dirección al de su amiga. No había mentido demasiado a sus progenitores, pues en realidad sus planes eran dormir en casa de Pili, aunque no después de trabajar en un proyecto, sino tras la fiesta con los chicos. Se reunió con su amiga antes del mediodía, y se dedicaron a preparar tortillas para aplacar el hambre durante la celebración. Ambas estaban emocionadas con lo que iban a hacer: saltarse las normas y salir de fiesta con unos chicos a bailar hasta altas horas de la madrugada.

—No obstante, yo creo que debes mantener las distancias con Chuso —

aconsejó Pili—. No me fío de él.

Antoñita se rió.

—Claro, mujer, ya me he dado cuenta de que es un poco fresco. ¿O te crees que soy tonta?

—¿Un poco? Me parece que le tienes demasiada estima. Solo te pido que seas prudente, porque a este le das la mano y te toma el pie. Y Baldo me da pena.

—¿Pena? ¿Por qué?

—Lo pasa mal con esta tontería que os traéis el pamplinas de Chuso y tú.

—No me digas que también cree que no le pararía los pies si se propasase conmigo.

—¡Claro que lo cree! ¿No te has dado cuenta? Y no solo eso: Baldo está loco por ti y le fastidia lo tonta que te pones con el otro.

—¿Eso te lo ha contado él?

—¡Por favor, Antoñita! Eso es algo que salta a la vista. ¿Estás ciega o qué te pasa? —En esos momentos el timbre de la puerta sonó—. Ahí lo tienes. Espero que tengas en cuenta lo que te he dicho.

Baldo entró con la alegría que le caracterizaba, llevando con él el tocadiscos portátil a pilas, así como una bolsa con refrescos en la que las chicas metieron las tortillas y el pan que aportaban ellas. Llegaron a la facultad en el Seiscientos de Antoñita. Chuso y Felipe los estaban esperando. Una vez allí, Chuso abrió la puerta del copiloto y le indicó a Pili:

—Ve tú con Felipe y así voy indicándole a Antoñita cómo llegar.

Pili se volvió hacia su amiga antes de salir y le advirtió:

—Recuerda lo que hemos hablado.

—Que sí, pesada. Pierde cuidado.

Baldo, que presenció la escena desde el asiento de atrás, hubiera dicho también muchas cosas al respecto, como que no era necesario que cambiaran de coche Pili y el melenitas, ya que él se había informado de dónde estaba el

lugar, e incluso se acercó a comprobar la ruta que habrían de seguir. Pero como Antoñita se puso tan contenta con la presencia de Chuso a su lado, consideró que lo que él pudiera decir estaba de más, así que se acomodó a mirar el camino por la ventanilla mientras el otro pasaba el brazo por la espalda de la muchacha al tiempo que con la otra mano le acariciaba la rodilla.

—Chuso, no sigas por ahí —le decía ella de forma cariñosa, haciendo que él se aproximara todavía más.

La casa era un despropósito, sucia, oscura y maloliente. Sin duda, a juzgar por las botellas rotas repartidas por la estancia, era utilizada de continuo para celebraciones similares. Chuso y Felipe debían de ser asiduos a dichas fiestas, en vista de la preparación que mostraron ante los demás, extendiendo unas viejas mantas sobre el suelo para poder sentarse y colocando una mesa plegable, en la que dispusieron el minibar que habían llevado con ellos. Las chicas y Baldo se acomodaron en las mantas, sacaron la comida y pusieron en el tocadiscos música de Los Bravos. Poco a poco se fueron animando y las chicas saltaron a la pista de baile para *dislocarse* el cuerpo con Chuso y Felipe a ritmo de *Black is black*, mientras Baldo se hacía cargo del reproductor de música. Pasada una hora más o menos, la botella de brandi ya se había terminado, y cuando se disponían a abrir la segunda, las muchachas salieron para buscar en el exterior un lugar que hiciera las veces de inodoro. Cuando se hubo asegurado de que ellas no les oían, Chuso le preguntó a Felipe:

—¿Tienes eso preparado?

—Sí, aquí está —dijo sacando un frasco de comprimidos del bolsillo del pantalón, en cuya etiqueta se podía leer: «Quaalude 300». Lo abrió y puso dos pastillas sobre la mesa, para aplastarlas con la base de un vaso y verterlas pulverizadas en las copas de las chicas. Después le consultó a Chuso señalando a Baldo—: ¿Qué hacemos con ese?

Baldo, ajeno a los comentarios de los otros dos jóvenes, miraba absorto las carátulas de los vinilos mientras seleccionaba la próxima canción que sonaría.

—A ese échale dos, a ver si nos lo quitamos de encima cuanto antes. ¡Qué

tío más plomo!

—¡Qué cabrón eres! —apuntó Felipe riéndose, al tiempo que obedecía.

Las chicas llegaron muy sonrientes, dispuestas a beber del licor que les ofrecieron los dos amigos y que poco a poco, pues bebían despacio, les iba haciendo el efecto que ellos pretendían. De pronto la música cesó, momento en el que se dieron cuenta de que Baldo, presa de la droga que pusieron en su copa, estaba tumbado y completamente dormido. Las muchachas mostraron un gesto de preocupación, por lo que Chuso comentó:

—¡Lo sabía! Le dije que cinco copas de golpe no le sentarían bien a nadie.

—¿Cuándo ha bebido eso? —preguntó Antoñita sorprendida.

Felipe respondió:

—En cuanto habéis salido por la puerta. ¡Qué mona se ha pillado el tío! Se ha quedado frito.

—Vámonos. Tenemos que llevarlo a su casa —aseveró Pili muy preocupada.

—No, mujer. Dejadle dormir un rato hasta que se le pase la borrachera. Felipe, pon tú algo de música, anda.

Felipe fue hacia el tocadiscos mientras Chuso animaba a las chicas, ahora más que nunca, a beber de sus copas contaminadas. Sonaba *Yesterday* y ellas, cada vez más ebrias, bailaron lentamente entre los brazos de los chicos, a los que no podían reprender por colocar las manos en las zonas prohibidas de su cuerpo, ya que sus fuerzas eran cada vez más escasas. Antoñita, como en un sueño, le escuchó a Felipe:

—Esta ya ha caído.

Y volvió la cara hacia él a duras penas, descubriéndolo portando en brazos a su amiga que estaba sin sentido. Cuando trató de decir algo, Chuso se lo impidió besándola de forma brusca. Después las imágenes iban y venían en su cerebro, como si se tratara de un mal sueño incontrolable del que no había manera de despertar. Lo intentó, pero su inconsciencia la empujaba hacia la oscuridad, en donde sentía dolor, ahogo, miedo... Fue incapaz de determinar si había pasado mucho o poco tiempo cuando escuchó las voces de los chicos

diciendo que pasarían por el Clínico a dejarle. ¿Pero a quién? ¿Acaso ella estaba agonizando y creyeron conveniente ingresarla en el hospital? Seguro que era eso, se encontraba tan mal...

—Antoñita, ¿puedes oírme? Despierta.

Poco a poco fue abriendo los ojos y la luz la cegó momentáneamente, hasta que comenzó a distinguir el rostro de Pili, que cambiaba el gesto de preocupación por una sonrisa de alivio.

—¿Dónde estoy? —preguntó confusa, sin atreverse siquiera a moverse.

—En la casa abandonada, ¿recuerdas?

Antoñita se fue incorporando a duras penas por el dolor que tenía de cabeza y cuerpo.

—¿Qué ha pasado?

—Creí que, con un poco de suerte, tú sabrías responderme a eso. Lo que está claro es que estos se han ido y nos han dejado aquí plantadas. Podrían habernos despertado al menos. Lo que más me fastidia de todo esto es que Baldo también se ha esfumado. —Antoñita se asustó de pronto, y Pili pareció entender el motivo—. Tranquila, nos han dejado el coche. Ya son más de las doce del mediodía y deberíamos irnos. ¿Estás bien para conducir?

—Sí, vámonos cuanto antes. Mi padre me va a matar.

Tras recomponerse un poco, montaron en el Seiscientos y tomaron rumbo hacia la capital, muy atentas durante todo el trayecto a fin de recordar el camino que hicieron la tarde anterior. Cuando llegaron a la casa de Pili, antes de bajar esta del coche, le pidió a su amiga, a sabiendas de que su padre le echaría una reprimenda:

—Llámame en cuanto puedas.

—Claro, descuida.

Antoñita memorizaba en el ascensor que la subía hasta la puerta de su casa la excusa que se había inventado para justificar el retraso de su llegada.

—Estuvimos trabajando hasta muy tarde..., el despertador no sonó y nos hemos quedado dormidas...

Antes de introducir la llave en la cerradura, la puerta se abrió bruscamente dejando a don Antonio ante sus ojos. Parecía muy enfadado y la muchacha no supo qué decir en esos instantes. El hombre, sin atenerse a las consecuencias, le propinó una tremenda bofetada y le gritó:

—¡Vete a tu habitación y no salgas hasta que te lo ordene!

Ella se fue llorando, cruzándose en el camino con su madre que, como siempre que su marido se enfadaba, su cara manifestaba el gesto asustadizo que le caracterizaba. Llegó a su cuarto y cerró la puerta. Aun así podía escuchar a su padre vociferando a su esposa:

—¡La culpa la tienes tú y nadie más que tú! «Pobrecita, quiere estudiar en la universidad». ¡Valiente aberración! Es inmoral que a su edad no esté preparada todavía para ser una esposa como Dios manda, claro que con el ejemplo que tiene en casa... ¡Y además Arquitectura! ¿Pero qué se habrá creído? Si al menos se hubiera matriculado en Derecho, podría colocarla en el bufete como secretaria o algo así. Pero no, ella tenía que hacer el memo estudiando una carrera que nunca entenderá porque es tonta. Tonta como tú.

Antoñita pensaba en lo injusto que era, sobre todo con su madre. Pero estaba segura de que, aunque nunca lo reconociera, cuando dejara pasar el tiempo sería consciente del ridículo que estaba haciendo al espetar sin ningún tacto tantos sinsentidos, que ponían de manifiesto todo el rencor acumulado que deseaba escupir en cuanto llegara el momento. Pero este no era el momento, no al menos para ella, que no consideraba el hecho de haberse demorado tres horas por quedarse dormida un pretexto sostenible. Dio el asunto por zanjado; no quería seguir pensando más en ello, pues lo último que quería era infravalorar a su padre. Al fin y al cabo lo que le diferenciaba de él era algo que le hacía sentirse más fuerte que él: el respeto. Entró en el baño dispuesta a darse una ducha que sin duda le relajaría. Comenzó a desnudarse, y al quitarse las braguitas vio que estaban manchadas de sangre, algo que le extrañó, pues tuvo el periodo hacía quince días y era muy exacta, jamás había tenido un desarreglo menstrual. Eso, unido al escozor que sentía en la zona genital, le hicieron pensar en que perdió el norte aquella noche con la borrachera que cogió de la manera más tonta. Se sintió muy sucia y se metió rauda bajo la ducha, enjabonando en abundancia y frotando con fuerza su cuerpo, tratando de borrar de su piel cualquier recuerdo confuso. Después del

baño se tumbó sobre la cama con el cuerpo mojado, cubierto con una toalla, y lloró con rabia, sin querer admitir lo que había sucedido. Deseaba que todo hubiese sido un mal sueño para poder despertar con el tiempo suficiente de evitar lo que había pasado. Le dolía muchísimo la cabeza y daría lo que fuese por una aspirina o un reconstituyente que le diera un poco de paz. Su madre pareció oírlo llorar, porque entró en la habitación con un bol con lo que parecía ser un caldo. Ella dijo:

—Tómalo, hija. Te lo he preparado como a ti te gusta, con picatostes y queso manchego.

—No tengo hambre —respondió la muchacha sin levantar la cabeza de la almohada—. Solo quiero una aspirina.

—Lo imaginaba; también la he traído. Pero no dejes de comer algo; te hará bien.

La voz autoritaria de don Antonio se escuchó por encima de la de ellas:

—¡Dora! Déjala sola, que piense en sus actos. A ver si se entera de una vez que no puede faltar a la autoridad.

La madre, levantándose de la cama donde estaba sentada con su hija, le indicó:

—Luego vuelvo a llevarme la bandeja. Tómate el caldo, por favor.

Cuando salió, Antoñita se incorporó para tragar la aspirina con un poco de agua y se volvió a tumbar, abandonándose al sueño. Durante el tiempo que durmió tuvo pesadillas en las que era agredida sexualmente, algo que le hizo despertar sobresaltada, sin saber en dónde se encontraba. Le pareció que había pasado apenas un minuto, aunque el reloj marcaba las siete de la tarde, por lo que agudizó el oído para tantear la situación que se vivía en su casa. Se escuchaba el fútbol en la radio y supuso que su madre, como todos los domingos, estaría bordando en la salita mientras su padre disfrutaría del partido, relajado, fumándose un Cohiba y bebiendo una copa de Soberano. Descolgó el teléfono y marcó el número de su amiga Pili, que respondió inmediatamente.

—¡Mariluz!

—No, Pili, soy Antoñita.

—Chica, perdóname. Iba a llamarte, de veras, pero no te puedes imaginar lo que ha pasado.

—Creo que lo sé.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Has hablado con alguien de la facultad?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó, temiendo que Chuso y Felipe tuvieran que ver con esto.

Pili, con tono tranquilizador al comprobar que su amiga no sabía nada, le dijo:

—Verás, esta tarde me telefoneó Mariluz, la mujer de Ródenas. Por lo visto, el rector se puso en contacto con él por la mañana para comunicarle que le habían llamado del Clínico informándole de que dos estudiantes de Arquitectura habían llevado por la noche a un compañero de clase en estado inconsciente. Era Baldo.

—¿Cómo dices? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está? —preguntó muy alterada.

—No te preocupes, lo peor ya pasó. Parece ser que consumió una sobredosis de Metacualona, un somnífero muy eficaz que, mezclado con el brandi que bebió en la fiesta..., imagínate, una bomba. No sé cómo ha salido de esta.

—¡Dios mío! ¿Y qué dijeron los otros dos cuando lo dejaron en el hospital?

—No se sabe quiénes fueron, pues en ningún momento se identificaron. Los individuos solo dijeron que lo encontraron tirado en la calle y que como lo conocían de clase, lo llevaron hasta allí. Pero tú y yo sabemos de quiénes se trata, ¿verdad?

—Por supuesto. ¡Qué miserables son! Estoy segura de que también nos drogaron a nosotras.

—Yo también lo pienso. ¿Cómo podremos averiguar qué nos hicieron a los tres?

—Creo que sé la forma. Pero ahora Baldo es quien importa. Te ruego que

me llames cuando sepas algo más. Mañana por la mañana iré al hospital a estar con él.

A la mañana siguiente, en cuanto escuchó salir de casa a su padre, Antoñita se apresuró a escaparse de su habitación para dirigirse a la cocina a prepararse un café antes de ir a buscar a Pili. Doña Dora también se encontraba allí, y al verla con tanta prisa desde tan temprano, se interesó por conocer el motivo.

—Buenos días, hija. ¿Cómo así has madrugado tanto?

—Buenos días, mamá. Es que he de salir.

—No, no puedes, tu padre te lo ha prohibido. ¿Qué le diremos si te descubre?

Antoñita sintió una profunda tristeza por su madre, que vivía completamente sometida al juez. Ella, en cambio, no tenía miedo a las represalias del déspota que la engendró, más bien todo lo contrario. A veces se sentía tentada de provocarlo para que la desterrara de su lado y así no volver a soportar su mal humor y sus continuas laceraciones a la dignidad femenina que, dado que era mayoritaria en su hogar, debería imperar sobre él. Sin embargo, su madre era como el plumón de un pollito que, lejos de proteger su pecho, se deshacía con un simple soplido. Por eso Antoñita contuvo la ira de sus pensamientos y tomó a su progenitora de las manos, invitándola a sentarse a la mesa. Le sirvió un café, pues seguro que no había desayunado por atenderlo a él, y se acomodó en otra silla junto a ella. Le habló muy suave:

—Mi amigo Baldo está hospitalizado.

—¿Qué le ha sucedido? —le preguntó Dora asustada.

—No lo sé. Ayer lo encontraron inconsciente y lo llevaron al Clínico. Él es hipotenso; lo más probable es que le bajara la tensión y le diera un vahído que le hizo caer y golpearse en la cabeza —mintió por piedad—. Los médicos quisieron que se quedara anoche en observación y le darán el alta esta mañana. Él no tiene familia y Pili y yo queremos acompañarlo y llevarlo a su

casa. A mediodía estaré de vuelta, te lo prometo. Si mi padre llamara en el receso de algún juicio y preguntara por mí, que no creo que lo haga, dile que no he salido de la habitación; no tiene por qué enterarse.

—¿Me prometes que estarás aquí a las doce?

—Te prometo que estaré aquí antes de esa hora. No te preocupes, mamá.

Antoñita salió de su casa y recogió a Pili en la suya. Ródenas le había dado el día libre para que pudiera estar con Baldo cuando le dieran el alta esa mañana. Llegaron allí a las ocho y media y el chico esperaba vestido y dispuesto para irse, pues ya el médico había pasado a darle el alta. Apenas le dieron los buenos días, se fueron los tres por la puerta.

La casa de Baldo se hallaba en la ribera del río, frente al Estadio Metropolitano, cuyas obras, a las que lo habían sometido para ampliar sus dimensiones, continuarían hasta después del verano, pues estaba previsto inaugurarlos en octubre, cuando se daría a conocer como el Estadio del Manzanares. Su hogar era un piso muy amplio y luminoso, limpio y acogedor. Con tres dormitorios y zona de servicio, en donde Baldo pasaba la mayor parte del tiempo ya que, como él decía, teniendo cama y baño, allí estaba más cerca de la cocina y de la puerta de la calle. ¿Qué más podía pedir? Parecía estar totalmente recuperado, quizá por el hecho de llegar a casa, ponerse sus zapatillas y tomar el café que con tanto cariño preparaba y que tanto gustó a las chicas; y es que, en vez de leche, empleaba nata batida y le añadía un poco de cacao en polvo. Antoñita y Pili apenas sabían de su amigo, de su vida privada y sus aspiraciones. Tan solo que su padre se había ido a trabajar a Venezuela cuando él tenía cinco años, con la intención de hacer dinero para que no les faltase nada a su mujer y a su hijo. Pero ella había fallecido el verano anterior y la única señal que el hombre manifestó cuando él se lo comunicó fue una llamada telefónica ofreciéndole irse a vivir a Venezuela con él. Baldo prefirió quedarse a estudiar en España y el padre, probablemente aliviado, le confirmó que seguiría pagando todos sus gastos mediante un giro mensual a su nombre.

Una vez que se hubieron acomodado los tres en la mesa de la cocina a tomar el café, Baldo rompió el hielo:

—¿Os hicieron algo esos dos?

—Estamos bien —tranquilizó Antoñita—. Ahora al menos.

—Creemos que también nos drogaron —prosiguió Pili—. Ayer despertamos en aquel lugar a las doce de la mañana con todo el cuerpo dolorido y una resaca excesiva, ya que tan solo bebimos dos copas.

—¿Qué pretendían drogándoos? —Las chicas guardaron silencio y bajaron la cabeza, sin atreverse a mirarlo—. No pensaréis que... —Ambas asintieron con los ojos llorosos —. ¡Oh, no! —exclamó él, poniéndose en pie y caminando hacia un lado y otro de la cocina, llevándose las manos a la cabeza y gritando desesperado—: ¡No!... ¡no!... ¡no!

Pili, que también lloraba asustada por la reacción de su amigo, se acercó a él y le aclaró:

— No estamos seguras, Baldo.

—¡Los voy a matar! —clamó el chico enardecido por la impotencia.

—Por favor, Baldo, tranquilízate. ¡No empeores más las cosas! —exclamó Antoñita, también en pie, haciendo que el chico guardara silencio—. Esperemos que todo haya sido un mal sueño. Mejor será que no especulemos hasta saber a ciencia cierta qué ocurrió.

—¿Y cómo lo vamos a saber? —preguntó el chico, que no confiaba en la espera.

Antoñita bebió café, dándose un poco de tiempo para calmar la rabia que la ahogaba al comprobar que su dolor era tan intenso como el de sus dos amigos. Después prosiguió:

—Ellos, como siempre, irán el sábado por la tarde a la sala de baile, y allí nos presentaremos Pili y yo a tomar unos refrescos con ellos.

—¿Estás loca? —soltó su amiga espantada.

—No, no voy a permitirlo —sentenció Baldo.

—¡Dejadme terminar, córcholis! Hemos de hacer de tripas corazón, como si no hubiese pasado nada, para ganárnoslos y poder sonsacarles qué fue lo que ocurrió.

—¿Y qué vamos a hacer si confiesan que abusaron de nosotras?

—Matarlos —dictaminó Baldo muy furioso.

—No, no podemos hacer nada, nosotras nos lo buscamos. Ya me advirtió mi padre que me alejara de ellos... ¡Maldita sea! Cómo odio tener que darle la razón. —Antoñita rompió a llorar. Pili y Baldo se aproximaron a ella y también lloraron, los tres cogidos de las manos—. Si, como nos tememos, nos hubiesen violentado, lo mejor es no denunciar, pues sería nefasto para nosotras, que tanto hemos peleado por estudiar Arquitectura, quedar marcadas para siempre. Piénsalo, amiga: se acabaría nuestro sueño universitario. Nuestros padres nos sacarían de las aulas para exiliarnos en algún convento con tal de borrar la vergüenza. ¿O no lo crees? —preguntó a Pili.

—Estoy segura de que así sería. Por quienes más lo sentiría sería por mis hermanas pequeñas. A ellas no les permitirían ni imaginar siquiera seguir mi camino; les arrebatarían la oportunidad de estudiar y relacionarse con chicos.

—Vamos, tiene que haber otras opciones de salir adelante si denunciáis. ¡Por Dios!, ¿nos hemos vuelto locos? ¿Cómo podrían salir impunes de un crimen así?

—Por favor, Baldo, Antoñita tiene razón. Lo mejor es dejarlo pasar, y si averiguamos que sucedió algo, apartarlos de nuestra vida lo más lejos posible.

Qué pesado se hace el tiempo cuando la impaciencia por que llegue un día que está próximo lo demora todo. Y más aún si el motivo del sinvivir tiene que ver con la solución de un misterio que puede destartalar una vida. Antoñita, aportando pruebas, les dijo a sus padres que asistiría con sus amigos a un simposio sobre la arquitectura mudéjar castellanoleonesa en Madrid, del que ya les había hablado meses antes. Dicho simposio duraría todo el día, y lo acordado era ir los tres desde las nueve de la mañana y ausentarse las chicas un rato por la tarde para llevar a cabo el plan. En el Seiscientos se cambiaron de ropa y se maquillaron los labios y las pestañas, preparándose así para conocer todo lo que sucedió.

El ambiente en la sala de baile estaba cargado de humo y las luces que se movían de un lado a otro no hacían sino alejarlas todavía más de vislumbrar el

percal, pues cegaban tanto como la oscuridad del antro. En la entrada había un cartel anunciando la actuación de The Tomcats, y la música que estos tocaban estaba a un volumen tan alto que ensordecía hasta impedir escuchar los propios pensamientos. Unos bailaban a ritmo de *It Ain't Right* en la pista y otros se repartían por la barra y las mesas que había dispersas alrededor de la pista de baile. Y en una de esas mesas, bebiendo y fumando, se encontraban Chuso y Felipe, atentos al entorno y dispuestos a salir a la captura de la posible presa. Antoñita se lo indicó a Pili:

—Están allí. ¿Vamos?

Las chicas se aproximaron muy decididas hacia ellos. Chuso y Felipe, que no esperaban encontrarlas allí, se sintieron muy incómodos con su presencia, hasta que Antoñita, sentándose con Pili junto a ellos, bebió del vaso que previamente le había quitado de las manos a Chuso y, con gesto de satisfacción fingida, le preguntó:

—¿Qué es esto?

—Whisky. ¿Te gusta?

—No está mal. Aunque prefiero el brandi, me trae buenos recuerdos.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y puedo saber qué recuerdos son esos? —se interesó Chuso con voz melosa, precipitándose de cabeza en la trampa.

—Tú los conoces bien —afirmó mordiéndose el labio inferior—. ¿O es que acaso ya lo has olvidado?

Antoñita bebió otro sorbo de whisky y se pasó la punta de la lengua por los labios saboreando lo que quedó en ellos, después los secó con el dedo índice, que inmediatamente colocó sobre los labios de él, que permanecían entreabiertos por el asombro y la excitación del momento. Chuso lo introdujo en su boca y jugueteó con la lengua. Antoñita agradeció en el alma que su amiga, incomodísima con la situación, interviniera de inmediato, pues de continuar con este juego terminaría vomitando la bilis que amargaba su garganta.

—¡Me encanta esta canción!

—¿No bailáis? —preguntó Antoñita muy provocadora. Sonaba *Michelle* y

era arriesgado ir solas a la pista, ya que de hacerlo dos chicas guapas como ellas y bailar un tema que era obligatorio bailar en compañía, estarían rodeadas de moscones en cuestión de segundos—. Quien se apunte lo esperamos ahí. —Y tomando de la mano a su amiga, se dirigieron a la pista. Esta le amonestaba preocupada—: ¿Estás loca? ¿Y si vuelven a drogarnos?

—Tú ni bebas, ni fumes, ni tomes nada que ellos te den. Solo baila y cambia esa cara, mujer, que parece que venimos de un entierro.

Bailaron como el resto de los congregados allí, llamando la atención de otros jóvenes que se acercaban a bailar con ellas. Al verlo Chuso, le hizo una señal a Felipe y los dos, que las consideraban de su propiedad, se fueron hacia donde estaban para quitarles de encima a los curiosos. Antoñita desplegó entonces su mejor sonrisa y bailó con Chuso de forma muy sugerente, y cuando percibió que estaba totalmente entregado se lanzó:

—No puedo dejar de pensar en lo que sucedió el otro día. Disfruté tanto que no veo el momento de repetirlo.

—¿Lo dices en serio? Ya sabía yo que eras una cachonda. Y dime, ¿también te gustó cómo te lo hizo ese? —preguntó señalando a Felipe.

—¿Cómo?! —exclamó Antoñita deteniéndose y elevando el volumen de voz. Pili se volvió hacia ella asustada.

—¿No lo recuerdas? Ambos lo hicimos dos veces con cada una, y la verdad es que si no hubiera sido porque el pusilánime de vuestro amigo empezó a dar saltos como si se ahogara, yo hubiera podido una vez más con cada una.

Antoñita sintió unos irrefrenables deseos homicidas hacia él, pero debía continuar entera para obtener más información de lo sucedido.

—Nos drogasteis a todos, ¿verdad? ¿Cómo lo hicisteis? ¿En la bebida?

—Sí. Una pastillita para vosotras fue suficiente, para Baldo hicieron falta dos. Claro que nos podemos ir ahora los cuatro a seguir sin pastillas y sin Baldo. ¿Quieres?

La muchacha no pudo evitar darle una patada en sus partes con tanta fuerza y saña, que quedó tumbado en el suelo retorciéndose de dolor. Después asió a

su amiga del brazo y salieron las dos del lugar.

Mariluz regó la azalea que decoraba su escritorio, y como no dejaba de mirar el rostro compungido de Pili, casi derrama el agua fuera del tiesto. Ya conocía lo sucedido pues la muchacha se lo había referido esa misma mañana, cuando en la intimidad del tocador la sorprendió llorando. En realidad, ya había descubierto que lloraba a menudo en los últimos días, que sus ojos no estaban irritados de cansancio, como aseguraba, y que ni la soledad del hogar le producía tanto miedo como para no dormir de noche, sino más bien el recuerdo de haber sido violada. Mariluz temía que no fuera suficiente con servirle de apoyo; le parecía tan injusta su tristeza y tan poca su propia valía por no haber sido capaz de protegerla en esos momentos, que volvió junto a ella para tratar una vez más de convencerla para que denunciara, pero a mitad de camino, en cuanto Pili levantó la cabeza y la miró, supo que lo único que conseguiría sería su negativa y el consecuente nerviosismo que pensar en esto le causaba. En vez de regresar de vuelta a su escritorio, continuó caminando hacia el despacho de su marido, y cuando pasó junto a Pili le dedicó la más tierna de las sonrisas y una caricia en la mejilla. Escuchó a través de la puerta que Javier hablaba por teléfono y aguardó a que terminara para tocar la puerta y pasar. Al verla él con el gesto descompuesto, se puso en pie alarmado.

—¿Qué sucede, querida?

—Algo muy grave. —Su marido la condujo hasta la silla para que se sentara—. Ya sé lo que ocurrió con tu alumno, el chico que llevaron al Clínico inconsciente.

—¿Baldo? Ya lo imagino, se estaría corriendo una juerga y se le fue de las manos. ¿No es así?

—No, no es eso. Es verdad que estuvo de fiesta esa noche, y ¿sabes qué?, también acudieron a esa celebración Pili y Antoñita. —Ante la cara de sorpresa de Javier, Mariluz se apresuró a continuar—. Esa juerga, como tú dices, la organizaron otros dos jóvenes, también alumnos tuyos, que creo que no tienen muy buena fama en la facultad, pero que a veces salen con las chicas y con Baldo.

—Creo que sé de quiénes me hablas: Chuso y Felipe.

—Exacto. Estos dos... mamarrachos fueron los que echaron las pastillas en la bebida de Baldo, y también en las de Pili y Antoñita.

—¿Qué me dices? Pero ¿por qué hicieron tal cosa?

—Para adormecerlos y violarlas a ellas sin ningún impedimento. — Mariluz continuó relatándole todo lo que Pili le había referido—. Ahora ellas se niegan a denunciar y Baldo, por acatar su decisión, tampoco lo hará. Lo que más temen es tener que verlos cuando el curso comience.

—Hay que respetarlas porque tienen toda la razón al temer perderlo todo si denuncian, este maldito sistema es realmente cruel con las mujeres; pero podemos apoyarlas en todo cuanto precisen. No tienen que preocuparse por si los volverán a ver en octubre, pues yo mismo me encargaré de que no vuelvan a pisar la facultad en su vida, ni la de Arquitectura ni ninguna otra. Ve con ella y ofrécele nuestra casa hasta que su familia regrese, para que la muchacha no se quede sola.

—Gracias, cariño. —Lo besó y salió del despacho.

Ródenas marcó un número en el teléfono y le dijo a su interlocutor:

—Hoy, dieciocho treinta —y colgó.

Alfil Dos aguardaba de espaldas al Rey la llegada de los demás compañeros. Le extrañaba mucho que no hubiera nadie más en la sala cuando accedió a ella. Quizá no pudieron asistir por la premura del llamamiento, aunque era de extrañar, ya que el hecho de aceptar el compromiso con El Trebejo Negro incluía cumplir con una serie de requisitos, tales como acudir a las convocatorias urgentes, a pesar de tener otros planes que pudieran coincidir con la cita. Tan solo llegaron tres miembros más: Torre Uno, Torre Dos y, por supuesto, Peón Ocho. El Rey comenzó:

—El motivo por el que os he llamado tan solo a vosotros es porque confío en que no hará falta que nadie más intervenga en esta misión de la que haremos partícipe al resto una vez resuelta. —Entregó un sobre grande a cada uno de

ellos, lo abrieron y sacaron papeles y fotografías—. Esos dos individuos de las fotografías han cometido delitos contra tres personas: violación a dos mujeres e intento de homicidio por envenenamiento a un hombre. Ellas no denunciarán a fin de evitar el escarnio que les aguardaría y el hombre tampoco lo hará, por consideración hacia ellas. En definitiva, no serán juzgados por los tribunales. Pero nosotros sí haremos justicia.

—No lo dudes —apostilló Alfil Dos.

—¿Cuáles son los planes, Rey? —se interesó Torre Uno.

—Como podéis ver, en el sobre he incluido las fotografías de los criminales así como documentación en la que se explica minuciosamente el día a día de cada uno de ellos en la actualidad. Ahora, dado que vosotros sois los mejores estrategas, maquinemos las acciones que habremos de seguir.

El Rey tomó asiento entre el grupo y todos debatieron durante horas la forma más adecuada de castigar el crimen sin ser descubiertos.

Por su parte, Baldo, consumido por la sed de venganza, llevaba a cabo su particular cruzada, ajeno a Pili y Antoñita. El dolor que le causaba pensar en lo que les hicieron a sus amigas se agudizaba hasta traspasarle las entrañas, y aunque todavía ignoraba cómo les haría pagar a Chuso y a Felipe por la afrenta, creyó conveniente seguirles el rastro y conocer de primera mano cada paso que dieran. Ya sabía por ellos que en esos meses de verano trabajarían como camareros en un quiosco de la Casa de Campo hasta la medianoche, y hasta allí llegó un día para constatar que decían la verdad. Comprobó que cuando terminaban, alrededor de las doce y media, frecuentaban salas como Pasapoga, Florida Park y Morocco, de donde salían siempre con evidentes signos de embriaguez. Algunos días, dependiendo de las propinas percibidas en el quiosco, lo hacían acompañados de mujeres que alternaban hasta límites insospechados cediendo a los caprichos de las carteras de los clientes, y las llevaban hasta la casa ruinosa en donde tuvieron lugar los crímenes cometidos contra sus amigas.

El último día laborable de julio, antes de que los empleados del estudio de

Ródenas se fueran a sus respectivos lugares de descanso a pasar las merecidas vacaciones durante el mes de agosto, Mariluz tenía la entrañable costumbre de organizar una barbacoa en su casa para los compañeros así como los agregados que estos quisieran llevar, ya fueran familia, pareja o amigos. Pili invitó a Antoñita y a Baldo. El muchacho insistió en que irían en el coche de segunda mano que había comprado hacía unas semanas y que no es que fuese viejo, es que se trataba de una tartana de los cuarenta que por mucho que brillantara por fuera, los andares sonaban a roto de forma escandalosa. Unos días antes lo tuvo que llevar al taller porque no arrancaba, y lo había recogido esa misma mañana.

—¿Qué le pasaba? —le preguntó Antoñita de camino a la casa de los Ródenas.

—Se había quedado sin batería, solo eso.

—Espero que no vuelva a pasar, por lo menos hoy. Imagínate que nos deja tirados por estos lares que no conocemos de nada. ¡Qué horror!

—Descuida, mujer. Le he puesto una batería nueva y ahora arranca mucho mejor que tu Seiscientos —repuso con retintín, haciéndole burla.

Antoñita, con una sonrisa, le dio un suave manotazo en el brazo mientras le decía:

—¿Cómo te atreves?

Tardaron más de lo esperado en encontrar el lugar, y a fin de no pasarse de largo, aparcaron al principio de la calle y buscaron a pie el número de la vivienda, que quedaba bastante apartada, por lo que tuvieron que caminar un largo trecho. Aunque no fueron los últimos en llegar, Pili, que había aceptado quedarse con los Ródenas hasta que se fuera con sus padres, los esperaba impaciente.

—Creí que os habíais perdido.

—Creíste bien —confirmó Baldo—. Esto está lejísimos.

—Lo importante es que habéis llegado —escucharon decir a Mariluz a sus espaldas—. Tomad —dijo ofreciéndoles los vasos con refrescos que llevaba en las manos—. Ahora le pediré a Javier que te explique el camino. Ya veréis

que está muy cerca de la universidad.

—Gracias, doña Mariluz —intervino Antoñita—. Es una casa preciosa.

—Pero si no has visto nada, mujer. Anda, Pili, enséñasela a tus amigos.

—Sí, claro. Venid por aquí.

Los tres entraron a la vivienda y Pili les mostró las instalaciones, cuyos planos había diseñado Ródenas, que les causaron gran admiración. Después se integraron con los demás invitados, que ocupaban el jardín de la finca en torno a la barbacoa, donde la comida humeante ya estaba dispuesta para los asistentes. Todos disfrutaron de la velada a su aire, unos charlando, otros en la piscina, otros bailando la música del tocadiscos, los niños correteando por el jardín... Hacia las once y media de la noche, Baldo les dijo a sus amigos:

—Acabo de acordarme de lo lejos que hemos aparcado. Voy un momento a buscar el coche.

—¡Pero si la fiesta acaba de empezar! —protestó Antoñita, mostrando así las pocas ganas que tenía de irse.

—No lo digo por marcharnos, mujer, sino por acercarlo para que no tengas que caminar tanto dentro de... ¿unas horas?

—Siendo así, de acuerdo, puedes ir —bromeó ella.

—Gracias, majestad —respondió él siguiendo la broma.

Baldo llegó hasta el coche, pero en vez de dirigirse a la casa de Ródenas, fue hacia la Casa de Campo, concretamente al quiosco en donde Chuso y Felipe trabajaban. Apagó las luces y el motor del vehículo y permaneció a la espera. En cuanto los vio salir volvió a arrancar y avanzó unos metros por el camino que ellos tomarían como hacían siempre, hasta llegar a un desvío por el que entró para salir de la carretera y permanecer allí guarecido entre los arbustos. Esperó demasiado tiempo a que pasara el coche de Felipe y, ya impaciente, retomó el camino de vuelta al quiosco para comprobar qué había pasado con los dos sinvergüenzas. Pero apenas anduvo unos pocos metros, se encontró con que un coche de policía había detenido a otro vehículo. Cuando pasó por su lado, distinguió que se trataba de Chuso y Felipe. En cuanto pudo, dio la vuelta y se dirigió de nuevo hasta allí, llegó a la altura del coche

policial y se detuvo. Felipe ya estaba esposado e iban a hacer lo mismo con Chuso. Pero en esos instantes, cuando este vio que era Baldo el conductor del coche que había parado, se zafó del agente y corrió hasta subir al automóvil de Baldo, a quien le ordenó:

—Arranca y vámonos de aquí.

Baldo obedeció y salieron a toda velocidad. Los policías subieron al coche con Felipe y siguieron a Baldo, que ya había llegado al desvío, en donde este se detuvo.

—Apaga las luces, que nos van a ver —continuaba exigiendo Chuso.

Baldo hizo caso omiso. Bajó del coche, abrió el maletero y sacó una llave inglesa. Después se dirigió a donde estaba Chuso, lo sacó del vehículo con un tirón de brazo y le asestó, sin que lo esperase, un golpe en la cabeza con la herramienta que lo dejó tendido en el suelo, inconsciente. Las sirenas indicaban que la policía ya había llegado hasta allí. Baldo, ajeno a lo que sucedía, abrió el maletero y sacó la batería vieja que le habían cambiado y guardaba allí, la colocó en el suelo junto a Chuso y la golpeó fuertemente con la llave inglesa, hasta romperla. La levantó dejando caer el ácido que contenía y lo derramó sobre la cara de Chuso. En un momento se mezclaron los gritos del violador por las quemaduras de su rostro con los de los policías ordenándole a Baldo que dejara lo que estaba haciendo. Pero él no oía nada; tan solo el recuerdo del llanto que no podía consolar, el de Antoñita y Pili. Cuando hubo soltado la batería, introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un caballo negro de ajedrez, que dejó caer junto a Chuso.

Pili y Antoñita, aunque lo estaban pasando muy bien, comenzaban a preocuparse por Baldo, pues ya había pasado mucho tiempo desde que se fue. Mariluz y Ródenas, que en esos momentos paseaban por entre los invitados asegurándose de que todos estuviesen disfrutando, llegaron hasta ellas.

—Buendía y Prendes —dijo Javier—, espero que ya estén preparadas para la vuelta al curso, porque este año seré inflexible en mi asignatura.

Ellas se ruborizaron. Mariluz le zarandeó el brazo como increpándole, e intervino antes de que ellas hablaran.

—No le hagáis caso; está bromeando. —En esos momentos un compañero

del estudio se acercó hasta Ródenas y este desvió la atención de las mujeres para hablar con el recién llegado. Mariluz hizo un gesto con la cabeza dándolo por imposible y continuó conversando con ellas—. ¿Y vuestro amigo? ¿Os ha dejado solas?

—Es lo que estábamos comentando ahora —explicó Pili—. Baldo se fue hace más de una hora a buscar el coche para aparcarlo más cerca de aquí y todavía no ha regresado.

—¡Ah!, ¿no? Puede ser que se haya perdido, o lo mismo ya ha llegado y está entre los demás invitados.

—Puede ser.

En ese momento Ródenas volvió a la conversación.

—Disculpadme, señoras, me reclaman en otro sitio.

—No se preocupe, profesor.

—Sí, anda, ve y procura que todos estén contentos —le dijo Mariluz.

Se besaron en los labios y él añadió:

—Te quiero.

—Yo también. —Cuando se hubo ido y la mujer se giró hacia las muchachas y las sorprendió cayéndoseles la baba por haber contemplado la escena, sonrió un instante y después les propuso—: Si os parece bien, voy a decirle a un amigo que nos acompañe a echar un vistazo por fuera, no vaya a ser que se haya confundido de casa. ¿De acuerdo?

—Es usted muy amable, Mariluz —le hizo saber Antoñita.

—Anda anda.

En el mismo momento que la mujer se giró y anduvo dos pasos, las muchachas escucharon la voz de Baldo tras ellas:

—¿Qué tal, chicas? ¿Todo bien?

Mariluz regresó y Antoñita abrazó al muchacho, sintiéndose aliviada. Para él este abrazo suponía mucho más que alivio, y deseó que el tiempo se detuviera para siempre. Pili, sin querer interrumpirlos, pero con impaciencia

por saber, preguntó:

—¿Dónde estabas? ¿Tú sabes lo asustadas que estábamos?

Antoñita se separó entonces de sus brazos y lo amonestó con una bofetada.

—¿No piensas responder?

En esos instantes apareció Ródenas con dos copas de vino, y dándole una al muchacho, dijo:

—Pues parece que ya arranca sin problema. Estás hecho un manitas. Me tranquiliza saber que si no sacas la carrera tendrás futuro como mecánico — bromeó. Miró hacia las mujeres, que tenían la confusión escrita en la cara—. ¿Sucede algo?

—¿Sabías en dónde estaba, Javier? —preguntó Mariluz muy extrañada.

—¡Ah!, ¿vosotras no? Me le encontré cuando iba a cambiar el coche de sitio, y le pedí que cuando regresara echase un vistazo a mi automóvil, pues últimamente arranca muy mal. Parece que es un problema de la batería, ¿no es así?

—Sí, así es —confirmó Baldo algo nervioso.

—¡Qué casualidad!, igual que el tuyo —apuntó Antoñita.

—Y por lo que veo —apreció Mariluz—, encima de que te anda toqueteando el coche, no le has invitado siquiera a lavarse las manos.

En efecto, tenía las manos manchadas de grasa de coche, y dijo:

—La culpa es mía porque tampoco pregunté. Sabía que las chicas estarían preocupadas y quise venir antes a avisarlas. Si me lo indica ahora, le estaría muy agradecido.

—¡Claro que sí! —exclamó Ródenas—. Si nos perdonan, señoritas, me lo llevo para que se adecente.

Ródenas esperó a que saliera del cuarto de baño y ambos se dirigieron al despacho sin decir ni una palabra. Una vez allí, cerró con llave y le increpó:

—Has actuado al margen de la organización e incluso a sus expensas, arriesgando así una misión. ¿Cómo te has atrevido?

—Tenía que hacerlo, Rey. Yo no sabía...

—¡Qué! —estalló Ródenas furioso—. Te recuerdo que juraste obedecer la soberanía de El Trebejo Negro, y se te pidió expresamente que no actuaras en este caso, pues estaba previsto, perfectamente calculado y legalizado, que pagaran por sus crímenes. Pero no, Caballo Uno, como siempre, estaba en desacuerdo y actuó por su cuenta y a cara descubierta. Dime, ¿qué hubieras hecho si los agentes de policía no hubiesen sido Torre Uno y Torre Dos y te hubiesen detenido?

—Lo tenía asumido.

—¡Ah!, claro. ¿Y qué pasaría con tus amigas? También las hubieras salpicado con tu locura, y te recuerdo que ellas han decidido vivir con su pesadilla con tal de preservar su reputación. ¿También lo tenías asumido? —Baldo bajó la cabeza—. Ya veo que no. —Ródenas fue hacia el mueble bar y se sirvió un whisky mientras continuó hablando—. Hemos conseguido inculparles a ellos de lo sucedido y, además, involucrarles en la trama de la *Sección ciento nueve*, librando así a El Trebejo Negro de sospechas. Necesitaré la dirección de los testigos que le escucharon despoticar contra el Régimen en el Retiro para hablar con ellos.

—Sí, claro. —Baldo sacó su cartera del bolsillo de la chaqueta y buscó un papel para dárselo. Ródenas lo cogió.

—Los dos te vieron y no creo que tarden mucho en saltar la alarma, por lo que te hemos elaborado una coartada. Esta misma noche tomarás un vuelo a México y allí permanecerás durante los próximos cuatro años estudiando en la Universidad Autónoma. Falsificaremos algunos documentos que certifiquen que estás allí desde el mes de junio. De hecho, ya estás matriculado en esa facultad.

—Sí, Rey.

Ródenas abrió la cerradura de la puerta y le indicó:

—Ahora regresa con tus compañeras y no tengáis prisa por iros, pues el momento llegará solo, sin levantar sospechas. —Baldo se dirigió a la salida y Ródenas lo detuvo—. Toma esto —le dijo, dándole un caballo negro de ajedrez.

—Pero...

—No discutas. Tú siempre serás Caballo Uno.

El verano transcurrió tedioso para Pili y Antoñita, pero no porque la oferta de actividades que cada una tenía en sus respectivos lugares vacacionales lo fuera, sino porque llevaban en ellas un estigma que pesaba demasiado cuando no podían compartirlo, y las horas hasta el encuentro se les hacían eternas. Además, el hecho de que Baldo se hubiera ido tan lejos sin avisar y su despedida se hubiese limitado a una carta escueta, sin apenas explicaciones, les hacía anhelar más aún el reencuentro de ambas. Cuando llegó septiembre y se reunieron de nuevo, algo de sosiego volvió a acompañarlas, e incluso recibieron con alegría la invitación de Mariluz a comer en su casa con ella y el profesor Ródenas. Allí les informaron de lo que había sucedido con Chuso y Felipe y de que estaban en la cárcel a la espera de la sentencia por haber hallado en su poder armas, fotografías, planos y otras pruebas, así como testigos que aseguraban haberlos oído vilipendiar al Régimen. Pruebas que les inculpaban de tramar un atentado contra el Generalísimo. Al ser de máxima gravedad el delito del que se les acusaba, su futuro no se presentaba nada halagüeño para ellos, pues en el caso de que el tribunal les hallara culpables, serían condenados a la pena de muerte. A las chicas no les extrañó que hubiesen sido capaces de algo así: el continuo ataque de Chuso contra la ley y el orden establecido lo hacía perfectamente creíble. Incluso se alegraron de que no quedaran impunes y pagaran de paso por el tormento al que las habían sometido. Aunque la noticia ocupó casi todo el tiempo que duró la comida, también hablaron de las vacaciones en sus respectivos lugares de descanso, hasta que, a las cuatro y cuarto, Javier se despidió de ellas pues tenía partida de ajedrez y no debía demorarse. Cuando este se fue y las chicas, a pesar de la insistencia de Mariluz en que podía hacerlo sola, recogieron con ella la cocina, Pili dijo:

—Bueno, Mariluz, muchas gracias por todo.

—Sí, gracias. La comida ha sido deliciosa y lo hemos pasado muy bien — añadió Antoñita.

—¿Pero os vais ya? Creí que os quedaríais esta tarde conmigo para hacerme compañía; de hecho, compré los ingredientes para cocinar con vosotras el bizcocho favorito de Javier. Anda, no me hagáis esto... Quedaos un poco más.

Las dos amigas se miraron sonrientes y aceptaron el plan. Les resultaba tan agobiante tener que regresar a sus casas, que el hecho de poder permanecer por más tiempo en otra compañía que no fuese la rutina que tanto les soliviantaba, les causaba alivio. Además, a sus respectivos padres les parecía muy bien que pasasen el tiempo con el matrimonio Ródenas, en vez de hacerlo en cualquier sala de fiestas en compañía de los que las frecuentaban. Al hogar del catedrático podían telefonar en cualquier momento para comprobar que, efectivamente, estaban con ellos, fuera de peligro. Antes de ponerse manos a la obra, las mujeres decidieron que harían dos bizcochos. Aunque la paella que habían comido a mediodía mantendría sus estómagos satisfechos hasta la cena, la receta que seguirían para elaborar el dulce se presentaba muy tentadora, tanto que no podrían esperar a que llegara el profesor de su partida de ajedrez sin hincarle el diente al *brioche*. Mientras se horneaba el segundo bizcocho, ellas se sentaron ante una taza de café a saborear el primero de ellos que, a pesar de estar demasiado caliente y quemarles la boca, les supo a gloria. En un momento de silencio, no incómodo, sino necesario para disfrutar del bollo, Antoñita aprovechó para contarles algo que la estaba matando desde hacía unos días.

—Estoy muy preocupada. No me viene el periodo desde junio, y yo siempre he sido como un reloj.

Pili y Mariluz se quedaron boquiabiertas y, pasados unos segundos de silencio e incertidumbre, la mujer de Ródenas, muy tranquila y con media sonrisa en sus labios, habló:

—¿Tienes algún otro síntoma que te pueda hacer sospechar que estás...?

—No sé qué síntomas se tienen —interrumpió con la voz temblorosa, a punto de ponerse a llorar.

Mariluz continuó:

—Sobre todo, no te preocupes. Los desajustes menstruales pueden darse por muchas causas: viajes, preocupaciones, cambios hormonales... Estás muy

delgada y ese también puede ser el motivo, así como la tensión a la que habéis sido sometidas. Pero créeme que, por experiencia te lo digo, lo realmente difícil es que te hayas quedado embarazada.

—Pero ¿y si me he quedado?

—Tampoco tienes que preocuparte. Tanto tu amiga como mi marido y yo vamos a estar siempre a tu lado, no lo dudes. ¿Verdad, Pili?

—Claro que sí —le aseguró esta apretando su mano—. Estoy dispuesta a acompañarte día y noche si fuese necesario.

—Meteos una cosa en la cabeza las dos —añadió la mujer—: vosotras no sois unas fulanas, sino las víctimas de unos violadores, por lo que habéis de levantar cabeza de una vez, ya que estáis vivas y vuestras vidas son un milagro desde que nacisteis. Antoñita, si te parece bien, vamos a llamar ahora mismo a mi tocólogo para que nos saque de dudas cuanto antes.

Las palabras de Mariluz tranquilizaron a la muchacha, y más aún cuando el médico le dio cita para el día siguiente.

Pili y Mariluz pidieron permiso a Ródenas para ausentarse aquella mañana y acompañar a Antoñita a la consulta del ginecólogo. Ella creyó morir cuando, tras las pruebas pertinentes, el especialista le confirmó que estaba embarazada. Mariluz, lejos de preocuparse, le dio su apoyo incondicional y le propuso un plan.

—Javier te contratará en el estudio, y cuando se te empiece a notar, inventaremos un viaje que tú y yo tenemos que hacer sin falta por asuntos de trabajo. No te preocupes, que convenceremos a tu padre, Javier es muy elocuente. Te vendrás a vivir con nosotros y ambas estaremos recluidas hasta que te pongas de parto. Cuando el niño nazca, y ha de hacerlo en casa, diremos a todos que lo he tenido yo, le daremos nuestros apellidos y lo criaremos como si fuera nuestro hijo, pero tú puedes, y debes, venir siempre que quieras.

—¿Ustedes harían eso por mí?

—Por supuesto. Ten en cuenta que mi marido estará pendiente de tu formación como arquitecto aunque no asistas a las clases, y después del parto las retomarás y harás tu vida como tenías previsto hacer, ya sin obstáculos.

—Muchas gracias, Mariluz. Es un gran alivio para mí esto que me propone.

A principios de noviembre, aunque Antoñita no había engordado excesivamente, por lo que no se notaba su embarazo, ni había visto mermada su capacidad para estudiar y trabajar, Mariluz y Ródenas decidieron con ella el día que irían a su casa a entrevistarse con el magistrado Prendes para solicitarle el permiso para que su hija se ausentara del país durante un tiempo. El día antes del encuentro, Antoñita se despertó muy contenta, comenzó a preparar la ropa que llevaría, aún sin contar con el beneplácito paterno, y se desnudó para entrar a ducharse, sin reparar en que su madre había entrado en la habitación y la había visto desnuda, descubriendo su vientre más voluminoso de lo habitual en ella. Podría ser que su hija hubiera engordado unos kilos, que por otra parte no le venían mal con lo delgada que estaba. El caso es que la impresión que le causó el descubrimiento la sentó en la cama y no se pudo mover del sitio hasta que su hija salió del baño envuelta en un albornoz.

—Mamá, ¿qué haces aquí tan callada? Me has asustado.

—Ven, hija, siéntate conmigo —le pidió de forma suave.

—No tengo tiempo; he de llegar a clase.

—¡He dicho que vengas aquí! —ordenó doña Dora causando gran impresión en su hija, que se sentó temerosa junto a ella. Don Antonio, que en esos instantes pasaba junto a la puerta cerrada del dormitorio, escuchó las voces que salían del interior y se detuvo, interesándose en lo que sucedía. Doña Dora continuó—: Dime ahora mismo qué ha pasado.

—No sé de qué me hablas —respondió amedrentada.

—No me vengas con estas, Antonia, que te he parido y a mí no me engañas. ¿De cuánto estás?

Antoñita no pudo contener por más tiempo la tensión acumulada y rompió a llorar desesperadamente, confesándole a su madre todo lo acontecido: la

fiesta, la violación, la detención de los dos abusadores por tramar atentar contra el Generalísimo y la confirmación de su embarazo. El padre irrumpió entonces lleno de ira y fue sacando ropa del armario mientras vociferaba:

—¡Eres una zorra y una sinvergüenza! Vete de aquí y no te acerques ni a un kilómetro del vecindario. Ojalá te pudras con tu bastardo. ¡Fuera!

—Antonio, por Dios, contente —suplicaba la madre.

—¿Vas a defenderla? Ha mancillado nuestro buen nombre, ¿y tú sigues dando la cara por ella? Se te tendría que caer de vergüenza. Claro que no me extraña, menuda hija de puta que es la niña.

La chica se puso entre sus padres y le hizo frente a él.

—No le hables así a mi madre, no te lo pienso consentir.

—Yo le hablo a mi mujer como me sale de los cojones. ¡Quita de en medio, furcia! —ordenó retirándola de muy malas maneras, haciéndola caer sobre la cama.

Dora se apresuró a su lado e increpó a su esposo:

—Ya está bien, Antonio. No la trates así; podría perder la criatura.

—Ojalá, pero eso no pienso verlo yo. —Agarró de los pelos a la muchacha y la levantó de la cama. Puso en sus manos el abrigo y algo de ropa que sacó del armario, sin permitirle siquiera quitarse el albornoz y vestirse. Madre e hija gritaban pidiéndole que la soltara mientras la llevaba hasta la puerta de entrada. Dora, desesperada, lloraba y tiraba de él para que soltara a su hija, hasta que el juez, harto de oírla, la abofeteó con todas sus fuerzas, tirándola al suelo.

—¡Mamá! —exclamó Antoñita sin poder ir hacia ella, pues el padre se lo impedía en su empeño en echarla de casa.

Lo consiguió finalmente, y la muchacha pudo escuchar tras la puerta cerrada cómo su madre recibía la ira del maltratador mientras la amenazaba con matarla si volvía a contactar con su hija. Se vio sola y desamparada, vestida tan solo con el albornoz y las zapatillas, llevando entre las manos tres vestidos y un abrigo, que se puso de inmediato en cuanto comprobó el frío que arreciaba. Decidió que no podría ir a la universidad con ese aspecto; pero eso

no era algo que le preocupara, pues estaba demasiado conmocionada con lo que le acababa de suceder. Caminó sin rumbo, con la única certeza de que debería alejarse al menos un kilómetro de allí si no quería ser el objetivo de las represalias paternas, puesto que no estaba en condiciones de poder soportarlo. Anduvo durante mucho tiempo, no sabría decir cuánto, hasta que sus pies congelados no pudieron dar ni un paso más. Le pareció increíble que el calzado que llevaba resultara tan cálido para caminar por la casa cuando hacía frío en la calle y tan inútil para pisarla siquiera en noviembre. Se sentó en el banco de un parque, ocultando como podía su atuendo y la ropa que llevaba en las manos a fin de no parecer una mendiga: lo que le faltaba era que la prendieran por vaga y maleante. Cuando el sol dejó de alumbrar el asiento que ocupaba y el frío comenzaba a ser cada vez más intenso, Antoñita se puso en pie decidida a encontrar un lugar en el que pasar la noche. Mientras caminaba, recordó que Ródenas dijo que no podría reunirse con sus padres esa tarde, para tratar el tema del viaje, por tener partida de ajedrez, y por eso demoraron el encuentro. Se sintió muy aliviada pues La Taberna del Marrano, en donde tendría lugar el juego, no estaba lejos de allí. Resolvió que iría a buscarlo para que le permitiera quedarse en su hogar antes de lo previsto. Le daba mucha vergüenza presentarse ante él con ese aspecto, pero no le quedaba más remedio si no quería morir congelada esa noche.

En esos precisos instantes El Trebejo Negro ultimaba las acciones que habrían de seguir para perpetrar el atentado contra el Caudillo. Durante el recorrido en coche desde el palacio hasta la *Sección 109*, dos francotiradores, Torre Uno y Torre Dos, estarían ubicados en lugares estratégicos para disparar, en primer lugar, contra el jefe de Estado, e inmediatamente después, el otro pistolero lo haría contra el chófer. No querían que, en el caso de quedarle un atisbo de vida al tirano, aquel pudiera salvarlo por llegar a tiempo a un hospital. Otros tres peones, también colocados concienzudamente por los alrededores, lanzarían disparos al aire así como cócteles molotov para desviar la atención de las fuerzas de seguridad y poder huir del lugar impunemente. De pronto alguien abrió sin avisar la puerta del sótano y entraron varios policías empuñando armas, que se identificaron como la Brigada Político Social. Exigían, como si de una tropa militar se tratase, que se tumbaran en el suelo con los brazos y las piernas extendidos. Los esposaron allí tendidos y les quitaron las máscaras, acabando así con la inmunidad que

da el anonimato. Ródenas, con el rostro apoyado en el suelo mientras le cacheaban, miraba a Alfil Dos, alto cargo de la *secreta*, sin comprender ninguno de ellos por qué había sucedido esto. El agente al mando de la detención se percató del asombro de los apresados y se dirigió con sorna al que fuera su compañero:

—Siempre sospeché de ti, amigo, por eso conseguí la orden para que pincharan tu teléfono.

Ródenas encajó con rabia la afirmación, y mientras lo levantaban del suelo para llevarlo al coche, se giró hacia Alfil Dos y le increpó:

—¿Entiendes ahora por qué insistía en que las cosas había que decirlas en persona?

Antoñita llegó media hora después de que la policía se fuera del lugar con los detenidos, por lo que ya no quedaba ni un solo vecino curioso que pudiera explicarle el motivo de que La Taberna del Marrano estuviera cerrada. Cayó la noche y el frío era tan intenso que ni siquiera pudo sentir el hambre que, después de todo el día sin probar bocado, hacía sonar sus tripas de forma impertinente. Buscó un lugar en el que guarecerse y dio con una calle poco transitada y muy oscura que podría servirle ya que, aunque con estas características acaso diera cobijo a delincuentes, en su situación ya comenzaba a sentirse una de ellos. A pesar de lo tétrica que parecía la rúa, no lo era tanto; estaba salpicada de portales amplios, limpios y pulidos, que aseguraban llenarla de vida en cuanto amaneciera. Llegó hasta el primero que encontró en su camino y allí se guareció del frío de la noche, cuando la puerta que daba acceso al zaguán se abrió y de ella salió un perrito caniche a toda velocidad buscando aliviarse como fuera, seguido de la voz de una mujer, que se anticipó a su presencia:

—¡Gento!, no tan deprisa, que te va a atropellar un coche. —Antoñita se encogió aún más, como tratando de mimetizarse con el mármol de la pared en que se apoyaba y el suelo sobre el que estaba sentada. Deseaba hacerse invisible para que la mujer no la viera, y también para poder entrar y tumbarse en el sofá blanco de escay que había en el recibidor del portal; pero como eso era imposible, debería permanecer inmóvil a fin de que la señora no se percatara de su presencia y la echara con cajas destempladas. La mujer seguía

allí, sujetando la puerta con su cuerpo para evitar que se cerrara mientras esperaba a que el perro terminara de hacer sus necesidades. Cuando este acabó y pasó al interior del portal, la señora preguntó—: ¿No tienes frío ahí sentada, muchacha? Ven, pasa.

Antoñita la miró perpleja durante unos segundos y al fin dijo:

—¿Habla conmigo?

—No veo que haya más muchachas aquí. ¡Claro que hablo contigo! Vamos, que tengo caldo en el fogón.

Antoñita se levantó y siguió a la mujer, que era la portera de la finca, y cuya vivienda estaba en el bajo. Entraron en la cocina, que era el espacio que se podía ver desde fuera, a través de una ventanilla.

—Siéntate —le invitó la mujer mientras servía un plato de sopa. Antoñita así lo hizo—. Mi marido y yo ya hemos cenado. Él se acuesta pronto porque madruga mucho, para sacar los cubos cuando pasa el basurero. Vaya, veo que tienes hambre, muchacha. Te voy a freír unos huevos.

—No se moleste, señora.

—No es molestia, hija. —La mujer se levantó a prepararle los huevos—. Por cierto, me llamo Concha.

—Gracias por todo, Concha, es usted muy amable. Yo me llamo Antoñita.

—Encantada, Antoñita. Es la primera noche que pasas fuera de casa, durmiendo en la calle. ¿Me equivoco? —La chica negó con la cabeza—. Y además, por las zapatillas y el albornoz que asoma por debajo del abrigo, me parece a mí que esto no es por propia voluntad.

—No, señora —confesó Antoñita, rompiendo a llorar—. Mi padre me ha echado de casa porque soy su vergüenza.

—Ya está, criatura, no llores —la consolaba Concha, que ya había puesto el plato con los huevos sobre la mesa y se había sentado junto a la chica—. Perdona que te diga, pero los hombres como tu padre deberían estar encerrados en pocilgas. ¿Y cómo permite tu novio que estés en esta situación?

—No, yo no tengo novio —respondió al tiempo que mojaba un trozo de pan en la yema de un huevo.

—¡Ah!, creí que estabas esperando y tu padre...

—Me violaron. —Antoñita lloró desconsoladamente, abrazada a la señora que acababa de conocer.

—¡Santo Dios! Pobrecita niña. No te preocupes, que no permitiré que duermas a la intemperie. Mi marido y yo te ayudaremos en todo lo que podamos. De momento, la única cama que puedo ofrecerte es un viejo colchón de lana que podemos extender aquí en la cocina, es la habitación más calentita.

—Muchísimas gracias, Concha. ¿Cómo puedo pagarle?

—No digas tonterías, hija. Estoy encantada de protegerte. Eso sí, los vecinos no pueden enterarse de que estás aquí, por lo que hemos de mantenerte escondida y actuar con cautela.

—No se preocupe, Concha. Despertaré antes que su marido y saldré de aquí sin hacer ruido para no levantar las sospechas de nadie. Tan solo necesito descansar un poco. Tengo amigos, pero hoy ha sido un día muy confuso y no he sido capaz de acudir a ellos.

—Ya me extrañaba a mí que una moza tan bien puesta no tuviera a nadie. Veo que tienes algo de ropa para ponerte mañana, pero no puedes volver a salir en zapatillas. Aguarda un momento. —Concha salió de la cocina y al rato entró con una caja de zapatos—. Mira, estos están sin estrenar —dijo sacando unos de señora, poco acordes con el estilo de Antoñita, con algo de tacón—. Me los compré en una tienda de saldos el año pasado, creyendo que me los pondría, pero ¡qué va!, los juanetes me matan con solo calzármelos. Son un cinco. ¿Te valdrán?

—Es mi número.

—Pues llévatelos, que no quiero ni verlos.

—Muchas gracias, Concha. Prometo que en cuanto me instale en algún sitio, volveré y le pagaré todas sus atenciones.

—Déjate de tonterías.

Tal y como le dijo a la portera, a las cuatro y media de la mañana despertó y se aseó. Mientras recalentaba la sopa que sobró de la cena, y que Concha le dijo que desayunara cuando se levantase, recogió la colchoneta y las mantas

que había utilizado para dormir y se puso uno de los vestidos que sacó de su casa. Después salió a la calle, no sin antes asegurarse de que nadie la veía, para dirigirse al estudio de Ródenas, en donde esperaba encontrarse con Mariluz. Aunque el primero de los empleados en aparecer por allí lo hacía muy temprano, ella había tardado tan solo diez minutos en llegar y le tocó esperar. El sol no había salido todavía y el frío era desalentador, por lo que su cuerpo agradeció el caldo caliente que había ingerido y que la ayudó a pasar las horas de espera. Demasiadas horas, pues cuando dieron las nueve, todavía no había visto llegar a nadie. Muy decidida, fue a preguntar al portero del edificio en que estaba ubicado el estudio.

—Yo no sé nada —le dijo temeroso, y en tono confidencial añadió—: Ayer por la tarde vino la *secreta*, revolvieron todo y se los llevaron detenidos a comisaría. La oficina está precintada.

—¿Cómo es posible?

—Ya le he dicho que yo no sé nada, señorita; y lo mejor para usted es que tampoco sepa nada.

La incertidumbre volvió a apoderarse de Antoñita. ¿Qué podía hacer en esos momentos? No solo por ella, que al fin y al cabo estaba en libertad y tenía tiempo para rehacer su vida, sino porque sus amigos, en quienes había puesto sus esperanzas, quizá corrieran peligro. Pensó que si su padre había escuchado detrás de la puerta la confesión que le había hecho a su madre, en la que Pili también fue una víctima de la violación, a estas alturas el juez ya habría ido con el cuento al padre de su amiga, y lo que menos le apetecía ahora era soportar más reprimendas. Se armó de valor y puso rumbo hacia la casa de Ródenas, por si Mariluz y él estaban allí.

Cuando llegó a la urbanización ya era mediodía y los pies los tenía tan doloridos que como tardara un poco más en encontrar la casa, caería desmayada. Por fortuna o por desgracia, el lugar se vislumbraba a una distancia considerable, pues un coche policial aparcado en la puerta, así como la congregación de curiosos que se mantenían expectantes tras el cordón policial, llamaban la atención. Se aproximó y preguntó a una de las vecinas fisgonas:

—Perdone, ¿qué ha pasado?

—Deben de estar buscando algo —informó—. Ayer se la llevaron a ella.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Por qué motivo?

—Conspiración, según fuentes fidedignas, porque en esta colonia si podemos presumir de algo es de gente influyente... Por cierto, a ti te he visto con los Ródenas en alguna ocasión. Tú los conoces, ¿no es cierto?

Antoñita se quedó petrificada con el interrogatorio ya que, más que a curiosidad, le sonó a acusación. Miró a su alrededor, y todos los presentes le dedicaban miradas inquisitorias esperando respuesta. ¿Todos? No. Un muchacho que reconoció, pues se trataba de Funes, un compañero de clase, le indicaba con la cabeza que negara conocerlos. Le hizo caso.

—No, solo soy una alumna de la universidad. Pasaba por aquí y me ha llamado la atención ver tanta gente.

—Yo te he visto comiendo en su porche con ellos y con otra muchacha.

—Será la misma a la que detuvieron ayer en el estudio —afirmó un hombre.

Antoñita, sin poder contenerse, preguntó asustada:

—¿La detuvieron?

—¿Sabes de quién te hablo? Avisad a la policía, que aquí hay otra de la banda —ordenó el hombre.

Antoñita, muerta de miedo, volvió a buscar con la mirada a Funes, que ahora le indicaba que se fuese de allí. La muchacha comenzó a dar pasos hacia atrás tratando de no llamar mucho la atención, y de pronto sonó un estrépito a unos metros de ella que alertó a todos despertando así su curiosidad, momento que Antoñita aprovechó para salir corriendo en dirección contraria. Se agotó a los pocos metros, y cuando pensó que no podría dar ni una zancada más, un automóvil se detuvo junto a ella. La puerta del copiloto se abrió y el conductor, su compañero de clase, le indicó con la mano que entrara al coche, al tiempo que le decía:

—Vamos, sube antes de que lleguen.

Antoñita así lo hizo y se sintió muy aliviada por poder sentarse al fin. Cuando el coche dejó atrás la urbanización, la chica, aún con el miedo en el

cuerpo, le preguntó:

—¿Fue un disparo eso que se oyó?

—No, mujer —respondió él riendo—. Era un petardo que le di a un chaval, con la condición de que lo explotara cerca del grupillo de gente. Ha estado bien, ¿no te parece?

—Ya lo creo, ¡vaya susto nos ha dado! Y..., oye, ¿tú también vives allí?

—No, qué va. Fui a la casa de Ródenas por saber más del asunto —mintió él, y pensó rápidamente en alguna argucia para desviar el tema—. Estoy muerto de hambre, ¿me acompañas? Te invito.

Antoñita no pudo negarse. La sopa del desayuno le había venido muy bien para afrontar la mañana, pero a esas horas, y después de los kilómetros que sus pies habían soportado, se le hacía urgente comer algo. Ya en el restaurante, después de ordenar al camarero los platos que habían escogido, Funes se interesó en saber por qué motivo la muchacha no había asistido a clase los dos últimos días.

—Es muy largo de contar. Además, creo que es mucho más importante que me cuentes qué ha pasado con los Ródenas y con Pili. El hombre de antes dijo que la habían detenido. Dime lo que sepas, Funes, te lo ruego.

—Parece ser que Ródenas estaba metido en asuntos turbios.

—¿Qué asuntos son esos?

—No lo sé muy bien; creo que conspiraba contra el caudillo. Ayer lo detuvieron a él y a todos los que trabajan en su estudio, pero a estos ya los han soltado; de hecho, tu amiga ni siquiera pisó el calabozo, le hicieron dos o tres preguntas y no la consideraron cómplice. Ella misma nos ha referido esta mañana lo sucedido, por eso lo sé.

—¿Y Mariluz? Me cuesta creer que el profesor tramara algo, pero ¿su esposa?... Me es imposible imaginarlo siquiera.

—Escucha, Prendes, es muy peligroso que intentes indagar más sobre el asunto; de hecho, nos estamos jugando el cuello por hablar del tema en un sitio público, imagínate que nos estén oyendo.

—Pero...

—¿Se acabó! Aquí queda zanjado el tema, ¿de acuerdo?

Antoñita acató lo que su compañero le ordenó, aunque estaba segura de que no podría quitárselo de la cabeza por mucho tiempo que pasara. El silencio que reinó durante la mayor parte del almuerzo, lejos de ser incómodo, les hizo tomar conciencia a ambos de lo que sería su vida a partir de lo acontecido. Antoñita volvía a encontrarse desamparada y, aunque de momento volvería a pedir cobijo a Concha y a su marido, esa situación no podía prolongarse por mucho tiempo ya que el matrimonio no tenía permitido alojar huéspedes en la portería, y lo último que quería era comprometerlos. Debía buscar trabajo urgentemente para poder pagar una pensión, y comenzaría esa misma tarde.

—¿Sabes de alguien que necesite asistenta? —le preguntó de pronto a Funes.

A él le extrañó su interés por esta cuestión.

—Ahora mismo no. ¿Por?

Antoñita se sintió descubierta e inventó:

—Es porque mi padre ha echado de casa a la que teníamos y está buscando otro sitio en el que trabajar.

—Si me entero de algo, te lo diré.

—Gracias.

Y volvió a hacerse el silencio al que obligaba la reflexión. A Funes, el hecho de que Antoñita mencionara a su progenitor le hizo pensar en lo afortunado que había sido al tener uno como el suyo. Su padre, siempre amoroso con él y sus hermanos, jamás levantó la mano contra ellos cuando de niños obraban mal. Todo lo contrario, antes que a sus hijos, se culpaba a sí mismo por no haberles dado el ejemplo que toda persona precisa para su educación. La cercanía del hombre, ahora en su juventud, también había sido primordial para él, otorgándole la seguridad que tanta falta le hacía. Tanto amaba a su padre, que cuando el día anterior le comunicó a Ródenas que había fallecido, este no dudó ni por un momento en eximirle de asistir a la reunión prevista para esa tarde, en la que El Trebejo Negro fue desarticulado. A pesar

de esto, Funes no pudo soportar el silencio del velatorio, en el que le parecía que su padre, de cuerpo presente, le instaba a cumplir con su obligación, y así lo hizo. Peón Cuatro, experto en explosivos, salió de su casa, repleta de personas, dando sus condolencias y acudió, aunque sabía que ya había empezado la reunión, a La Taberna del Marrano. Una vez allí, cuando se disponía a adentrarse en la trastienda y llamar al timbre antes de bajar al sótano, alguien se lo evitó de un empujón que lo echó hacia un lado: se trataba de la policía. Funes se había quedado paralizado de miedo al ver cómo accedían al escondite y sacaban de allí uno a uno a todos sus compañeros esposados y desenmascarados, incluido Ródenas, que al pasar por su lado, y sin que nadie se diera cuenta, le dedicó una sonrisa y un gesto tranquilizador.

—Funes, ¿has terminado? —le preguntó Antoñita, sacándole de sus pensamientos.

—Sí, claro. ¿Te acerco a casa?

—No te molestes. Iré dando un paseo.

A Funes le pareció que el paseo que le esperaba a su compañera hasta llegar a su casa sería agotador, pues el barrio de Salamanca, en donde creía que todavía residía, estaba a más de dos kilómetros de distancia. Teniendo en cuenta los que ya había caminado por la mañana para llegar hasta Aravaca a la casa de Ródenas, estaba seguro de que esa noche caería tan agotada en la cama que, a pesar de las preocupaciones, dormiría a pierna suelta. Sin embargo, Antoñita no sabía si podría pernoctar de nuevo en la casa de Concha o si tendría que hacerlo al raso. Los árboles de los bulevares se estaban quedando tan desnudos como ella; el otoño no perdonaba y el frío prometía ser intenso, como lo fue la sonrisa de la mujer al verla.

—Concha, no he podido hablar con mis amigos, no puedo imaginar qué ha pasado. Ellos...

—Calla, niña, a mí no me tienes que dar explicaciones. Pasa antes de que haga más frío. ¿Has comido algo?

—Sí, no se preocupe por mí. Le prometo que mañana mismo buscaré un trabajo y...

—Escúchame. Mi marido ha hablado con el presidente de la comunidad y

le ha dicho que es posible que una sobrina nuestra, que ha quedado viuda y embarazada, venga del pueblo a buscar trabajo en la capital, y que mientras lo encuentra nos gustaría que se quedara con nosotros. No ha visto inconveniente, de manera que puedes estar tranquila.

—Muchas gracias, Concha, Dios la bendiga. No obstante, buscaré ese trabajo y en cuanto consiga cómo pagarla, me iré a una pensión.

Las semanas pasaban y Antoñita no encontraba trabajo. Quizá el motivo fuese que su vientre cada vez crecía más y nadie la quería ni de modista, ni de panadera, ni fregando escaleras, entre otras muchas opciones que barajó. Los patrones no se fiaban de su rendimiento en tan avanzado estado de gestación, y eso que, al pasarse los días sin comer hasta la noche, cuando regresaba a la portería de Concha, no aparentaba estarlo tanto como en realidad estaba. Además, su debilidad cada vez era más manifiesta y la criatura pedía comer más a menudo. Fue la Navidad más triste de su vida a pesar del cariño que le brindaron Concha y su marido, con quienes pasó las fiestas, y pese a que ya era evidente que existía una persona para quien ella era la vida. En ese tiempo de amor y paz recordó a muchas personas queridas: a su madre, a Pili, Baldo, Mariluz y Ródenas. No hizo nada por buscarlos por el temor que le inculcara Funes, y también porque el hecho de sentirse tan sucia y desvalida le provocaba tanta vergüenza que se lo impidió. No fue por rencor, como creyó su madre, desolada y desesperada, ni el orgullo, como pensó Pili al enterarse del destierro de su hogar, ni siquiera el miedo que sentiría, como imaginó Mariluz desde la cárcel, si acudió a su casa y la encontró vacía.

Un día de enero se acercó a la galería comercial en donde un frutero le había comunicado antes de Navidad que si para esas fechas su mujer ya había parido, necesitaría un ayudante. La frutería estaba a rebosar, y aguardó de pie a que se liberase un poco para atenderla a ella. Una mirada perdida de él la escrutó de pies a cabeza, y en cuanto la recordó e intuyó para qué le requería, le dijo que no con la cabeza y añadió:

—Busco un ayudante porque mi mujer está de baja por maternidad. Como comprenderás, no quiero que me pase lo mismo con la sustituta.

La mayoría de los presentes se rieron de ella.

—¿Cómo te permite tu marido que busques trabajo con ese bombo?

—¡Esta no tiene marido ni tiene nada! ¿Cómo crees que le dejaría salir con esas pintas de guarra?

Antoñita, sin querer escuchar cómo continuaban haciendo mofa de ella, se dio la vuelta y se dirigió hacia un puesto próximo, una panadería. La última vez que fue, la panadera le dio unas hogazas que le sobraron del día anterior, así como unos pasteles que se habían quedado algo secos y no se podían vender. Probó suerte y esperó a ser atendida, colocada detrás de la clienta a la que atendía en esos momentos, una monja novicia que llevaba de la mano a un niño de unos cinco años. La panadera cogió tres bolsas de tela que le extendía la religiosa, entró en la trastienda y las sacó llenas. Entonces reparó en Antoñita y la reconoció.

—¡Uy!, le acabo de dar todo a sor Natividad.

—No se preocupe —dijo acariciando la cabeza del niño—. Seguro que en su casa lo necesitarán más que yo.

Sor Natividad, de unos veinte años, se giró junto con el niño, cuyos ojos eran de un color blanco grisáceo. Ambos se comunicaban trazándose signos en las manos, y le dedicaron a Antoñita la más tierna de las sonrisas. El pequeño entonces rebuscó a tientas en una de las bolsas que llevaba sor Natividad, sacó un dulce de chocolate y extendió el brazo esperando a que la mujer lo cogiera. Antoñita se quedó maravillada; era como si un abrazo interior atenazara su corazón. Cogió el pastel y se agachó a besar y abrazar al pequeño, que hizo lo mismo. Sor Natividad, volviendo a comunicarse con el niño a través de las manos, dijo al fin:

—Enrique quiere saber si es de su agrado. Pruébelo.

Antoñita lo mordió muy prudente al principio, pero tan delicioso le pareció y tanta hambre tenía, que no pudo evitar devorarlo, causando estupor en la monja. Esta volvió a sonreír y, acariciándole el vientre, le preguntó:

—¿Para cuándo lo esperamos?

—Para marzo.

—Queda mucho todavía. —Pasó su brazo por el de Antoñita y continuó—: Acompañenos a casa. No tiene por qué pasar hambre ni frío nunca más.

Y diciendo esto se fueron los tres a la Corredera Baja de San Pablo, en donde las religiosas regentaban un hogar.

TRES

Diciembre de 2012, Madrid

No creía que fuese escarcha el contorno blanquecino que perfilaba a la hoja seca. A pesar de ser final de otoño y aunque el frío matinal lo cubriera todo con su helado cendal, ya el sol lo derretía a su paso y posado estaba ahora sobre la hoja seca, y la hoja seca sobre el césped bicolor que se extendía alfombrando el pequeño patio.

Para él cualquier duda era una emoción que solventar, y como las cuestiones emocionantes en él no entendían de demora ni medida, salió corriendo hacia el patio hasta llegar a la hoja seca que contemplara a través de la ventana. Descalzo y sin abrigo, comprobó que no había sido el rocío congelado el causante de la línea blanca. Quizá a la hoja le pasó lo mismo que a sus sienes; quizá el árbol que la dejó caer era también, al igual que él, un combatiente de la ternura. Aunque ya el frío se había instalado en sus huesos, no pudo resistir la tentación de abalanzarse sobre la hierba a coger esta y todas las hojas secas que sus brazos podían contener, para lanzarlas hacia arriba intentando volver a colgarlas de las ramas. Sor Berta, que en ese mes tenía asignadas las labores de jardinería, lo reprendió: —¡Gonzalo, deja eso, por Dios, que me lo estás poniendo todo perdido!

Las otras dos monjas, que también habían salido al patio, trataban de tranquilizar al hombre que, sin poder soportar el dolor de su alma, dejó al fin de lanzar hojarasca. Lloró trémulo, silencioso, sin aspavientos, y, tumbado sobre la broza, dio por concluida la deuda que tenía contraída con el cielo.

Septiembre de 2011

Mónica escribía en una servilleta de papel repetidas veces la misma frase, mientras Lourdes no dejaba de hablar. Lo que la primera mujer pretendía con el ejercicio de anotar era recordar la frase que su amiga le inspiraba: «Todos tenemos un pasado, y quien diga que no, lo que tiene es un problema».

—¿Qué estás escribiendo? —le preguntó Lourdes.

—Tonterías —respondió Mónica arrugando la servilleta en su mano.

—Vale —y continuó hablando, dando por buena la respuesta.

Mónica creía que Lourdes era un caso curioso ya que, lejos de aceptar su pasado, insistía en atormentarla con sus problemas como si le hubiesen llegado, al igual que la lejía, solos desde el futuro.

—Lourdes —la interrumpió al fin—, lo tuyo no es, por mucho que te empeñes, un pasado problemático. Es más bien un problema pasado —afirmó haciendo con las manos el gesto de entrecomillado al pronunciar la palabra problema.

—¿Pero qué dices? ¡Por favor! Después de todo lo que he perdido yo por Sergio, ¿y él me lo paga de esta manera?

—¿Qué has perdido tú por él, alma de cántaro? Y sobre todo, ¿de qué manera te paga?

Nada más decir esto, Mónica pensó que a veces, concretamente la mayoría de las veces, estaba más guapa callada. Con la dichosa pregunta se había tirado de cabeza al monólogo de Lourdes, que desde el principio versaba sobre sus propias virtudes, los defectos de Sergio, su entrega a él y la deslealtad del chaval, hasta llegar al colmo de la polémica, que era cuando el mes pasado...

—Iba de la mano de una chica —le refirió Lourdes por enésima vez—, ¿te lo puedes creer? ¿Hay algo más concurrido que el Carrefour un viernes por la tarde? Y encima cuando me ve, el tío se para y me la presenta. ¿Pero es que se

ha creído que me puede restregar a la *choni* con todo su morro?

—Lourdes —se atrevió Mónica a comunicarle—, perdona que me meta, pero puede que la *choni* sea su novia. Te recuerdo que le dejaste hace un año con un ese eme ese sin darle explicaciones, y que llevamos ese tiempo dándole vueltas a lo mismo sin que hayas intentado reconciliarte con él, a pesar de que él sí lo ha hecho alguna vez. Digo yo que tendrá derecho a rehacer su vida sin contar contigo, ¿no crees?

Lourdes la miraba muy seria. El silencio, que ya duraba más de cinco segundos, era atronador para Mónica, por lo que desvió sus pensamientos hacia la entrevista que tenía concertada al día siguiente, creyó que debería estar preparándola en vez de mantenerse circunspecta ante esta situación, y en que lo mismo, a pesar de la fijación de sus pupilas, Lourdes no la miraba a ella. Se inclinó muy despacio hasta apoyar la barbilla sobre la mesa a la que estaban sentadas, dejando así libre el espacio que Lourdes contemplaba, y, efectivamente, sus ojos no la siguieron. El camarero se acercó antes de que se incorporara, asustando a las dos mujeres.

—¿Les falta alguna cosita?

—La cuenta, por favor —le solicitó Mónica recomponiéndose del sobresalto.

—¿Ya nos vamos? —preguntó Lourdes asombrada—. Llevamos casi un mes sin vernos ¿y tienes prisa por irte?

—No digas eso. Estamos aquí sentadas desde las dos y ya son las siete de la tarde. Para ser el primer día no está mal, ¿no crees?

—Pero hemos estado comiendo y todo... ¿Vamos a algún sitio a merendar?

—Yo me tengo que ir a casa a preparar una entrevista.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Cómo no me lo has dicho antes?

Mónica no sabía cómo explicarle que lo había intentado, pero le había sido imposible interrumpir el soliloquio.

Caminaron hasta la estación de metro de Plaza de Castilla mientras Lourdes continuaba hablando de sus problemas y Mónica esperaba paciente a intervenir, considerando que en algún momento su amiga tendría que respirar.

Así lo hizo, y después de diez minutos de viaje cerró la boca para tomar aire por la nariz, momento en el que Mónica se lanzó:

—El próximo día comemos más cerca de casa, ¿vale?

—¿Por qué? Si de toda la vida de Dios hemos venido aquí. Perdona que te diga, pero no creo que haya un sitio mejor y más barato que este en todo Alcorcón.

—No, si yo lo digo por el tiempo que nos ahorraríamos en el viaje y...

—¿Y nuestros recuerdos? —interrumpió indignadísima—. ¿Es que ya no te importan?

—Claro que sí, Lourdes, pero es que no tengo ni tiempo, ni ganas de pasar una hora de ida y otra de vuelta en metro, para comer un simple plato combinado. Si me dijeras que quieres comer perdiz estofada o mazapán, entendería un viaje a Toledo, y, por cierto, tardaríamos menos en llegar hasta allí. Si es por el precio, comemos en el *burger* y listo. El caso es que disfrutemos de nuestra compañía, el lugar en donde lo hagamos da igual, ¿no te parece?

—Ya veremos —sentenció.

Mónica sabía que no le quedaría más remedio que volver otras tantas veces a la cafetería de siempre a recordar viejos recuerdos, porque Lourdes parecía no ser capaz de hacerlo en otro lugar. Después de una hora de traqueteo por las entrañas de Madrid, arribaron a la estación de Alcorcón. Llegaron al portal, entraron en el ascensor, subieron hasta el cuarto y ambas se apearon, algo que desconcertó a Mónica, ya que Lourdes debería continuar hasta el quinto, por lo que le advirtió:

—Estamos en el cuarto, se te va el ascensor.

—No importa, subo andando, que hay que quemar las grasas del verano. ¿A qué hora quedamos mañana?

—No sé cuándo terminaré. ¿Te parece bien que sea por la tarde? —le consultó un tanto temerosa por su respuesta.

—No fastidies. Había pensado en que buscaríamos por aquí algún sitio para las comidas que tengamos a partir de ahora.

—Vale. Pues si llego antes, te doy un toque —concluyó Mónica, esperando que la respuesta satisficiera a su amiga.

Con la llave en ristre y sin demasiada premura, ya que aguardaba a que Lourdes se marchase definitivamente, Mónica se dispuso a abrir la puerta, pero su madre se le adelantó desde el interior de la vivienda.

—¿Qué hacéis en la escalera? Pasad dentro, por favor. ¿Qué tal, Lourdes, cielo? —Se saludaron con dos besos—. ¿No pensabas entrar a verme?

—Hola, Isi, a eso venía. ¿Cómo lo has pasado, guapa? ¿Has descansado?

Mónica creía, desde el cariño, que Lourdes era la mujer más falsa del mundo, pues se valía de la argucia con su madre para colarse en su hogar, pretendiendo con esto profanar su descanso. Definitivamente no lo iba a permitir, por lo que las dejó en el salón hablando y se dirigió a sus quehaceres. Mónica, de veintiocho años, era una mujer menuda, más simpática que bonita y resignada a ser, siempre que salía con Lourdes, la amiga de la guapa. Era licenciada en Pedagogía en paro, e intérprete de lengua de signos. Trabajaba como voluntaria, cuando así era requerida, en una asociación pro personas con sordoceguera, para ser mediadora en alguna de las actividades que realizaban. Actualmente preparaba su tesis doctoral, que versaría sobre la comunicación y el aprendizaje en niños con esta discapacidad congénita.

Antes de que Lourdes e Isi terminaran con la banal conversación sobre las vacaciones, Mónica organizó la ropa que se pondría al día siguiente para la entrevista y se duchó plácidamente. Cuando salió del baño en pijama, confiaba en que Lourdes ya se habría ido, y al escuchar el sonido de los platos que se disponían sobre la mesa, se apresuró a llegar para ayudar a su madre.

—Ya estoy... ¡Lourdes!

—Sí —respondió ella mientras ponía la mesa—. Tu madre ha insistido en que me quede a cenar con vosotras.

—¡Ah!, ¿sí? —le preguntó Mónica a Isi, que en ese instante hizo acto de presencia trayendo con ella el bol de la ensalada.

—Sí, claro —le respondió, sin poder disimular un gesto que indicaba: «¡qué remedio!».

Mónica y su madre hacían un buen equipo. Habían sabido bandear a Lourdes para que se limitara a comer, dándole a probar los platos que más le gustaban, mientras ellas llevaban la conversación, hasta que Isi se interesó por su hija y le preguntó por la entrevista del día siguiente. Lourdes intervino antes de que Mónica respondiera:

—Es verdad, Moni, no me lo has terminado de contar. Te entretienes con dos de pipas y siempre me dejas a medias.

En estos momentos Mónica volvió a preguntarse: «¿la mato ahora o espero al postre?».

—No se trata de una entrevista de trabajo —aclaró con cordialidad—, es pura investigación para mi tesis. Espero poder entrar a trabajar en un centro...

—Lourdes interrumpió de nuevo:

—¿Cuánto te pagan?

—Nada, evidentemente —le respondió un tanto molesta.

—Pues vaya mierda. Pero más tonta eres tú, porque teniendo Internet para buscar información, a ver de qué tienes que ir tú a hacer el trabajo de otros.

—No es lo mismo, Lourdes —intervino Isi—. La información que Mónica necesita es mucho más amplia. Es, para que te hagas una idea, lo que se publica en Internet y la gente consulta.

—¡Ah! —exclamó Lourdes, aunque no parecía importarle la aclaración. Mónica continuó con la exposición:

—Pues como os decía, aunque se trate de una colaboración no remunerada, es un lugar muy especial. Una casa regentada por monjas Acogedoras — Lourdes dejó caer el tenedor sobre el plato, y su gesto delataba que el chascarrillo impertinente estaba al caer. Mónica se dio prisa en explicarlo—, de la congregación de las Hermanas Acogedoras del Amor Divino. Estas monjas amparan en su casa a personas con sordoceguera congénita que, por abandono o por desconocimiento por parte de los progenitores o tutores, no han sido atendidas como ellas precisan, cuando es necesario que reciban todo el cariño y la atención que a cualquier persona le corresponde por derecho. Las hermanas, además, inician su educación hasta que, cuando se considera que están preparados, son llevados a otros lugares para que continúen con su

aprendizaje. Por eso tienen que entrevistarme, para comprobar que soy apta para este trabajo.

—¡Claro que sí! —respondieron la madre y la amiga a un tiempo.

Antes de que sonara el despertador ya despuntaba el alba, y Mónica permanecía tumbada boca arriba sobre la cama, con los ojos abiertos. Lo único que ocupaba su mente en esos momentos era el techo de su habitación, plagado de estrellitas fosforescentes que según clareaba, menos se veían. En pocos días, en cuanto entrara el otoño, todavía sería de noche a esas horas y podría verse claramente la fosforescencia que la acompañó durante tantas madrugadas. Si la aceptaban las monjas, no podría verlo, pues la idea era permanecer allí todo un año.

Aunque todavía no había sonado el despertador, se sintió obligada a ponerse en marcha. Siempre que algo le ilusionaba, despertaba antes de la hora prevista con la impaciencia de comenzar el día, de manera que apagó la alarma, se calzó las zapatillas y se apresuró a llegar al baño. Entró, a sabiendas de que su madre se encontraba allí secándose el pelo.

—¡Qué susto, hija! Podrías llamar antes de entrar —le increpó la progenitora.

—Imposible, me estoy meando.

Isi sonrió desde el espejo y volvió a encender el secador al tiempo que alisaba la melena con un cepillo redondo. Mónica recordó que de niña se quedaba anonadada mirando a su madre cuando hacía esto. Todavía hoy le seguía pareciendo la mujer más bella del mundo a pesar de la huella de dolor grabada en su rostro. La vida había sido muy dura con ella. Ya se habían cumplido dos años de la muerte del hermano de Mónica, y apenas pasaron cinco meses del fallecimiento, Isi decidió preparar una oposición. Posiblemente lo hizo por evadirse, ya que la marcha de David había dejado demasiado tiempo libre en su vida y era urgente mirar a un futuro que pintaba muy oscuro. Al tener que sacar adelante a sus dos hijos ella sola, se había conformado con trabajos de limpieza, la mayoría de ellos sin contrato. Obtuvo

la plaza en la oposición hacía más de un año, y para no perder la sana costumbre de estudiar, se había matriculado en primero de Derecho. Mónica dudaba si hacía bien yéndose, en el caso de que la aceptasen las monjas, dejando sola a su madre con su pena. Aunque Isi quisiera ocultárselo, su hija sabía que no pasaba una noche sin que llorase, y sin embargo, por la mañana le mostraba su bonita cara resplandeciente. El dolor del alma es el peor de todos los dolores. Isi, a sus cincuenta años, lo sabía bien.

—Has madrugado mucho. ¿No era a las once tu entrevista? —le preguntó a su hija mientras se dirigían a la cocina.

—Sí, pero es que quiero ir tranquila y bien despejada.

—Muy bien, mi niña. Eres muy responsable y estoy orgullosa de ti. — Mónica se lanzó a sus brazos y su madre la besó fuertemente—. A ver si conoces a algún chico majo.

—¡Mamá! —le respondió la muchacha, alejándose repentinamente de ella—. Con todo lo que tengo que trabajar, lo que menos me hace falta es un novio. A ver si lo encuentras tú, que llevas más tiempo soltera.

—Pues fíjate que de eso tenía que hablar contigo. Hubiera preferido hacerlo con más calma y sin prisa. Pero, bueno, aprovecharé este momento.

—¿Te has echado novio? —preguntó la hija.

—Solo somos amigos.

—¿Y cuándo me lo pensabas decir? ¿Quién es el afortunado?

Isi trató de explicarse:

—Antes de que lo supieras, yo quería ver qué pasaba, pues se fue de vacaciones con su hijo a la montaña todo el mes de agosto y no sabía si habían cambiado sus sentimientos hacia mí, tan lejos y sin cobertura. Ayer mismo me llamó anunciando su llegada. Me dijo que me había echado muchísimo de menos y que no quería pasar ni un mes más de su vida sin verme. Se llama Roberto y somos compañeros de trabajo. Tiene cincuenta y ocho años y su hijo es de tu edad más o menos.

—¡Qué romántico! ¿Y cuándo me lo vas a presentar?

—¿Al hijo? Primero tendré que conocerlo yo, ¿no crees?

—¡Me refiero al padre, graciosa! Podemos preparar una cena rica, con vinito bueno y Sinatra de fondo. ¿Cuándo?

—Teniendo en cuenta que empezarás a trabajar con las monjas, tendrá que ser algún fin de semana.

—A ver si tengo suerte y me cogen. Esta tarde le daré esquinazo a Lourdes y me sigues contando con más calma, que ya son las siete y diez y no vas a llegar al curro.

—¡Qué tarde! —Bebió el café que le quedaba de un trago—. Me voy corriendo. Tienes el café recién hecho. Dame un beso, hija. Te quiero.

Ambas mujeres volvieron a abrazarse con fuerza, y en su interior cada una de ellas volvió a dudar de que se pudiera querer más a alguien.

Cuando el metro llegó a Callao eran las diez de la mañana y, para hacer tiempo, Mónica entró en la tienda de discos a comprarle a su madre el de Pablo Alborán. Siempre hablaba de lo mucho que le gustaba cuando lo escuchaba en Cadena Dial en sus trayectos en coche. Lo que no sabía es si le agradaba tanto antes de estar enamorada. Después de adquirir el CD y pasar un rato ameno mirando novedades, se encaminó hacia la Corredera Baja de San Pablo, lugar en donde se ubicaba la residencia de las religiosas que la habían citado. Como cuando llegó al portal todavía eran las once menos cuarto, prefirió esperar a que fueran en punto, para no trastocar los planes de la monja que la citó a esa hora. No había ni un poyete en el que sentarse, por lo que se esforzó en pensar en otra cosa que no fueran sus piernas de mujer sedentaria que llevaba una hora sin parar, de acá para allá. El edificio era viejísimo, y si no fuera por el azulejo del que le habló por teléfono la religiosa, como detalle curioso para localizarlo, quizá hubiera pensado que ese no era el lugar que buscaba. Se acercó a la fachada para asegurarse, y leyó: VISITA G. CASA N.º 14. Cuando se disponía a tocar el portero automático para que le abrieran, sonó el teléfono móvil dentro del bolso. Lo sacó torpemente debido a los nervios y vio que se trataba de Lourdes.

—Lourdes, estoy entrando a la entrevista —le dijo, esperando que colgara sin mediar palabra.

—¿A estas horas? Bueno, pues llámame cuando salgas.

—Vale.

—Oye...

Mónica colgó sin más y volvió a guardar el teléfono en el bolso. Estaba segura de que lo que su amiga pretendía era contarle las últimas novedades de Sergio, y, como era evidente, no podía entretenerse con eso. Llamó al telefonillo pulsando el botón que indicaba PORTERÍA, y una voz de mujer, muy agradable, le dio los buenos días.

—Buenos días —respondió ella—. Soy Mónica Chiloeches, y me habían citado para una entrevista con...

—Sí sí. Pasa, Mónica —le dijo abriendo la puerta.

El recibidor era amplio e impoluto, no solo el suelo, también el directorio que indicaba la ubicación de los lugares y que quedaba en el muro de su derecha. Los cuadros de motivos religiosos que se distribuían por las paredes, y hasta los dos ficus que guardaban el portón, se encontraban en perfecto estado de limpieza, ni una mota de polvo, algo que era de extrañar, pues siendo este el lugar principal de paso, debía de ser difícil mantenerlo así. Frente a la entrada, a unos dos metros de distancia, se encontraba el ascensor. A la derecha, la escalera con valla de protección por la que se accedía a los pisos superiores, y a la izquierda, un corredor por el que, según indicaba el directorio, conducía al patio, la portería, el comedor y la cocina, y a la derecha de esta se encontraba la sala de estar. Mónica se dirigió hacia la portería cuando el teléfono volvió a sonar; esta vez se trataba de un wasap de Lourdes, inoportuna como siempre, y Mónica lo abrió por inercia. Le refería que había quedado con Sergio y no estaría por la tarde. Mónica sonrió: era un alivio para ella no tener que pensar en una excusa para librarse de su amiga y poder dedicarle la tarde a su madre. Decidió, por si acaso cambiaba de planes, apagar el teléfono y no enterarse. Al final del corredor había una puerta acristalada que estaba abierta y le permitía ver una parte del patio interior de la casa. Antes de llegar a este, a su izquierda, quedaba la ventana de la portería. Se acercó a mirar, pero no había nadie. Quizá lo mejor fuera volver a llamar al telefonillo y preguntar por el lugar al que debía acudir para la entrevista. Cuando se disponía a regresar allí, escuchó abrirse el ascensor y unos pasos que se aproximaban a toda prisa. Se trataba de una monja muy

sonriente, de unos setenta años, que antes de llegar hasta ella se disculpó:

—Mónica, perdona que haya tardado. —Se saludaron con dos besos—. He tenido que subir a avisar.

—No se preocupe, hermana, no ha tardado. ¿Es usted sor Antonia?

—No, yo soy sor Natividad. Hoy me toca portería a esta hora y por eso te he abierto yo. Ven, pasa —le dijo mientras abría la puerta corredera—. Espérala aquí, que sor Antonia ya está avisada y no tardará en llegar. —El espacio que ocupaba la portería era muy reducido para reunirse allí; de hecho, solo contaba con una silla, que debía de ser la que ocupaba la hermana portera de turno. Mónica se colocó donde pudo para no molestar a sor Natividad, que trataba de deslizar otra puerta acristalada igual que la anterior y que quedaba frente a esta. Cuando lo consiguió, le mostró a la muchacha un espacio mucho más amplio—. Entra, mujer, no te quedes ahí.

Había en el lugar una mesa grande con seis sillas y otras dos más pequeñas con dos asientos cada una. La pared de la derecha estaba totalmente acristalada, lo delataban las cortinas traslúcidas de color blanco que la cubrían, a través de las cuales la luz natural tomaba posesión de la estancia. Mónica ubicó el espacio en su mente, llegando a la conclusión de que al otro lado estaba el patio. Frente a esta pared de cristal estaba la puerta de la cocina, y al final del comedor, unos aseos.

—¡Qué bonito es todo! —dijo sin pensar.

—¿Te gusta? —le preguntó sor Natividad satisfecha.

—¿Cómo no? Tan limpio todo, tan iluminado... Y qué bien huelen esas lentejas —le hizo saber a la religiosa, que se puso colorada, por lo que Mónica intuyó que, además de la portera, era la cocinera.

—Gracias, hija, por lo que me toca. ¿Comerás hoy con nosotros?

—No, hermana, muchas gracias. Después de la entrevista he de regresar a casa, pues he quedado con mi madre.

—Siendo este el motivo, no insisto más; pero te prepararé un táper para que las probéis tu madre y tú.

—No se moleste, por favor.

—¿Qué molestia ni qué ocho cuartos? Anda anda.

Sor Natividad entró en la cocina, dejándola sola ante la incertidumbre de qué hacer en esa situación. Tras los ventanales que daban al patio había actividad. Lo sabía por el movimiento de las sombras: dos mujeres con falda larga tendían ropa en una cuerda que atravesaba el patio, mientras que dos niños, uno más alto que el otro, correteaban de la mano alrededor de ellas. No estaba segura, pero le pareció que lo que sujetaba el mayor, sobre todo cuando se detuvo frente a ella, se colocó y lo hizo sonar, era un violín. Le resultó extraño, tratándose de un lugar para personas con la doble discapacidad. Quizá fuera un juguete que sonaba haciéndole sentir la vibración al pequeño; de hecho, eran tan intensas las ondas que producía al frotar el arco, que ella también las podía percibir más por su piel, su corazón y su sangre que por el oído. Se acercó para retirar un poco la cortina y cerciorarse, pues tan solo veía siluetas, pero cuando se disponía a hacerlo, un carraspeo proveniente de alguien que acababa de entrar en la sala le hizo desistir. Se trataba de otra monja de la misma edad que sor Natividad, aunque esta era bastante más alta y de complexión atlética. Traía papeles en una mano y unas gafas en la otra.

—Buenos días, ¿Mónica? —preguntó muy seria.

—Sí, soy yo. ¿Sor Antonia?

Ella asintió y se dirigió cordial hacia ella.

—Disculpa el retraso. —Se saludaron con dos besos—. He tenido que atender una llamada. —Le hizo un gesto con la mano invitándola a sentarse, y ambas lo hicieron.

—No se preocupe, sor Natividad ha estado muy atenta conmigo y los niños que están en el patio me han entretenido tocando el violín.

—¿El violín? Ojalá pudieran tocarlo —se rió—. Debe de ser que sor Berta les ha puesto música clásica. Ellos sienten las vibraciones cuando tocan en los altavoces del reproductor y disfrutan mucho.

—Claro, sería eso —respondió Mónica, nada convencida con la explicación.

—Bien —dijo poniéndose las gafas para mirar los papeles que traía—. He estado leyendo tu currículum y lo cierto es que da gusto encontrarse con mujeres

tan preparadas como tú. ¿Cuántos años tienes, Mónica?

—Veintiocho.

—Y por lo que veo, antes de tu licenciatura obtuviste el reconocimiento de mediadora y trabajas como voluntaria en organizaciones e instituciones de todo el país desde dos mil dos, es decir, que llevas diez años trabajando con personas con sordoceguera. —Volvió a quitarse las gafas y miró fijamente a la muchacha—. Y te has decantado por esta casa para la investigación de tu tesis doctoral. ¿Por qué?

— Ya he comprobado que las otras instituciones en las que he trabajado son sitios magníficos, grandes, dotados de toda innovación y capacitados para la integración en la sociedad de las personas con sordoceguera, que no sé qué sería de ellos si no existieran estos lugares. Pero ahora quiero saber de ustedes, de esta casa, porque, sin contar con tantos medios, es un lugar por el que pasan los que de alguna manera han sido excluidos por nacer con esta discapacidad. Leí una entrevista que le hicieron hace algo más de un año y quedé maravillada. Usted dijo: «Solo el amor hace crecer a la persona». Desde entonces he querido venir a desarrollar el trabajo de hogar que realizan aquí y que no me resulta ajeno.

Sor Antonia puso los codos sobre la mesa, dispuesta a escuchar.

—Háblame de eso, por favor.

—Mi hermano David, que era un año mayor que yo, nació sordo, algo que hizo experta a toda la familia en el lenguaje de signos; de hecho, al ser más pequeña y tenerlo como referente, aprendí a decir mamá con las manos antes que con la boca. No sé por qué motivo cuando somos niños disfrutamos de la capacidad de ser felices con muy poco, y de mayores, cualquier nimiedad de esas nos recuerda lo felices que fuimos.

—¡Es verdad! Es bonito ser niño.

—Para mí, el hecho de tener a David cerca fue siempre una aventura maravillosa, y me gustaría pensar que para él también lo fue, a pesar de su discapacidad y de comenzar con los síntomas de la retinosis pigmentaria con tan solo doce años. A los quince ya estaba prácticamente ciego.

—¿Síndrome de Usher?

—Así es. Mi padre no pudo soportarlo, o más bien fue la responsabilidad la que no lo soportó a él. Nos abandonó a mi madre y a mí con quien él llamaba «el problema». —Mónica no pudo evitar llorar al recordarlo—. Pero mi hermano David no era un problema; él era la alegría de nuestras vidas, un ángel lleno de bondad y ternura, y no hubo en mi casa ni un segundo de felicidad que no llevara su nombre. Tan acostumbradas estábamos a sus continuos tropiezos con todo, que solo el silencio nos alertaba. —Sor Antonia también estaba emocionada—. David acudió al centro de día en donde yo trabajaba como voluntaria y entró a estudiar en la misma facultad, por lo que pude ser su mediadora y ayudarlo en todo lo que precisaba. Todo por él y siempre con él, con esa gran persona de quien tanto aprendí. Pero hace dos años, cuando mi madre fue a despertarlo una mañana, David ya no vivía.

—¡Dios mío! —exclamó sor Natividad detrás de Mónica, que se había detenido a escuchar la historia cuando se dirigía hacia la portería. Cuando Mónica comprobó que sor Antonia, a pesar de sus ojos llorosos, no había cambiado el gesto y continuaba atenta a la historia, prosiguió—: Su cara estaba serena y tranquila. No me importa saber por qué murió; de hecho, me da igual que el informe de la autopsia dijera que fue una muerte súbita a causa de una cardiopatía congénita. Para nosotras fue algo que tenía que pasar tarde o temprano, ya que sería estúpido creer que Dios no lo quisiera con él.

Sor Antonia respiró hondo, sacó un pañuelo de la manga y secó las lágrimas de su rostro. Colocó los papeles mientras miraba a Mónica con una leve sonrisa. Por fin habló:

—Tu historia me ha llegado a lo más profundo del alma. Además, tu formación nos será de gran utilidad con nuestros niños.

—¿Entonces...? —preguntó la muchacha secándose las lágrimas.

—Será un placer tenerte con nosotros, Mónica Chiloeches.

—Muchas gracias, sor Antonia.

—Gracias a ti, mujer. Ahora te pondré al corriente. Si me acompañas, te mostraré la casa por dentro. —Salieron por la portería y se dirigieron al ascensor. Por dentro era bastante amplio y junto a cada uno de los enormes botones figuraba la indicación en braille del piso al que correspondía.

Llegaron a la primera planta. A la izquierda estaban los aseos, en los que había dos puertas adecuadas a un habitáculo cada una de ellas, con un inodoro perfectamente adaptado. Fuera de estos espacios se encontraban dos lavabos, también acondicionados a las necesidades de los internos. Había otra puerta que pertenecía a una sala que contenía un yacusi y una ducha. Al verlo, Mónica no pudo evitar exclamar:

—¡Vaya bañera chula!

Sor Antonia, un tanto ruborizada, le hizo saber:

—Es un regalo de nuestros mejores benefactores: Pilar y Baldomero. Hemos comprobado que los niños son felices en el agua, y como de momento no tenemos piscina cubierta, que todo se andará, esto es lo mejor que podemos hacer por ellos.

—Es una idea fantástica. Es cierto que se sienten más libres cuando flotan en el agua. Yo creo que quizá sea un recuerdo del vientre materno, ¿no le parece?

—Es posible. Te voy a contar una historia: antes de la reforma de la casa, vivía con nosotros un niño que tardó muy poco en adaptarse y en aprender a comunicarse, por lo que fue trasladado a otro centro con mejores instalaciones y profesionales, en donde su educación fue más completa. El caso es que en la actualidad es todo un hombre con trabajo y familia.

—¿De verdad?

—Sí, y todavía viene a visitarnos alguna vez. En una de estas ocasiones me refirió que antes de llegar a esta casa creía que los que lo rodeaban eran seres que no pisaban el suelo. Para él, los demás flotábamos apareciendo de pronto para llevarlo en volandas en nuestros brazos.

—¡Madre mía! —exclamó Mónica, intentando hacerse una idea del sentimiento de indefensión.

—Esta historia viene a cuento porque quizá el motivo de que se sientan tan bien en el agua es porque pueden flotar, como los que los rodeamos.

Sor Antonia, sin permitirle a la muchacha que meditara más sobre lo que acababa de relatarle, la sacó del lugar cogida del brazo. Frente a los aseos,

junto a la escalera, se encontraba el dormitorio. Era muy amplio, de unos cincuenta metros cuadrados; las paredes eran de color rosa palo. En un extremo había una ventana y en el opuesto un balcón, por lo que la iluminación parecía estar asegurada. Había cuatro camas y cuatro armarios de un cuerpo frente a estas, así como una mesilla con doble cajonera junto a cada lecho. Todos los pomos, tanto de los armarios como de los cajones, eran de formas geométricas diferentes. Mónica no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué unos pomos son redondos, otros cuadrados y otros triangulares?

—Mira —le indicó sor Antonia señalando hacia el cabecero de la cama más próxima—. Si te fijas, en el cabecero de esta cama hay una esfera, en el de la de al lado un triángulo y en el siguiente un cuadrado, como bien dices. Junto a ellas, los tiradores de su cajonera correspondiente son círculos en este caso, triángulos y cuadrados, según corresponda. Pasa lo mismo con las puertas de los armarios que tienen enfrente.

—Ya entiendo —le dijo—. Así, al tacto, cada uno encuentra su sitio.

—Eso es.

—¿Y la cama que está junto al balcón? Esa no tiene nada.

—Esa cama le corresponde al cuidador, y la puerta de enfrente es su aseo, ya que se trata de estar, hasta en las situaciones más íntimas, cerca de ellos. Toda esta planta es la femenina.

—Me he dado cuenta: el color de las paredes lo dice todo —bromeó la chica.

Sor Antonia sonrió.

—Así es, eres muy observadora. Actualmente solo hay una residente: Saray. Sor Berta es la cuidadora de esta planta, y si te parece, también será tu dormitorio.

—Claro que sí —le respondió encantada—, es precioso.

—Me alegra que te guste. Aprovechando que estamos aquí, te pondré en antecedentes: Saray es una joven de veintiún años con sordoceguera congénita a causa de una rubeola prenatal. Su familia no sabía qué hacer ni a qué médico

acudir. Saray es gitana y para los gitanos la familia es lo primero, como Dios manda. Pero en este caso, en el que la actuación temprana es de vital importancia en el desarrollo de los niños, la familia de Saray fue una traba para ella. Cuando se convencieron de que podrían darle una vida mejor, a pesar de separarla del clan, acudieron a nosotros. Saray ya tenía quince años y vino llena de magulladuras que ella misma se hacía, asustada y agresiva. Poco a poco ha ido comprendiendo que no está sola y a mí me parece que está completamente adaptada, ya me dirás tú. Vayamos a la segunda planta, la de los chicos.

Volvieron a entrar en el ascensor.

—¿Es la misma distribución? —le preguntó Mónica a la religiosa al comprobarlo en cuanto salieron del elevador.

—Sí, idéntica; lo único que cambia es el color de las paredes del dormitorio que, como ves, son azul claro. Aquí pernoctan Gonzalo, que es el cuidador, y un residente que se llama Adrián. Adrián es un niño de catorce años que padece parálisis cerebral perinatal por fórceps. Utiliza silla de ruedas y precisa ayuda hasta para comer, ¡angelito! Ojalá Dios me concediera, aunque solo fuera por un segundo, conocer su sufrimiento. Llegó a la casa con cinco años. Su familia creía que era deficiente mental.

Mónica intervino:

—Es difícil de diagnosticar. Una discapacidad oculta otra, y en este caso imagino que sería más complicado al encontrarse el niño tan impedido.

—Sí. Me quita el sueño pensar en qué será de él cuando no estemos.

—¿Y por qué no habrían de estar?

—Es ley de vida, hija: los que venimos antes al mundo nos iremos antes.

—Entiendo. Pero supongo que otras hermanas llegarán a continuar con su labor.

—Dios lo quiera. —A Mónica le pareció que sor Antonia había zanjado el tema, por lo que volvió a dirigirse hacia el ascensor para continuar con la visita, pero la monja la detuvo—: Espera, hay que subir andando. El ascensor no llega a la planta de arriba. —Subieron un tramo y medio de escalera y

llegaron a un pasillo muy estrecho, con seis puertas muy juntas entre sí en una de las paredes. Sor Antonia siguió explicando—: Las dos puertas del fondo corresponden al dormitorio de sor Natividad, y estas dos primeras al mío, en el que dormimos Ernesto y yo. Las dos del centro son nuestros cuartos de baño. Entremos a mi habitación.

Sor Antonia abrió una de las dos puertas, y Mónica pensó al entrar que en sus orígenes debieron de ser dos habitáculos de espacio muy reducido, que se transformaron en uno más amplio tirando el muro que los separaba. El techo era abuhardillado y era difícil el movimiento por la estancia.

—¿Y la cama de Ernesto? —preguntó Mónica—. Dijo que dormía con usted.

—Así es. —Se dirigió hacia el fondo y le mostró una cuna en la que la muchacha no se había fijado—. Duerme aquí. —Ante su cara de asombro, la religiosa continuó—: No sé si te hiciste eco de una noticia hace ocho meses, en la que informaban de que un bebé recién nacido fue hallado en un contenedor de basura con síntomas de hipotermia y síndrome de abstinencia. Se trataba de nuestro Ernesto, que vino prematuro y sin duda era un milagro que viviese.

—No hay derecho —opinó Mónica muy enojada—. Hay mujeres que deberían morir en la hoguera.

—No digas eso. Su madre es otra víctima, seguro que no quiso hacerle daño.

—Claro, por eso lo tiró a la basura, ¿no?

—No seas así, hija. Tendría miedo, o quizá no era consciente de lo que hacía. No puedes imaginarte el desajuste hormonal que se produce en la mujer recién parida, y más aún cuando está bajo los efectos de las drogas. Pobre muchacha... Quiso Dios que quien lo descubrió en el contenedor fuese un alma noble y con buen oído, pues pudo escuchar su débil llanto y lo puso a salvo. Pesaba tan solo dos kilos trescientos gramos. Como es de suponer, dada la gravedad del caso, se le examinó con detenimiento y se le pudo diagnosticar temprano que padecía retinopatía e hipoacusia. Nos lo trajeron el mes pasado, según salió del hospital. Todas las semanas viene el doctor que lo trató para verificar su buen estado de salud. El pobre necesita estar siempre en brazos o

tocando a alguien, y cuando no es así, llora mucho.

A Mónica la dejó conmocionada la última historia y sor Antonia, que se había dado cuenta de la desolación que el relato había causado en el corazón de la muchacha, no supo qué decir durante el trayecto hasta la planta principal, momento en el que, en cuanto salieron del ascensor, Mónica rompió el hielo:

—¿Ya hemos llegado?

—Vayamos ahora a la sala de estar. —Avanzaron de frente y entraron en una pequeña estancia que contenía un sofá de tres plazas, una mesa camilla con cuatro sillas y un televisor que reposaba sobre un mueble bajo con armario—. Es pequeña, pero verás cómo se agradece para descansar en algunos momentos del día.

—Estoy segura; es muy acogedora.

—Espera aquí un momento —le pidió la religiosa—, voy a buscar una llave. —Se fue hacia la portería y la escuchó solicitar a sor Natividad—: Deme la llave de la entrada de la taberna, por favor. —A Mónica le sorprendió mucho. ¿Una taberna? No tuvo tiempo de buscar premisas en lo recién asimilado para hallar una explicación, pues sor Antonia ya estaba de vuelta y se dirigió hacia la salida. Mónica la siguió.

Junto al portal había una ventana enrejada por fuera y tapiada por dentro. Junto a esta, a un metro de distancia aproximadamente, una puerta protegida con una persiana metálica grafiteada de arriba abajo con varias rúbricas coloridas e ilegibles. Sor Antonia se dispuso a abrirla; después hizo lo mismo con la puerta de la entrada, que dio paso a las mujeres hacia el interior del lugar mientras la monja refería—: Todos los días abrimos esta puerta a las siete de la mañana.

—¿También dan desayunos? —preguntó Mónica, creyendo que estaban accediendo a un bar.

—¿Cómo dices?

—¿No le ha pedido a sor Natividad la llave de la taberna?

Sor Antonia se rió con todas sus ganas y aclaró:

—Le pedí la llave de la entrada de la taberna, que es lo que era

antiguamente nuestra capilla. Pasa. —Una vez despejada la duda, Mónica entró delante de sor Antonia que, al encender la luz, mostró una pequeña capilla, preciosa, con olor a cera e incienso. Había tan solo cinco bancos colocados uno detrás de otro frente al altar, presidido este por un sagrario tallado en piedra. Sor Antonia hizo una genuflexión y Mónica la imitó torpemente. Tras unos instantes de silencio y oración, la monja bajó la persiana metálica de la entrada y la cerró desde el interior; después hizo lo mismo con la puerta y continuó relatando—: Este espacio fue en sus orígenes, allá por el siglo diecisiete, una barbería.

—¿Siglo diecisiete? —preguntó Mónica muy sorprendida, imaginando, probablemente, todo lo que esas paredes habían visto en cuatro siglos y aun así permanecían inalterables—. Y después de la barbería ¿hicieron una taberna?

—No, después de la barbería fue una escuela de música, en donde se enseñaba a tocar el violín. El último de los dueños que habitó en la casa falleció en el siglo dieciocho, pasando a ser únicamente de la marquesa de Alahuesas, quien donó el inmueble a la congregación de las Hermanas Acogedoras del Amor Divino, para emplearlo en lo que todavía hacemos: convivir con personas con esta discapacidad. Como curiosidad te diré que sor Berta, la cuidadora de Saray de quien te hablé antes, es la heredera del marquesado de Alahuesas.

—¡Ah!, ¿sí? —preguntó Mónica curiosa.

—Sí, y es hija única, de manera que cuando fallezcan sus padres, que Dios quiera que sea dentro de mucho tiempo, no sé qué sucederá con el título, porque dudo que a sor Berta le sirva para algo. Como te iba diciendo, cuando llegaron las hermanas de Alahuesas en aquella época, alquilaban este espacio para obtener liquidez y poder subsistir. Entonces fue cuando hicieron aquí una taberna, que sobrevivió a la invasión francesa y a la Guerra Civil; de hecho, funcionó como tal hasta mil novecientos sesenta y seis. Yo la conocí así antes de postular.

—¡Ah!, ¿sí? —repitió Mónica muy sorprendida.

—Sí, daban unos bocadillos de calamares fritos que estaban deliciosos.

—¿Y qué pasó?

—Parece ser que el tabernero y un profesor universitario lideraban una organización que conspiró contra Franco. Fueron prendidos y condenados a garrote.

—Esta es una historia de película, sor Antonia.

—Sí, fueron malos tiempos para muchos... Ven conmigo —pidió la monja repentinamente, dirigiéndose hacia la puerta que había junto al altar.

Mónica pensó que entrarían en la sacristía pero, para su sorpresa, aparecieron en la cocina, donde sor Natividad estaba friendo patatas y rebozando filetes en huevo y pan rallado.

—¡Qué susto! —exclamó la religiosa.

—Perdone, sor Natividad —se excusó sor Antonia—. Le enseñaba las instalaciones a Mónica, que va a vivir con nosotros una temporada.

—¡Qué buena elección, sor Antonia! Me da mucha alegría, hija. Entonces, ¿ya duermes aquí hoy?

Mónica miró a sor Antonia esperando una respuesta, aunque ella prefería que no fuese así, ya que, además de ir a recoger su equipaje para instalarse, había quedado con su madre para despedirse de ella. Sor Antonia dijo al fin:

—Eso lo decide ella; para nosotras cualquier momento es bueno. Supongo que tendrá que traer por lo menos una muda y un cepillo de dientes.

—Sí, y me gustaría despedirme de mi madre.

Sor Natividad recordó entonces que tenía preparada una bolsa con las lentejas que le había prometido a la muchacha.

—Toma, hija, las lentejas prometidas, para que tu madre y tú no tengáis que cocinar hoy.

—Muchas gracias, sor Natividad —expresó Mónica un tanto ruborizada.

—¿Qué quieres que te prepare mañana?

—Lo que haya, ¡faltaría más! A mí me gusta todo.

—Anda, mujer —insistió la monja—, algo habrá que te guste más que otras cosas. Mira que tenía previsto poner acelgas... Es mejor que me digas

algo para librarte de ellas.

—¡Me encantan las acelgas! De hecho, son mi plato preferido.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí.

En el comedor se escuchó la voz de un hombre:

—¿Sor Antonia?

Esta se dirigió a la puerta para acudir a la llamada, pero antes de que la abriera ella, lo hizo el hombre desde el otro lado. Al verlo entrar, Mónica sintió que su corazón iba a salirse del pecho, pues creyó que tenía ante ella al hombre más guapo que había visto en toda su vida. Era tan alto que necesitó inclinar la cabeza para no darse con el marco de la puerta. Pelo negro entrecano, piel muy bronceada, ojos negros, labios carnosos. Se lamentó de no poder apreciar la *chocolatina* abdominal por ir vestido, y tuvo que conformarse con los músculos de brazos y piernas, pues iba en manga corta y con bermudas. Hasta los pies, que mostraba calzando unas chanclas, los tenía bonitos. Llevaba a un bebé en los brazos y a Mónica esto le tocó también el corazón. No sabía qué le estaba pasando; todavía no había cumplido los treinta y estaba perdiendo el norte por un hombre que, por la edad que aparentaba, casi podría ser novio de su madre.

—¿Mónica? —oyó a sor Antonia—. ¿Te encuentras bien?

—Sí sí... Perdón —se disculpó, a sabiendas de que la religiosa se había dirigido antes a ella y no la escuchó por estar su mente fija en el hombre—. Me he quedado tonta mirando al bebé —mintió—. ¿Es Ernesto?

—Sí —confirmó el hombre con una sonrisa muy agradable—. ¿Usted es...?

—Mónica —le respondió sin poder quitar la vista de sus labios—. No me llames de usted, que me hace mayor.

—De acuerdo —repuso él agachando la cabeza muy ruborizado.

—Mira, Mónica —dijo sor Antonia—, él es Gonzalo. Creo que ya te hablé de él, ¿verdad?

—Sí, claro. Duerme con Adrián en la segunda planta. Encantada, Gonzalo.
—Se lanzó a darle dos besos, y él, muy asombrado, hizo lo mismo.

Sor Antonia volvió a hablar:

—¿Qué querías, Gonzalo? ¿Pasa algo con el niño?

Gonzalo, que a su vez se había quedado prendado de Mónica, reaccionó con un sobresalto al escuchar su nombre.

—¿Eh? No, sor Antonia, nada. Solo veníamos a decirle que al pequeño Ernesto le están cuajando los dientes.

—¿Qué me dices? —preguntó sor Antonia, aproximándose a toda prisa para comprobarlo. Introdujo la punta del dedo meñique en la boquita de Ernesto y palpó las encías de abajo—. Es verdad, esto hay que celebrarlo. A lo mejor a sor Natividad le apetece preparar mañana una tarta de chocolate, y así también damos la bienvenida a Mónica dulcemente.

—Claro que sí —convino la monja—. A ver si te gusta mi tarta, Mónica. A los niños, desde luego, los vuelve locos.

—¡Toma, y a mí! —intervino Gonzalo acercándose a la religiosa a hacerle un arrumaco—. Pues no están buenas ni nada las tartas de sor Natividad. ¿Mónica se va a quedar con nosotros entonces?

—Así es —dijo sor Antonia—. A partir de mañana formará parte de nuestras vidas. ¿Por qué no la llevas al patio para que conozca a los chicos y a sor Berta? Por cierto, decidle a sor Berta que después se pase un momento por aquí, por favor.

Mónica y Gonzalo salieron de la cocina para dirigirse al patio, en donde sor Berta disfrutaba con Saray y Adrián del buen tiempo que todavía les permitía salir a tomar el aire. Era la primera vez desde que estaba en la casa que Mónica sintió un cosquilleo en el estómago por la ilusión nerviosa que le producía encontrarse con ellos. El patio formaba un rectángulo de unos setenta y cinco metros cuadrados, completamente alfombrado de césped. Pegada a la pared acristalada que daba al comedor, una pérgola con el toldo extendido cobijaba a sor Berta, sentada en el suelo, y a los chicos, que descansaban en bañador tumbados sobre sus toallas. Había cuatro arcos desperdigados por la superficie del patio proporcionando su sombra, un columpio y una piscina

inflable de unos dos metros de diámetro. Sor Berta estaba de espaldas a Mónica y Gonzalo, por lo que no los vio cuando Gonzalo comenzó con las presentaciones:

—Sor Berta, le presento a Mónica. —La religiosa, aún en el suelo, se incorporó a toda prisa.

—Por Dios, Gonzalo, qué susto me has dado. —Al levantarse y ponerse frente a Mónica, esta se encontró con una monja bellísima, muy alta y esbelta, de ojos claros, piel delicada y unos dientes muy blancos que lucía con su deslumbrante sonrisa. La toca, al igual que la de las otras dos religiosas, no cubría la cabeza en su totalidad, por lo que se podía ver el color claro de su pelo ondulado. Sor Berta abrazó a Mónica muy cariñosa, para darle dos besos —. Encantada, Mónica. Dime, por favor, que te quedas con nosotros.

—Sí, a partir de mañana creo que compartiré habitación con usted y con Saray.

—Estupendo, porque la verdad es que, aunque soy muy feliz con estos chicos que ocupan todo mi tiempo, a veces me hace falta un respiro y tener a una amiga cerca. Me parece a mí que tú y yo nos vamos a llevar muy bien.

—Eso espero, sor Berta. Una pregunta —se atrevió a decirle—. Perdone que sea tan indiscreta, pero es que me he quedado muy sorprendida con usted. ¿Puedo saber su edad?

—¡Faltaría más! Tengo treinta y cinco años, y llevo diez de monja. Ya te contaré más cosas de mí, mujer, que vamos a compartir muchas horas.

—¿Te has fijado en cómo se parece a Charlize Theron? —apreció Gonzalo.

—¡Anda ya! —exclamó la monja—. Tú, Mónica, no le hagas caso a este, que es un adulator. Lo que quiere es que me lo crea y me tenga que confesar por vanidosa.

—Lo que sí es cierto es que es usted muy guapa, las cosas como son, pero estoy segura de que también lo es de corazón, y por eso nunca pecará de vanidad.

Sor Berta se quedó pensativa un momento y finalmente dijo:

—¿Ves como tú y yo nos vamos a llevar muy bien?

Los tres rieron y el pequeño Ernesto, en los brazos de Gonzalo, al notar el movimiento de su cuerpo también rió. Gonzalo le indicó a la religiosa:

—Sor Antonia quiere que se reúnan en la cocina.

—Voy pues. ¿Comes con nosotros, Mónica?

—No, ya vendré mañana por la mañana con mis cosas.

—¡Fantástico! Pues hasta mañana entonces. —Se dieron otros dos besos y sor Berta se marchó rauda hacia la cocina.

Mónica y Gonzalo se quedaron a solas con los niños, y a ella le pareció que él también se sentía contento por encontrarse en esta situación.

—¿Solo conoces a Ernesto? —le preguntó.

—Sí, pero de oídas sé que ella es Saray y él es Adrián. Cuando esperaba antes a sor Antonia en el comedor, me pareció ver a través de las cortinas la silueta de otros niños. También creí que aquí estaba el tendedero, pero no veo ninguna cuerda con ropa.

—No hace falta: tenemos una secadora en la cocina. —Haciéndole una indicación con la cabeza, le indicó— Ven, que te los presento.

—Ahora están tranquilos; prefiero que me conozcan mañana, que tendremos más tiempo para acostumbrarnos.

—Me parece bien —dijo Gonzalo.

Adrián parecía dormido y Mónica, al verlo, se preguntó si quizá estuviera soñando que no pisaba el suelo porque podía volar. ¿Conocería el concepto de volar? ¿Habría logrado alguien hablarle de los pájaros?, ¿del mar?, ¿de la lluvia? ¿En qué idioma se expresarían sus pensamientos? Saray estaba tumbada boca abajo, con una margarita en sus manos que acariciaba, olía y le hacía sonreír. Mónica pensó en que mientras la mayoría de las mujeres de veintiún años luchaban por construir una sociedad, Saray lo hacía por integrarse en ella desde la admiración por la grandeza de las pequeñas cosas que posee. ¿Y quiénes eran más felices?, ¿los que nacieron con todos los sentidos o aquellos que luchan por sustituir de alguna manera los que les faltan para poder disfrutar del mismo mundo? Después de tantos años de formación,

Mónica acababa de darse cuenta de que eran tan especiales que quizá no sobrevivirían en este mundo si vieran y oyesen lo que hay en él, y sin embargo, es necesario que estén para hacer del resto mejores personas. Adrián, con su sonrisa amplia, continuaba soñando en el idioma que se hablaba en el cielo, mientras Gonzalo, con Ernesto en sus brazos, se sentaba en el suelo entre ellos, en el lugar que antes ocupaba sor Berta. Los chicos se percataron de su presencia: Adrián movía la cabeza hacia los lados y Saray la levantó hacia él. Poco a poco, el hombre fue colocando al bebé sobre la toalla y el pequeño, antes de ponerse a llorar por sentirse solo, sintió el olor de las manos de Saray que llegaron hasta él dirigidas por Gonzalo, para acariciar su cara. Después, la muchacha acercó los labios y lo besó con todo su amor, a sabiendas de que se sentiría protegido con su presencia. Mónica se emocionó con la escena y pensó que si no se iba en ese momento, no se iría nunca. Se arrodilló sobre el césped y acarició el hombro de Gonzalo, sin querer perturbar la paz de los chicos, y susurró:

—Yo me tengo que ir.

—Vale... —respondió el hombre en el mismo tono—. ¿Por qué hablamos así? Ellos no nos oyen.

Los dos rieron, también muy bajito, y Mónica respondió:

—No lo sé, supongo que no hace falta gritar.

—No, claro.

Mónica le dio dos besos y él quedó gratamente sorprendido.

—Por la mañana estaré aquí.

—Muy bien, Mónica. Nos vemos mañana. Cuídate.

Mientras tanto, las religiosas guardaban silencio sentadas en la mesa grande del comedor, hasta que sor Berta se pronunció:

—Algo se podrá hacer.

—Por eso las he reunido, para ver si entre todas podemos sacar algo en claro. De momento, nos han cortado las ayudas del ministerio, gracias a las cuales nos mantenemos activos. No podemos abusar de nuestros benefactores que tanto nos han dado, y habrá que emplear el dinero destinado a la

construcción de la piscina cubierta para cubrir el mantenimiento personal y de la casa.

—¿Y si los padres de los niños corrieran con los gastos de su manutención? —consultó sor Natividad.

—Hay que poner a todos al corriente, sin duda. Los papás de Adrián, como ya saben, aportan un donativo cuando pueden, pero los padres de Saray llegan muy justos a fin de mes, y no creo que les sea posible. ¿Ernesto? Nosotras somos las madres del bebé, y espero que nos permitan tenerlo con nosotras aunque dejemos de ser un centro especializado.

—Me pone la piel de gallina pensar que podamos dejar de serlo, sor Antonia. No solo por Ernesto; los otros dos niños tampoco están preparados, quedarían desamparados sin nosotros —expuso sor Berta.

—Lo sé, pero así están las cosas y creí que debían saberlo. En cuanto a los próximos días y hasta enero que nos quiten la subvención, nada tiene, ni debe, cambiar en nuestra vida, y ante todo les ruego que los niños no nos noten preocupadas.

Mónica no pudo esperar a que amaneciera para levantarse antes de que sonara el despertador, preparar el café y desayunar con la idea de salir cuanto antes hacia la casa de la Corredera Baja de San Pablo. Sabía que allí celebraban misa a las siete de la mañana y no es que se muriera por asistir, pero sí que le gustaría estar con los niños desde el principio del día. Sirvió dos tazas de café así como dos tostadas, pues escuchó que su madre también se levantaba de la cama antes de que su despertador sonara. A pesar de las ganas que tenía de comenzar su nueva vida, no podía olvidar que Isi se quedaría sola en casa. Recordó la tarde anterior, cuando la obsequió con el disco de Pablo Alborán, lo mucho que le gustó y lo romántica que le pareció su música cuando lo puso en el reproductor. Disfrutó de cada canción como si versaran de sus sentimientos de principio a fin, al tiempo que le relataba lo maravillosa que estaba resultando la aventura que estaba viviendo junto a Roberto. Todo esto tranquilizó a Mónica, y deseó con todas sus fuerzas que el hombre fuera capaz de cuidar de su madre en su ausencia, de lunes a viernes. Por fin lo

conocería ese mismo fin de semana, y estaba impaciente por que llegara. Pensó también en cuando le comunicó a Lourdes que se iría a vivir a otro lugar. Su amiga llegó a amenazarla con presentarse en la casa de las monjas en cuanto tuviera algo que contarle. Mónica esperaba que se tratase de una pataleta por la nueva situación, en la que ya no le valdría percutir el suelo para que acudiera a la ventana y comunicarse con ella a través de unos vasos de yogur unidos con un hilo de lana, como cuando eran pequeñas.

Isi despertó radiante.

—Buenos días, cariño —dijo besándola en la frente—. ¿Has dormido bien? No olvides tu cepillo de dientes, que siempre que duermes fuera te lo dejas, y no creo que tengas tiempo para ir a comprarte uno nuevo.

—Sí, mamá. No te preocupes.

—Llévate también los calcetines de dormir, que en las casas antiguas siempre hace frío por la noche.

—No me harán falta, todavía no hace frío. Además, el sábado por la mañana estaré aquí otra vez. Si ahora se me olvida algo, no importa, ya me lo llevaré el lunes cuando regrese.

—Te voy a echar mucho de menos —dijo Isi al fin, abrazándola con todas sus fuerzas.

—Venga, mami, si no te va a dar tiempo. Me llevaré mi ordenador con el módem USB para que podamos hablar por videoconferencia. No te preocupes, tan solo disfruta de tu Roberto que, además, te recuerdo que el sábado tenemos cena con él.

A pesar de que Mónica le indicó que no era necesario, Isi insistió en llevar en coche a su hija hasta la casa de las monjas, ya que ella trabajaba cerca de allí y la chica iba muy cargada con una maleta de ropa, la mochila llena de libros y el maletín del ordenador. Antes de llegar a la casa pararon a comprar el desayuno en una churrería, pues quería ser agradable con las monjas. Cuando llegaron eran las siete menos cinco de la mañana. La puerta de la capilla estaba abierta, y Mónica vio entrar a los más madrugadores: dos hombres de unos treinta y tantos años con traje y corbata, un matrimonio de ancianos y otro hombre vestido con mono de trabajo. También entró ella tras

despedirse de su madre, un tanto aparatosa cargada con todas sus cosas. La misa no había comenzado aún, y ella se sentó en el banco más cercano a la puerta por la que acababa de entrar. Desde allí pudo ver que las tres religiosas ocupaban el primer banco y que tenían con ellas el carricoche de Ernesto, en el que probablemente estaría el bebé dormido. Gonzalo estaba preparando el altar para la ceremonia, y le pareció que estaba guapo desde por la mañana temprano. Él la había visto entrar; por eso, en cuanto terminó de colocar los objetos sagrados, entró por la puerta cercana al ara para salir al exterior desde el portal de la casa y volver a pasar a la capilla, apareciendo junto a Mónica poco después.

—Buenos días, Mónica —le dijo, y se saludaron con dos besos—. Si quieres, entramos por allí y dejamos tus cosas en la portería para que puedas sentarte con nosotros.

—Muy bien.

Ambos volvieron a salir a la calle para entrar en la casa por el portal, coincidiendo con el sacerdote que oficiaría la misa, y que esa mañana se había retrasado. Gonzalo se quedó con él ayudándolo a revestirse, mientras Mónica entraba a la capilla por la puerta de la cocina. Las tres religiosas sonrieron con alegría al verla y sor Berta le hizo indicaciones para que se sentara junto a ella, y la muchacha así lo hizo. Poco después entró el cura seguido de Gonzalo, que ocupó el lugar junto a Mónica. La misa duró veinte minutos, tras los cuales sor Antonia, a quien hizo muy feliz la presencia de Mónica en la ceremonia, se cogió del brazo de la muchacha y le dijo:

—Ahora nos vamos a desayunar antes de que se despierten los niños.

—¿A qué hora suelen despertarse? —se interesó Mónica.

—Depende, hay días que les dan las diez. Son muy ceporros los tres —dijo riéndose—. Como sor Berta y Gonzalo llevan con ellos intercomunicadores, podemos estar pendientes de cuándo despiertan. Ya verás que este es uno de los pocos momentos de tranquilidad con los que contamos en todo el día.

Mónica observó que, en efecto, los dos cuidadores llevaban con ellos un intercomunicador digital cada uno, y continuamente miraban en sus pantallas

para cerciorarse de que los niños dormían tranquilos; y que sor Antonia, aunque departiera relajada, permanecía atenta al pequeño Ernesto, que dormía plácidamente en su carricoche junto a ella.

Cuando se hubieron sentado a la mesa, Gonzalo llevó los churros que Mónica había comprado y que todos comieron gustosos, momento en el que sor Berta le comunicó a la nueva inquilina el plan que había previsto para acercarla a Saray.

—Durante esta semana procuraremos que te conozca, y cuando lo haya hecho ella, intentaremos lo mismo con Adrián. Ahora, cuando despierte, iré a su lado, y si puedes dejarme algo tuyo para que ella lo pueda oler, como tu chaqueta o un pañuelo, irá reconociéndolo mientras nos preparamos para bajar. De esta forma sabrá que hay alguien nuevo en la casa interesado en conocerla. Después, una vez aquí, te sentarás a su lado y espero que sepa que eres tú la nueva inquilina. ¡Ah!, si llevas algún perfume, no lo cambies, y si no, no te lo pongas cuando vayas a estar con ellos. No te puedes imaginar lo afinado que tienen el olfato.

De pronto Mónica escuchó un estrépito de vajilla contra el suelo que le hizo mirar instintivamente hacia la cocina.

—¿Sucede algo? —le preguntó Gonzalo.

La muchacha comprobó que tanto él como sor Berta y sor Natividad parecían no haber escuchado nada, aunque juraría que sor Antonia también se estremeció con el ruido, a pesar de que siguió bebiendo el café como si nada. No obstante, Mónica respondió con otra pregunta:

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —se interesó sor Natividad un tanto impaciente.

El pequeño Ernesto comenzó a reírse como si alguien le estuviera haciendo cosquillas. Inmediatamente, las pantallas de los interlocutores que llevaban sor Berta y Gonzalo se encendieron y comenzaron a emitir las imágenes y sonidos de Saray y Adrián, indicando que ya se habían despertado.

—Qué buen oído tienes, Mónica —dijo Gonzalo mientras sor Berta y él se levantaban de la mesa para acudir a la llamada—. Los niños ya están despiertos.

—No, yo me refería... —intentó aclarar la muchacha.

Sor Antonia la interrumpió:

—Bueno, pues a comenzar el día. —Y cogió en brazos a Ernesto.

Sor Natividad se levantó a preparar los desayunos de los niños, mientras Mónica recogía la mesa y la ayudaba. Cuando regresaron con todo preparado para ser servido, Sor Berta y Gonzalo ya habían llegado con Saray y Adrián.

—Me parece que Saray olió ayer tu perfume, porque en cuanto he entrado a la habitación, lo ha vuelto a percibir antes de dejarle tu chaqueta —le comunicó sor Berta a Mónica—. Sé que está impaciente por conocerte.

Mónica se sentó junto a ella y puso las manos sobre la mesa, entonces sor Berta acercó las manos de Saray para que ella misma las encontrara sin sobresaltos. Una vez que lo hizo, le tocó las uñas, los anillos, palpó la textura de la piel. Mónica se dejaba hacer, a sabiendas de lo importante que era para la chica controlar la situación; y en cuanto sor Berta puso en sus manos la ensaimada para que desayunara, buscó rápidamente la boca de Mónica. Se la dio a comer, algo que le indicó que la había aceptado en su vida. Mónica mordió y Saray sonrió.

—Ya la tienes —observó sor Antonia.

—Solo te quedan los chicos —añadió Gonzalo.

—Sí, pero poco a poco, que las mujeres somos muy celosas con lo nuestro y no creo que a Saray le haga gracia compartir a su nueva amiga —dijo sor Antonia.

Durante todo el día, Saray, Mónica y sor Berta disfrutaron de la mutua compañía: pasearon por el patio, se dieron de comer, tomaron el sol, echaron la siesta..., todo según lo fuera disponiendo Saray. Antes de la cena era la hora de la ducha, y tanto revuelo formaba Saray por la felicidad que sentía, que sor Berta, sin entrar en el plato, terminaba tan empapada como ella. Mónica, que lo había presenciado todo, le preguntó a la religiosa mientras esta se secaba:

—Sor Berta, ¿por qué no se pone usted un bañador y entra con la niña en la ducha? Se mojaría lo mismo, pero por lo menos no habría que secar el suelo

después.

La religiosa se rió con la observación y aclaró:

—Porque ella sabe quién soy por la toca y el hábito. Además, ¿cómo voy a ponerme en bañador? Soy una monja.

Mónica emitió una carcajada.

—También es usted una persona, y supongo que se quitará el hábito para asearse e incluso para ponerse el camisón, ¿me equivoco?

—Tan solo para eso —contestó ruborizada.

—Además, Saray no se lo dirá a nadie; es más, ella ni siquiera sabe qué está bien y qué está mal.

—Lo hablaré con sor Antonia —resolvió convencida de que era una gran idea.

Después del intenso día, en cuanto Saray se quedó dormida, Mónica bajó un rato a la sala de estar para hablar con su madre y leer un poco, pues las diez de la noche era una hora muy temprana para ella. Al llegar se sobresaltó al sorprender a Gonzalo, que estaba allí viendo la televisión.

—¡Qué susto! —exclamó—. Perdóname, no esperaba encontrarte aquí.

—No te preocupes. Estaba viendo los deportes en el telediario, pero ya me voy a dormir —dijo mientras apagaba la televisión.

—Por mí no lo hagas.

—No, mujer, lo hago por mí, que antes de las seis ya estoy en pie. Supongo que para ti todavía es temprano.

—Sí, a estas horas suelo leer algo, pero como me olvidé en casa la novela que tengo entre manos, me entretendré un poco con esto —dijo señalando al ordenador.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y qué tipo de lectura prefieres?

—Sobre todo... que sea interesante —bromeó Mónica.

—¿Te gustaría saber algo de los primeros habitantes de esta casa?

A Mónica se le abrieron los ojos de asombro y curiosidad, por lo que preguntó:

—¿Los del siglo diecisiete? No me digas que tienes algún libro que cuente su vida.

—Si me esperas un momento, voy a buscar algo que estoy seguro de que te va a gustar.

—Claro que sí, estupendo.

Gonzalo salió del comedor y Mónica fue abriendo el ordenador para iniciar la conversación que tenía pendiente con su madre. Antes de que lo hiciera, el hombre llegó con una carpeta que dejó sobre la mesa, frente a ella.

—Mira esto. Lo encontré cuando hicimos la reforma de la casa.

Mónica se quedó asombrada, pues se trataba de un portafolios color crema, de aspecto antiquísimo y forrado con cuero de cerdo, que tenía roto el hilo de cáñamo que en sus orígenes se empleó para mantener las tapas cerradas. En el interior había muchos papeles escritos a mano, rígidos y gruesos, tan antiguos como el cartapacio. Mónica miró a Gonzalo con la boca abierta y le preguntó con un hilo de voz:

—¿Qué es esto?

—Son cartas de un tal Lázaro. Sor Antonia dice que las escribió el último dueño de la casa antes de que la marquesa de Alahuelas la donase a la congregación, allá por el siglo dieciocho. Sor Berta, que como ya sabrás es la hija de los actuales marqueses de Alahuelas, dice que es posible, pues así se llamaba el último antepasado suyo que vivió aquí. Ella cree que las cartas están mejor a mi cuidado que en ningún palacio.

—No lo dudo, pero esto debe de costar una fortuna.

—No te creas; las llevamos a tasar y no pagan por ellas más de quinientos euros. Sor Antonia decidió que de momento no merecía la pena, pues gracias a Dios no pasamos hambre ni penurias, y es un documento muy interesante para saber más de este nuestro hogar. —Mónica esbozó una sonrisa. Gonzalo le parecía tierno e inocente, como un niño hablando de algo fascinante que oyó relatar a algún adulto antes—. Te lo dejo. Yo me voy a dormir, que a las seis

estoy en pie. Espero que lo disfrutes.

—Muchas gracias, Gonzalo. Seguro que sí.

Mónica lo vio salir y en su interior se lamentaba de que así fuera, ya que ella hubiera preferido disfrutar de su compañía antes que de la lectura. De pronto sonó en el ordenador la llamada de su madre y Mónica, tras recomponerse del susto que esta le causó, inició la videoconferencia, tras lo cual apareció la imagen de su madre en la pantalla del ordenador.

—Vaya —dijo Isi—, creí que te habías olvidado de mí.

—No, mujer, es que no he parado en todo el día. Ahora es que puedo hablar contigo.

—¿Cómo te ha ido en tu primer día?

—Muy bien. Saray ya me conoce y no se separa de mí ni un instante. Las sores creen que la semana que viene me acercaré a Adrián. ¿Sabes que me conocen por el olor?

—¿Cómo es eso?

—Por la colonia que me regalaste en los Reyes pasados y que solo me pongo en ocasiones especiales. Creo que tendré que comprarme más dentro de poco.

Isi se rió y tranquilizó a su hija.

—No te preocupes por eso; procura que te dure esta semana, y el lunes, cuando regreses, te llevas un frasco nuevo que te compraré mañana mismo.

—Gracias, mamá.

—¿Qué papeles son esos que tienes ahí?

—¿Cuáles? —Mónica volvió la cara hacia donde señalaba su madre desde la pantalla, y se encontró con que la carpeta que le había dejado Gonzalo estaba abierta, cuando hubiera jurado que ella la cerró antes de iniciar la comunicación con su madre—. ¡Ah! Me los ha dejado Gonzalo, el cuidador de Adrián del que te hablé, para que me entretenga un rato antes de ir a dormir.

—Muy bien, pero no te acuestes muy tarde.

—Descuida. Buenas noches, mamá. Mañana hablamos.

—Descansa, hija. Hasta mañana.

Mónica cerró el portátil, lo retiró hacia un lado de la mesa, puso delante de ella la carpeta añeja y comenzó a leer la primera hoja.

Amadísimo hermano:

No es posible ponderar con mis limitadas razones el consuelo que recibo esparciendo la tinta a modo de letras, con la confianza plena en que tú, pequeño Serafín, ahora junto al Altísimo, podrás leerlas. Si no lo hice antes fue porque han sido años de continuo pesar por tu ausencia.

Mucho han de poder en el tribunal divino los afectos y súplicas de este hijo que siempre clamó por la vida de nuestra madre, que estuvo a punto de perderla cuando te halló sacrificado como un cordero. Durante estos ocho años que se cumplen desde tu muerte, todos en la casa nos hemos desvivido por colmarla de atenciones y afectos, a sabiendas de que todo esfuerzo por ver su gesto de agrado sería en vano. Su mente parece estar muerta, aunque su cuerpo respire y a duras penas, a veces, coma.

El notario de don Meradio López de Artiaga, que era el único conocedor de la última voluntad de nuestro abuelo (me refiero a la cláusula de desheredar a su esposa y a su nieto, en el supuesto de que nuestros padres regresaran a Alahuelas), falleció el diecisiete del corriente, por lo que don Rodrigo, nuestro hermano mayor, que tras haber trabajado recio y, lejos de dilapidar la fortuna heredada, la hizo crecer hasta duplicar su hacienda, ha decidido arriesgarse y llevar a nuestros padres al palacio, que los aires de esta ciudad contaminan hasta el pensamiento más puro y nuestra madre no lo merece, pues bastante retuvo siendo testigo de lo que te aconteció. Has de saber, amado hermano, que, a sabiendas de que era inevitable que sucediera, pues los monstruos que te arrebataron la vida dormían bajo el mismo techo que nosotros, todavía hoy me culpo por haberte descuidado ese segundo en el que te apartaron de mi lado para darte muerte. Creo que ya has de saber que el mismo día en el que nuestra madre te encontró, Jacobo y

Abigail fueron prendidos, él en el alfar y ella cuando regresó a la casa. El Consejo Supremo de la Santa Inquisición los halló culpables de judaizar y sacrificar bajo martirio en ritos prohibidos, por lo que fueron declarados asesinos y además judíos relapsos. Su sentencia fue de relajación y padre me llevó con él para ser testigos de su final en la hoguera.

Estaban atados cada uno a un palo en el brasero, con una argolla al cuello para darles garrote en el caso de ser reducidos. Uno de los dos religiosos que asistía a Jacobo se acercó hasta él y le preguntó:

—¿Aceptas morir en la fe de Cristo? —Él asintió y besó la cruz que el otro clérigo acercó a sus labios, por lo que el primero indicó al verdugo—: Muerte por garrote y fuego al cadáver.

De inmediato el ejecutor giró la manivela e hizo retroceder la argolla que rodeaba el cuello de Jacobo, estrangulándole hasta que dejó de respirar. De igual manera el sacerdote asignado a Abigail se dirigió a ella y le hizo la misma pregunta, a lo que la mujer respondió:

—Acepto morir en la ley de Moisés.

El sacerdote sentenció:

—Quemada viva.

Y prendieron fuego al montículo de leña dispuesto a sus pies. La judía que fuera como una madre para nosotros gritó desgarradamente de dolor intenso y repetía una y otra vez tu nombre, añadiendo que te amaba. Te confieso, hermano, que lastimome el alma lo que presencié y dudé por un momento de su culpabilidad. Que Dios me perdone.

Hace unas horas que nuestro hermano mayor ha venido con su carruaje en busca de nuestros padres para llevarlos con él a Alahuelas. ¡Cuánto me he holgado en recibirlo! Me instó a que los acompañase, pero he preferido quedarme, con la intención de atender la casa y vender los enseres de la barbería que no precisa nuestro padre, pues al no ser capaz de mantenerla yo, he de cerrarla. Nuestro hermano don Rodrigo tiene a bien asignarme unos dineros cada mes, pues considéralos míos por derecho. Como Roque y Casilda continúan viviendo aquí en invierno, percibo también la liquidación de su renta. Trato de decirte con esto, carísimo hermano, que no tengo

necesidades, pues recibo más de lo que gasto. Lo que quisiera ahora es conocer qué he de hacer con esta soledad que me ahoga desde tu ausencia, pues más te quisiera tener ahora en esta vida que en la eterna. Si bien espero que desde la presencia del Todopoderoso me seas centinela del alma, como aquí lo fuiste.

De Madrid, a 29 de septiembre de 1688. — Lázaro.

Antes de que amaneciera ya hacía calor, pero el miedo que sentía en esos momentos no le permitió siquiera imaginarlo. Lo supo tal vez porque la humedad de las paredes le pareció sudor de estío, aunque bien pudiera tratarse de la exudación que precede a la muerte. Los tobillos y las muñecas descarnados por las argollas que la mantenían encadenada le dolían más de la cuenta, probablemente por la infección que se iniciaba en las llagas. Sentía la cara inflamada por los golpes recibidos durante días, y era probable que cada uno de sus huesos anduviera al límite de quebrarse. Sabía que en cualquier momento, ya fuesen minutos, horas o días, una luz tintineante de vela se aproximaría por el corredor de su izquierda hasta llegar a la puerta de su celda, y quizá esa fuera la última vez. Contuvo los jadeos provocados por el pánico, pues temía ser oída y motivar con esto más tormento, aunque lo único que consiguió fue un mareo incómodo que le impidió permanecer alerta con los cinco sentidos. En un instante resolvió que, en el caso de llegar hasta ella, se enfrentaría a su carcelero con la intención de suplicarle que le diera muerte allí mismo en vez de hacerlo de la forma a la que fue condenada. Tenía miedo, mucho miedo, no tanto a morir como al sufrimiento que sabía que le profesarían antes de hacerlo.

El olor era nauseabundo por el cúmulo de excrementos humanos que nunca fueron limpiados, mezclados con los cadáveres de las ratas que ocupaban con ella el lugar, así como por su propia hediondez y la podredumbre de su carne herida, que avanzaba rauda empujada por la mugrienta herrumbre de los grilletes que la mantenían presa. Comprendió entonces el sentido de las cadenas en esa reclusión inviolable, que no era otro que evitar el suicidio del preso, algo que ella llevaría a cabo sin duda, de serle posible.

Tal y como esperaba que sucediese tarde o temprano, la claridad tintineante de una vela se acercaba por el corredor envuelta en el sonido de pasos y de un murmullo de oración proveniente de más de un hombre. Pudo ver, cuando llegaron a la puerta de su celda, que se trataba del carcelero acompañado de dos frailes que portaban una cruz dorada, de unos diez centímetros, y una biblia, respectivamente. Cuando entraron los tres en la celda, se percató de que el celador portaba un cubo lleno de agua así como un sambenito negro pintado con demonios y llamas y una coroza roja con los

mismos motivos. Era la indumentaria con que la vestirían para salir de allí.

—¡Levanta, mujer! —exigió el guardián mientras tiraba al suelo los ropajes.

Ella hizo caso omiso, pues tanto dolor albergaba su cuerpo que no era capaz de acatar ni sus propias órdenes. El carcelero no volvió a repetirlo. Se acercó hasta la mujer con el cubo y lo vació sobre ella; después, le propinó una fuerte patada en los tobillos descarnados a la vez que gritaba:

—¡He dicho que levantes!

A duras penas así lo hizo, mientras el guardia le quitaba los grilletes y la vestía con el sambenito y la corozca; luego la maniató, sin cuidado de dañar más aún sus heridas, y fue conducida por los dos clérigos a través de los corredores subterráneos hacia el exterior para unirse a la comitiva que aguardaba antes de iniciarse el trayecto. A la cabeza de la procesión, y llevadas por miembros del Santo Oficio, iban cinco efigies de ausentes o fallecidos seguidas de un penitente que portaba un cirio entre las manos y una soga al cuello. En tercer lugar, dos mujeres y un hombre vestían un sambenito amarillo con grandes aspás, y a continuación, ella y su esposo, completamente desfigurado por todas las torturas infligidas, que cerraban la sucesión.

Muy poco le importaba qué hicieran con ella a estas alturas, por lo que se concienció de que el escarnio al que eran sometidos por parte del pueblo, así como los salivazos y pedradas que les lanzaban, no podrían lastimarla más de lo que ya estaba. Se reconoció herida de muerte, pues sabía que las infecciones que punzaban de dolor todos sus sentidos se iban distribuyendo por todo el organismo a través de su sangre envenenada. Tan solo le quedaba morir, y ansiaba que llegara el momento.

En la Plaza Mayor se habían levantado dos tribunas, en una de las cuales estarían los reos, el predicador y el lector de las sentencias. Frente a ellos se alzaba el otro estrado, cuyos asientos fueron ocupados por las principales autoridades. La muchedumbre se repartió por todos los rincones de la Plaza Mayor para contemplar la ceremonia.

El auto de fe se inició con el juramento solemne de los asistentes de mantener la absoluta fidelidad a la fe católica y al tribunal del Santo Oficio. Tras la promesa se ofició una misa y a continuación se leyeron las sentencias:

relajación al brazo secular. Su esposo y ella fueron bajados del estrado y entregados a las autoridades civiles que los condujeron en procesión hacia las afueras, hasta llegar a los quemaderos, en donde los ataron a un mástil y sujetaron del cuello con una argolla. No se habían dicho ni una palabra hasta ese momento, en el que él se pronunció:

—En poco tiempo cesará el dolor y estaremos juntos para siempre. Te amo, Abigail.

Uno de los frailes que los acompañó hasta allí se acercó a él y le preguntó:

—¿Aceptas morir en la fe de Cristo?

El hombre asintió, y tras besar la cruz que acercaron a sus labios, el verdugo le dio muerte por garrote.

La mujer, más sosegada que nunca, vio entre el gentío dos rostros muy queridos: el de un hombre joven que lloraba amargamente y el del niño que este llevaba cogido de la mano y cuya mirada era profundamente triste. Uno de los dos clérigos que fue a buscarla a la cárcel y la acompañó en todo momento, le hizo la misma pregunta que a su marido:

—¿Aceptas morir en la fe de Cristo?

Y ella, que nunca hizo mal a nadie, consideró que la forma de revelarse contra el ponzoñoso poder humano no era otra que renegar del Cristo asesino que algún criminal se inventó para dominar el mundo, y, conociendo las consecuencias, afirmó:

—Acepto morir en la ley de Moisés.

Cerró los ojos y vio acercarse la luz del ángel a quien amó como a un hijo. Gritó su nombre pues ansiaba su abrazo, y mientras el calor le abrasaba hasta el alma, el pequeño ángel la liberó de sus ataduras y la llevó volando de la mano hacia la vida eterna.

Mónica despertó sobresaltada; se había quedado dormida en la sala de estar sobre la carta que había leído allí y le había impresionado tanto, que incluso soñó con que la Inquisición la quemaba viva. Creyó que no lo

olvidaría en la vida, había sido tan real...

Tras comprobar que ya eran las seis menos cuarto de la mañana, y que en poco tiempo las sores y Gonzalo estarían en pie para comenzar la jornada, se apresuró a recoger el tenderete que tenía organizado en el comedor antes de que alguno de ellos se personara en el lugar, y subió al dormitorio. Se quitó los zapatos y se metió en la cama tapándose hasta los ojos a fin de que sor Berta no descubriera que estaba vestida, pero fue demasiado tarde.

—No vas a descansar si te acuestas con la ropa de calle.

—¿La he despertado, sor Berta? Perdóneme, me quedé dormida leyendo en la salita y no he querido molestarla haciendo ruido.

—No te apures, mujer, si ya me tengo que levantar. Descansa ahora un poco más.

—No estoy cansada. Yo también iré a misa después de una buena ducha.

Las tres religiosas, Mónica y Gonzalo escucharon misa con el pequeño Ernesto dormido en el carricoche, y se reunieron después a desayunar en el comedor. Mónica escuchó el estrépito de la vajilla, a partir del cual se repitió la misma rutina del día anterior: los niños se despertaron y Ernesto fue atendido por sor Antonia, mientras sor Berta y Gonzalo acudían a la llamada de Saray y Adrián. Mónica quiso entonces acercarse a sor Antonia para preguntarle por el fenómeno de los cacharros rotos, pues estaba segura de que ella también lo escuchaba, pero la religiosa se incorporó en cuanto vio que la muchacha se disponía a hacerlo y se excusó:

—Disculpa, yo también he de subir a cambiar los pañales de Ernesto.

Al poco tiempo llegaron Saray y Adrián con sus cuidadores, y Mónica se sentó junto a Saray para atenderla durante la primera comida del día, cuando sonó el timbre de la puerta principal. Sor Berta se dirigió a la portería para abrir desde allí, denotando sorpresa en su rostro pues no esperaban ninguna visita. Mónica observó desde el comedor que se trataba de un hombre y una mujer de unos sesenta y tantos años que habían entrado en la conserjería, y que sor Berta, entre abrazos y besos, exclamó muy contenta:

—¡Qué alegría!

Gonzalo se puso en pie al escuchar sus voces, y corrió a abrazarlos en cuanto entraron en el comedor. Sor Natividad, que desde la cocina escuchó el bullicio que se había organizado, salió a toda prisa, y al ver a la pareja, su rostro se iluminó y se apresuró a abrazarlos también. Mónica, mientras tanto, no sabía qué hacer, sobre todo teniendo en cuenta que Adrián y Saray estaban desayunando y mostraban inquietud por lo que estaba sucediendo en la sala.

—Permitidme que deje estas bolsas, que pesan lo suyo —dijo el recién llegado depositándolas sobre una silla. Sacó del interior de ellas varios paquetes envueltos en papel de regalo que fue colocando sobre la mesa. Tomó uno de ellos y se dirigió a sor Berta—: Sor Berta, unas chocolatinas finísimas, como a usted le gustan, venidas directamente desde Bélgica.

—¿Por qué se han molestado? —preguntó la religiosa con los ojos muy brillantes clavados en el delicioso regalo.

—No es ninguna molestia, hija —respondió la señora—. Es un placer ver cómo disfrutas del chocolate.

—¿Cómo no? —exclamó sor Berta abriendo el paquete—. Siempre me traen el mejor.

—Espero que a sor Natividad le guste su regalito tanto como a ti —dijo el hombre dándole una botella envuelta en papel de regalo—. Este proviene de Italia.

Sor Natividad lo abrió y todos comprobaron que se trataba de un licor: Limoncello.

—¡Qué rico! —celebró la religiosa—. Me van a salir unas torrijas riquísimas con esta bebida.

Gonzalo esperaba nervioso por su regalo, y el señor se lo entregó con mucho cariño.

—Este es para ti, campeón. Desde Francia con amor.

—*¡Marron glacé!* —exclamó Gonzalo antes de abrirlo.

—Pues claro. Lo prometido es deuda, aunque insisto en que, a pesar de inventarlas los franceses, las mejores se hacen en España.

Mónica disfrutaba con la escena, aunque se sentía muy incómoda pues no

sabía si fingir que no se enteraba de nada o participar de la alegría de todos y de paso presentarse, aunque esta opción, al no haber regalo para ella, quizá contrariara a los invitados. Creyó que la señora le leyó el pensamiento, pues le dijo algo en voz baja a sor Natividad mientras la miraba.

—Disculpad —dijo la religiosa—. Somos unos maleducados que no os hemos presentado. Esta chica tan guapa es Mónica, que está viviendo con nosotros. Mira, Mónica, ellos son Pilar y Baldomero.

Mónica, que ya se había puesto en pie, se acercó a ellos y les dio dos besos a cada uno mientras les decía:

—Encantada de conocerlos.

Baldomero cogió el paquete más grande que había sobre la mesa y le dijo a la muchacha:

—Mi mujer habla todos los días con Antoñita y ya nos había informado de que estabas.

—¿Antoñita? —preguntó Mónica tratando de recordar a alguien que se llamara así.

—Se refiere a sor Antonia —aclaró Gonzalo sonriendo de la misma forma que lo hicieron los demás.

—Eso, sor Antonia. Es que nosotros nos conocemos desde hace muchos años, cuando todavía era Antoñita —continuó Baldomero—. Así que no creas que te ibas a quedar sin regalo. —Mónica recogió el obsequio entre tímida y asombrada, quedándose sin palabras. El hombre prosiguió—: Como no sabíamos si te gustaría el chocolate, el *marron glacé*, las frutas escarchadas o el licorcete... para las torrijas, pues te hemos traído esto de Londres. Ábrelo, a ver si te gusta.

Mónica así lo hizo, y sacó del paquete un gracioso oso de punto con dos botones por ojos, idéntico al que sale en la serie televisiva *Mr. Bean*.

—¡Qué bonito es! ¡Me encanta! Muchísimas gracias —expresó de corazón.

Baldomero, que disfrutaba más que los que recibían los regalos, obsequió también a Saray con una tarta de caramelos y a Adrián con una caja de Chupa

Chups. Sor Antonia entró en el comedor con Ernesto en los brazos, y sor Berta, a sabiendas de que la superiora querría abrazar a los invitados, se apresuró a liberarla llevándose al niño con ella. El rostro de sor Antonia se iluminó de alegría al ver a sus amigos. Se abrazaron los tres mientras el resto los contemplaba con cariño.

—¿Qué tal el viaje? —les preguntó la religiosa.

—Ha sido increíble; todo precioso —manifestó Pilar—, pero agotador.

—Ya os dije que Europa es muy grande como para conocerlo todo en quince días —observó sor Antonia.

—Así es, y además este hombre... ¡que no puede estar ni un rato quieto! —repuso Pilar señalando a Baldomero, el cual ya había ido a buscar el obsequio para sor Antonia, que se trataba de una cesta de frutas escarchadas envuelta en papel celofán.

—Toma, guapa —dijo dándole el regalo—, que sé que te encantan.

—¡Ay, Baldo!, que como me sigas trayendo estas delicias voy a bajar las escaleras rodando. —Todos los presentes rieron—. Muchas gracias, queridos —agregó cogiendo la cesta de frutas—. Sentaos con nosotros y contadnos el viaje, que estamos ansiosos por saber.

Mónica insistió en que sor Natividad se sentara a la mesa con los invitados mientras ella se encargaba de preparar café para todos. Tras el entretenido relato de las vacaciones por Europa, que Baldomero ilustró con fotografías bellísimas que había tomado con su cámara digital, sor Antonia les anunció:

—Me alegra que hayáis venido, pues he de comunicaros algo muy importante. —Mónica creyó que sobraba e hizo ademán de levantarse de la mesa. Sor Antonia la detuvo—. No te preocupes, Mónica, no es ningún secreto. Tiene que ver con la casa y tú vives en ella.

La religiosa les explicó a todos la situación por la que pasaban en esos momentos, en que el ministerio consideraba que mantener en pie la casa, así como la actividad que en ella realizaban, suponía un gasto innecesario tal y como estaban las cosas; un gasto que no estaban dispuestos a asumir, ya que los únicos tres internos con que contaba la institución podían ser acogidos en

otros centros del país. Tan solo les quedaba dinero para cubrir las necesidades del curso que se acababa de iniciar.

—Da igual lo que decida el ministerio. Nosotros podemos mantenerlos a todos. No voy a permitir que por culpa del dinero les falte vuestra atención a estas criaturas.

—No, Baldo, déjate de estupideces —atajó sor Antonia—. Tenéis un hijo y tres nietos. ¿Qué pasaría si ellos precisaran vuestra ayuda y vosotros no pudieseis dársela? No, cada uno lo suyo; bastante hacéis con vuestro trabajo y las generosas aportaciones que nos dais. Pili, lamento mucho que hayas trabajado en balde con los planos de la piscina cubierta. Como comprenderás, dada la situación, nos hace falta lo que hemos podido ahorrar para llevar a cabo el proyecto.

Mónica miró a sor Berta y le preguntó en voz baja, sin que los demás la oyeran:

—¿Pilar ha hecho los planos para una piscina cubierta?

—Sí, son arquitectos los dos; de hecho, ellos son los que han ido transformando la casa para hacerla más funcional.

Mientras tanto, Pilar se negó a no hacer realidad la tan deseada piscina, y les informó de que ellos correrían con los gastos de la obra.

—No merece la pena, Pili —insistió sor Antonia—. No habrá tiempo de disfrutarla.

—Aunque solo fuera por ver sus caritas la primera vez que se sumerjan en ella, merece la pena, sin duda. No hay más que hablar. Tal y como estaba previsto, en noviembre comenzaremos las obras.

Mónica estaba encantada con que Gonzalo se sentara junto a ella en las comidas, ya que ella no comía tanto como sor Natividad se empeñaba en servirle, y el hombre no tenía inconveniente en ayudarla y dejar el plato limpio. Tras la comida, los niños se echaron la siesta y Mónica consiguió que sor Natividad se retirase a descansar a la sala de estar, mientras ella fregaba

los platos y adecentaba la cocina. Pensó, mientras tanto, en lo tristes que estaban todos por el próximo cierre de la casa. Algo en su interior le decía que eso no sucedería jamás, ya que sería tremendamente injusto. Cuando terminó en la cocina, se dirigió a la habitación para coger el ordenador y vio la carpeta con las cartas antiguas que le dejó Gonzalo. Sintió de pronto mucha curiosidad por saber más de la vida de Lázaro, por lo que la tomó y bajó al patio, pues todavía hacía buen tiempo y sería agradable sentarse en el columpio a disfrutar de la lectura de la siguiente carta. Apenas empezó, escuchó a su espalda:

—¿Quieres que te empuje?

Al comprobar que se trataba de Gonzalo, el corazón le dio un vuelco.

—No, lo que quiero es que te sientes conmigo. —Gonzalo así lo hizo, mientras ella guardaba la carta en su lugar correspondiente en la carpeta y se giraba hacia el hombre, que se había sentado en el columpio que estaba junto a ella—. Muchas gracias por dejarme las cartas.

—¿Has empezado ya a leerlas?

—Sí, anoche. Antes de quedarme dormida, leí la primera, y me fascinó tanto que soñé que me quemaban viva en la hoguera.

—¡Uf!, la verdad es que es una historia tremenda.

—Supongo que tú la conocerás bien.

—Solo por encima. Paso mucho miedo. Quien más sabe de esto es sor Berta, que ha estado escuchando la historia desde que nació, pues ha pasado por su familia de generación en generación.

—Claro, hablaré con ella sin falta.

Gonzalo comenzó a impulsarse con fuerza en el columpio, provocando la carcajada de la muchacha, que no podía dejar de pensar en las pecas tan graciosas que adornaban la nariz del hombre.

Aquella noche, Mónica estaba tan cansada que habló con su madre en el mismo dormitorio, y así de paso se lo mostró a través de la cámara web y le presentó a sor Berta, a quien le pareció mentira que las tecnologías hubieran logrado esto. Tras la videoconferencia apagaron la luz y se dieron las buenas

noches. Cuando Mónica comenzaba a dormitar, un estrépito de platos rotos, seguido del llanto de un niño, la hicieron espabilar. Rápidamente se incorporó en la cama sobresaltada, también Saray se despertó inquieta, y sor Berta, alarmada por el movimiento que se había producido en el dormitorio, encendió la luz y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo ha escuchado? Algo se ha caído en la cocina, voy a ver.

Tan nerviosa estaba la muchacha, que no oyó a sor Berta tratando de tranquilizarla. Cuando llegó a la cocina, comprobó que todo seguía igual, y no se había producido ningún desastre. Tal vez lo soñó y fue su cabeza la que hizo que se asustara. Así que se dispuso a regresar a la habitación, pero tropezó con sor Antonia, que se dirigía a la cocina con Ernesto en sus brazos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la religiosa—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sor Antonia. Me pareció escuchar un ruido y bajé a comprobar si venía de aquí, pero debía de estar soñando. —Iba a darle las buenas noches antes de retirarse, pero recordó que tenía una conversación pendiente con ella, pues estaba segura de que la religiosa también escuchaba cada mañana ese ruido de platos rotos antes de que se despertaran los niños—. Sor Antonia, usted también lo ha escuchado, ¿verdad?

—Bueno..., yo... he de ir a acostar al niño...

—Por favor, hablemos de esto, se lo ruego.

La religiosa respiró hondo y dijo:

—Está bien, tomemos un vaso de leche, porque me parece que la conversación llevará tiempo. —Las mujeres se sentaron en el comedor con un vaso de leche cada una. Ernesto ya se había quedado dormido en los brazos de sor Antonia, y la monja comenzó a hablar—. Lo cierto es que, dada mi condición de religiosa, el tema me resulta muy escabroso, y por eso durante este tiempo he preferido no tomar parte.

—¿Durante este tiempo? ¿Cuánto?

—Desde antes de tomar los hábitos. Pilar, Baldomero y yo éramos compañeros en la universidad.

—¿Usted también estudió Arquitectura?

—Ingresé en la orden antes de terminar la carrera, por lo que tuve que dejar los estudios durante un tiempo, aunque cuando llegó el momento en que podía volver a la universidad, me di cuenta de que mi lugar estaba aquí. Como te decía, a Pili, a Baldo y a mí misma nos gustaba venir a La Taberna del Marrano, lo que hoy en día es la capilla, y la frecuentábamos bastante, hasta el punto de que era referencia para quedar antes y después de ir a cualquier otro sitio. Pues bien, desde el primer día que pasé por delante del portal de esta casa cuando me dirigía a la taberna, escuchaba romperse algo parecido a una pila de loza, seguido del llanto de un niño.

—Exactamente lo que hemos escuchado esta noche, ¿verdad? —Sor Antonia asintió—. Sin embargo, por las mañanas, yo por lo menos, no escucho el llanto de después del estrépito. Esta ha sido la primera vez. —La religiosa le dio la razón con un gesto—. ¿Por qué?

—Como es evidente, no lo sé, pero lo que sí he observado es que cuando escucho al niño llorar es porque he de actuar. Por eso he venido hasta aquí.

—Y por eso lo he hecho yo también, sor Antonia. El espíritu errante quería que hablásemos de él.

—De errante no tiene nada, pues está en la casa y de aquí no sale. Yo más bien diría que se trata del ángel de la guarda de los niños que, paradójicamente, me da la sensación de que son los únicos que pueden oírlo y hasta verlo.

—Se me ponen los pelos de punta —dijo Mónica frotándose los brazos.

—Lo siento mucho. Supongo que no querrás continuar con nosotros después de comprobar que hay fantasmas en la casa.

—¿Qué? Mire, sor Antonia, sinceramente le digo que soy muy miedosa, pero para ser esta mi primera experiencia paranormal, no me produce tanto temor, si acaso un susto de vez en cuando —bromeó Mónica, provocando la sonrisa de sor Antonia. No voy a quedarme sin saber por qué nos sucede esto. Por cierto, cuando entré aquí la primera vez, vi en las cortinas las sombras de dos mujeres tendiendo ropa en el patio y de dos niños, uno de los cuales tocaba el violín. Después comprobé que no había tendedero en el patio y, por

supuesto, que ninguno de nuestros niños tocaba el violín. ¿Tendrá que ver con lo que escuchamos?

—Esto que me cuentas no me ha pasado nunca. ¿Un violín, dices? —Mónica asintió—. Tengo entendido que el último dueño de la casa, antes de pasar a ser de nuestra orden, era un maestro del violín. En la última reforma que hicimos en la casa, Gonzalo encontró unas cartas...

—Las cartas de Lázaro, ¿verdad? —interrumpió Mónica. La monja afirmó con la cabeza—. Me las ha prestado para que me entretenga leyéndolas antes de dormir.

—Es fantástico que las tengas. Yo nunca he terminado de leerlas, pues este asunto me da mucho respeto y no quiero saber más, pero lo mismo tú encuentras algo que lo explique todo.

—Puede ser.

—Una cosa más. Que esto quede entre nosotras, por favor. No debemos alarmar a los demás.

—Descuide, sor Antonia. Yo me voy ahora mismo a continuar leyendo. La mantendré informada de todo.

—Solo de lo imprescindible, por favor.

Regresaron a sus habitaciones y Mónica, caminando de puntillas para no volver a despertar a sor Berta, se acostó y se dispuso a leer más cartas de Lázaro asistida por la tenue luz de su lámpara.

Amadísimo hermano:

Estos días estoy en Alahuesas por Pascuas con nuestra familia, gozando del campo. El tiempo ha estado tan templado que nos hemos divertido; sobre todo nuestra madre, que al amparo de la suya propia, nuestra carísima abuela doña Violante, empezó al poco de venir a perfilar sonrisas, progresando tanto en estos meses, que ya vuelve a estar entre nosotros. Padre atribuye a la exigua alimentación de estos años atrás en Madrid, pues no toleraba alimento apenas, el que su salud se resienta ahora y no quede más remedio que estar atentos con ella. En otoño sin ir más lejos, hubo que

sangrarla por una calentura catarral que la retuvo tres días postrada. De esto también se recuperó, a Dios gracias (y también a las ollas de Custodita, que ha heredado el buen hacer de su difunta madre). Aunque todavía sus manos están tan débiles que casi no pueden sostener el violín, pasamos muchas horas juntos tañendo el instrumento como ya hiciéramos antes de tu marcha. Su ánimo no desfallece y lo intenta una y otra vez, pues no puede haber gusto entero en esta vida y los trabajos en ella son el mejor medio para conseguir lo que más importa. La voluntad no puede estar ociosa.

Nuestra madre ha tenido a bien obsequiarme definitivamente con el violín que padre le regaló antes de nacer nosotros, y que en la actualidad compartíamos en Madrid; ella se quedará con el que conservan en Alahuesas. Insiste en mi virtuosismo rogándome encarecidamente que me quede en Alahuesas y haga sonar el violín para ella siempre que lo solicite; pero no es lo que yo deseo, pues he de velar por la casa de la Corredera Baja de San Pablo, nuestro hogar.

Como necesito emplearme en algún oficio antes de regresar a la villa pasadas las Pascuas, me he animado a acompañar a nuestro hermano don Rodrigo a las lecciones de tiro que imparte en el coto de palacio un veterano de Flandes de nombre don Juan Fradejas. Nuestro hermano lo hace por solaz mientras que yo las aprovecho en cuanto puedo, pues me planteo alistar en los tercios y servirle así a su majestad, otorgándole el triunfo sobre sus crueles enemigos.

Últimamente llega hasta palacio, acompañando a su padre, la hija de Fradejas llamada Eugenia, la más hermosa criatura que ha dado esta tierra nuestra, cuya pureza de corazón ha prendado mi espíritu, que goza con su presencia.

Es menester grande la ayuda de Dios para entrar en los tercios. Solo quisiera poder ejecutarlo, pues con ello podré llegar al estado que deseo y en posición de desposar a Eugenia.

Repetidas veces pido al Todopoderoso que te guarde siempre a su diestra divina.

De Alahuesas, a 2 de diciembre de 1688. — Lázaro.

Mónica se quedó pensativa. Tal y como imaginaba sor Antonia, las cartas hacían referencia al violín del autor de estas, que pasó de su madre a él..., aunque quizá este detalle careciera de relevancia para la explicación que precisaba en esos momentos. Alzó la cabeza y dirigió su mirada hacia la pared del fondo de la estancia. La poca luz de la lámpara de su mesilla le había hecho fijar tanto la vista en la escritura que le escocían los ojos y la pausa fue obligada. Meditó sobre lo difícil que le resultaba entender la forma de escribir de aquella época, y creía que si hablaban de la misma forma, hubiera sido cuando menos gracioso escucharlos. El cansancio y el agotamiento ocular le obligaban a cerrar los ojos, pero no quería sucumbir al sueño, pues algo en su interior le indicaba que era urgente continuar con la siguiente carta, a pesar de que su reloj marcara las dos de la mañana y el tiempo rara vez se hace esperar. Sacó de la carpeta la siguiente misiva y retomó la lectura.

Amadísimo hermano:

Hago más de un año sin referirte nuevas, pues bien sabrás que anduve postrado en cama un mes y falto de salud hasta hace poco, a consecuencia de un proyectil que terminó alojado en mi rodilla derecha cuando, en una clase de don Juan Fradejas, desbocóseme el arcabuz. Desde entonces a duras penas camino con bastón por una cojera tan notable, que ni siquiera intentaré diligencias para formar parte de nuestros aguerridos tercios. Quizá este desatino se haya desencadenado como aviso del Altísimo, pues no sea en la contienda donde Él pretenda a este humilde siervo.

En lo referente a los afectos, te diré que este tiempo en Alahuelas se pasó bien junto a los nuestros. Madre está muy recuperada, hasta el punto de que padre y ella vuelven a compartir lecho y sus muestras de amor son tan notorias y poco comedidas, sobre todo en lo que al ruido noctívago se refiere, que nuestras abuelas doña Violante y Juana los han llamado al orden en más de una ocasión. Con afectos tiernos originados de lo que amo a nuestros progenitores, le he rogado al Creador que, si todavía están a tiempo, les otorgue un nuevo hijo que consuele el vacío que, sin pretenderlo,

dejaste tú en ellos.

Nuestro padre me insta a que, humildemente, corra el riesgo de emplearme en la música como oficio, señalándome la que fuera la barbería del marrano como el lugar idóneo para que todo negocio que se precie salga adelante, pues asegura que ser artista es lo opuesto de ser soldado, y que el accidente acaecido con el arcabuz fue para darme cuenta de ello. Como desde hace tiempo abrigo el deseo de abrir una escuela de música, es probable que lo lleve a cabo.

Estos días de carnestolendas nos hemos acercado todos juntos, incluidos nuestros tíos y primos, al pueblo, para divertirnos en las fiestas lícitas que el tiempo trae consigo y para que los más pequeños hagan ejercicio. Nuestra abuela doña Violante tuvo a bien convidar a Eugenia a este acontecimiento familiar. La bella joven disfrutó en la plaza de la alegría de los infantiles haciéndose una más en sus juegos. Yo la contemplaba sentado en la distancia, pues desde el accidente mi limitación es proclive al empeoramiento y, a pesar de desearlo, no me arriesgué a participar en el juego. En medio de la vicisitud, uno hace cuanto puede para aprovecharse de las ocasiones que se nos ofrecen, ¿no lo crees? Eugenia, fatigada de jugar con los primos, vino hacia los mayores mientras que nuestro hermano don Rodrigo continuó cuidando el recreo de los infantiles. Yo le cedí a ella mi asiento.

—No os molestéis, Lázaro —me pidió.

—Os lo ruego, acomodaos en mi asiento, pues yo puedo hacerlo sobre el poyete de la fuente, tras de vos.

No acierto a saber si es lo que Eugenia prefería, ya que pasado un rato, cuando, también cansado del juego, llegó hasta mi lado don Rodrigo, ella aprovechó la coyuntura y se sentó con nosotros en el poyete.

Desde la primera vez que besé su mano y la conocí, infundió Dios en mí unas ansias más que naturales de abrazarla. He de contenerme, pues es en la cercanía que estas ansias presionan mi corazón vehementísimas y dudo que pueda vivir mucho más tiempo sin hacerla mía.

Nuestro hermano don Rodrigo ha dispuesto para mí un carro y un caballo para mis desplazamientos a Madrid y a Alahuelas. Mañana mismo

retornaré a la villa para iniciar los preparativos del nuevo negocio.

Para todo he menester la ayuda de Dios, pues sin esto no hay nada. Así te encargo, ya que a su lado estás, amado hermano, que aprietes ahora para que me asista en esta empresa.

De Alahuesas, a 7 de febrero de 1690. — Lázaro.

Mónica despertó muerta de sueño, pero aun así lo hizo con fuerzas renovadas y ansiosa por empezar un nuevo día. Sor Berta no se encontraba en el dormitorio y Saray dormía plácidamente. Miró el reloj y comprobó que se le había hecho tarde para asistir a misa, aunque era temprano para que los niños se despertaran, así que bajó a la cocina, preparó el café para que sor Natividad no se molestara en hacerlo cuando acabara la ceremonia, y lo dispuso todo en la mesa del comedor, a la que se sentó para beber su taza de café. Apenas lo hizo, sonó el timbre del portero automático. Ella se puso en pie como impulsada por un resorte, se dirigió a toda prisa hacia la portería, en donde tenían el telefonillo, y pudo comprobar en la pantalla que quien llamaba era un hombre joven, muy apuesto, peinado hacia atrás e impecablemente afeitado. Esto la atolondró más aún y no sabía qué hacer, hasta que el hombre volvió a llamar y Mónica se decidió a descolgar el telefonillo.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Sor Berta? Soy el doctor Blanco.

—Sor Berta no está en estos momentos —respondió nerviosa, creyendo que era una visita de la monja.

—Eh... Bueno, soy el pediatra del bebé.

Mónica recordó que sor Antonia le había indicado que el médico de Ernesto pasaba todas las semanas para comprobar cómo evolucionaba, e inmediatamente pulsó el botón con que se abría el portal y salió de la garita para recibir al hombre.

—Perdóneme, doctor —le dijo aproximándose a él con la mano extendida para saludarlo—. Ernesto está en misa con las hermanas, nadie me dijo que

usted vendría hoy. Yo soy Mónica, la nueva habitante de la casa.

El hombre, igual de apurado, estrechó su mano.

—Encantado, Mónica. Yo soy Daniel Blanco, el médico de Ernesto.

—Sí, lo sé. Hace unos días me informó sor Antonia de su visita todas las semanas.

—Así es, lo único es que hoy nadie me esperaba. No pude avisar de que no podré venir esta tarde porque me han puesto una guardia en el hospital, por eso he venido ahora, sin contar con que todavía están en misa. Lo siento.

—No se preocupe, así me hace compañía tomando un café mientras salen. Venga conmigo.

—De acuerdo, pero con una condición. Tutéame, que me haces sentir viejo.

Mónica asintió, y se dirigieron al comedor. Una vez allí, la muchacha sacó otra taza para él, le sirvió y se sentó a su lado.

—¿Tú también eres de la orden? —preguntó el doctor.

—¿De qué orden?, ¿de las Acogedoras? No, qué va. Me han permitido trabajar con ellas durante este curso, pues necesito reunir información para documentar mi tesis.

—Qué interesante... ¿En qué?

—Pedagogía.

—Una carrera muy bonita y muy necesaria.

—Gracias.

—Yo también estaba igual que tú hace unos meses. La defendí en mayo y la verdad es que es un gustazo cuando, después de tanto trabajo, por fin te la quitas de encima. Espero que tengas mucha suerte.

Continuaron conversando distendidos sobre asuntos varios, como el día a día en la casa, lo difícil que se había puesto la vida con la crisis, el tiempo..., hasta que entraron por la puerta de la cocina las religiosas con el carricoche de Ernesto y se sorprendieron gratamente cuando vieron al hombre.

—¡Doctor Blanco! —exclamó sor Antonia—. ¡Qué sorpresa!

—Buenos días, hermanas —respondió él poniéndose en pie—. Disculpen que me haya presentado sin avisar, es que esta tarde no podré venir.

—Siento no haber podido estar para atenderlo.

—No se preocupe, sor Antonia. Mónica me ha invitado a un café con magdalenas mientras llegaban ustedes, y hemos estado muy a gusto conversando.

Sor Antonia llegó hasta ella, que permanecía sentada. Besó su cabeza y dijo:

—Esta muchacha es una bendición, vale su peso en oro. Fíjese que nos ha preparado el desayuno a todos —señaló a la mesa con los servicios dispuestos.

—Es maravillosa —añadió sor Natividad.

Gonzalo entró por la puerta de la cocina, pues había estado ayudando al sacerdote a despojarse del revestimiento sagrado, y cerrando la puerta de la capilla que daba a la calle. También mostró su agrado al encontrar al médico a esa hora en casa desayunando con ellos. De pronto, y como era habitual, Mónica y sor Antonia escucharon el estrépito de la vajilla. Ambas mujeres se miraron, sonrieron y apuraron las tazas de café, pues sabían que comenzaba la jornada. En efecto, Ernesto se despertó y, en las pantallas de los intercomunicadores, Saray y Adrián mostraban que ya se estaban espabilando, por lo que, como era habitual, sor Berta y Gonzalo fueron a buscarlos. Sor Antonia y el doctor salieron con Ernesto y se dirigieron a la sala de estar, en donde el médico examinaba al niño. Mientras la religiosa acomodaba al bebé en la mesa camilla para su exploración, el médico le dijo:

—Sor Antonia, supongo que Mónica estará al tanto de que Ernesto necesita que lo toquen siempre.

—Por supuesto —respondió la monja un tanto molesta—. ¿Por qué lo pregunta?

—No, por Dios, no me malinterprete. Era por hablar de algo, nada más. No piense que la chica no me gusta, todo lo contrario... Vamos, que lo que

quiero decir es que me gusta como persona, es muy agradable...

Ante el nerviosismo del hombre, sor Antonia sonrió e intervino:

—Le he entendido, doctor. Para su tranquilidad, le diré que por ahora Mónica solo se relaciona con Saray. Vamos despacito, y supongo que para cuando se acerque a Ernesto, este ya la conocerá y no le extrañará en absoluto que lo toque. Mónica es una mujer muy preparada y sabe tratarlos... No está casada, vive con su madre en Alcorcón y desconozco si tiene novio, pero de momento ningún chico ha venido por aquí preguntando por ella, tan solo su amiga Lourdes le envía mensajitos al teléfono móvil en los momentos más inoportunos, y cuando lo hace, Mónica lanza sapos y culebras por la boca. — El médico sonrió y sor Antonia prosiguió—: A lo mejor, si usted tiene tiempo, podrían dar un paseo con Ernesto alguna tarde para que el bebé la vaya conociendo.

—Eso estaría bien —afirmó Daniel, sin tratar de ocultar la satisfacción que le producía el pensar en salir con Mónica.

—Porque usted no tiene compromiso con ninguna mujer, ¿verdad?

—Verdad. No la hacía yo a usted tan alcahueta, sor Antonia.

—Lo cierto es que yo tampoco.

Ambos rieron haciéndoselo notar a Ernesto, que también rió con ellos, mostrando el brillo de su incipiente diente. Mientras tanto, sor Natividad y Mónica preparaban el desayuno de los tres niños: la monja, dos tazones de cacao para verter en ellos los cereales, y la muchacha, el biberón del bebé, al que solo hacía falta añadir dos cucharadas de papilla, cuyo envase no alcanzaba al encontrarse este en la balda más alta del armario.

—Espera a que llegue Gonzalo y te lo alcance —sugirió sor Natividad.

—Este hombre es un caso. Mire que le pedí que lo dejara a mano.

—No te enfades con él, mujer. Lo que pasa es que le gusta encargarse él de todo lo que pueda. —Desde que Mónica lo conoció, siempre creyó que Gonzalo era quizá un sacerdote sin alzacuello, cuyo trabajo era una continua ofrenda a Dios, pero no estaba segura. Sin tener todavía muy claro lo que sentía por él, en su fuero interno deseaba que no fuera así, pues no le gustaría

dejar este mundo sin...—. Es lo que ha elegido —añadió sor Natividad, haciéndola volver a la conversación.

—¿Qué es lo que ha elegido exactamente?

—Pues esto que hace: dedicar su vida a las personas que lo necesitan.

—¿Pero él está consagrado a Dios o algo así?

—No, él es seglar, como tú. No hace falta tomar los votos para trabajar codo con codo con nuestro Señor.

—¡Ah, bueno!

Mónica aguardó a que llegara Gonzalo a la cocina para alcanzarle la caja de la papilla, aprovechándose del momento para tocarle la mano con que le entregó el paquete, con extrema suavidad, casi lasciva.

Amadísimo hermano:

Ruego me excuses por la dilación en las nuevas que te remito, pero anduve un tanto molesto por el proceder divino en mi persona y por ende en lo que a ti, mi querido serafín protector, te atañe.

Juzgué por fortuna infeliz la mía cuando al visitar a nuestros afectos a Alahuelas tras la ocasión que te referí, coincidió con el día de los años de Eugenia, en el que hubo fiesta en los jardines de palacio. Como podrás imaginar, lastimome el alma no haber acudido con un presente para homenajearla en su día, pero nuestra abuela Juana tuvo a bien animarme a recoger flores del campo y tañer al violín música alegre que amenizara la fiesta, para obsequiarla. Eso hice, recolecté las flores más bellas que deleitaban el paisaje de mayo y anduve cuidadoso de no errar en la partitura que con tanto ardor de espíritu le escribí a ella para su disfrute. Tras mi ejecución, que creo excesiva para toda persona ajena a nosotros en cuanto a duración, pues todo lo que ella me inspira no cabría ni en un siglo de vida, Eugenia llegó hasta la tarima que se instaló para mi actuación, dejando a nuestras familias sentadas a la mesa en que se dispuso la merienda, y me refirió:

—Lázaro, me siento muy feliz. Considero el vuestro el más bello de los presentes que he recibido en el día de hoy.

Por mi parte, creyendo tocar el cielo siendo el más ínfimo de los vivientes, respondí:

—Sabed, Eugenia, que temí ser prolijo con la obra y en mi interior se libraba una contienda, pues anduve temeroso de cansaros y ansioso de agradaros.

—La segunda parte venció.

—Sea pues. Si es vuestro gusto, tañeré la pieza cuantas veces requiráis, pues os pertenece.

Eugenia hubiera replicado, pero nuestro hermano don Rodrigo se vino hasta la peana y, llamando la atención de todos los asistentes, se pronunció:

—Nos es muy grato a Eugenia y a mí anunciaros, con el beneplácito de nuestros padres don Amadeo y don Juan, aquí presentes, nuestro desposorio y próximas nupcias.

Si te relatara lo que a continuación sucedió, sería una falacia, pues hice vida sin ser consciente de ello y no volví en mí hasta retornar a Madrid.

Considero en estos momentos, que acabo de llegar de las nupcias en Alahuesas, zanjado el asunto y me centro en el desempeño de dos causas: la escuela de violín y la pensión que fuera esta casa en sus orígenes. Enderezo ahora toda mi atención y fuerzas a cuanto trabajo y merezco, que es poco y pobre, pero los deseos y afectos se adelantan a las obras.

Ruégote, hermano, que concurras al querer divino para que me patrocine y asista en las tribulaciones.

De Madrid, a 20 de junio de 1692.— Lázaro.

—¡Pobre Lázaro! —se lamentó Mónica después de leer la carta, sentada a la mesa camilla de la sala de estar a la hora de la siesta, en compañía de Gonzalo, que dormía apoyado en la mesa, y de Adrián y Saray, que descansaban plácidamente en el sofá.

Sin apenas saber de Lázaro, pues iba conociendo su vida según leía las cartas, sentía profundamente su dolor. Además, el hecho de estar en la misma casa que él habitó siglos atrás le hacía sentirlo de su propia familia, y por lo tanto lo suficientemente unida a él como para tener derecho a lamentarse por su dolor. Muchas veces ella también sintió algo parecido, no tan profundo como el amor que Lázaro sintió por Eugenia, pero sí amó con las mismas ilusiones que la llevaron, en alguna ocasión, a plantearse la vida de una forma determinada para adaptarla a la persona elegida. Pensó en que si esos planes no salieron adelante en su día fue sin duda porque su querida Lourdes no lo consintió. A menudo creía que su amiga llevaba un escáner implantado en los ojos, con el que llegaba a sus sentimientos más íntimos con solo mirarla, y en cuanto detectaba que eran por algún hombre, Lourdes actuaba lanzándose a la conquista de este hasta dejarla sin posibilidad alguna. Fue consciente de la

cantidad de veces que la odió por esto, hasta que aceptó que solo podría pretender a aquellos que no conocieran a su amiga. Desde hacía unos años, solo se fijaba en chicos que ocupaban espacios libres de Lourdes, como Alber, de la facultad, o Gustavo, de la asociación, quienes la quisieron con locura; ella fue la que rompió en ambos casos, cuando la magia se desvaneció. Pero ahora, aunque no hubiera ni rastro de Lourdes, el hombre que no se quitaba del pensamiento le parecía aún más imposible que ninguno de los que su amiga se empeñaba en quitarle: Gonzalo. A Mónica le fascinaba la forma de ser de Gonzalo, su candor le rompía los esquemas. Tanta bondad de espíritu, tanta inocencia contenida en sus ojos... Él a veces la miraba muy quedo, como enganchando palabras de amor en el aire respirado, y a ella se le revolvía el alma de deseo y se ahogaba en lágrimas no derramadas, anhelando ser correspondida. En ese momento, en que él dormía plácidamente, Mónica tuvo el capricho de oler su piel, y se aproximó con esa intención. Acercó la nariz a su rostro muy despacio, para respirar su aroma, y cerró los ojos, pues de esta forma le embriagaría más su olor. El deseo irrefrenable que de pronto sintió por besar su boca la obligó a acercar los labios hasta casi tocarlos. Creyó que sin contar con la voluntad de él sería como ultrajarlo, de manera que contuvo su deseo; pero el beso no pudo reprimirlo y se abrió paso, casi silencioso, perdiéndose en la distancia de un milímetro que separaba sus bocas. Gonzalo, que realmente no estaba dormido, abrió los ojos al oír el tenue sonido de los labios de ella, asustándose muchísimo, pues no esperaba encontrarse a Mónica tan cerca, y lanzó una interjección involuntaria, causando el sobresalto de ella, que chocó su cabeza contra la de él. Casi al instante, mientras se frotaban la sesera, rompieron a reír con todas sus ganas. Ella trató de inventarse a toda velocidad algún argumento que explicara su proximidad a él, pero no fue necesario, ya que el hombre se desternillaba, sin darle mayor importancia. Así estuvieron durante un largo rato, y cuando parecía que ya se tranquilizaban, Mónica aprovechó para preguntarle:

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Sí, muchísimo.

Como la respuesta no fue la que ella esperaba, lo intentó de nuevo cambiando un poco la pregunta:

—¿Y viviendo?

—También —contestó, sin especificar más.

Mónica captó que no debía seguir por ahí, así que lo intentó siendo más directa:

—¿A tu novia no le importa que vivas aquí?

—¿A quién? —preguntó él entre sorprendido y divertido.

—A tu novia, tu chica, tu...

—Ya te he entendido, es que me ha hecho gracia la pregunta. ¿Tú crees que me queda tiempo para echarme novia? Si así fuera, tendría que ser con una monja de la casa, pero ya están comprometidas.

Volvió a reírse, esta vez con los ojos clavados en los de Mónica, que lo miraba muy atenta y dispuesta a escuchar todo lo que el hombre quisiera contarle, por lo que se atrevió a formular la siguiente pregunta:

—¿Has tenido novia alguna vez?

Él se puso serio de pronto, probablemente molesto por la insistencia de la mujer. Respondió:

—No.

—No te creo. Seguro que alguna mujer te habrá hecho perder la cabeza alguna vez en tu vida. —Gonzalo no dijo nada; se limitó a mirarla muy serio a los ojos—. Me cuesta creerte, porque un hombre como tú debería estar más atento para encontrar a alguien que le haga sentir amor, ¿no crees? —Gonzalo no retiró la vista de ella ni un instante, mientras que a Mónica le pareció que no había captado la indirecta; por eso retiró la mirada de él e inmediatamente escuchó los platos estrellarse, con el consabido despertar de los pequeños. Sabía que sor Antonia también lo habría escuchado y en breve le encargaría a sor Berta que fuera a recoger a los niños para darles la merienda.

Aquella noche, como las anteriores, Mónica trató de no pensar en Gonzalo, a fin de no soñar con él, y prosiguió leyendo las cartas de Lázaro.

Amadísimo hermano:

Me hallo sobresaltado y temeroso al haber presenciado un hecho que me ha consternado sobremanera.

Aconteció cuando entraba en la vivienda el 4 del corriente, que oí lamentos de mujer provenientes del patio, y hasta allí acudí presto. Me encontré con Casilda acarreando el cuerpo sin vida de Roque con una coyunda hasta el rincón del patio, en que reposan los restos de maese Jonás. Allí le aguardaba una pala con la que se dispuso, a mi parecer, a abrir una fosa. Rauda la detuve cuestionándola por su proceder, y respondiome entre ahogos y abundantes lágrimas que no tuviera a nadie que la asistiera en este trance. Una vez logrado el conato, yo mismo me ocupé de trasladar el cuerpo a su cabaña y, allí retirado, de darle sepultura. Durante la vuelta a la Corredera, Casilda me habló por el camino de que el motivo de la ausencia de sus hijos no era otro que el hallarse ambos laborando en las Américas para traer con ellos los dineros que dieran de comer a sus familias. Mas lo que se habla en los mentideros de la villa es que si el Altísimo hubiere sido misericordioso con ellos, puede que aún estuvieran en prisión por delitos de sangre, aunque lo más probable es que ya hayan librado sus deudas en el patíbulo.

Paréceme que Casilda no retornará más primaveras a su propiedad en las afueras, pues apenas se vale por sí misma. Desde hace días se halla postrada por una enfermedad que ha padecido con mayores accidentes que otras, y la han sangrado hasta cuatro veces.

He recibido nuevas de Alahuelas anunciándome la probable preñez tan deseada de doña Eugenia. Bien sabéis Dios y tú, carísimo Serafín, que desde su enlace con nuestro hermano don Rodrigo tan solo acudo al palacio un día o dos por Pascuas. Nuestros padres son quienes más lamentan mis sucintas visitas, pero no es delito de la voluntad no ejecutar lo que más se desea. Heme impedido por el sentimiento grave que padezco desde que conocí a la que es ahora nuestra cuñada, y que me aleja de no desearla con acérrima devoción en cuanto la encuentro ante mis ojos. Esto no está bien.

Huélgome con la nueva, pues la mayor y verdadera felicidad no consiste en las fuerzas, poder y majestad de la criatura humana, ni en conocer el movimiento de los orbes celestiales, sino en la voluntad oficiosa en desear el bien de quien se ama.

Alabo al Altísimo por su preñez y le suplico con veras de buen suceso a Eugenia, pues esta prenda es digna de ser amada.

De Madrid, a 15 de marzo de 1695.— Lázaro.

Tras leer esta misiva, a Mónica le costó conciliar el sueño. Creyó que era urgente comunicarle a sor Antonia lo que acababa de leer antes de que empezara la obra de la piscina. Según esta carta, en algún lugar del patio reposaban los restos mortales de un hombre desde el siglo diecisiete.

Se dio cuenta de que, finalmente, había sucumbido al sueño, pues despertó al escuchar que sor Berta salía del baño, ya vestida con la toca y dispuesta a asistir a la misa diaria. La monja se percató de que la muchacha no dormía.

—Perdóname, Mónica, no quería hacer ruido.

—No se preocupe, sor Berta. Tengo que levantarme ya para hablar con sor Antonia urgentemente.

—Pues tendrá que ser después de misa porque es tardísimo, ya ha empezado. Me voy corriendo. Nos vemos.

Mónica también se apresuró, y tras la ducha se vistió y bajó a la cocina a preparar los desayunos, sin dejar de pensar en el muerto que estaba enterrado en el patio. Quizá sor Antonia lo sabía y dio el visto bueno a los planos porque la piscina, cuyas obras comenzarían en una semana, se ubicaría alejada del enterrado. En cualquier caso, en cuanto entró la religiosa en el comedor, Mónica se acercó a ella.

—Tenemos que hablar, sor Antonia, es importante.

—¿Tiene que ver con nuestro secreto o se trata de otra cosa?

—No sé qué decirle.

—Bien. Pues, si te parece, después de desayunar. No quiero que nadie de la casa sospeche.

—Está bien.

Durante el desayuno, sor Berta, que acababa de cambiar las pilas de su intercomunicador, dijo:

—Creo que este chisme ha muerto.

En cuanto escuchó la palabra muerto, Mónica se atragantó con el café.

—¿Cómo que ha muerto? —preguntó sor Antonia.

—Lo que oye, no se enciende ni la pantalla ni el altavoz. Habrá que llevarlo a arreglar, menos mal que todavía está en garantía —dijo poniendo el aparato sobre la mesa.

De pronto y como siempre, el estrépito que solo oían sor Antonia y Mónica sonó y ambas se miraron con una sonrisa. Ernesto comenzó a desperezarse y el intercomunicador de Gonzalo se encendió.

—¿Vamos, sor Berta? —preguntó Gonzalo—. Lo más seguro es que Saray ya esté despierta.

—Sí, vamos. Siempre se despiertan los tres a la vez.

Sor Natividad se puso a recoger la mesa, mientras sor Antonia y Mónica aguardaban a que esta se fuera para poder hablar. Con la intención de disimular mientras la religiosa se retiraba a la cocina, la muchacha cogió el intercomunicador que no funcionaba y se puso a mirarlo detalladamente, como si entendiera de electrónica. Cuál fue su sorpresa, que en el momento que accionó el botón con que se encendía, la pantalla se iluminó. Sintió mucha alegría; pero antes de decírselo a las sores, vio en la imagen que proyectaba la habitación que Saray no estaba sola. El gesto de estupor que compuso Mónica alertó a sor Antonia que, sin preguntarle la causa, se acercó a ella a comprobar qué estaba viendo en la pantalla. Ambas mujeres temblaron presas del pánico al descubrir que junto a Saray había un niño pequeño, de unos tres o cuatro años, de pelo rubio y rizado, vestido con un camisón, que le susurraba algo al oído. Pudieron escuchar la voz de sor Berta que, como siempre, anunciaba su llegada a la niña, a pesar de que no la podía oír.

—Buenos días, Saray, preciosa. Ya estoy aquí.

Sor Antonia y Mónica, que del miedo que tenían no podían articular palabra, y mucho menos avisar a la otra monja de lo que estaba sucediendo, se

dedicaron una breve mirada y volvieron a dirigirla al interfono. El niño, entonces, levantó la cara hacia ellas, sonrió y les pidió silencio llevando el dedo índice a sus labios; después se echó hacia atrás para permitirle el paso a sor Berta, que parecía no haberlo visto. A continuación, el interfono se apagó. Era tal el nerviosismo que ambas manifestaban, que sor Antonia tomó la iniciativa de conducir a Mónica hasta la sala de estar con Ernesto en brazos, antes de que sor Natividad saliera con los desayunos y sor Berta y Gonzalo bajasen con los otros niños. Una vez allí, Mónica preguntó con la voz temblorosa:

—¿Qué ha sido eso, sor Antonia?

—No lo sé.

—¿Quién era ese niño? —demandó Mónica elevando el tono de su voz, mientras asía con fuerza los hombros de sor Antonia.

—¡No lo sé! —repitió la monja. Ernesto rompió a llorar asustado por la agitación que sentía, y alguien que llamaba a la puerta volvió a amedrentarlas.

—Sor Antonia —escucharon decir a sor Natividad desde fuera—, ¿va todo bien?

—Sí, sor Natividad —contestó la monja fastidiada por la intromisión—. Vaya a cocer los garbanzos tranquila.

—¡Qué antipática es usted, por Dios!

Permanecieron en silencio hasta que volvieron a escuchar la voz de la religiosa dando los buenos días a los niños en el comedor.

—Sor Antonia, esto es demasiado para mí, no sé si seré capaz de dormir esta noche en la misma habitación; de hecho, no sé si me atreveré a salir de aquí —informó Mónica con los ojos llenos de lágrimas. Ernesto también lloraba, cada vez con más rabia—. ¿Y si esa presencia le está diciendo algo a Ernesto y por eso se pone así? ¡Por Dios, sor Antonia, haga algo!

La religiosa respiró hondo y resolvió:

—Lo primero que vamos a hacer es tranquilizarnos un poquito y no elucubrar con este nerviosismo, ya que nos anularía todavía más. —Abrió el armario del mueble de la televisión y sacó unos pañales y una toalla que le dio

a Mónica y esta extendió sobre la mesa camilla. Puso a Ernesto encima de ella y, sin dejar de tocarlo mientras lo desvestía para cambiarlo, continuó hablando —: Lo que le pasa a este niño es que está empapado y necesita que lo cambien, nada más.

—Tengo mucho miedo, sor Antonia.

—¿Crees que yo no? Ahora mismo necesito ir a la capilla a pedirle a nuestro Señor que nos ilumine.

—¿Y yo qué hago mientras tanto? —preguntó Mónica con la cara empapada en lágrimas.

—Tranquilizarte mientras llevo a Ernesto con sor Berta y regreso a por ti para irnos las dos a rezar.

—Ni hablar, me niego a quedarme aquí sola. Además, no quiero rezar. ¡Estoy cagada de miedo! ¿Sabe qué le digo? Que me voy.

—¿Cómo que te vas? Espera un momento.

—¡No quiero! Esto es demasiado para mí. —Descolgó del perchero su abrigo y su bolso—. Despídame del resto, por favor. Le pediré a mi madre que venga a recoger mis cosas. Gracias por todo, sor Antonia. —Le dio dos besos y salió de la casa.

La monja vio a través de la ventana cómo Mónica se iba a toda prisa.

La mañana era fría y oscura, con tendencia a empeorar a lo largo del día. Mónica caminaba con zancadas largas, sin querer demorar por mucho tiempo la distancia que precisaba tomar con respecto a la casa. Huía del miedo sin reparar en las personas y cosas con que colisionaba a su paso, absolutamente desnortada, completamente atemorizada. De pronto sintió que sus pies, fríos como el hielo, pesaban más de la cuenta. Miró hacia abajo y descubrió que caminaba sobre un charco. El sonido de los cascos de un caballo sobre el pavimento adoquinado hizo que se detuviera para observar a su alrededor. Sin saber cómo, había entrado en la Plaza Mayor, y frente a ella se encontró un montículo de leña atravesado por un mástil. Creyó estar viviendo una pesadilla. Quizá todo, incluido el niño extraño que visitaba a Saray, era un mal sueño del que esperaba despertar cuanto antes. Dio unos pasos hacia atrás y chocó contra alguien, al tiempo que escuchó:

—¡Agua va!

Y a continuación el sonido del agua cayendo tras ella, salpicándola. Cerró los ojos con fuerza mientras se decía:

—Despierta despierta despierta...

—¿Estás bien? —Mónica abrió los ojos temerosa y vio frente a ella a un operario de limpieza que sujetaba una manguera goteante—. Perdóname. Con el ruido que hace esto, no me he dado cuenta de que te tenía detrás.

—Ha sido culpa mía, lo siento —se disculpó la chica, y se giró de nuevo para comprobar si seguía ahí el montículo de leña que tanto le había impresionado, encontrándose con que, en realidad, se trataba de la acumulación de la basura que recogía un barrendero, y el mástil no era otra cosa que una escoba, el cual en esos momentos conversaba con un policía municipal montado a caballo. Con la respiración agitada todavía, trató de serenarse ralentizando el paso y entrando en un bar a beberse una tila antes de tomar rumbo hacia Alcorcón.

Isi no insistió demasiado en sonsacarle a su hija el verdadero motivo por el que había dejado la casa de la Corredera Baja, a la que con tanto cariño se había referido siempre, y aparentemente aceptó la excusa de que no se encontraba bien. Lo cierto era que su carácter no era el mismo, y esto sí le preocupaba a la madre. No salía, apenas hablaba, su mirada estaba inquieta siempre que coincidía con la suya, aunque no esperara a nadie más. De madrugada se metía con ella en su cama alegando que, al haber dormido tantas noches lejosuna de otra, la había echado de menos, pero Mónica parecía tan asustada que hasta temblaba. Cuando pasados cinco días desde que abandonara la casa, sor Antonia telefoneó, al encontrarse Mónica en la ducha, lo cogió su madre, que aprovechó para hablar con la religiosa:

—Está muy rara, sor Antonia, y no me cuenta nada. ¿Qué ha pasado?

—Nada que yo sepa; se fue alegando encontrarse mal. Si no he llamado antes ha sido por respetar su descanso, pero lo cierto es que yo también me quedé preocupada.

—Tengo entendido que le dijo que yo me pasaría a recoger sus cosas, pero no he querido ir con la esperanza de que cambiara de opinión, pues es una pena que haya dejado así lo que empezó con tanta ilusión. ¿Qué cree usted que debemos hacer, sor Antonia?

—Se me ocurre que si tiene con ella las pertenencias que trajo aquí con tanta ilusión por el proyecto, lo mismo le recuerdan lo feliz que estaba, y vuelva a sentir ese anhelo.

—Entonces, ¿debo ir a recogerlas?

—Se me ocurre algo mejor. se las enviaré con alguien especial, a ver si él la ayuda a decidirse.

Cuando aquella mañana sonó el timbre de la puerta de su casa, Mónica se encontraba depilándose las piernas con cera; ya había terminado con el labio superior y aplicado crema en abundancia para evitar la irritación, quedando dibujado un bigote blanco que no limpió, pues era más importante vestirse con los pantalones del pijama para ir a atender la llamada. Cuando abrió la puerta, comprobó que se trataba de Daniel Blanco, el pediatra, que quedó sin palabras al sorprenderla con el mostacho dibujado con crema blanca.

—¡Daniel, qué sorpresa! Pasa, por favor. —El hombre, que llevaba con él la mochila y la maleta que Mónica se dejó en la casa, entró en la vivienda, y cuando se dieron dos besos, la muchacha se dio cuenta de que no había limpiado su cara; pero ya era demasiado tarde, pues las mejillas del médico mostraban restos del cosmético. Instintivamente, se llevó la mano izquierda bajo la nariz al tiempo que, con la derecha, limpiaba la cara del médico—. Perdóname, pasa y siéntate. Vuelvo enseguida.

Mónica se adentró por el pasillo que distribuía los dormitorios mientras Daniel procuraba que su risa no se oyera. Se sentó en el sofá a esperar y le indicó:

—Sor Antonia me encargó que trajera tus cosas.

Mónica llegó hasta él después de limpiarse la cara y colocó la mochila sobre una silla del salón y la maleta junto a esta.

—Muchas gracias, pero no tenías que molestarme. Hubiera ido a recogerlas mi madre.

—No me importa; todo lo contrario, así de paso te veo.

Ella sonrió tímidamente y le dijo:

—Estoy haciendo café. ¿Me acompañas?

—Claro —aceptó él, y ambos se dirigieron a la cocina, ocuparon sus asientos en la mesa, y Mónica sirvió dos tazas de la aromática bebida. Daniel preguntó sin rodeos:

—¿Por qué te fuiste de la casa? ¿Discutiste con alguien?

—No, para nada. Se han portado todos muy bien conmigo.

—¿Entonces...?

—Pues me encontré mal por un virus o algo, y no quise contagiar a nadie, por eso me fui.

—Entiendo.

—¿No me crees?

—¿Eso importa?

—No debería, pero no me gusta que me tomen por mentirosa. Por cierto, qué borde eres, ¿no?

—Perdona, no quería ser borde. Es que no comprendo por qué no vuelves si ya estás recuperada.

Mónica volvió a recordar el motivo que la obligó a huir de allí y sintió un escalofrío en el corazón.

—No es solo eso. Con tanto trajín en la casa, tenía abandonado a mi director de tesis. Me vienen bien unas vacaciones para reunirme con él más a menudo, y darle un buen empuje al trabajo —resolvió al fin.

—Supongo que sí. ¡Ah! Sor Antonia me pidió que te dijera que abrió tu mochila para meter en ella las cartas que estás leyendo.

—¡Las cartas! ¿Las has traído? —preguntó alegre de retomar su relación con Lázaro.

—Ahí las tienes —respondió Daniel, viendo cómo la mujer acudía a toda

prisa al salón a buscarlas en su mochila. Cuando regresó con la carpeta en donde estaban y la abrió para ojearlas, Daniel añadió—: Mañana van los obreros a la casa.

—¿Qué obreros? —quiso saber ella, sin levantar la vista de los papeles mientras buscaba la última misiva que había leído, separándola del resto.

—Los que harán la obra de la piscina cubierta.

Mónica asoció estas palabras lo que estaba leyendo en ese momento: «el rincón del patio, en que reposan los restos de maese Jonás». Tras unos segundos de silencio que incomodaron a Daniel, resolvió al fin:

—¿Puedes llevarme a la casa?

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Es urgente que hable con sor Antonia, olvidé decirle algo muy importante.

El regreso de Mónica a la casa supuso una gran alegría para todos; la recibieron con tanto cariño que no sabía cómo decirles que tenía previsto volverse a marchar. Lo cierto era que en cuanto entró, sus miedos se disiparon: no le importaba que fuera una casa encantada. Tal vez el reencuentro con este grupo de personas con las que tanto había compartido en apenas tres meses le hizo sentirse en su hogar.

—¿Has venido para quedarte? —preguntó sor Antonia temerosa.

—Estoy aquí para hablar con usted. Es algo importante. —Ambas fueron a la sala de estar, y Mónica, con la voz entrecortada, le relató—: Lo primero, agradecerle que enviara al doctor con mis cosas, y sobre todo con las cartas de Lázaro, pues me hicieron recordar que antes de lo sucedido quería contarle algo a lo que hacen referencia.

—¿Y qué es?

—Pues que, según una de ellas, los restos de un hombre están enterrados en el patio.

—¿Qué me dices?

—Lo que oye. Y me ha dado por pensar que si esto es así, lo más probable

es que con la obra de la piscina se profane la tumba. No sé si el ruido de los platos, el llanto del niño y otras cosas de las que es mejor no hablar...

—Efectivamente, mejor no hablar —apostilló sor Antonia.

—Pues eso, que puede que tengan que ver con el difunto del patio. La verdad, no sé qué creer ni qué pensar.

Sor Antonia, tras meditar durante unos instantes, dijo:

—No tenemos tiempo de cerciorarnos si es verdad que alguien fue enterrado en el patio en aquella época, pero supongamos que sí, en cuyo caso sería muy probable que los obreros hicieran aflorar sus huesos a la superficie. ¿Imaginas lo que sucedería después? Habría que comunicárselo a las autoridades, se abriría una investigación y destartalarían todo el patio buscando más cadáveres, y eso solo sería el principio, pues en cuanto dataran la edad del muerto, lo mismo consideran de interés buscar más cadáveres en el resto de la casa... Definitivamente, lo mejor es impedir que lo descubran. ¿Dónde dice la carta que está enterrado?

—No lo dice.

—Dios mío, ¿y cómo lo vamos a averiguar para evitar el desastre?

De pronto, escucharon un alboroto que se había formado en el comedor. Ambas salieron alarmadas de la sala de estar y se encontraron con que Saray estaba empecinada en irse del lugar, y no había forma de detenerla. Sor Antonia les pidió a las otras monjas y a Gonzalo que la dejaran. La muchacha, que parecía no tener problemas para orientarse, salió del comedor y llegó muy decidida hasta el patio sin la ayuda de nadie, seguida por Mónica y sor Antonia. Caminó hasta un punto en donde se detuvo, señalando al suelo. Sor Antonia le dijo a Mónica:

—Aquí lo tienes.

Mónica se apresuró a marcar el lugar clavando en el césped una rama, que fue lo único que encontró. Sor Berta, que lo vio todo desde la distancia, se acercó a ellas y preguntó:

—¿Qué está pasando aquí?

Sor Antonia le refirió:

—Creo que a Mónica le falta muy poco para convencerse de que la necesitamos aquí. Termine usted de persuadirla. —Después se dirigió a Mónica—. Voy a llamar a Pilar ahora mismo, porque no sé si tendrá que cambiar los planos. Ya hablaremos de todo lo que ha pasado. Gracias, Mónica.

Los días y las semanas transcurrían rápidos, y algunos meses traían el cambio de estación. Aparentemente, todo seguía igual que siempre, salvo las novedades que conllevaba la obra de la piscina, tales como el exceso de polvo que entraba en la casa y los ruidos inclementes de la maquinaria que empleaban para cavar la fosa, cuyas vibraciones eran perceptibles hasta para los niños. Afortunadamente, los obreros no abusaron demasiado de estos métodos, ya que era peligroso dañar la estructura de un edificio tan antiguo.

Era un sábado por la mañana muy nublado, lluvioso y frío. Uno de esos días en los que apetecía quedarse en casa con zapatillas y bata de franela disponiéndose a retar al mal tiempo con la mejor cara, así que Isi se lo propuso a su hija mientras desayunaban. A Mónica le pareció una idea fantástica, de manera que eso hicieron: se dedicaron el día completo una a otra, comida a domicilio y sesión de películas de sábado tarde. Después, cuando lo único que quedaba era la extraña satisfacción de haber perdido el día, conversaron acerca de sus vidas y de los planes que ambas tenían para las próximas fiestas de Navidad.

—¿Cenará Roberto con nosotras en Nochebuena? —se interesó Mónica.

—No, Roberto se va a Valencia, a casa de sus padres.

—Pues si te apetece, podemos ir a Tenerife. Siempre he querido pasar la Nochebuena al aire libre, y seguro que allí podríamos.

—La verdad es que apetecerme, me apetece muchísimo, pero como no nos toque la lotería, tendremos que conformarnos con lo de siempre. ¿Los niños de la casa se irán con sus familias? —se interesó Isi.

—Sí, todas las vacaciones, a ver qué tal lo pasan. Las monjas y Gonzalo se marchan al pueblo de sor Berta, al palacio de los padres.

—¿Al palacio?

—Sí, su residencia. ¿No te he dicho que sor Berta es hija de marqueses?

—No tenía ni idea.

—Pues sí, los marqueses de Alahuelas, el pueblo del que proceden las Acogedoras... Es una historia muy larga que ya te contaré en otro momento. El caso es que todos los años celebran la Nochebuena y la Navidad allí. También se apuntan Baldomero y Pilar, unos amigos de sor Antonia. Creo que lo pasan muy bien y que es un lugar precioso. A sor Berta le gustaría que también fuésemos nosotras, pero ya le he dicho que no podemos.

—¿Por qué no podemos?

—No sé, supongo que cuando se lo dije pensaba que Roberto cenaría con nosotras. ¿Te apetece que vayamos?

—Claro, estaría bien celebrarla con más personas. Además, estoy segura de que habrá misa del gallo, y eso me recuerda mucho a mi infancia.

—Pues no se hable más —resolvió Mónica—: nos apuntamos a Alahuelas.

Amadísimo hermano:

En cuanto me dieron en la estafeta la carta de nuestro hermano anunciándome la nueva del nacimiento de su hija, me encaminé hacia Alahuesas sin acabar de leer la misiva, en la que don Rodrigo me solicitaba apadrinar a la pequeña, que se llamará María Balbina, el nombre de las dos abuelas.

Cuando llegué no me esperaban, y suscitó tanto alborozo entre los nuestros, que anduve dubitativo de si excusarme por haber sido mal hijo y mal hermano o no. Al encontrarme con doña Eugenia ante mis ojos, mi sentir se vio humillado, pues fuera más que de piedra mi corazón si no se moviera con su presencia. Mostróseme más hermosa y radiante que nunca llevando entre sus brazos a nuestra sobrina María Balbina, que es muy bonita y cuán parecida a ti, con los mismos rizos dorados en la testa y de piel y ojos tan claros como la alborada. Fingí no haber visto a la mujer a cambio de la criatura, que por cierto llevaba intrínseco el aroma del vientre materno. Doña Eugenia, al sentirse galardonada con el vacío que le infligí comentó al punto que con una caricia levantó mi cara hacia ella:

—¿Lloráis, Lázaro?

—Es por el olor de la piel de la pequeña, que me embriaga, cuñada.

Enjugome el rostro con sus dedos, avalando así la certeza de mis lágrimas. Por un momento, carísimo Serafín, creyó mi razón que Eugenia era mía y la criatura nuestra. La ponderación de todo esto fervorizó mis ansias, y tanta felicidad me sobrevino, que besé su mano con tal devoción, como si se tratase de Nuestra Señora de los Cielos. Don Rodrigo intervino entonces:

—Gracias por llegar hasta aquí, hermano, y sobre todo por tener a bien presentar a mi hija ante el Altísimo.

—Soy yo quien está agradecido por tan singular merced, hermano, pues sería muy pecador si no aceptara teniendo toda disposición para ello.

Los días se pasaron bien, pues el tiempo templado acompañó a que así

fuese, y en principio no hubo novedad de las cosas generales hasta llegado el día del bautismo, dos semanas después, en el banquete celebrado en honor de la recién acristianada en los jardines de palacio. El afecto venció al temor en nuestro padre que, tocado por los caldos con que festejábamos, hervía en deseos de contarle a su consuegro la vida y obra de su siempre amado maese Jonás, incluida la ferviente amistad de este con doña Mariana de Austria, cuando fuera regente como madre. Pareciome que Fradejas no dogmatizaba con lo relatado por padre, por lo que traté de enfatizar la crónica aportando mi escaso conocimiento, aplicado únicamente a la historia del violín que su majestad solicitara a Amati para nuestra madre. Cuál fuere nuestra sorpresa, que coincidió esta época con que Fradejas formaba parte de la tripulación del mercante que arribó en el puerto de Génova para recoger y hacer llegar a doña Mariana una caja proveniente del taller de Amati, en Cremona. Lo recordó, pues él fue asignado a custodiar el envío, que no era otra cosa que un simple violín destinado a ser propiedad del mejor amigo de la reina madre. Al haber recibido órdenes de protegerlo con su vida, como si de un tesoro se tratase, iniciose la especulación a bordo acerca de lo lícita que fuera esa amistad de su majestad.

Unas cosas llevaron a otras y como cada uno de los dos recientes abuelos competía por ser el que más conocimiento tenía acerca de la intimidad de la corona, padre se retiró a buscar un papel escrito de puño y letra de doña Mariana, en el que figuraba la dirección de Amati, que le facilitara maese Jonás cuando nuestro padre comprara el violín de cuando yo era niño. A partir de ese momento mis deseos de partir rumbo a Cremona para conocer al lutier que fabricara mi violín me abrasaban el alma. Rogué a padre que me facilitase la dirección para acudir, aunque tuvo dudas. Fue nuestro hermano don Rodrigo quien le instó a que lo hiciera, accediendo él, finalmente, a mi ruego.

Desde que regresé a Madrid a arreglar asuntos y preparar mi equipaje para partir a Valencia en busca de embarcación que recale en Génova, me cuestiono sobradamente si es lícito lo que me dispongo a hacer, pues es, en realidad, huir de este gran afecto que profeso a nuestra cuñada doña Eugenia, y por otra parte, buscar el origen del instrumento que me hace sentir tan cercano a Dios y a ti. No desaliento por conocerme débil y de

naturaleza frágil, pues nuestras flaquezas y miserias son objeto de la misericordia del Altísimo y este motivo compele y estimula mi voluntad.

Mañana está previsto que lleguen hasta aquí Trinidad y su esposo para guardar la casa durante mi ausencia. Don Rodrigo corre con los gastos de su manutención y de todos los que conlleva mi viaje.

Continúa, amado hermano, encomendándome a Dios y a su santísima madre, para que me alumbren y ayuden en esta odisea, así como a conseguir el estado de gracia, que sin duda es a lo que debemos aspirar.

De Madrid, a 20 de septiembre de 1700.— Lázaro.

A las ocho de la mañana del día 24 de diciembre, ya habían llegado todos a la casa de las monjas, en donde habían quedado para salir hacia Alahuesas. Se pusieron en marcha a eso de las nueve, tras tomar un café bien caliente acompañado de los churros que Pilar y Baldomero habían llevado para afrontar el viaje. Sor Antonia y sor Natividad viajarían con Ernesto en el coche de Pilar y Baldomero que, además de ser más amplio, llevaba acoplada la silla de viaje del bebé. En el utilitario de Isi y Mónica irían ellas con sor Berta y Gonzalo. En poco más de una hora llegaron a Alahuesas, y minutos más tarde se adentraron por el sendero adoquinado que conducía a la propiedad de los marqueses. Sor Berta se refirió a los árboles que lo lindaban:

—De niña me encargaba de tenerlos iluminados por Navidad.

Las copas desfrondadas y raquíticas por el efecto del otoño pedían a gritos un poco de luz en sus vidas. Sin duda sor Berta iluminaba su existencia entonces, como lo hacía ahora con su presencia en la de todos los que la conocían, y es que si sor Berta era bellísima por fuera, lo era mucho más por dentro. No existía adversidad que no afrontara con una sonrisa, ni alegría en el mundo que no compartiera. A simple vista se apreciaba que lo tenía todo: belleza, inteligencia, alegría e incluso bienes materiales, y sin embargo nada quería, a menos que lo pudiera compartir con otros. Se llamaba egoísta y vanidosa por esto, porque guardaba muy dentro de sí la alegría que producía

en los demás. En esos momentos precisamente, cuando se adentraron en la propiedad de los marqueses y llegaron a la entrada del palacio, su corazón latía más deprisa que los de Mónica e Isi porque sabía lo mucho que les iba a gustar esto que ella podía ofrecerles.

El palacio de los marqueses de Alahuelas era un edificio de dos plantas de gran superficie. La fachada era de ladrillo visto con casetones de mampostería; la portada, de piedra caliza blanca y blasonada. Las ventanas estaban blindadas con sólidas rejas, tan propias de las construcciones del siglo XVII. Mónica lo contemplaba todo como si esta no fuese la primera vez, pues las cartas de Lázaro que había leído le bastaron para reconocer el paisaje. Los padres de sor Berta salieron a recibirlos en cuanto escucharon los motores de los coches, y con ellos un hombre y una mujer, miembros del servicio doméstico, que los ayudaron con el poco equipaje que llevaban los invitados. Los marqueses eran una pareja entrañable, muy campechana. Él, Paco, tenía setenta años y había sido maestro en la escuela de Alahuelas – ahora ya estaba jubilado–, mientras que ella, Ana, tenía cincuenta y seis, era abogada y tenía su bufete en el centro del pueblo. Se conocieron en el colegio cuando ella era una niña y él su maestro, aunque no fue hasta unos años después, cuando la marquesa precisó un certificado para matricularse en la universidad, que volvieron a verse y el amor no tuvo escapatoria. Mónica y su madre se sintieron muy bien acogidas en este hogar que destilaba cariño a raudales, por lo que no tuvieron dificultad para integrarse en la familia.

Sor Berta, que se había recogido la toca con dos horquillas, encargó a los habitantes del palacio así como a sus invitados que adornaran de Navidad toda la residencia. El abeto de la entrada principal que, según les explicó a Isi y a Mónica, plantó allí su bisabuelo para que todos los años lo engalanaran por Pascuas, tenía un papel prioritario en todo el proceso y, desde que tenía uso de razón, siempre lo había decorado ella, aunque este año compartió el honor con Mónica. Gonzalo y el jardinero se ocuparon de iluminar los árboles de la linde del camino, transformando así la estampa de la propiedad. Tras colocar la estrella sobre el portal de Belén que presidía el salón, sor Berta y Mónica, tal y como habían decidido días atrás, se dispusieron a preparar los bizcochos borrachos que tanto le gustaban a Baldomero, al más puro estilo guadalajareño, a sabiendas de que no les quedarían tan ricos como los que se elaboraban en las pastelerías de la región.

—Dime, Mónica —se dirigió la religiosa a la muchacha mientras mezclaba los huevos con el azúcar y la harina—, ¿estáis cómodas tu madre y tú?

—Comodísimas, y además lo estamos pasando muy bien. Creo que nunca hemos vivido un día de Nochebuena con tanta intensidad, al menos yo.

—Me alegra mucho, y ojalá que sea siempre así. Al fin y al cabo es nuestro Señor el que nace. ¿Y la casa?, ¿os parece comfortable?

—De verdad que sí, sor Berta, y sus padres son encantadores. Nos sentimos muy a gusto, de veras. Gracias.

—No hay por qué darlas; todo lo contrario, gracias a vosotras por querer compartir una fecha tan señalada con nosotros.

Mónica sonrió y acarició la mano de sor Berta como muestra de gratitud; después le manifestó:

—También me resulta increíble, ahora que conozco más de la vida de Lázaro a través de sus cartas, estar entre estas cuatro paredes, en el mismo palacio de Alahuesas al que él se refiere en tantas ocasiones.

—No será para tanto, mujer. Aquí solo venía de visita.

—Pero aquí estaban todos sus afectos, como él llamaba a su familia.

Sor Berta sonrió, y en cuanto sacaron el postre del horno, tomó a la chica de la mano y le dijo:

—Ven conmigo, que te voy a presentar a Lázaro y a sus afectos, para que los conozcas en persona. —Las dos mujeres salieron de la cocina y subieron a la planta principal. Entraron a una sala grande de techo alto, con suelo de parqué, y cuyas paredes apenas se veían por la cantidad de retratos que había distribuidos por ellas. En el centro de la estancia había una mesa rectangular con dos cajones. Cerraron la puerta tras ellas y sor Berta indicó—: Este es el Salón de las Cajitas. Los cuadros muestran a las generaciones de mi familia, desde los marqueses que construyeron este palacio hasta su último descendiente.

—¿Usted?

—Así es —dijo mostrándole el retrato más cercano a ellas, en el que se

veía a sor Berta de adolescente, maquillada y con el pelo largo y rizado cayendo por sus hombros.

—¡Qué guapa está, sor Berta!

—¿Quién no lo está con quince años?... Mira —señaló hacia la pared del fondo—, allí están los primeros marqueses, don Meradio y doña Violante. —Mónica tiró de sor Berta hacia el lugar que le indicaba, pues sintió una impaciencia inconmensurable por ver ese cuadro. Se trataba, según rezaba el cartelito acristalado que había bajo el marco, de un lienzo datado en 1645. Sor Berta prosiguió mostrando otro cuadro—. Los siguientes marqueses fueron estos: don Rodrigo y doña Eugenia.

Mónica, que sabía que don Rodrigo era el nieto de los anteriores, le preguntó extrañada:

—¿Y Balbina? Ella era la hija de don Meradio y doña Violante.

—Vaya, sí que estás puesta. Mira —le dijo señalando a un lienzo en el que aparecían una mujer y un hombre vestidos, al igual que los anteriores, con ropajes del siglo XVII—. Son Balbina y Amadeo, los padres de don Rodrigo y Lázaro. Amadeo era vástago de los sirvientes y don Meradio nunca aceptó que su hija y él se quisieran, por lo que, cuando escaparon a Madrid, desheredó a Balbina y les prohibió regresar a Alahuesas. Cómo llegó el título a ser de don Rodrigo, lo ignoro. —Mónica contempló este retrato así como el de Rodrigo y Eugenia, comenzando a comprender muchas cosas. Sor Berta, feliz por poder dar esa pincelada de brillo en el corazón de su amiga, señaló el lienzo que estaba junto a este y que sabía que le iba a entusiasmar—. Mira, Mónica, te presento a Lázaro. —En efecto, Mónica acusó un hormigueo en el estómago en cuanto le puso cara a un personaje real que parecía novelado. Este retrato mostraba a un hombre de unos cuarenta y tantos años, cuyo rostro expresaba tensión y sus ojos infinita tristeza. Vestía de negro y tenía en sus manos un violín que enseñaba al espectador—. En este cuadro hay un detalle muy curioso —apreció sor Berta—. Si te fijas en el interior del violín, podrás apreciar que hay una etiqueta escrita.

Mónica se acercó y miró entornando los ojos, tratando de agudizar la vista.

—Es cierto. ¿Y pone algo legible?

—El pintor no es conocido, pero era fantástico —dijo mientras se acercaba a la mesa del centro de la sala. Abrió uno de los cajones y sacó de él un sobre grande del que extrajo unas fotografías—. Mi padre llevó el cuadro a un especialista para que hiciese una copia del detalle ampliado para saber de qué se trataba. ¡Aquí está! —expresó la religiosa muy satisfecha, mostrándole a Mónica una de las fotografías.

Mónica la tomó y en ella pudo ver que a través del alma del violín ampliado se leía en la etiqueta que tenía pegada: ANTONIUS STRADIVARIUS CREMONENSIS FACIEBAT ANNO 1710.

—¿Un Stradivarius? Creía que tocaba un violín fabricado por Amati. ¿Conservan este instrumento?

—No, no se sabe qué fue de él, aunque no nos extrañaría que Lázaro pidiera que lo enterrasen con él.

—¡Qué pena!

—Bueno, mujer, es solo un objeto. ¿Qué importa? Mira —le dijo señalando otro cuadro—, ella es la hija de Rodrigo, María Balbina, la marquesa que donó la casa de la Corredera Baja de San Pablo a nuestra congregación cuando Lázaro murió.

Mónica atendió con curiosidad las explicaciones que sor Berta le daba acerca del resto de los miembros de su familia retratados en la sala, aunque no podía apartar del pensamiento el lienzo en que Lázaro le mostraba su Stradivarius. Por eso, después de la comida y antes de comenzar con la preparación de la cena, se retiró a la habitación que le habían asignado en cuanto tuvo oportunidad, para continuar leyendo las cartas de Lázaro, que había llevado con ella.

Amadísimo hermano:

Cuando desembarqué en Génova, la primera nueva que llegó a mis oídos fue la del fallecimiento de nuestro rey el día primero del pasado. Lo sentí con gran pena y dolor, pues don Carlos II era el último viviente de la casa

real que sabía de nuestra familia a través de maese Jonás, y era un monarca muy querido por nuestros padres. Quiera Dios que no lo hayan lamentado en demasía y su salud no se resienta por ello.

Hasta Cremona llegué en carro de bueyes que transportaba pescado en salazón, aunque durante el viaje tuve serias dudas de si lo lograría, ante la dificultad en que me hallé para comunicarme con el arriero, ya que ni latín ni castellano parlara el hombre. Ya en Cremona, no hube dificultad para hallar el taller de Amati, regentado desde su muerte por su hijo Girolamo, que fue quien me encaminó al obrador de Stradivari, en el mismo edificio de la Piazza San Domenico. Allí llegué al momento. El lutier, que ya contaba con más de cincuenta años, cuando yo siempre lo imaginé un muchacho, como si para él no hubiesen pasado los años de aprendiz, trabajaba tan infatigable, que ni siquiera reparó en mi presencia. Fue al extraer de la valija la caja en que guardaba el pequeño violín que construyera para mí en su época de discípulo de Amati, y depositarlo sobre su mesa de trabajo, cuando supo de inmediato quién era, y se cercioró cuando le presenté el instrumento de nuestra madre, ahora mío. Mostrome gran dicha por el encuentro, tanta, que me ofreció su hogar para vivir el tiempo que estuviera en Cremona.

Tuve la oportunidad de contemplar su obra, la más excelsa hasta la fecha, a su parecer: un quinteto de cuerda que había construido para la orquesta de cámara del rey de España, con dibujos pintados e incrustados en ébano y marfil. Se componía de primer y segundo violín, dos violas (una de ellas tenor) y un violonchelo. Todos los arcos tenían también una ilustración elegante y graciosa, lo mismo que la tapa y el fondo. ¡Ah, hermano! Intuyo que para ti, por el lugar privilegiado que ahora ocupas, deben de ser comunes estas visiones, pero a mí saltome el alma y la dicha tan solo de admirar su aspecto. Stradivari me suplicó que tañera uno de los violines, y así lo hice. Maravillándome de la perfección de su sonido, lloré emocionado porque hacía años que no experimentaba obrar un milagro igual. ¿Tú lo recuerdas, hermano? Le supliqué al lutier que fabricara uno para mí, semejante al violín primero que construyera para el rey de España, y accedió. Serán años de trabajo pero bien empleados, ya que lo que voy a adquirir es una obra de arte única.

Henchido por la felicidad que me colma en estos momentos, te ruego le manifiestes al Altísimo mi gratitud, pues no iban a ser súplicas todo lo que recibiera por mi parte.

De Cremona, a 18 de diciembre de 1700.— Lázaro.

Para la cena de Nochebuena en palacio, se dispuso una mesa de grandes dimensiones que ocuparían los diez comensales que allí se dieron cita, los cuales disfrutaron de la compañía y del banquete que se ofreció. Como era de suponer, al haber tantas personas, las conversaciones fueron dispares: unos hablaban de fútbol, otros de recetas de cocina, en algún momento salió el tema del paro y de los recortes, pero hubo unanimidad cuando, sin haberlo previsto, todas las miradas en su versión más tierna recayeron sobre el pequeño Ernesto, que acababa de despertarse de la siesta en los brazos de Gonzalo y emitía sonidos que él no oía, pero le hacían sonreír al igual que al resto de los presentes. Cuando más entregados estaban todos a sus encantos, Ernesto estornudó liberando todos los mocos que había acumulado desde que nació, ya que era imposible pensar que una nariz tan diminuta pudiera albergar en menos tiempo tal cantidad de secreciones que expelió con el estornudo y le salpicaban la barbilla.

—¡Por Dios! —exclamó sor Antonia. Sacó a toda prisa del bolsillo un paquete de pañuelos de papel y extendió la mano para dárselo a Gonzalo, que ocupaba con el niño el lugar frente a ella, al tiempo que le indicaba—: Límpialo bien. Este niño ha cogido frío y temo que se nos ponga enfermo sin tener a su pediatra cerca.

Sor Natividad se volvió hacia Mónica. y le dijo:

—¿Al final el doctor iba a cenar con su familia?

Ella, sin pensar en el porqué se lo había preguntado, respondió:

—Supongo que sí. Eso fue lo que nos dijo ayer cuando visitó al bebé. —A continuación se dirigió a sor Antonia—. No creo que sea grave, sor Antonia. Le daremos apiretal y mañana estará como nuevo.

—Sí, eso haremos —convino la religiosa—. ¿Te lo ha dicho él?

—¿Quién?

Ante el gesto de extrañeza de Mónica, sor Berta, que no era amiga de meterse en estos cotilleos, intervino:

—Eso es lo primero que se debe hacer, sor Antonia. Debería saberlo usted también, que parece nueva en esto.

—Y lo sé. Lo preguntaba porque como Mónica y él hablan mucho últimamente...

—¡Ah!, ¿sí? —expresó Mónica sorprendida.

Isi no trató de disimular la alegría que le producía el saber que su hija mostraba interés por ese hombre.

—No me habías dicho nada del doctor...

—Lo que tenía que contarte de él ya te lo conté hace tiempo —contestó a su madre un tanto molesta.

Isi insistió:

—¿Es el pediatra que va todas las semanas a visitar a Ernesto?

—Ese ese —respondió sor Natividad muy sonriente.

Gonzalo ya había desviado su atención a otra de las conversaciones que se mantenían en la mesa y Mónica, que estaba sentada en el lado opuesto a él, percibió la incomodidad del hombre, por lo que zanjó el tema.

—No sé de qué me hablan. Entre el doctor y yo no hay nada, ¡pero nada de nada!

—Anda anda —soltó sor Natividad.

—Déjelo, sor Natividad —pidió sor Antonia—. Si Mónica no quiere hablar, dejémosla. —Y se unieron a la conversación de las recetas de cocina.

Gonzalo dijo entonces:

—Si me disculpan, voy a cambiar los pañales de Ernesto y a ponerle el pijama.

En la mesa alabaron el buen hacer del hombre, momento que Isi aprovechó para dirigirse a su hija en voz baja y confesarle:

—Prefiero al doctor. Gonzalo es muy mayor para ti.

—¿De qué hablas, mamá?

—Pues que no creo que este señor se haya fijado en cómo lo miras.

—¡Ah!, ¿y tú sí?

—Soy tu madre. ¿Cómo no me iba a dar cuenta?

Mónica guardó silencio. Hubiera querido decirle a su madre que si tan segura estaba de su interés por Gonzalo, debería haberse dado cuenta de que el doctor no la llenaba en absoluto y que con esa insistencia lo único que conseguía era incomodarla. Prefirió callar, pues no era el lugar ni el momento.

—Déjalo, mamá. —Después se volvió hacia sor Berta y le propuso—: ¿Vamos a por el postre?

Las dos mujeres bajaron a la cocina y regresaron al comedor con los bizcochos borrachos que estuvieron elaborando por la mañana, causando la admiración de los comensales.

—¿Todavía no ha bajado Gonzalo? —preguntó sor Berta.

—Debe de estar intentando dormir al niño. Pero yo creo que podemos ir empezando sin él, que tiene buen saque y más nos vale tomarle ventaja —respondió sor Antonia, provocando la risa de todos.

Cuando Mónica fue a colocar una de las bandejas sobre la mesa derramó el almíbar, que cayó en su falda.

—Ve a limpiarlo cuanto antes. Si se seca se quitará peor —le sugirió la madre de sor Berta.

La muchacha así lo hizo, subió las escaleras del palacio que conducían a las habitaciones, y al llegar al vestíbulo tuvo un encontronazo con Gonzalo, que salía de su alcoba con Ernesto dormido en el carricoche. Hubo unos instantes de silencio que marcaron el ritmo acelerado de sus corazones. Finalmente, Mónica, muy decidida, le cogió del brazo y le dijo:

—Acompáñame. —Gonzalo no entendía nada, pero así lo hizo y entró con

ella en su habitación. Allí le preguntó—: ¿Tú también crees que el doctor y yo estamos juntos?

—No lo sé, pero tratándose de ti... ¿Qué quieres que te diga?

—¿Tratándose de mí? ¿Qué quieres decir con eso?

—A ver, las cosas como son. Tú eres muy bonita y muy joven y el doctor, tres cuartos de lo mismo. No sé, habría que vivir en la luna para no ver que cuando estáis cerca saltan chispas.

A Mónica le hirió profundamente que hubiera llegado a esta conclusión el hombre por el que bebía los vientos desde antes de conocer a Daniel, y por no ponerse a llorar, lo único que se le ocurrió decir fue:

—No sé cómo no te has dado cuenta de que no es por él por quien saltan las chispas.

Sin retirar la mirada uno de otro, los labios se fueron aproximando y llegaron a rozarse pero sin culminar en un beso, pues el bebé rompió a llorar, interrumpiendo el momento.

—Será mejor que bajemos con los demás —sugirió Gonzalo.

Amadísimo hermano:

Con vivo dolor y pena escribo estas letras desde Cremona, a sabiendas de que tú, pequeño Serafín, ya habrás dado cuenta de lo acaecido. Recibí la carta de don Rodrigo con la relación del grave suceso que aconteciera a nuestras abuelas y hallé tantas circunstancias de pena y dolor, que traspasaron mi corazón.

El día 16 del corriente, cuando nuestras abuelas doña Violante y Juana se desplazaban en la carroza para realizar encargos, fueron asaltadas por unos bandidos y heridas de muerte. Nuestro hermano don Rodrigo lo relataba en su misiva como testigo de sus últimos resuellos, pues fuera él quien, alarmado por la demora de su regreso a palacio, ensilló a su caballo y partió hacia el pueblo. A mitad del camino encontrose con el carruaje apartado de la senda. El cochero yacía en el suelo con el cuello rebanado y nuestras carísimas abuelas agonizaban en el interior del coche. Cuando don Rodrigo se dispuso a sacarlas al exterior, ellas se negaron a salir, pues temían perecer en el momento que separase a una de otra. Fallecieron al tiempo con las manos entrelazadas y dichosas de saberse unidas en este trance.

Antonio Stradivari, ante el desconsuelo que conquistó mi alma, encargó unos funerales en la Cattedrale di Santa Maria Assunta por la memoria de nuestras abuelas, y cedió el quinteto, que por motivos de la guerra no pudo otorgarle al rey de España, para ser tañido en la ceremonia por cinco maestros llegados de toda la comarca. No preciso cerciorarme para afirmar rotundo que la maravilla de la que fueron testigos mis oídos era el sonido más perfecto que ha existido jamás sobre la faz de la tierra. Tanta emoción enfatizaba mi semblante, que Stradivari, empujado por su orgullo creador, me condujo hacia el exterior del templo y yo, que lo último que deseaba era irme de allí, acaté su voluntad como efigie en la hoguera. La calle estaba desierta, pues todos los vecinos del lugar se dieron cita en la catedral para disfrutar de la música que Stradivari patrocinó en recuerdo de nuestras abuelas. Fue cuando paramos en la calzada que reparé en que nos habíamos alejado del lugar, y quise conocer el motivo. Stradivari me pidió silencio y

expresó:

—*El sonido ha de llegar antes al corazón que a los oídos.*

De manera que cerré los ojos y afiné el corazón, pudiendo apreciar el sonido grande y pastoso del violonchelo. Un milagro era que el tañido del resto de cuerdas del quinteto se hubiese desvanecido en la distancia y prevalecieran únicamente las prodigiosas notas del violonchelo. ¡Ay, hermano!, que aún hoy en repetidas ocasiones me pongo a considerar cuán hermosa y loable cosa será a los oídos de Dios y de los hombres, que la voz de los instrumentos del maestro Stradivari sea perfecta.

Vil instrumento soy para dar consuelo a quien lo precise, mas necesito recibirlo de todos, por mi condición de hombre frágil y débil. Quisiera por ello penar el duelo en Alahuesas junto a nuestros padres, pero la guerra me retiene aquí, y no sería prudente poner rumbo a mi adorada patria en medio de esta absurda contienda por la sucesión al trono de España.

Quedo lleno de amargura y postrado ante el tribunal divino, suplicando al Altísimo que obre en piedad de esta familia nuestra.

De Cremona, a 27 de febrero de 1705.— Lázaro.

Tras examinar a Ernesto en la mesa camilla, el doctor Blanco lo tomó en sus brazos y le dijo:

—Eres un campeón.

—¿Le encuentra bien, doctor? —preguntó sor Antonia muy preocupada—. Esta mañana todavía se ha despertado con mocos.

—Es posible que pase unos días así, pero yo lo veo muy bien. Es un simple enfriamiento; no obstante, hicieron muy bien en llamarme en cuanto llegaron, no fuera a ser que hubiese ido a mayores.

—Gracias, doctor. ¿Se toma un café tranquilamente con nosotros? Como no están los otros niños, disponemos de mucho tiempo para perderlo.

—Eso sería estupendo.

Sor Antonia y Daniel salieron de la sala de estar con Ernesto y se dirigieron al comedor, en donde las otras dos religiosas, Mónica y Gonzalo conversaban de forma distendida, mostrando su contento al recibir al médico. Después, mientras Mónica le servía una taza de café, sor Natividad les explicó a los recién llegados:

—Mónica nos estaba contando los planes que tiene para Nochevieja, y dice que irá... en plan tranquilo, ¿no es así?

—Claro —corroboró ella—. Yo siempre voy así, nada de macrofiestas que luego al final te sientes como una sardina en lata. Además, la gente bebe mucho y no me apetece.

—¿No vas a salir de fiesta entonces?

—Salir, no, pero sí estaré de fiesta. Mi madre se va con su novio todo el fin de semana y me ha dado permiso para invitar a mis amigos a casa.

—Eso es lo mejor —opinó el médico—. Con la tranquilidad de tomarte una copa y no tener que coger el coche después.

—Intentaba persuadirnos de que será una fiesta *light* —intervino sor Natividad de nuevo—, para que también fueran sor Berta y Gonzalo.

Mónica respondió:

—Ya me han convencido de que sor Berta no puede, pues ha adquirido un compromiso con Dios y tiene que madrugar el día uno para asistir a misa; pero Gonzalo, al no estar los niños, sí podría venir.

—¿No quieres ir? —le preguntó Daniel muy sorprendido.

—Hace mucho que se me pasó la edad de ir a fiestas. Ya no aguanto despierto toda la noche.

—Pero esta fiesta es especial, hombre. Es una fiesta *light* y, además, te lo está pidiendo la anfitriona.

—Pue vaya usted en mi lugar, doctor —sugirió Gonzalo irónicamente cordial.

Mónica sintió mucha rabia en esos momentos, pues no podía creer que el hombre con el que anhelaba vivir un romance se negara a pasar la noche con

ella y, encima, entrara en el juego de apañarle una cita con el médico. Pero no era con Daniel con quien quería estar, ya se lo dijo en Alahuesas cuando se encontraron en la alcoba del palacio. Mónica creyó que a partir de ese momento en el que sus labios se rozaron le había quedado claro al hombre que con quien ella deseaba estar era con él.

—No, Gonzalo, no se trata de que alguien vaya en tu lugar. —Según lo dijo se percató de que tal vez no había sonado muy bien, por lo que, antes de que nadie se sintiera molesto, se giró hacia Daniel con una amplia sonrisa y añadió —: El doctor también está invitado, por supuesto, vengas tú o no. —Al galeno se le iluminó el rostro de la ilusión que le hizo saberse convidado. Sor Antonia y sor Natividad también lo celebraron en silencio, con gestos y miradas traviesas—. ¿Vendrás, Daniel?

—Por supuesto. No me lo perdería por nada del mundo.

—Genial. Espero que no te pierdas. Ya sabes dónde vivo.

En ese momento sonó el teléfono del médico y este lo atendió.

—¿Sí?... De acuerdo, voy enseguida. —Colgó el móvil y les explicó—: Me tengo que ir. Gracias por el café. Ya hablaremos, Mónica.

Cuando salió de la casa, las dos monjas mayores esbozaron una sonrisa a la espera de algún comentario de Mónica que, al sentirse observada, puso cara de no entender nada, creándose una situación muy incómoda que sor Berta se apresuró a eludir.

—Sor Antonia, digo yo que a este niño habría que quitarle el pijama, ¿no? Y sor Natividad, dentro de poco a los obreros de la piscina les apetecerá un piscolabis. —Las dos monjas le dieron la razón y se fueron cada una a sus quehaceres. Sor Berta, por su parte, después de verlas marchar, se puso en pie y añadió—: Son incorregibles. —Y se marchó también a empezar con sus labores.

Gonzalo y Mónica se levantaron para adecentar la mesa en que habían desayunado todos, mientras ella trataba de convencerlo de nuevo.

—Venga, Gonzalo, que si te entra sueño tienes cama para dormir.

—No, no voy a ir. Además, ya vas a estar entretenida con el doctor

pululando a tu alrededor.

La muchacha creyó entonces que había llegado el momento de quemar todos los cartuchos, por lo que se lanzó a sus brazos. Estaba segura de que no tenía nada que perder, pues cuando se ama, la vida entera depende tan solo de dos. Él correspondió a ese abrazo y las caricias de ella en su nuca demandaban tenerlo cerca. Se miraron y descendieron las miradas hasta los labios. Por fin se fundirían en el beso tan anhelado. Pero en ese preciso instante en el que las bocas entreabiertas se dispusieron a darlo todo, el martillo hidráulico de la obra de la piscina se puso a funcionar haciendo tanto ruido que machacó la magia. Gonzalo se retiró muy azorado mirando hacia todas partes con el temor de haber sido descubiertos, y mientras huía de la chica caminando hacia atrás le dijo:

—No, así no. —Y se fue de allí.

Mónica trató de no llorar.

El día treinta y uno Mónica y Lourdes estuvieron preparando la casa desde por la mañana: refrescos, espirituosas y cava, sándwiches y aperitivos, turrón y polvorones y, por supuesto, el chocolate que desayunarían el día uno, tras haber sobrevivido a los excesos de la primera noche del año. Las dos amigas subieron a cenar a casa de Lourdes con su familia. No estuvo mal, pero en cuanto tomaron las uvas regresaron a la vivienda de Mónica para vestirse y maquillarse antes de que llegaran los invitados, en poco menos de una hora.

Mónica había ingeniado un plan perfecto: le había contado a su amiga maravillas de Daniel, incitándola así a conquistarlo, y de esta manera quitárselo ella de encima, a él y a las dos monjas alcahuetas.

—Si tú no lo quieres, como esté bueno me lo quedo yo —sentenció Lourdes.

Mónica conocía a la perfección el *modus operandi* de su amiga: si le confesaba que le gustaba Daniel, lo conquistaría sin escrúpulos, por lo que mintió.

—No me lo quites, tía. Estoy segura de que este es el hombre de mi vida.

—Tranquila, amiga, será para ti.

La pandilla fue llegando; los primeros fueron la única pareja del grupo que se había casado hacía un año. Pasados cinco minutos, lo hizo el resto, cinco en total. Daniel, que se llevaba a un amigo, llamó comunicando que llegarían tarde, pues el tráfico en el centro, desde donde salieron, estaba colapsado a esas horas, algo que acrecentó la zozobra de las chicas, una por quitárselo de encima y la otra por echárselo encima. Cuando aparecieron Daniel y su amigo, Mónica hizo las presentaciones de los dos recién llegados al resto de los invitados. A Lourdes le impactó lo mucho que Borja, el amigo que llevó Daniel, se parecía a su ex, pero a quien tenía que conquistar era al médico de las monjas, no fuera a ser que él le quitara a su amiga. De hecho, le parecía que estaba más pendiente Daniel de Mónica que al revés, y esto era algo que Lourdes no podía permitir.

Fue una velada tranquila. Unos jugaban con la consola y otros bailaban en el espacio que se habilitó en el salón. Daniel intentaba acercarse a Mónica y Lourdes trataba de impedirselo llamando su atención de la manera más tonta, mientras que Borja pretendía conquistar a la bella Lourdes. Esta absurda situación fue cortada de raíz por Borja, cuando dijo:

—Yo mejor no bebo más, que el lunes tengo quirófano.

—¿Tú también eres médico? —le preguntó Lourdes girándose hacia él, que aguardaba paciente la atención de la chica a su espalda.

—Sí, soy cirujano plástico.

—¡Ostras!

A partir de ese momento el cielo de Lourdes se abrió y desvió todas sus armas de seducción hacia el nuevo objetivo: el cirujano plástico que se parecía a Sergio. Mónica, que se había ausentado unos minutos del grupo para cordializar con los demás invitados, observó que Daniel se había acercado al lugar en que estaban las bebidas para servirse una copa de cava que se bebió allí mismo, solo. Le extrañó que no estuvieran los otros dos con él, por lo que llegó hasta él y le preguntó:

—¿Qué haces aquí solito?

Daniel sonrió y señaló hacia un lugar detrás de ella. Mónica se dio la vuelta para mirar donde le indicaba el hombre y se encontró con que Lourdes

estaba sentada en un sillón a horcajadas sobre Borja, besándose ambos de forma desesperada.

—¡Cojonudo! —saltó Mónica fastidiada.

—¿No te parece bien? ¿Quieres que les diga algo?

—No, solo ponme una copa, por favor. —Daniel así lo hizo, muy preocupado porque la creyó incómoda con la situación y porque se bebió el cava de un trago. Luego lo miró y se fijó en que era realmente guapo, pero el amor que sentía por el hombre equivocado la había mantenido ajena a su encanto—. Otra, por favor —le pidió, y también la apuró de un trago. Cada vez se sentía más desinhibida al tiempo que Daniel le parecía más guapo. Volvió a mostrarle la copa vacía sin quitarle la vista de encima y dijo—: ¡Otra!

En esta ocasión el hombre sirvió dos copas, brindaron y ambos se las bebieron de un trago. Los ojos de Mónica, fijos en los de él, delataban su estado de embriaguez y, mordiéndose el labio inferior, dejó claras sus intenciones. Cogió con una mano su copa y la botella y con la otra llevó a Daniel hasta el dormitorio, donde dejó la bebida en la cómoda y a él lo empujó sobre la cama.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó el hombre nervioso—. Todos están fuera.

—Sí —afirmó ella tumbándose sobre él—. Nadie tiene por qué vernos.

Y lo besó con pasión, siendo correspondida por ese hombre que tantas veces había fantaseado con el momento en que la tendría desnuda entre sus brazos y la haría suya.

Mónica creía que pocas cosas eran peores que el hecho de caer en lunes el día dos de enero y, encima, que hubiera que incorporarse a la vida laboral tras los excesos en la madrugada del día uno. No obstante, a ella no le afectaba, ya que era una alegría regresar a la casa de la Corredera Baja de San Pablo, y ese día especialmente, ya que había quedado con sor Berta en ir a comprar los

regalos de Reyes para los niños. Llegó antes de la hora a la que se le esperaba, pues sabía que Daniel visitaría temprano al bebé y quería ser ella quien lo recibiera para ponerle sobreaviso a fin de que no les dijera nada a las religiosas sobre lo que había sucedido en Nochevieja.

La misa estaba terminando y le dio tiempo a servir el desayuno en la mesa antes de que llegaran. Fue recibida con el cariño habitual y, como era de esperar, sor Antonia y sor Natividad le preguntaron por la fiesta y por el doctor. Mónica les contó muchos detalles que, lógicamente, había preparado, obviando que el médico y ella se besaron y despertaron desnudos en la misma cama al día siguiente, vistiéndose a toda prisa para evitar que su madre los sorprendiera cuando llegara. Que le dijo que lo llamaría, pero el arrepentimiento le hizo echarse para atrás, pues no había estado bien acostarse con alguien a quien no podía corresponder e, inevitablemente, continuaría viendo.

El portero automático sonó y Mónica se apresuró a atender la llamada, pues sabía que era él y pretendía pedirle discreción antes de que se encontrara con los otros miembros de la casa. Tras abrir el portal, salió de la garita a recibirlo. Daniel esbozó una gran sonrisa cuando la vio.

—No sabía que estarías aquí. ¡Qué sorpresa!

—No hables tan alto, por favor —le pidió acercándose a él—. No les he contado lo que pasó entre nosotros.

—¿Y por qué lo ibas a contar? Es cosa nuestra.

Tomándola por la cintura, la atrajo hacia él y la besó en los labios, sin darle opción a decir nada. Ella al principio trató de zafarse, pero le gustaba su forma de besar y experimentaba un placer semejante al que se siente en los minutos de sueño tras apagar el despertador por la mañana. En esos momentos comprendió por qué al final había sucumbido a sus encantos; era imposible mantenerse distante o poner límites al deseo de ese hombre, pues sentía tanta atracción física hacia él, que le hacía perder el norte. Una pasión desenfrenada y tan placentera, que le resultaría muy difícil renunciar a sus caricias, a sentirse como una reina cuando la rozaba con su cuerpo desnudo, a su olor a nubes y a su forma de hacerle el amor. Hubiera continuado pegada a su boca de no ser porque sor Antonia había llegado hasta allí con Ernesto para su

revisión semanal, y los interrumpió con un carraspeo.

—Esto... no nos lo habías contado, Mónica —observó la monja en tono jocoso.

Daniel se colocó detrás de la chica, todavía exhausta por el beso que continuaba latente en sus labios. Abrazó su cintura y besó su cara. Después respondió a la religiosa:

—Estaba esperando a que estuviésemos los dos, ¿verdad?

—Sí, claro —mintió sabiéndose desarmada, ya que el contacto físico con él continuaba transportándola a un estado idílico del que no quería despertar, pero tenía que hacerlo—. Bueno, yo me voy, que se me enfría el café. ¿Tú vas a tomar café después? —le preguntó a Daniel, deseando que así fuera.

—Vale, muchas gracias.

Cuando regresó al comedor no sabía cómo actuar, pues en un rato entrarían sor Antonia y Daniel, y estaba segura de que la monja les contaría el chisme a los que no lo sabían. Le parecía mentira pensar en que cuando llegó, hacía más o menos una hora, tenía una idea clara, y en pocos minutos había cambiado de forma de pensar. Quizá toda esa atracción física que sentía por Daniel podría encauzarla hasta convertirla en amor. Habría que cuidar esa relación y, sobre todo, debía dejar de amar a Gonzalo, a sabiendas de que sería más difícil que dejar de respirar.

Le vino muy bien salir de compras con sor Berta aquella mañana, ya que pudo mantener la mente ocupada en otra cosa que no fuesen los dos hombres, y, ya en la casa, no aguardó a que llegara la noche para retomar la lectura de las cartas de Lázaro.

Amadísimo hermano:

Ruégote perdones lo dilatado de mi carta. El faltar a obligación tan debida ha sido mortificación mía, mas los cometidos adquiridos en Cremona y en España cuando regresáramos han impedido que lo hiciera antes; creo que lo tendrás por bien, pues la ocupación fue tan justa y precisa.

Recién llegué a Cremona y conociera al maestro Stradivari, supe que serían años los que permanecería en el lugar; por una parte, los asuntos de la guerra, y por otra, la construcción del violín que le encargué al lutier y que le llevaría años terminar. Había de emplearme en trabajar de lo que fuese para poder pagar la joya que el artesano labraba para mí, y también necesario era porque mi ánimo decaía y los trabajos nos despiertan, levantan y estimulan a buscar a Dios como verdadero consuelo. No costome demasiado hallarlo ya que Stradivari tuvo a bien encomendarme entre sus conocidos como profesor de música, y al instante mi presencia fue requerida en casa del médico para instruir a su única hija, llamada Annunziata, una joven muy avispada aunque poco constante, algo que me dificultó su adiestramiento hasta para templar el instrumento. A los pocos meses de comparecer en la casa del médico, Annunziata comenzó a hablarme de amores y su padre de dotes, y yo, que nunca dejé de amar a Eugenia, pecaba con demasiada frecuencia al incumplir el noveno mandamiento. Faltando a la gracia todo falta, quise acertar a levantarme por el medio del compromiso con Annunziata, que al fin y a la postre el amor es una afición voluntaria, y cuando la caridad gobierna la voluntad, la encamina rectamente a desear y gozarse de la persona elegida. Caridad era lo que me inspiraba Annunziata, algo que poco o nada tenía que ver con el sentimiento que me llegaba de Dios a través de Eugenia. Nos casamos y partimos los dos rumbo a España al día siguiente de nuestra boda. Al llegar, lo hicimos tres, ya que en Alahuesas nuestra madre, y también nuestra cuñada, determinaron que las indisposiciones de mi esposa, que con tanto cuidado me tenían temiendo que fuese otra la causa, eran debidas a su preñez. Me alegré muchísimo con las nuevas viendo que salieron vanos mis temores, y resolví quedarnos en palacio hasta que Annunziata pariera, ya que Casilda estaba muy senil como para poder ayudar a traer a mi hijo al mundo. Bendigo al Altísimo por esta determinación, pues de haber permanecido mi esposa y yo sin la sapiencia de madre y de Eugenia, no hubiese sabido cómo valérmelas para sobrellevar tan funesto desenlace. Paréceme, hermano, que si las prosperidades viniesen solas nos quedaríamos muy terrenos en ellas; fineza de amor es en Dios enviar tribulaciones y, por consiguiente, gracias he de darle a pesar del dolor que me causó llevándoselos, a Annunziata en el parto y a mi hijo antes de que viese la luz.

Duélome al recordar este y los otros acontecimientos que vinieron después. La fe y la experiencia nos enseñan que nacimos para morir, que somos peregrinos en este valle de lágrimas y caminamos a la patria celestial, cierto, pero ¿cómo superar que el momento del óbito le llegue a quien se estimaba inmortal? Nuestra amadísima madre se preparó callada durante meses, quizá años, para poner rumbo a tu lado. Cuando se lo dijo a Eugenia, pues los dolores que padecía la obligaron por pudor a que fuese ella quien valorara el aspecto de sus pechos, el zaratán había crecido tanto como una naranja, llevándola a la tumba entre terribles sufrimientos en menos tiempo de una semana. Nuestro amado padre no derramó lágrima alguna, mas tampoco pareciera estar presente en este mundo, salvo para encargarse de fabricar el féretro más ornamentado y propio de una reina. También pagó a los dueños de todos los comercios de Alahuesas a fin de que no laborasen el día del entierro, cuya fecha también dilató para que diera tiempo a tenerlo todo preparado. Tras dos días de la muerte de nuestra madre, llegó a palacio su ataúd, a tan solo una hora de la ceremonia. Para nuestra sorpresa, el carpintero había descargado en las caballerizas, con el féretro destinado a madre, otro más humilde para Dios sabe qué difunto. Nuestro hermano don Rodrigo, al descubrirlo, envió de inmediato a un criado para que saliera en busca del ebanista y regresara a enmendar el error cuanto antes, ya que su hija, nuestra querida María Balbina, estaba muy impresionada por el fatal desenlace que hubo lugar en palacio y no había de presenciar más ataúdes que el de su amada abuela. Llegado el momento de dar sepultura a nuestra madre, padre no asomaba por ninguna parte. Lo buscamos por todo el palacio, desde sus aposentos hasta por entre los árboles y ornamentos de los jardines, pero no lo hallamos. De pronto, Trinidad llegó con un papel escrito de su puño y letra, que se encontraba en el escritorio de don Rodrigo, y se lo entregó a nuestro hermano. En él rezaba que padre nos esperaba a ambos en Las Tierras Malditas. Raudos galopamos don Rodrigo y yo hacia allí, temiéndonos lo peor, y así fue: el cuerpo de nuestro padre permanecía pendiendo de la horca amarrada a un árbol en Las Tierras Malditas. Su última voluntad pervivía escrita en un papel a sus pies. Él quería ser enterrado en el ataúd que llegara a palacio con el de madre, junto a su amada Balbina, en ese mismo lugar, pues yéndose ella su cometido en este mundo ya era concluso. Sencillamente, acatamos su mandato, como siempre hubiésemos hecho de nacimiento.

Ahora, mi amadísimo Serafín, ellos gozan de ti al igual que tú de ellos, y me pregunto si es este motivo de pena, pues siento, en realidad, felicidad plena al saberlos eternos cuidando de nosotros. Clamaré al Señor con todo mi corazón y toda mi alma para que pronto podamos reunirnos todos.

De Alahuesas, a 13 de junio de 1716.— Lázaro.

Tal y como estaba previsto, la construcción de la piscina terminó a finales de junio y se inauguró el domingo siete de julio. En la casa estaban muy contentos con el resultado ya que, a pesar de haber tardado tanto en hacerse, pues los obreros lo hicieron voluntariamente en su tiempo libre, quedó una piscina rectangular muy bonita, cuyas dimensiones eran de cinco por tres metros, siendo la parte más profunda de metro y medio de longitud. La entrada de cola cero, consistente en una rampa para mayor accesibilidad, cuya inclinación se deslizaba poco a poco hacia el interior de la alberca, tenía una barandilla para facilitar el baño de los niños. El coronamiento que delimitaba la piscina, así como el suelo que ocupaba el recinto de la cubierta, era de madera. Dicha cubierta era fija, con puertas deslizantes laterales y frontales.

La organización para el día del acto inaugural traía de cabeza a los habitantes de la casa, ya que, además de las familias de Saray y Adrián, estaban invitadas algunas asociaciones que ya habían confirmado la asistencia de alguno de sus miembros en representación. La comida que se serviría correría a cargo de los padres de sor Berta, que también acudirían junto con Pilar y Baldomero.

Tras la eucaristía que se celebró a las doce de la mañana, disfrutaron de la comida al aire libre bajo un gran toldo que se dispuso para proteger a los comensales del fuerte sol en esas fechas. El *catering* que los marqueses contrataron tuvo una gran acogida, y no solo el almuerzo, ya que la cordialidad que reinó durante esas horas marcó el que sería un día inolvidable. Pero en la sobremesa, además de hablarse de todo un poco, fue inevitable que el futuro de la casa saliera a colación, y es que en diciembre tendrían que dejarla por no disponer de las subvenciones necesarias para mantenerla. La tristeza y la preocupación enturbiaron el buen ambiente creado; solo la voz rota del

patriarca gitano puso una sonrisa en todos cuando se refirió a su nieta Saray, que dormía la siesta en los brazos de su padre:

—¡Pero qué bonita eres, mi niña chiquita! Que Dios te dé tantas bendiciones como alegrías nos has dado.

Mónica y sor Antonia escucharon de pronto el estrépito de platos, y la muchacha se puso en pie, informando a los demás comensales:

—Con vuestro permiso, me voy a poner el bañador para estrenar la piscina.

Para asombro de los presentes, Saray, Adrián y Ernesto comenzaron a dar señales de que se estaban despertando, y, por lo tanto, el momento de bañarse en la piscina había llegado.

Todos se dieron cuenta de la satisfacción que la piscina les causaba a los niños. Adrián, por ejemplo, flotaba en la superficie, aunque en su mundo interior creyera volar. Saray también se sentía diferente, y no solo por la sensación de flotar, sino por la responsabilidad tan grata que le habían asignado, y que consistía en llevar a su compañero flotando por toda la piscina, ayudada por Mónica. También estaban en el agua Gonzalo y Ernesto, a quien le costaba un poco más asimilar la nueva situación, si bien en pocos minutos se hizo con el medio y estaba tranquilo, eso sí, siempre y cuando alguien lo tocara. En cuanto a los invitados, optaron por pasar al interior de la casa ya que el calor a esas horas era cada vez más incisivo, quedándose en el patio solo los bañistas, es decir, los tres niños con Mónica y Gonzalo. Este le preguntó a la chica:

—¿Daniel trabaja hoy?

—Sí, tenía guardia. Espera poder salir a las ocho.

Parecía que le faltaba asegurarse de no ser descubierto para colocarse detrás de ella y abrazarla por la cintura, colocando la mano derecha sobre su vientre. Ella se estremeció al sentirlo y, desarmada, echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla sobre el hombro de él. Cerró los ojos y en un susurro se le escapó:

—No me importaría morirme ahora mismo.

De pronto escucharon la voz de sor Natividad, que se aproximaba con alguien, e instintivamente se alejaron uno de otro antes de que entraran en el recinto.

—Mónica —dijo la religiosa—, ve a ver quién ha venido.

Se trataba de Daniel, que observaba atento el interior del espacio.

—¡Qué bien ha quedado! ¿Ha estrenado usted la piscina ya, sor Natividad? —bromeó el recién llegado.

—Pero qué guasón es usted, doctor —respondió la religiosa muy azorada.

Daniel acarició la mejilla de la religiosa y después se puso de cuclillas mirando hacia Gonzalo y le extendió la mano.

—¿Qué tal, Gonzalo?

—Hola, doctor, muy bien —replicó estrechándosela—. ¿Y usted? ¿Ha sido tranquila su guardia?

—Sí, mucho. Por eso he podido venir tan pronto.

Cuando se disponía a saludar a Mónica con un beso, Gonzalo le dijo:

—Me alegro. ¿Le importaría secar a Ernesto?

—No, claro.

Gonzalo alzó al bebé fuera del agua y Daniel lo cogió. Sor Natividad se apresuró a tomar al niño en sus brazos y envolverlo en una toalla mientras se quejaba de las formas de Gonzalo.

Daniel volvió a agacharse para besar a Mónica, que trató de evitarlo por pudor ante la presencia de los otros dos, pero fue imposible pues, como siempre, la cercanía de los labios de Daniel le hacía perder la noción de lo que sucedía a su alrededor.

—¡Espera, Gonzalo!, que te ayude el doctor —exclamó sor Natividad.

Mónica y Daniel miraron para comprobar qué sucedía, y se encontraron con que Gonzalo trataba de sacar a Adrián del agua él solo. El doctor corrió a ayudarlo.

—Gracias —dijo Gonzalo secamente, como si estuviera molesto. Cuando

hubo secado y sentado en la silla de ruedas a Adrián, le preguntó a Daniel—: ¿Va a ayudar usted a su novia a sacar a Saray?

—Sí, no te preocupes.

—Pues muy bien. Adiós —se despidió muy enfadado y salió del recinto empujando la silla de ruedas de Adrián.

Sor Natividad, con Ernesto en brazos, le dijo a Daniel:

—No sé qué mosca le ha picado. Discúlpele, doctor. —Y se apresuró a salir tras él.

A Mónica no le gustó la forma de actuar de Gonzalo; le pareció que su comportamiento infantil estaba fuera de lugar, y no porque pudiera molestarles a Daniel y a ella, sino porque antepuso su rabieta al bienestar de Adrián y Ernesto, que tanto estaban disfrutando del agua.

—Yo creo que Saray también debería salir y reunirse con sus compañeros, ¿no crees? —sugirió Daniel.

—Sí. Ayúdame, por favor.

Era tremendamente injusto para Mónica mantener viva la esperanza de ser correspondida por Gonzalo en vez de alimentar el afecto que sentía por Daniel hasta sentir el mismo amor que él le profesaba.

Aquella noche, cuando ya se fueron todos los invitados, la casa quedó recogida y limpia y los niños dormían, las monjas, Mónica y Gonzalo se sentaron a la mesa del comedor para tomar un vaso de leche antes de irse a la cama. Hicieron balance del intenso y maravilloso día que habían pasado, riendo las anécdotas divertidas de la jornada, deleitándose con el recuerdo de la deliciosa comida de los marqueses y alabando una vez más la magnífica piscina que Pilar les había regalado a los niños. Sor Natividad rompió a llorar, dejándolos desarmados a todos, pues era difícil saber cómo actuar con quien siempre se mostraba feliz como un cascabel. De inmediato fue rodeada y colmada de cariño.

—¿Qué ocurre, sor Natividad? —preguntó Mónica, enjugándole las lágrimas.

—¡Qué pena, hija! ¡Pero qué pena más grande me da tener que dejar la

casa!

—Siempre igual, sor Natividad. Lo que nos faltaba era que empezara usted con el lagrimeo. Ya no sé en dónde buscar soluciones ni a quién pedir ayuda. ¿Qué más quiere que haga? —dijo sor Antonia—. Si la voluntad de nuestro Señor es que salvemos la casa, así será, pero hoy por hoy no lo veo claro. Lo único que está en mi mano es rezar para que nos ilumine, pero su comportamiento no nos va a ayudar en nada.

—No es por mí —dijo sor Natividad entre sollozos—, que bien sabe Dios que lo único que espero es ir pronto con

Él; es por estos angelitos que nos encomendó. ¿Qué va a ser de ellos?

La monja rompió a llorar de nuevo, y no solo ella; todos y cada uno de los que allí estaban tratando de darle consuelo derramaron lágrimas pensando en los niños.

Cuando se acostaron sor Berta y Mónica, continuaron hablando de lo sucedido con sor Natividad, pues era difícil conciliar el sueño con el disgusto que tenían. Como ya era muy tarde, la monja trató de desviar el tema, buscando algo de sosiego.

—Todavía no me has contado qué vais a hacer estas vacaciones.

—Es que no lo sé aún. Mi madre y Roberto se van de crucero por el Mediterráneo, y aunque me propusieron ir con ellos, Daniel trabaja y no me apetece ir sin él.

—Claro, hacéis una pareja preciosa. Ojalá os vaya todo muy bien en la vida.

—Sí, ojalá—dijo Mónica, imaginando la cara de la monja si supiera que los cimientos de su historia fueron el alcohol y el sexo. Estuvo tentada de contárselo, así como las dudas que tenía por sus sentimientos hacia Gonzalo. Y sin saber por qué, pues hasta ese momento no se había parado a pensar en la vida de sor Berta antes de ser monja, en décimas de segundo especuló sobre cuáles fueron sus sueños, amores, deseos...—. Sor Berta —se lanzó de pronto, sin esperárselo ni ella misma—, ¿siempre quiso ser monja?

—¿Yo? —preguntó muy sorprendida, llevándose la mano al pecho—. ¡Qué va! Yo era una cabeza loca que solo pensaba en salir de fiesta y ligar con todos.

—¿De verdad? —Mónica se rió—. ¡Qué bueno!

—¡Menuda conquistadora era yo!

—No me cabe la menor duda. ¿También se tomaba sus copas?

—Ya lo creo, me bebía hasta el agua de los floreros. En general, vivía al límite, sin medir las consecuencias. Una joyita, vamos.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo es que llegó hasta aquí?

—Por mentirosa. Quise cortar con un chico que era pesadísimo el pobre; no había manera de quitármelo de encima. Era imposible convencerlo de que lo dejaba porque yo solita había decidido que no quería seguir con él, vamos, el típico imbécil, que Dios me perdone, que se cree que una mujer es suya hasta que pasa a ser de otro hombre, y es entonces cuando la deja en paz. Bien, pues se me ocurrió decirle que quería ser monja.

—¡Toma ya!

—Pero no coló, así que les conté eso mismo a todos los amigos que teníamos en común, y tuve que empezar a comportarme de una forma acorde con la mentira que había lanzado, a fin de hacerla más creíble. Al principio asistía a misa los domingos y regalaba a los más necesitados la ropa que ya no me ponía. Al poco tiempo me di cuenta de la felicidad que me producía hacer esto y, sin darme cuenta, mi enorme armario se quedó vacío. Lo único que me preocupó de esto era que no podía dar más porque solo tenía lo puesto. Hacía tiempo que se habían terminado las fiestas y los derroches para mí, y tuve claro en qué invertir la generosa paga que mis padres me daban. Lo de ir a misa fue todo un descubrimiento, ya que era un momento de recogimiento y meditación. Me reconfortaba tanto, que los domingos dejaron de ser suficientes y empecé a madrugar para asistir a misa a diario. Como en aquella época iba a la universidad a Guadalajara, había días en que las clases empezaban muy temprano, y no me daba tiempo a escuchar misa, por lo que busqué una iglesia por la zona para no quedarme sin ella.

—Supongo que el chico pesado se convencería.

—¿Cómo no! Él y todo nuestro entorno.

—Y sin embargo, usted continuó con la mentira.

—Ya no lo era, Mónica. Me había vuelto loca de amor por nuestro Señor, y esto era real —afirmó la monja con los ojos empañados de lágrimas—. Supongo que te estarás preguntando cómo es posible, puesto que, aparentemente, Dios no te puede acariciar, ni besar, ¡ni nada! Al principio a mí también me desesperaba este detalle. Es fácil imaginarlo teniendo en cuenta mi historial conquistador. —Mónica se rió de forma pícaro—. Me quedaba mucho por aprender, ya que Dios en su grandeza se vale de lo cotidiano y pequeño para darnos con creces todo lo que de Él precisamos.

—¿Y cuándo decidió que sería monja?

—Cuando terminé la carrera. Mi madre, que estaba alucinada con mi cambio, porque eso de no pedir dinero y salir tan solo para ir a misa o para llevar comida a los pobres, era cuando menos raro, me habló de esta casa y de la labor que hacían estas monjas así como del vínculo que tenían con nuestra familia. No me lo pensé dos veces y aquí me planté. Chica, me costó salir de aquí hasta para ir a dormir en el palacio la noche antes mi ordenación. —Ambas rieron—. A mí también me parte el alma pensar en que tenemos que separarnos de los niños.

—¿En dónde vivirán ustedes cuando tengan que irse de aquí?

—Volveremos a Alahuesas, a vivir del huerto, la repostería y los bordados, sabiendo que hay tantos que precisan nuestra ayuda. Pero si Dios así lo ha dispuesto, por algo será.

—Seguro que sí.

—Mañana hay que madrugar y es muy tarde —informó la religiosa—. ¿Nos dormimos ya?

—Yo voy a leer un rato, que si no, no cojo el sueño.

—Muy bien. Buenas noches, Mónica.

—Buenas noches, sor Berta.

Habían pasado demasiadas cosas ese día, y lo único que le vendría bien era relajar sus pensamientos, por lo que orientó su pequeña lámpara hacia la

carpeta y extrajo la siguiente carta.

Amadísimo hermano:

Con mucha mortificación escribo esta carta desde la casa de la Corredera de San Pablo, pues heme herido de agotamiento, y como mi letra se resiente también y el papel mantiene la suciedad del hecho acontecido, será desapacible leyenda, por lo que ruégote me perdones.

Aunque de mi parte hago todo lo posible, me hallo con pocas fuerzas para conseguir enderezar esta vida que considero cumplida desde que vengara tu muerte en cuanto tuve conocimiento de cómo sucediera. Hanse hecho las diligencias posibles para que tu alma descanse en la paz del Señor y espero que la llegada de la parca me lleve a los infiernos, pues no espero la gloria después de ejecutar mis actos. Por si lo desconocieras, me esforzaré en relatarte lo que aconteció para que no ha lugar a las dudas.

Tras el triste verano que vivimos en Alahuesas por la muerte de nuestros padres, retorné a Madrid con disposición de distanciarme de la realidad otorgándole a mi alma algo de disfrute que el violín me diera. Fui como el resorte, que cuanta más resistencia halla, más vehemente es en su ejecución, y durante semanas estuve sin apenas comer ni dormir, solo bebiendo mucho vino y tañendo el violín sin cesar. Casilda continuaba viva a mi regreso, cosa que agradezco, pues al no contar esta con nadie en el mundo conocido para hacerse cargo de sus restos, hubiérame resultado harto el prevalecer inmutable ante el hedor a carne podrida de haberla hallado muerta. Poco después de llegado aquí, le sobrevino otra calentura, pero en esta ocasión, lejos de buscar al médico, me hice el distraído y oculté el sonido de sus lamentos tras las notas del violín. Mas una madrugada llegó la anciana hasta mis aposentos con el rostro descompuesto, clamándome dejar el instrumento para su descanso. Traté de apaciguarla, pues de continuar con sus protestas no se dilatarían los guardias en hacer acto de presencia. Le expliqué que hube perdido a muchos afectos en poco tiempo y tañendo el violín me sentía más cercano a ellos, y dióle igual; pero en el momento que le referí que de esta forma honraba tu memoria, echó a reír gritando

improperios acerca de tu persona, que no tuve en cuenta pues lo atribuí a su senectud, hasta que confesó que fueron su familia y ella quienes te sacrificaron, pues te consideraban un inútil y un error de la naturaleza. Osó relatarme el martirio que te hubieron conferido por el bien de todos, con el fin de llevar a la hoguera a los judíos que tantos quebrantos les dieran, y esta era la única manera. En ese momento me sobrevino tu imagen inerte y ensangrentada entre los brazos de nuestra madre, así como los gritos y el olor a carne quemada provenientes de Abigail y de Jacobo en la hoguera. Quedé ciego y sordo con la revelación, pues aunque pudiera ver y oír con claridad, no percibí lo que aconteciera y por instinto alcé la mano contra la asesina y la golpeé, haciéndola caer en decúbito prono. Con el pie y de una cox, volteeé el viejo cuerpo por ver su cara, pisele las manos para inmovilizarlas y, con un extremo del arco del violín, le reventé los ojos. Como no escuchaba sus alaridos pues, como te indicara, quedé sordo eventualmente, no pude ponderar la pena con claridad, aunque pareciome poca condena para el delito que acometió contra todos mis afectos. Como no podía dirigirme a buscar otra herramienta de tortura con la que ensañarme, puesto que de retirarme quedarían libres sus manos, bajé el calzón y oriné en las cuencas vacías de sus ojos. En cuanto estimé que el fluido ya entrara en ella, me retiré al sótano a limpiar de sangre el arco y tañer el violín durante horas, sin percibir los alaridos de la vieja. Por fortuna, la guardia no acudió en su auxilio pues, según me contaron, siempre que me ausentaba, gritaba durante horas y se cansaron de llegar a socorrerla en vano. Cuando me pareció que eran dos los días que amaneciera encerrado allí, regresé a mis aposentos, en donde la hallé finada y retorcida de sufrimiento sobre su propia sangre. Desmembré a Casilda, reservando la testa para la lumbre, y tras trocear las partes seccionadas, guardelas en un saco y llegué con ellas hasta las pocilgas del vecino para dárselas de comer a los puercos, a quienes todo paréceles alimento y lo que no cagaren, hiciéranlo tocino.

El remordimiento por lo hecho no tiene cabida en mi corazón, sino más bien la satisfacción de haber cancelado la mayor deuda que nadie hubiere adquirido conmigo, por lo que tratar ahora de acendrar mi virtud implorando al Todopoderoso por su perdón sería grotesco. Lo que sí te ruego, querido hermano, ya que en mayor disposición que yo estás, es que le

pidas al Altísimo me encamine en todo a su santa voluntad.

De Madrid, a 10 de diciembre de 1716.— Lázaro.

Mónica se quedó espantada con lo que acababa de leer. Por vengar la muerte de su hermano, Lázaro se había convertido en un asesino sanguinario. A pesar de que ya eran las cuatro de la mañana y le costaría un triunfo despertarse con los demás para comentar el hecho, algo le decía que debía continuar leyendo la última que quedaba, datada, según indicaba, en el año 1750, es decir, sesenta y dos años después de la primera. Lázaro ya era un anciano cuando redactó esta misiva, y quizá se tratara de su última voluntad. Mónica se levantó a lavarse la cara y bebió un poco de agua antes de disponerse a leer la última carta de Lázaro.

Amadísimo hermano:

Por acá he tenido estos días buen cuidado, pues a 21 del pasado caí malo con una gran calentura que me puso en harto aprieto, pero al cuarto día terminó el mal, quedando libre de todo punto del achaque. Con las lluvias tampoco me he escapado libre de la borrasca, pues ha siete u ocho días que me hallo con un gran catarro que me tiene desazonado, aunque a ratos he podido ponerme en pie para evitar las escaras de mi cuerpo.

Desconozco si el desastre que me aconteció fue debido a mi mala salud o tal vez a la vejez, que tañendo mi amado violín, la mano y la barbilla cesaron de pronto de sostenerlo, dejándolo caer. Afortunadamente, Dios nuestro Señor, cuya bendita misericordia ha usado en mí en la parte más sensible, quiso que se precipitara sobre un montículo de basura que amortiguó el golpe. Como considérome inútil para volver a hacer sonar ninguno de los tres violines que construyera el gran maestro Stradivari, pues mi decrepitud pone en riesgo su integridad, opté por esconderlos en un lugar de la casa que nadie ve, con la intención de que en espíritu pueda recuperarlos cuando el Altísimo me lleve junto a ti y los nuestros, que

aguardo sea presto.

Hace días vinieron hasta aquí de la Visita General, como otras veces. En esta ocasión, además del reconocimiento de la vivienda para el pago de impuestos, tomaron medidas para no sé qué planimetría y fijaron en la fachada un azulejo con una denominación. Me siento muy holgado de haber conocido el nombre de nuestra casa, a través del cual será más fácil indicar su situación. Doyle afectuosísimas gracias a Dios por esto.

Hermano mío de mi alma, sé que mi final en este mundo está cerca, ya que cada día que pasa me siento más muerto. Vuélvote a encargarse oraciones y rogativas para que nuestro Señor tenga a bien acoger a este siervo en su seno que, aunque lo deseo presto, la desazón se hace leve cuando se mira el triunfo, pues la esperanza del premio es alivio del tormento.

De Madrid, a 20 de abril de 1750, en Visita G. Casa n.º 14.—Lázaro.

Mónica despertó con el estrépito de platos y, al incorporarse en la cama, vio que Saray también se estaba desperezando. Trató de ubicarse en el tiempo, llegando a la conclusión de que sor Berta aparecería en cualquier momento para ayudar a la niña a asearse y vestirse para bajar a desayunar. Así fue.

—Buenos días, dormilonas —la escuchó decir antes de que entrara.

—Buenos días, sor Berta. Cuánto siento haberme quedado dormida.

—No te preocupes; estabas agotada.

—Ustedes también, y han estado en misa a las siete de la mañana.

—Ya lo creo que sí, ¡hechos unos zorros!

Las dos mujeres se rieron, y mientras Mónica se preparaba para bajar junto con Saray y sor Berta, le comentó a la religiosa:

—Ayer leí la última carta de Lázaro y me he enterado de algo que, de ser real, puede ser muy interesante y, quién sabe, lo mismo podemos salvar la casa.

—¡Ah!, ¿sí? Pues bajemos ya, porque los ánimos están por los suelos.

Al llegar al comedor, Mónica comprobó que, efectivamente, todos permanecían lánguidos y en silencio, tratando, probablemente, de hallar una luz en la oscuridad en que estaban inmersos; por eso esbozó su mejor sonrisa y los saludó:

—Buenos días a todos. Intenté despertarme antes para poder asistir a misa, pero no escuché el despertador.

—Has hecho bien, hija —respondió sor Natividad con una tímida sonrisa.

—Eso sí —prosiguió Mónica mientras se servía el café en la taza—, me he levantado pletórica y dispuesta a que nos pongamos el mundo por montera.

—¡Cuánto me alegro! —celebró sor Antonia—. ¿Es que ha pasado algo bueno esta noche y no nos hemos enterado?

—Así es. Resulta que ayer me dormí muy tarde porque estuve terminando de leer las famosas cartas de Lázaro; por cierto, con la penúltima se me pusieron los pelos de punta. Resulta que Lázaro describe cómo le saca los ojos a la asesina de su hermano y se orina en las cuencas vacías.

—¡Por Dios! —exclamó sor Natividad escandalizada—. ¿Y eso sucedió aquí, en esta casa?

—Sí, y eso no es todo. Después habla de un sótano en donde se puso a tocar el violín para no escuchar los gritos de su víctima mientras se desangraba y moría. Luego regresó al lugar de los hechos, troceó el cadáver y se lo dio a comer a los cerdos. —Todos se quedaron pasmados escuchando el relato. Esto y el silencio fueron las únicas reacciones que Mónica obtuvo—. ¿Pero es que nadie ha leído las cartas de Lázaro?

—Sí, claro —manifestó Gonzalo—, sor Berta y yo. Pero de verdad que no recuerdo esta historia, y mira que es difícil olvidar algo así.

Sor Berta añadió:

—Es cierto. Yo estoy segura de que no he leído esa carta que dices, y juraría que leí todas las que había en la carpeta.

Mónica dirigió su mirada hacia sor Antonia, y ambas se dijeron en silencio muchas cosas que solo ellas entendían.

—Entonces —continuó Mónica— ¿tampoco ha leído nadie la que sigue a

esta? En ella Lázaro es un anciano que, al no estar capacitado para tocar el violín, decide esconder los tres Stradivarius que posee en esta casa, concretamente en un lugar que nadie ve; no especifica más.

El revuelo que se formó en el comedor era de esperar, pues todos especulaban creyendo conocer el lugar idóneo para ocultar un tesoro así, hasta que a sor Natividad se le ocurrió una ubicación irrefutable.

—A ver si van a estar en el trastero.

—¿En dónde? —preguntó Mónica a sor Berta.

—No tengo ni idea —respondió esta.

Gonzalo se puso en pie y se dirigió hacia la cocina, deteniéndose en la puerta, donde retiró el felpudo que allí había, dejando al descubierto un asidero extraíble, del que tiró hacia arriba, y abrió una portezuela camuflada con las mismas baldosas que el resto del suelo de la cocina.

—¡Virgen Santísima! —soltó sor Antonia—. Debe de estar todo mugriento.

—¡Qué importa! —exclamó sor Berta subiéndose las mangas hasta los codos, al tiempo que acudía rauda al lugar.

Mónica la siguió, todavía con el entusiasmo que imprimió a la mañana, y sor Berta, Mónica y Gonzalo bajaron las escaleras que conducían al trastero.

El lugar estaba repleto de objetos de lo más variopinto que las monjas habían acumulado cuando hicieron la reforma de la casa, allá por los años noventa, mucho antes de que llegara sor Berta, y desde entonces no había hecho falta volver a bajar allí, por lo que la joven religiosa ignoraba la existencia del lugar. Como el espacio era prácticamente intransitable, optaron por inspeccionar por partes, es decir, primero liberarían de trastos la mitad de la estancia, bajo la supervisión de las monjas mayores, que lo veían todo desde fuera al tiempo que atendían a los niños e indicaban qué había que tirar, qué almacenar y qué dar a los necesitados. Ya entrada la tarde, quedó liberada la mitad del trastero, tal y como habían previsto. Inspeccionaron palmo a palmo la superficie buscando alguna trampilla o baldosa que ocultara tras ella los preciados objetos, pero fue inútil. En esa parte del trastero no había nada. Aplazaron la batida al día siguiente, en que limpiarían y escutarían la otra mitad. Se ocuparon de clasificar los objetos para darles curso y, después de

asearse ellos y los niños, cenaron y se acostaron exhaustos por la intensidad del día. Mónica se fue a dormir especialmente intranquila, pues continuaba con la misma desazón con que despertó aquel día, y ya no quedaban cartas a las que acudir en busca de respuesta a tanta incertidumbre. El agotamiento debió de ser extremo ya que, a pesar del desasosiego, se quedó dormida en algún momento, despertando con el ruido de platos rotos. Creyó estar soñando, como otras veces que parecía caer al vacío, pues al encender su lámpara y mirar a Saray, comprobó que descansaba plácidamente, lo que le demostró que el estrépito había sido producto de su adormecimiento, de modo que la luz y volvió a tumbarse, recomponiendo su mejor postura. Antes de cerrar los ojos, cuando estos se habían vuelto a acostumbrar a la oscuridad, una luz tenue se acercaba a la puerta, sin llevar con ella el menor ruido de pisadas. Pensó en ladrones y el miedo la paralizó, obligándola a cerrar los ojos con fuerza para no dejar pasar ni un resquicio de la claridad que se abrió ante ellos. Después escuchó una voz dulcísima, un susurro reverberado que podría oírse desde cualquier rincón de la casa:

—Mónica.

Apabullada por el pánico, abrió los ojos obedeciendo a un mandato, y quiso gritar al comprobar que lo que ahogaba su clamor era la presencia del niño a quien vieron sor Antonia y ella por el interfono de sor Berta. El pequeño irradiaba una luz que, lejos de deslumbrar, era intensísima, como el producto de una combustión dentro de él. Ahora podía distinguir los rasgos mejor: piel clara, cabello rubio y rizado, ojos azules... Se giró hacia sor Berta, que dormía plácidamente, porque se dio cuenta del parecido tan asombroso que guardaba con ella. Volvió a mirar al niño, descalzo, cubierto con un camisón blanco que le llegaba por debajo de las rodillas, que, extendiéndole la mano, le dijo:

—Ven.

Mónica se levantó de la cama y siguió al pequeño hacia el exterior del dormitorio. Se encontró con un panorama que le resultó ajeno. Todo estaba cambiado; no había ascensor y, por lo tanto, las escaleras eran más anchas y de madera, desgastadas por las pisadas que las hubieron recorrido. Las bajó tras el resplandor del niño, que la condujo hasta lo que ella creía que era la portería y el comedor, aunque ahora se trataba de una habitación con un

ventanuco cuyo cristal estaba tapado con un papel amarillento. Había un camastro, un lavamanos de cerámica con una jarra, una mesa con cuatro sillas, un espejo en la pared y un brasero de carbón. Todo era antiquísimo, muy barroco; le pareció estar en el escenario en donde se desarrollaran escenas que captaran pintores como Velázquez o Murillo. El pequeño quería que mirara bajo la cama, y eso hizo Mónica, descubriendo una puerta que se deslizaba y daba acceso al trastero que ella conocía. Se arrastró bajo la cama y descendió por la escalera hasta el sótano. La estancia estaba completamente iluminada por las velas dispuestas en varios candelabros de siete brazos, colocados de tal forma que trazaban un camino que ella siguió hasta llegar a una pared en la que un bloque de piedra se movía como si lo agitara un temblor de tierra. Mónica supo que debía colocar la mano encima, y cuando lo hizo, la piedra desapareció dejando al descubierto una oquedad que contenía un trozo de tela. Se apresuró a cogerlo, comprobando que se trataba de un saco viejo, lo abrió y vio los tres violines en sus respectivos estuches. El niño señaló el saco y le pidió:

—Salva mi hogar.

La muchacha reparó entonces en las manchas del saco y, acercándose más para verlo, se preguntó:

—¿Qué es esto?

No supo por qué, pero buscó la respuesta en el pequeño que, repentinamente, apareció ante sus ojos totalmente lacerado y cubierto de sangre.

Mónica despertó en su cama por la impresión que le causó la imagen del niño ensangrentado. Era de día y no estaban ni Saray ni sor Berta. Su reloj marcaba las once de la mañana. No comprendió cómo se le había hecho tan tarde, y se apresuró a lavarse la cara para reunirse con los demás, a los que hacía liberando de cachivaches el trastero. Cuando llegó, dio los buenos días y descendió al sótano ante las miradas sorprendidas del resto.

—Desayuna primero —le increpó sor Natividad al verla pasar hacia el trastero.

—Buenos días, dormilona —dijo sor Berta al verla bajar con ellos.

Mónica, que se sabía en trance, no hizo caso a la recomendación ni al saludo. Cerró los ojos y, recordando el camino trazado por los candelabros, anduvo por él despacio, pero firme y convencida de no errar, hasta tocar un punto exacto en la pared con que se topó. Se volvió hacia Gonzalo, que la miraba atónito, y le pidió:

—Acércame un destornillador o algo parecido, por favor.

Cuando lo tuvo en la mano, raspó con la punta el contorno de un bloque de piedra hasta que este, al estar suelto, comenzó a moverse. Mónica entonces lo sacó de la pared, quedando al descubierto la tela del saco con manchas reseca de sangre, que contenía los tres Stradivarius de Lázaro.

—¡Santo Dios! Dejadlo así, no toquéis nada —pidió sor Berta.

—¿Qué sucede? —preguntó sor Antonia que, junto con sor Natividad, aguardaban en la parte superior alguna noticia. Sor Berta subió para explicarles:

—Hemos encontrado algo que puede ser lo que buscamos. Se trata de un saco antiquísimo que contiene tres estuches de violín. Voy a llamar a mi padre para que me ponga en contacto con un forense amigo suyo, y que venga a comprobarlo, no vaya a ser que nuestra curiosidad lo malogre todo.

Sor Natividad, cuyos ojos volvían a empañarse, en esta ocasión por la alegría que otorga la esperanza, le preguntó:

—¡Ay, niña! ¿Usted cree que será lo que buscamos?

Sor Berta la miró con inmenso cariño y llenó su cara de besos. La hubiera abrazado de no tener las manos tan sucias del polvo acumulado en el trastero, y le respondió:

—Estoy segura de que cuando lo confirmen, no nos podrán echar de aquí ni con agua hirviendo.

Pese a que lo auguró hacía más de un año, no había echado de menos las estrellitas fosforescentes que decoraban el techo de su habitación, pues era esta la primera mañana desde que regresó a casa, hacía ya tres meses, que

dejaba pasar el tiempo tumbada boca arriba meditando sobre su vida. Había sido sin duda un año memorable, una etapa de la que se llevaba mucho más de lo que había entregado: un grupo de personas fascinantes que se había convertido en su familia, experiencias asombrosas que el miedo aún no le permitía reproducir en su mente y, por supuesto, ese amor en estéreo que jamás hubiera imaginado tener ni en sus fantasías más íntimas; el de un hombre que era como un niño y el del que siempre estaba y con el que había decidido quedarse.

Los Stradivarius y las cartas de Lázaro, quedaron expuestos en unas vitrinas en el sótano, que había pasado de ser trastero a convertirse en museo, bajo el auspicio del ministerio, algunas empresas privadas y particulares interesados en el alquiler de los instrumentos para conciertos. Así las monjas pudieron mantener la casa y la actividad que desarrollaban en ella.

Cuando la alarma sonó, su madre ya estaba en la cocina preparando el desayuno, de manera que Mónica se levantó y respiró hondo, pues ya no había vuelta atrás. En pocas horas defendería su tesis y sería doctora.

—¿Cómo está mi niña esta mañana? —le preguntó Isi besando su cara.

—Imagínatelo. Si llego a saber que voy a estar así de atacada, me olvido del doctorado.

—No digas tonterías, que gracias a esto has pasado un año trepidante, además de echarte novio.

—Sí —dijo sonriendo—. Pero para trepidante, el día que nos espera, guapa: primero, lectura de tesis; luego, comida con el tribunal, y después, fiesta de despedida en la casa de la Corredera... Me tengo que llevar el pijama y el neceser, que no se me olvide.

—¿Te quedarás a dormir allí?

—Sí, sor Berta me lo ha pedido y no me puedo negar: será mi última noche.

—¡Ja! —exclamó Isi en tono escéptico.

Isi, Roberto y Daniel habían solicitado tener ese día libre para poder asistir a la lectura de la tesis de Mónica, que tendría lugar en el Salón de

Grados de la facultad a las doce del mediodía. Cuando llegaron los cuatro en el coche, casi una hora antes del acto, ya estaban allí las tres monjas y Gonzalo con Saray, Ernesto y Adrián. Pilar y Baldomero también acudieron, pues tampoco ellos querían perderse por nada del mundo la defensa de la tesis de la muchacha. Mónica estuvo brillante en su exposición, y aunque era inevitable escuchar las críticas del tribunal, supo estar a la altura y salir tan airosa en la réplica que, tras dos horas y media de evaluación, en las que sor Natividad rezó todo lo que sabía, el tribunal la reconoció doctora con la máxima calificación: *summa cum laude*. Aunque no pudieron disfrutar juntos de la comida, pues Mónica lo hizo con el tribunal, a cuyos miembros invitó, su familia comió en un restaurante cercano, y allí la esperaron para irse todos juntos a la Corredera Baja de San Pablo, en donde tendría lugar la fiesta de despedida.

Canapés, sándwiches, vino, pasteles, cava, regalos... Parecía que era el cumpleaños de la homenajead, cuyo ánimo no se correspondía con el del resto; de hecho, más de una vez tuvo que cambiar el tema de la conversación o desviar la mirada por no encontrarse de frente con el dolor que la despedida le causaba. Sabía que volvería, que sería testigo de los progresos de los niños pues la llamarían para que acudiera a verlo; pero no era lo mismo ir de visita que despertar cada mañana bajo el mismo techo. A pesar de las circunstancias, aguantó estoica con su mejor sonrisa todo el tiempo, menos cuando subió con Saray a ayudarla a acostarse e, inevitablemente, rompió a llorar con todas sus ganas tratando de no hacer ruido, como si la niña pudiera escucharla..., aunque tal vez sí, ya que se sentó en la cama con ella, la abrazó fuertemente y también lloró. Después buscó la boca de Mónica y empujó las comisuras de sus labios hacia arriba, garabateando una sonrisa que ambas convirtieron en carcajadas agradecidas.

Cuando los invitados, después de dejarlo todo recogido, se fueron, era muy tarde, pero las tres religiosas, Mónica y Gonzalo bebieron el vaso de leche que era costumbre tomar antes de ir a dormir, sentados los cinco a la mesa del comedor.

—Bueno, Mónica —rompió el silencio sor Antonia—, además de que te has convertido en doctora, ¿cuál es tu balance de este año?

—Demasiado satisfactorio, sor Antonia —respondió ella con una sonrisa

lánguida—. No solo ha sido el mejor año de toda mi vida, sino que dudo seriamente que pueda existir otro igual en el futuro.

—Seguro que sí —dijo sor Natividad acariciando su mano.

Sor Berta, con los ojos brillantes a punto de llorar, declaró:

—Pensarás que eres tú quien pierde más, pero te equivocas. Te llevas a la mejor amiga que he tenido nunca.

—¡Berta! —exclamó Mónica lanzándose a sus brazos muy emocionada—. Yo voy a estar siempre que me llames, y cuando no, vendré para que no te olvides de mí.

—¿Lo prometes? —preguntó la religiosa mirándola a la cara. La muchacha asintió—. No faltes a tu palabra... Me encanta que me tutees.

Volvieron a abrazarse. Sor Antonia y sor Natividad se miraron complacidas y dirigieron su atención a Gonzalo esperando que él también dijera algo, pero no fue así: se limitó a mirar su reloj muy serio. Sor Natividad optó por disolver la reunión:

—Bueno, familia, yo creo que es hora de ir a dormir. Ya mañana nos despediremos como Dios manda.

Todos se levantaron, recogieron sus vasos vacíos y después se fueron yendo, menos Mónica, que se quedó mirando al patio a través del ventanal.

—¿No vienes? —preguntó sor Berta.

—Dentro de un rato. Me gustaría despedirme de la casa.

La monja la besó en la mejilla y se marchó hacia su dormitorio.

Aunque el tiempo se le había pasado volando, era tanto lo vivido entre esas cuatro paredes que se le hacía muy difícil salir de allí. Llovía mucho y el viento soplaba muy fuerte, tanto que se soltó una argolla del toldo de la pérgola que habían olvidado cerrar. Mónica se apresuró a salir a recoger el toldo antes de que volara toda la estructura. Casi no podía, pues la fuerza del viento le impedía ejercer la presión necesaria para plegar la lona; pero de pronto sintió que su esfuerzo se vio mitigado por la intervención de otras manos que se pusieron sobre las suyas en la manivela, ayudándola a accionarla. Se trataba de Gonzalo, que había llegado en el momento oportuno.

Cuando lograron recoger el toldo, el hombre señaló hacia la piscina cubierta y le preguntó:

—¿Quieres que vayamos allí? Hace calorcito.

—Sí, por favor, vamos.

Entraron en el pequeño recinto de la piscina, cuya única iluminación era la proveniente de las bombillas del fondo del agua, un capricho que Baldomero se empeñó en poner para que nadie cayera dentro por estar oscuro. Mónica tiritaba de frío y Gonzalo se dirigió hacia el reproductor de música que había en el suelo junto a una silla. Lo conectó y comenzó a sonar *I will always love you*. El gesto de la mujer denotó que la situación le resultaba cuando menos cursi, aunque nunca dijo que no le agradaran los momentos románticos; de hecho le encantaban, sobre todo si llevaban implícita la incertidumbre de qué pasaría si...

—Escuché una vez que la mejor forma de quitar el frío es con calor humano —comentó Gonzalo—. ¿Bailamos?

Mónica no entendía nada, y no le dio tiempo a preguntarle antes de que él llegara frente a ella con la mano extendida, invitándola a fundirse con él en la música que elevaba sus espíritus. Tan rota estaba de ternura que no acertaba a discernir si estaba bien o mal el hecho de permanecer tan abrazados. Y bailaron, si es que se puede llamar baile al balanceo de dos cuerpos que temen mover los pies por si se va con ellos la magia del momento. Ya la frontera de la piel estaba franqueada; ya la intimidad empezaba a ser precedida por un pronombre en plural. Los brazos de ella se aferraban a la espalda de él, distinguiendo inconscientes cada fibra que daba volumen al amparo que la cobijaba. Los de él daban rienda suelta a sus sueños y ubicaban las manos alrededor de la cintura anhelada, que se dejaba hacer y le invitaban a sumarse al descubrimiento de la tentación. Sobrecogidos y ensimismados, no escatimaron en sonrisas tiernas que dieron paso, más tarde que temprano, a los besos furtivos que se derramaban por la piel de la misma manera que lo hacían, en ese momento, las gotas de lluvia por el cristal.

—Mónica, yo...

De pronto escucharon abrirse la puerta del recinto y ambos despertaron del letargo sosteniendo la turbación entre los brazos del

otro. Era sor Antonia que, con mirada inquisitiva, parecía no dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí?

—Sor Antonia, puedo explicarle... —trataba de zafarse Gonzalo.

—Tú y yo hablaremos mañana. Vete a tu habitación ahora mismo.

—Pero...

—¡Ni pero ni manzano! Sal de aquí ahora mismo.

Gonzalo se fue a punto de echarse a llorar. Mónica miraba a la religiosa sin comprender a qué venía tanto alboroto.

—Sor Antonia, no hacíamos nada malo. No entiendo a qué ha venido esto. Gonzalo es un hombre adulto, y no me ha parecido bien cómo le ha hablado.

—¿Adulto? Y yo que pensaba que te habías dado cuenta... No, si la culpa es mía por creerlo tan evidente que ni me molesté en advertirte. —Ante el gesto de asombro de Mónica, sor Antonia añadió—: ¿Pero es que no te has percatado de que lo único que Gonzalo tiene de adulto es la apariencia física?

—¿Qué dice?

—Veo que no. ¿No te llama la atención que un hombre de su edad precise estar siempre acompañado de tres monjas?, ¿o que no haya tenido más aspiraciones en la vida que este trabajo?, ¿o que nunca hable de su familia? ¿Tampoco te extraña que nunca mencione a su madre?

—¿Y por qué habría de hacerlo? Sor Antonia, ¿qué me quiere decir con todo esto?

—Pues que mis desvelos hacia Gonzalo tienen una explicación. Voy a contarte una historia que debí referirte el primer día que entraste por esa puerta. Verás... Hace muchos años, cuando yo estudiaba primero de Arquitectura, unos compañeros de clase nos invitaron a una amiga y a mí a una fiesta en la que nos emborracharon y drogaron, haciéndonos perder el conocimiento. Nos violaron.

—Sor Antonia... —dijo Mónica consternada. La religiosa prosiguió:

—Imagina la vergüenza de haber sido mancillada, en aquella época, en la

que la mujer siempre tenía la culpa de todo. Mi amiga y yo hubiésemos querido dejarlo estar, que pasase el tiempo y lo curara todo..., pero no pudo ser. Me quedé embarazada y mi padre, que era muy estricto, me echó de casa en cuanto se enteró, renegando de mí. Pero Dios siempre me ha llevado de su mano y, casi al término del embarazo, me cruzó en el camino de sor Natividad, que me trajo a esta casa, en donde nació mi hijo.

—Gonzalo...

—Sí, Gonzalo, que con seis mesecitos enfermó de otitis y la infección derivó a una meningitis que casi acaba con él —explicaba llorando—. Hice la promesa de consagrarme y trabajar siempre al lado de Dios a cambio de que mi hijo viviera, y así fue. En realidad, no fue un sacrificio tomar los votos, pues después del tiempo que pasé con las religiosas ocupándonos de los niños, no quise otra vida ajena a esta que, además, nos brindaba, sin reproches, un hogar a mi hijo y a mí. Cuando Gonzalo comenzó el colegio, no tardaron en detectar que algo pasaba con él: no conseguían que aprendiera a leer ni a escribir, iba mucho más retrasado que el resto de sus compañeros. Efectivamente, con un simple test psicológico que le hicieron en el mismo colegio saltó la alarma, y un estudio médico avaló la sospecha: Gonzalo tiene un retraso mental moderado a consecuencia de la meningitis que padeció siendo un bebé.

—No, eso no puede ser —negaba Mónica, que no daba crédito a lo que oía—. A mí no me parece que Gonzalo...

—Entiendo la atracción que sientes hacia él, una cosa no quita la otra; y él es una gran persona, un imán para todo el que le conoce. Tú te has quedado con una parte de la que no puede hacerse responsable, porque no lo es. ¿Te imaginas pasarte el resto de tu vida colgada al teléfono porque tu marido no puede soportar quedarse solo en casa?, ¿o que tus hijos tengan un padre con menos edad intelectual que ellos? ¿Cómo lo disimularían ante sus amigos? Y esto es lo menos que puede suceder.

—De todas formas, creo que tenemos derecho a comprobarlo. ¿Por qué no podríamos salir adelante? Cuando hay amor verdadero no hay barreras, no hay obstáculos.

—Eso es muy bonito, pero ¿cómo puedes estar segura de que es amor

verdadero lo que Gonzalo siente por ti? No es la primera vez que le sucede. Hace años fue la frutera; pasamos meses sin entender por qué, cuando le encargábamos que comprara el pan, llegaba cargado con una bolsa de fruta y verdura. Después, una doctora que le atendió por un resfriado, y cada dos por tres teníamos que ir a su consulta porque se encontraba mal. En todos los casos se le pasaba el flechazo igual que había venido, de la noche a la mañana. Quédate con lo que te llevas. Lo siento muchísimo, de veras. Si Gonzalo pudiera llevar una vida diferente de la que lleva y formar una familia como Dios manda, te aseguro que yo sería muy feliz y tendríais mis bendiciones, pero no es así.

El cielo de la mañana luchando por abrirse al sol siempre le pareció a Mónica que era hermoso cuando se acercaba el momento de ir a su lado, como un bello reclamo que invitaba a despertar y a combatir la intrínseca pereza humana. Pero después de la conversación que mantuvo con sor Antonia la noche anterior, ni siquiera el cielo era el mismo; intuía que sus emociones no llamarían a su puerta de la misma forma que lo hicieran antes. En la casa todo seguía igual. Ella debería sentir lo mismo, pero su ánimo parecía mofarse de su aparente entereza, sobre todo cuando se despidió de las religiosas, sin apenas ser consciente, y se dirigió hasta Gonzalo, que en esos momentos contemplaba el patio a través del ventanal. Ella se puso a su lado sin decir ni una palabra, mientras que las monjas permanecieron apartadas de ellos, sin querer participar en su conversación.

—¿Tú crees que es escarcha lo que tiene esa hoja seca? —le preguntó el hombre sin apartar la vista del exterior.

—Claro... Tenemos que hablar de nosotros, Gonzalo, de nuestros sentimientos. Si nos quedamos aquí, será imposible vivir nuestro amor. Escapémonos, seamos libres —le propuso en voz baja.

Gonzalo volvió su cara hacia ella. Tenía la mirada empachada de ternura infinita.

—No creo que sea escarcha. La escarcha se derrite con el sol.

—Te prometo que yo cuidaré de ti —le dijo sin querer contener el llanto, al tiempo que acarició el pelo de sus sienes.

Gonzalo volvió a dirigir su mirada hacia la ventana, y de pronto, salió

corriendo en dirección al patio. Las tres monjas se apresuraron a ir tras él cuando lo vieron abalanzarse sobre la hojarasca, desde el otro lado del ventanal. Mientras, Mónica lloró trémula y silenciosa al verlo lanzar la fronda al aire y, aprovechando el alboroto que se había formado, salió de la casa. Él la vio marchar y, sin aspavientos, se dejó caer sobre la espesura otoñal.

